

Profundizando en Nuestra Fe

Padre Lucas Prados

ADELANTE **FE**
información Católica LA

Profundizando en Nuestra Fe

Padre Lucas Prados

Adelante la Fe: Información Católica
adelantelafe.com

Contenidos

Introducción	11
Temario	11
Material de apoyo.....	12
Metodología de trabajo	13
Capítulo 1: El Sentido de la existencia humana	14
Todo hombre puede llegar a descubrir que Dios existe	14
La creación de los seres espirituales: ángeles y hombres	16
Cristo, su persona y sus enseñanzas.....	20
Cristo eligió a los Doce y les dio el mandamiento de perpetuar su misión	20
La revelación divina: sus fuentes y su interpretación.....	21
¿Qué es la Sagrada Escritura?	22
¿Qué es la Tradición?	22
¿Qué es el Magisterio de la Iglesia?.....	22
Otros conceptos básicos relacionados	23
Revelación pública y revelaciones privadas	23
¿Qué es el Canon bíblico?.....	23
¿Cuándo fue establecido el Canon de la Biblia?	23
¿Cómo se dividen los libros canónicos?	24
Las Notas y Censuras Teológicas.....	24
¿Cuál ha de ser la postura del fiel católico ante las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia?	25
Conclusión	25
Capítulo 2: Dios y sus perfecciones	27
¿Rezamos todos los creyentes al mismo Dios?.....	27
Algunas diferencias entre el cristianismo y el islam	28
Algunas diferencias entre el cristianismo y el judaísmo	30
Si Dios sabe que una persona se va a condenar ¿por qué la crea?	31
La teología apofática.....	31
El uso de la analogía a la hora de hablar de las perfecciones en Dios	31
La teodicea y la teología.....	32

Las perfecciones de Dios	32
La eternidad de Dios y el tiempo en las criaturas.....	33
Dios lo conoce todo y nada se escapa a su mirada.....	34
La libertad humana y la presciencia divina	34
Si Dios es bueno y nos ama, ¿por qué permite que nos ocurran cosas malas?.....	35
¿Por qué hay hombres que niegan que Dios exista?	35
Capítulo 3: Unidad y Trinidad en Dios	37
Las sombras trinitarias en el Antiguo Testamento	37
La revelación de la Trinidad en el Nuevo Testamento	38
Significado de este Misterio.....	38
Una “aproximación” al Misterio Trinitario.....	39
La Santísima Trinidad y la Virgen María	40
La Santísima Trinidad en la vida del cristiano.....	41
Capítulo 4: La Creación.....	42
¿Creación o evolucionismo?.....	42
Todo el universo ha sido creado por Dios	42
Verdades histórico-dogmáticas que hemos de mantener.....	43
La creación en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia	44
Creación y Maniqueísmo	45
La creación de Dios y el problema del mal.....	46
Creacionismo versus Evolucionismo.....	47
Los ángeles, nuestros amigos del cielo	49
La existencia de los ángeles en la Biblia, Tradición y Magisterio.....	50
La creación de los ángeles.....	51
La naturaleza y las operaciones angélicas	52
La elevación de los ángeles al estado de gracia	54
La prueba moral de los ángeles	54
La actividad de los ángeles.....	55
El ángel de la guarda	56
La angelología neomodernista.....	56
El demonio y su relación con el hombre	57

El origen del demonio	58
Sobre la existencia, naturaleza y acción del demonio	59
Castigo eterno de los ángeles malos	61
¿Pueden los demonios arrepentirse y volver a ser ángeles buenos?	63
¿Qué efectos tuvo el pecado de los ángeles en su naturaleza?	63
Los demonios y el hombre	64
Capítulo 5: Creados por Dios como hombre y mujer	67
La Creación del Hombre	67
La creación del hombre en la Sagrada Escritura	67
Algunas cuestiones que surgen a partir de estos relatos creacionales	69
El Paraíso de Adán y Eva	71
En el hombre podemos distinguir cuatro estados reales.....	71
Adán y Eva antes del pecado	72
1.- Los dones preternaturales	73
2.- La gracia santificante	75
Conclusión	77
El pecado original	77
La caída de nuestros Primeros Padres tal como aparece en la Biblia	78
El pecado original en los Santos Padres.....	80
El pecado original en el Magisterio de la Iglesia.....	81
Reflexión teológica sobre el dogma del pecado original.....	83
Conclusión	85
Capítulo 6: El Pecado	86
La moralidad de los actos humanos	86
1.- El objeto	86
2.- El fin o la intención	87
3.- Las circunstancias.....	87
Definición de pecado	88
Clases de pecados.....	88
1.- Según la gravedad.....	88
2.- Según el tipo	89

3.- Pecado habitual y pecado actual	89
4.- Pecado material y pecado formal.....	90
Condiciones para que haya pecado mortal.....	90
Efectos del pecado mortal	90
El pecado venial y sus efectos	91
La culpa y la pena que conllevan el pecado	92
La pérdida del sentido del pecado.....	92
La tentación y las ocasiones de pecado.....	93
El principio del doble efecto.....	93
Las raíces del pecado	94
Capítulo 7: Acercamiento a la figura de Jesucristo	95
La promesa del Redentor.....	95
La necesidad de un Redentor	96
La figura del Mesías Salvador en el Antiguo Testamento	96
El hecho de la Encarnación en la Sagrada Escritura.....	97
La existencia histórica de Jesucristo.....	98
1.- Fuentes no cristianas	98
2.- Fuentes cristianas	99
La figura de Cristo en el Nuevo Testamento	99
1.- Jesucristo hombre	99
2.- Jesucristo, Hijo de Dios	100
El Misterio de la Encarnación	101
El Misterio de la Encarnación.....	101
Los Fines de la Encarnación.....	101
¿Se habría encarnado el Hijo de Dios si el hombre no hubiera pecado?	102
La libertad de la Encarnación	104
Eternidad divina, Encarnación en el tiempo	105
Encarnación e inmutabilidad divina.....	105
La Encarnación, una obra de la Santísima Trinidad	106
La Naturaleza Humana en Jesucristo	107
Cristo, perfecto hombre y hombre perfecto	107

Cristo, Dios Perfecto y Perfecto Dios	113
La Naturaleza Divina de Cristo	113
La Persona de Cristo	115
Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres.....	119
La función mediadora de Cristo en la Revelación y en la Fe de la Iglesia	120
Naturaleza y sentidos de la mediación de Cristo	121
El error neo-modernista y la respuesta católica a este error	122
La función mediadora de la Virgen María	122
El Poder y la Ciencia de Cristo	124
Cristo, Rey: el poder de Cristo	124
Cristo, Profeta y Maestro: La ciencia de Cristo	127
Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.....	131
En la Sagrada Escritura.....	131
En la Tradición y Magisterio de la Iglesia	132
Lo supremo del sacerdocio de Cristo: el carácter sacrificial de su muerte en cruz.....	133
El constitutivo esencial del sacerdocio de Cristo es su humanidad	134
Jesucristo Sacerdote es mediador por ser santo.....	134
La impecabilidad de Jesucristo.....	135
La libertad de Cristo	136
Capítulo 8: Redimidos por Cristo	138
La vida de Cristo desde la perspectiva de la Salvación.....	139
Las obras que hizo de Jesús para salvarnos	139
Significado salvífico de su Pasión y Muerte	140
Cristo fue enterrado y descendió a los infiernos	142
Significado salvífico de su Resurrección	143
Significado salvífico de su Ascensión al cielo	145
Contenido de la Redención de Cristo	146
La liberación religiosa.....	146
La reconciliación con Dios	148
Naturaleza de la Redención de Cristo	149
Datos que nos aporta la Sagrada Escritura	150

Datos de la Tradición y del Magisterio.....	151
Satisfacción por los pecados	152
Errores más comunes sobre la Naturaleza de la Redención	154
El mérito de Cristo.....	155
Cristo es la “causa eficiente” de nuestra salvación.....	155
Capítulo 9: El Espíritu Santo: “El Gran Desconocido”.....	156
Nombres y apelativos del Espíritu Santo.....	156
Símbolos del Espíritu Santo en la Escritura, Liturgia y vida de la Iglesia	157
El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo.....	157
El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo	158
Procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio y única espiración	161
Procede del Padre y del Hijo no por generación	162
El principio formal de la procesión del Espíritu Santo.....	162
El cristiano es templo del Espíritu Santo	162
Naturaleza de la inhabitación del Espíritu Santo	163
Reflexión sobre la tesis de A. Gálvez acerca de la inhabitación del Espíritu Santo	165
La recepción de la nueva vida “en Cristo”	166
Al nuevo modo de ser le corresponde un nuevo modo de obrar	167
La gracia de Dios es necesaria para salvarse	168
Tipos de gracia.....	169
Sin la gracia es imposible salvarse.....	169
Efectos de la gracia santificante en nuestra alma.....	171
La gracia y los sacramentos	172
Efectos del pecado mortal	173
La recuperación de la gracia.....	173
Nuestra cooperación libre con Dios. El mérito de nuestras acciones	174
Capítulo 10: Las virtudes y los dones del Espíritu Santo	176
La virtud teologal de la fe.....	177
Fe humana	177
Fe divina.....	178
La Esperanza, virtud de la alegría desbordante	184

La esperanza como actitud humana.....	184
La esperanza en la Sagrada Escritura	184
Reflexión teológica sobre la esperanza	187
Relación entre la fe y la esperanza.....	189
El objeto de la esperanza.....	189
Necesidad de la esperanza para salvarse	189
Medios para adquirir, conservar y aumentar la esperanza	190
La Providencia divina	190
Pecados contra la esperanza	190
La espera mística del Amado.....	191
La virtud sobrenatural de la caridad	193
La noción de amor en el Antiguo Testamento	194
El amor de caridad en el Nuevo Testamento	194
La caridad en los Padres de la Iglesia y en Santo Tomás	195
Reflexión teológica sobre la virtud teologal de la caridad	196
Las virtudes cardinales o morales	200
La virtud de la Prudencia	201
La virtud moral de la justicia.....	204
La virtud moral de la fortaleza.....	207
La virtud moral de la templanza	209
Conclusión	212
Los dones y frutos del Espíritu Santo	212
El Espíritu Santo, don de Dios	212
Existencia de los dones del Espíritu Santo	213
¿Qué es un “don”?	214
Diferencia entre las virtudes y los dones del Espíritu Santo	214
La finalidad de los dones del Espíritu Santo.....	215
Enumeración y función específica de cada don	216
Los doce frutos del Espíritu Santo	219
Capítulo 11: ¿Cuál es la Iglesia verdadera?	221
Una “verdad” relativa y sinfónica	221

La verdadera Iglesia	222
Las notas de la Iglesia verdadera.....	222
La Unidad.....	222
La Santidad	223
La Catolicidad	223
La Apostolicidad	223
La cristiandad está dividida en tres grupos principales.....	224
¿Por qué se usa el término “Iglesia de Cristo” para referirse también a iglesias que no son la Iglesia Católica?	225
¿Qué significa “fuera de la Iglesia (verdadera) no hay salvación?	225
La Iglesia del Anticristo	227
Capítulo 12: La resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro	228
La etapa final de la vida	228
La resurrección de los cuerpos	229
Doctrina de la Iglesia	229
Sagrada Escritura.....	230
Reflexión Teológica.....	232
La vida en el mundo futuro	234
Significado del término “cielo”	234
Vida de unión con Dios a través de Cristo Jesús.....	234
La visión beatífica	236
La felicidad celestial.....	237
El cielo como participación de la vida divina	237

Introducción

Comenzamos una nueva serie de artículos que bajo el epígrafe común de “Profundizando en nuestra fe” intentarán compendiar los elementos esenciales que hemos de aprender, guardar y transmitir dentro de nuestra fe cristiana. Como ya decía San Pablo: “*Os transmito lo que a mi vez he recibido*” (1 Cor 11:23).

Estos temas son el resultado de muchos años de charlas, cursos..., dados en las diferentes parroquias en las que he trabajado y que iban preferentemente dirigidos a un público adulto. En ningún momento obviaré ningún tema por arduo o difícil que pueda ser, siempre y cuando se considere importante para nuestra fe. Conforme se vayan desarrollando los temas, preguntas, puntualizaciones y dudas sobre los mismos serán aceptadas. Por lo que si así lo desean, podrán hacerlas ya directamente en los comentarios de cada uno de los artículos o escribiendo directamente a mi correo electrónico (lucasprados@adelantelafe.com)

Temario

Para que tengan una idea de conjunto, el esqueleto de las charlas será el siguiente: Habrá tres grandes epígrafes:

1. Nuestra fe: Desarrollo del Credo.
2. Nuestra moral: Los mandamientos.
3. Los sacramentos.

Y a modo de ejemplo, el primer apartado dedicado al Credo tendrá catorce capítulos, de entre los cuales les enumero algunos:

1. El sentido de la existencia del hombre.
2. Dios y sus perfecciones.
3. Unidad y Trinidad en Dios.
4. La Creación y los Ángeles.
5. Creación y Caída del Hombre...

Y así hasta catorce diferentes capítulos en esta primera parte. A su vez, cada capítulo nos puede ocupar dos o tres artículos.

Dado que culminar esta empresa puede tardar varios años; de hecho, yo daba estos cursos durante tres años consecutivos en periodos de ocho meses cada año, intentaré cuando finalicemos cada gran epígrafe, descansar unos meses hasta que comencemos el siguiente. Pido a Dios la gracia, la sabiduría y la constancia para poder culminar esta empresa.

Material de apoyo

Con el fin de que puedan tener una guía objetiva y práctica de los temas que iré exponiendo les hago saber que utilizaré para ello principalmente los siguientes libros:

- "*La fe explicada*" de Leo Trese¹, su posesión y lectura podrá servir de gran ayuda. Si lo desean lo pueden adquirir en las librerías o bajárselo en formato pdf desde muchos lugares (http://www.colegiosanpablweb.com.ar/la_fe_explicada.pdf). De este libro tomaré preferentemente su estructura y parte del contenido.
- "*Razones de la fe*" de Juan Antonio González Lobato², en sus tres volúmenes: fe, moral y sacramentos. Este libro no lo he encontrado disponible en formato pdf; sí se puede encontrar en librerías.

Aunque usaré otros libros en la preparación de cada tema, en cada capítulo les iré dando la bibliografía oportuna si fuera necesario.

Al mismo tiempo es conveniente proveerse de varias biblias buenas y que sean totalmente de fiar. Con el fin de que puedan comprobar qué biblias pueden ser aceptadas les dejo este link para que allí revisen las que ustedes tienen: <http://www.adelantelafe.com/biblias-en-espanol-buenas-y-malas/>

Si les fuera difícil encontrar biblias que tuvieran buenas traducciones, hay un programa gratuito para PC llamado e-sword que contiene abundantes biblias (católicas y no católicas). De entre ellas destacar: Biblia de Jerusalén (Ed. 1976), Vulgata. Y que al mismo tiempo viene con la Catena Aurea con múltiples comentarios de los Santos Padres de la Iglesia. Se lo pueden bajar desde aquí: <http://www.e-sword.net/downloads.html>

Este programa será muy útil a la hora de hacer búsquedas y el estudio comparado con las diferentes biblias que se instalen; nos obstante al ser un programa general para diferentes religiones cristianas viene con biblias que no son buenas, como: Latinoamericana, Reina Valera...: por lo que hay olvidarse de ellas.

Una vez instalado el programa E-sword, que ya viene con la Biblia de Jerusalén y la Vulgata y algunas otras, hay que añadir la versión de Nácar-Colunga y la Biblia de Navarra.

Para la Biblia versión de Nácar-Colunga (Ed 1944) se la tienen que bajar desde el link y luego incorporarla al programa e-sword: <http://esword-espanol.blogspot.com.es/2008/02/biblia-ncar-colunga-1944-n-c.html>

¹ Trese, Leo, *La fe explicada*, Ediciones Rialp, 21ª Edición, 2003, 632 páginas.

² González Lobato, Juan Antonio, *Razones de la Fe*, Editorial Magisterio Español, 1982, tres volúmenes (El Credo. Moral y Conducta. Los Sacramentos).

Para la Biblia de Navarra pueden descargarla desde el link: <http://esword-espanol.blogspot.com.es/2012/01/biblia-de-navarra-eunsa.html>

Por otro lado, como tendremos que acudir con frecuencia al Magisterio de la Iglesia es bueno que tengan a mano el Denzinger, y cuya versión en pdf pueden encontrar en este lugar: <http://www.iglesiasdeifre.com/archivos/Denzinger.pdf>

Ocasionalmente acudiremos al Código de Derecho Canónico, por lo que es bueno que tengan una copia a la mano para poderla consultar. Se lo pueden bajar desde este lugar: <http://www.iglesiasdeifre.com/archivos/Codigo%20Derecho%20Canonico.pdf>

Todos los archivos y links que se ofrecen han sido comprobados y están libres de virus.

Metodología de trabajo

En cada artículo seguiremos una metodología parecida. Primero expondremos la fe de la Iglesia sobre cada punto de estudio y luego apoyaremos esas afirmaciones con textos de la Sagrada Escritura, comentarios de los Santos Padre y enseñanza del Magisterio de la Iglesia. A lo cual le seguirá un a modo de reflexión teológica y filosófica según el caso.

La teología de base para estos artículos será siempre fiel a lo que la Iglesia enseñó durante sus veintiún siglos de existencia, huyendo del influjo modernista, historicista, protestante o de cualquier otro tipo de desviación de la Teología Católica perenne.

En cuanto a la filosofía de fondo seguiremos en esencia la Filosofía Tomista que es la que siempre defendió y aconsejó la Iglesia en sus múltiples documentos.

Capítulo 1

El Sentido de la existencia humana

El primer regalo que cada uno de nosotros recibe de Dios, aunque no el más grande, es la vida. Es por ello, que **descubrir el sentido de nuestra vida es una de las tareas más importantes** que tenemos que realizar en nuestra existencia, pues de eso dependen nuestra felicidad en la tierra y luego el premio eterno del cielo. Por otro lado, **es una tarea personal**; otras personas nos podrán orientar, ayudar, encaminar, pero al fin y al cabo, será un descubrimiento personal, pues junto a una iluminación de nuestro intelecto para conocer cuál es el sentido de nuestra existencia habrá de acompañarle una aceptación de la voluntad para seguirlo.

¡Cuántas personas deambulan sin rumbo durante gran parte de su vida! ¡Cuántas personas nunca descubren el sentido de su existencia! Hoy día, debido al materialismo reinante, al desprecio de todo lo espiritual, a la ausencia de modelos que nos inspiren para seguir el buen camino, a la falta de una Iglesia que nos enseñe claramente el rumbo..., vivir toda una existencia sin haber descubierto su sentido es lo más habitual. Y ya sabemos lo que ocurre si el hombre no descubre el sentido de su vida. Si Dios no ocupa el primer lugar en su corazón..., pronto, otras cosas vendrán a reemplazarlo, y el hombre sólo buscará ser lo más feliz posible en el único mundo que él conoce: éste.

Todo hombre puede llegar a descubrir que Dios existe

Hay dos conceptos previos que tenemos que analizar y que nos ayudarán a descubrir el sentido de nuestra vida: **la existencia de Dios y la espiritualidad del alma.**

Descubrir y conocer a Dios es el primer paso que ha de dar el hombre para encontrar el sentido de su existencia. ¿Existe Dios? ¿Es Dios un ser real o ha sido inventado por nosotros? El hombre llega a descubrir a Dios cuando se pregunta por el origen del mundo que le rodea. ¿Quién hizo este mundo? ¿Es la materia eterna o tiene un principio?

Si es intelectualmente sincero consigo mismo, pronto descubre que **la materia no es eterna**, y si ahora existe algo es porque tuvo un principio; pero ese principio del cual procede no puede ser material, pues si fuera material también habría tenido un principio, luego ha de ser espiritual.

Ese ser espiritual ha de ser especial, pues ha de ser capaz de crear (hacer algo de la nada); pues si como dice el adagio filosófico, "de la nada, nada sale". Si existe el ser y no la nada es porque lo que existe ha tenido que ser creado. Al ser que crea le llamamos "**creador**". Pero este ser espiritual que crea ha de tener además otras propiedades, y una de ellas es la **omnipotencia**.

Ahora bien, por principio, no pueden haber dos seres omnipotentes sino sólo uno, y a ese ser con capacidad de crear y que es omnipotente lo llamamos Dios. De Él procede todo cuanto existe, y sin Él no existiría nada de lo que ha sido creado: *"En él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, las visibles y las invisibles, sean los tronos o las dominaciones, los principados o las potestades. Todo ha sido creado por él y para él. Él es antes que todas las cosas y todas subsisten en él"* (Col 1: 17-18).

El hombre es capaz de descubrir por su mera razón la existencia de Dios, de un Creador (Rom 1: 20-21). Para ello, los filósofos siguen diferentes vías. Las más famosas fueron las **Cinco Vías de Santo Tomás de Aquino**³. Santo Tomás, partiendo de conceptos como la contingencia y la necesidad, el orden, la causa eficiente, el movimiento y las perfecciones, llega al descubrimiento de un Ser que es principio de todo y de quien todo depende.

El hombre puede probar con el mero uso de su razón que Dios existe; pero en cambio **nadie es capaz de probar que Dios no existe**. Es por ello que, **cuando una persona niega la existencia de Dios nunca es el resultado de un razonamiento sino un acto de la voluntad** que rechaza que Dios exista, pues no le interesa que haya alguien que pueda juzgarle y decirle lo que tiene que hacer. El hombre prefiere convertirse en su propio dios. Pero dado que esta actitud es fruto del egoísmo, del propio engaño y de la mentira, nunca puede llevar a buen término y mucho menos proporcionarnos la felicidad.

Así pues, **negar la existencia de Dios nunca es un acto del intelecto sino de la voluntad**, pues ésta ha adoptado una actitud de rechazo de Dios. El intelecto, si es honesto, descubre un Creador que es bueno, eterno, omnisciente, omnipotente. Ahora bien, **este descubrimiento no es el causante de nuestra fe. La fe es un don de Dios**, y éste se lo da a los que, conociéndole, abren su voluntad a Él y no le ponen obstáculo.

Dios, en su misericordia, ha querido venir en ayuda de los más débiles para que así pudieran fácilmente descubrirle, y con ello aceptarle y hallar el sentido de la vida. El hombre tiene capacidad para encontrarlo por las meras luces de su razón, pero muchas veces con deficiencias, limitaciones y errores, es por ello que Dios viene en ayuda nuestra a través de sus propias enseñanzas y del Magisterio de la Iglesia. El concilio Vaticano I lo definió claramente: *«La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas»*.⁴

³ <http://es.catholic.net/op/articulos/14619/cinco-vias-de-santo-tomas.html>

⁴ Vaticano I, D 1785, DS 3004. Nota: La abreviatura D es para el Denzinger; la abreviatura DS es para el Denzinger-Schonmetzer. En el artículo introductorio de esta serie ya les dije dónde podían encontrar el Denzinger. El DS lo pueden encontrar aquí: <http://www.iglesiasdeifre.com/archivos/Denzinger-Schonmetzer.pdf>. Esta versión del Denzinger tiene algunos añadidos y modificaciones respecto de la versión anterior. Por el hecho de que la numeración no coincide en ambos, hay que acudir al D o al DS según se cite en el artículo.

La creación de los seres espirituales: ángeles y hombres

La ciencia experimental moderna más heterodoxa rechaza la existencia de los seres espirituales. De hecho, suele afirmar, sin tener prueba científica alguna para ello, que el espíritu es una “evolución” de la materia. Por lo que reduce el alma del hombre a una “materia evolucionada” que adquiere ciertas facultades especiales, a saber: el entendimiento y la voluntad⁵. Es por ello, que al haber reducido el alma a materia, ésta sería corruptible, y como consecuencia de ello, una vez acontecida la muerte de la persona, no perduraría ya nada. Con la muerte acabaría todo. Como consecuencia de ello, la existencia del hombre acabaría con esta vida; y hablar de premio o castigo no tendría sentido, pues no habría nadie a quien premiar o castigar.

Como podrán entender, la consecuencia práctica de esta forma de entender el mundo y el hombre es evidente: si esta es la única vida para el hombre, fabriquémonos un paraíso en este mundo y vivamos lo mejor que podamos sin hacer daño a los demás. ¿No les es familiar esta “filosofía” de la vida? Como podrán ustedes mismos concluir, es una filosofía materialista y atea. Las conclusiones a las que llegan no son en absoluto científicas, sino que son el resultado lógico de haber rechazado en primer lugar a Dios. Al no existir Dios, eliminan también todos los seres espirituales, todo lo reducen al mundo material; y como consecuencia de ello, las conclusiones a las que llegan son lógicas pero falsas, pues han partido de presupuestos que no son verdaderos.

Frente a esa forma de pensar, nosotros los cristianos defendemos que: **Dios existe, y al conocimiento de su existencia llegamos mediante el uso de la razón y de la revelación.** También defendemos que Dios, en el culmen de su amor por las cosas creadas, no sólo creó el mundo material sino también los seres espirituales; unos seres que fueron hechos a su imagen y semejanza (Gen 1:26). Dios creó no sólo los seres materiales sino también los ángeles y los hombres.

Dios creó seres puramente espirituales: los ángeles; y también creó otros seres que eran una composición de materia y espíritu: el hombre. A estos seres, Dios les dotó de inteligencia y voluntad, para que así lo pudieran conocer y amar libremente a Él.

Los ángeles son criaturas puramente espirituales, por lo que una vez creados ya no pueden morir, ya que el espíritu es simple; al no estar formado por partes no se puede corromper. El fin principal de los ángeles consiste en adorar y servir a Dios. Al estar dotados de libertad, y por el modo de conocimiento que ellos tienen, una vez que fueron creados, sufrieron una primera u única prueba,

⁵ La ciencia debería mantenerse en su propio campo experimental y no intentar sacar conclusiones filosóficas o teológicas. Cuando la ciencia experimental invade el campo de la metafísica, de la teología y de la filosofía en general, sus conclusiones nunca serán científicas y como consecuencia dejarán de tener objetividad, entrando en el campo de la especulación sin tener pruebas ni métodos para defender ese tipo de conclusiones. Algo similar ocurre cuando la filosofía o la teología se meten a sacar conclusiones puramente científicas. Otra cosa diferente es cuando la teología o la filosofía, desde su propio campo y con sus propios métodos ilumina ciertos principios científicos. Pueden ver la relación entre la ciencia y la fe en este breve artículo: <http://www.adelantelafe.com/puede-haber-contradiccion-entre-la-ciencia-y-la-fe/>

la de aceptar o rechazar a Dios. Como sabemos por el catecismo, algunos ángeles rechazaron a Dios y desde ese momento se convirtieron en **demonios**.

Los hombres son un compuesto de materia y espíritu. El cuerpo es material, y por lo tanto está formado por partes; partes que se pueden separar, por lo que es corruptible o dicho en otras palabras, tiene una duración temporal. En cambio el alma, al ser espiritual, es simple; es decir, no tiene partes, por lo que una vez que es creada ya no puede morir. Cuando acaba la vida del hombre sobre la tierra, su alma no muere sino que sigue viviendo para siempre.

El hombre, al estar dotado de entendimiento, voluntad y libertad, es un ser responsable de sus actos, por lo que ha de dar cuenta de sus acciones a Aquél que le creó (Lc 13: 23-27; Mt 13: 47-50; Rom 2: 5-11; Apoc 22: 12).

El hombre dispone de toda su existencia en la tierra para demostrar a su Creador cuál es su actitud respecto a Él. Al final de sus días será juzgado. Aquellos que eligieron amar y servir a Dios y a sus semejantes, y rechazaron el pecado, recibirán un premio eterno (Mt 25: 31-34).

Al principio será sólo el alma quien goce de la dicha del cielo; pero como nos dice la revelación, cuando este mundo acabe se producirá la resurrección de los cuerpos, del mismo modo que resucitó el cuerpo de Cristo (1 Cor 15:4; Fil 3:21). Estos cuerpos se unirán entonces a sus propias almas para gozar del premio eterno (Apoc 21: 1-4; Fil 3: 17-21). Por el contrario, aquellos que se olvidaron de su Creador, de sus leyes y de amarlo y servirlo, recibirán un castigo que será eterno (Lc 13: 23-28).

El sentido pues de la vida humana parte del hecho de existir un Creador que lo hizo todo, nos dio un alma espiritual dotada de libertad y con la facultad de poder elegir, nos enseñó el camino del bien (Jn 14:6) **y nos pide que le respondamos a su invitación** (Jn 15:15).

Buscar el sentido de esta vida eliminando a Dios de ella, no puede llevar sino al fracaso, al vacío y a la desesperación. Para San Agustín, encontrar a Dios y el sentido de la vida fue el resultado de una búsqueda que le ocupó muchos años: "Oh verdad tan antigua y tan nueva, ¡qué tarde te conocí! ¡Qué tarde te amé!"⁶. O como él mismo también nos dice: "Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti"⁷.

No se puede, por tanto, llegar a descubrir el auténtico sentido de la existencia del hombre si se rechaza a Dios y si se niega la espiritualidad del alma. Ambos conceptos previos, que son el punto de partida de nuestro razonamiento, son la base para poder seguir nuestro estudio.

Para llegar a descubrir el sentido de esta existencia, sería bueno que respondiéramos previamente unas preguntas que considero esenciales: ¿por qué Dios creó al hombre? ¿Por qué existe el hombre? ¿Es el hombre un mero accidente biológico en medio de un mundo sin sentido? ¿Hay algún

⁶ San Agustín: http://www.corazones.org/biblia_y_liturgia/oficio_lectura/fechas/agosto_28.htm

⁷ San Agustín, *Confesiones* 1,1,1.

“diseño”? ¿Tiene algún sentido que Dios creara al hombre? La respuesta a estas preguntas nos dará una primera luz sobre el sentido de nuestra existencia.

El mero hecho de que Dios creara seres espirituales -que una vez creados ya van a existir para siempre-, nos hace pensar en un “plan” de Dios con respecto a esas criaturas.

Como nos dice la teología clásica, Dios creó al hombre, primeramente para darse gloria a sí mismo. Y es lógico, pues antes de la creación del mundo no existía nada, y dado que las obras de Dios siempre tienen un fin, y al no haber previamente nada sino solo Dios, el fin de esa primera creación es su propia gloria. Pero dado que, tanto los ángeles como los hombres están dotados de entendimiento y voluntad, son capaces de captar la bondad de las cosas creadas (Gen 1:31), apetecerlas, y desde ellas, elevarse al creador de las mismas⁸. Las cosas creadas muestran la bondad de Dios; y a través de ellas, Dios comparte su infinita bondad y alegría con nosotros. Así pues, **Dios creó para darse gloria a sí mismo, para mostrar su bondad y para compartir su alegría con nosotros.**

Ahora bien, dado que este mundo es temporal y tanto los ángeles como los hombres tienen una “semilla de eternidad”, la relación con su Creador nunca se interrumpe: ya sea para amarlo o ya para rechazarlo. Para algunos ángeles esa dicha sin fin ya comenzó al salir victoriosos de su prueba inicial; para otros, aquellos que se rebelaron contra su Creador, la vida sigue pero en el mundo de los condenados – el infierno. Y en el caso de los hombres, dado que su alma espiritual no puede morir, su existencia no puede acabar con este mundo, sino que luego deberá pasar a gozar de la dicha o del castigo eterno en el mundo venidero.

Sabiendo el hombre lo que le espera, ha de vivir esta vida orientándola continuamente hacia su Creador, para servirle, adorarlo, amarlo y darle gracias; siendo plenamente consciente de que si es fiel a Dios, acabados sus años en este mundo, Él lo tendrá para siempre junto a sí en su reino (Mt 25:34; Jn 14: 2-3).

La felicidad del cielo consistirá pues en poseer a Dios y ser poseído por Él⁹. Una unión tan perfecta que no nos podemos imaginar. Unión que por estar basada en el amor, en ningún momento será “fundirse y desaparecer el uno en el otro” como defienden el budismo y otras

⁸ San Basilio el Grande en una de las páginas iniciales de su primera homilía sobre el *Exameron*, en la que comenta el relato de la creación según el capítulo primero del libro del *Génesis*, se detiene a considerar la acción sabia de Dios, y llega a reconocer en la bondad divina el centro propulsor de la creación. «“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”. Mi palabra se rinde abrumada por el asombro ante este pensamiento» (1,2,1: *Sulla Genesi*, en *Omellie sull’Esamerone*, Milán 1990, pp. 9.11). En efecto, aunque algunos, «engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad», el escritor sagrado «en seguida nos ha iluminado la mente con el nombre de Dios al inicio del relato, diciendo: “En el principio creó Dios”. Y ¡qué belleza hay en este orden!» (1,2,4: *ib.*, p. 11). «Así pues, si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador».

⁹ Este concepto ha sido matizado a lo largo de la teología católica de muchos modos: San Agustín hablaba de la felicidad como de la “posesión de lo verdadero absoluto”. Para Santo Tomás, la felicidad consistía en la “contemplación y posesión de la verdad”. Yo le doy aquí un sentido menos filosófico o teológico y más místico.

religiones orientales, sino que seguirán existiendo el yo y el tú, el tú y el yo, para que el amor sea posible. Amado y amante se entregarán y pertenecerán el uno al otro por toda la eternidad¹⁰.

Dado que el hombre está llamado a participar de esa felicidad sin límites con su Dios, **las cosas del mundo son un mero reflejo de su Creador**, pero en ningún momento le colman ni satisfacen. El cristiano se desprende de las cosas del mundo porque no quiere tener su corazón atado (Col 3: 1-2). **En ningún momento renuncia a ellas porque sean malas (Gen 1:7.10.12.18.21.25.31), sino porque tiene su corazón fijo en quien ama y de quien recibe todo amor.** Las cosas del mundo son para un cristiano un modo de huellas que le marcan por dónde ha pasado su Amado. Como nos decía bellísimamente San Juan de la Cruz en su "Cántico espiritual":

*¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.*

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura¹¹.*

Ahora bien, Dios nunca dará a nadie algo que no quiera; y sí dará a cada uno lo que él se merezca. Es por ello que quien haya vivido esta vida sin "querer" a Dios, nunca Dios le invitará a estar con Él en el cielo, por la sencilla razón de que eso es lo que la persona deseaba en la tierra. **Para poder saber lo que Dios nos dará en la otra vida lo único que tenemos que hacer es sencillamente examinar lo que nosotros queremos en ésta.** Si amamos a Dios sobre todas las cosas podemos estar seguros que lo seguiremos haciendo en el cielo. Ahora bien, si en esta vida hemos preferido poner a Dios al margen; o dicho con palabras más directas, vivir separados de Dios, lo seguiremos estando en la vida venidera. Y esto no tiene otro significado que el infierno eterno.

La vida del hombre adquiere su sentido del fin para el cual fue creado. No hay criatura sin Creador. Y el Creador no sólo creó todo lo que existe sino que también lo mantiene y cuida a través de su providencia y de su amor.

Conociendo Dios que no todos los hombres serían capaces por sí mismos de descubrir sin error su fin último; y sabiendo también que el hombre podría ser atrapado fácilmente por las criaturas en lugar de orientarse hacia su Creador, les dio una serie de medios para ayudarle a descubrir, conocer y alcanzar este fin último para el cual fueron creados.

¹⁰ Cantar de los Cantares 7: 11: "Yo soy para mi amado y a mí tienden todos sus anhelos"

¹¹ <http://www.mercaba.org/DOCTORES/JUAN-CRUZ/poesias.htm#1> CANTICO ESPIRITUAL (CA)

Para poder, pues, alcanzar nuestro fin último que es la unión con Dios en el cielo, debemos comenzar por unirnos a Él aquí en la tierra. Ahora bien, para amar a Dios debemos conocerlo; y para amarlo y conocerlo, necesitamos los sacramentos, la vida de oración, practicar las virtudes, leer buenos libros religiosos, recibir la adecuada catequesis, practicar obras de misericordia...

¿Quién enseñará al hombre lo que debe hacer para descubrir el sentido de su existencia y así alcanzar el fin último para el cual fue creado? Primero de todo, Cristo a través de su propia persona, de sus enseñanzas y de sus sacramentos; y luego, aquéllos designados por el mismo Cristo para cumplir esta misión.¹²

Cristo, su persona y sus enseñanzas

La primera ayuda que tenemos es el mismo Cristo. Cristo nos dijo que Él era el camino, la verdad y la vida (Jn 14:6) y que sin Él no podíamos hacer nada (Jn 15:5). También nos enseñó que deberíamos permanecer unidos a Él como los sarmientos a la vid (Jn 15: 1-10) y que Él mismo era nuestra vida y la garantía de la vida eterna (Jn 6:51). Jesucristo nos enseñó que Él era la luz del mundo y el que le seguía no andaba en tinieblas (Jn 8:12).

Cristo nos dijo que nos dejaba su paz; una paz diferente a la que daba el mundo (Jn 14:27). Fue San Pablo quien añadió que Cristo mismo era nuestra paz (Ef 2:14). Él fue quien nos dio el mandamiento nuevo (Jn 13:34), los sacramentos de la vida eterna, y al mismo tiempo quien dijo a sus discípulos que siguieran haciendo eso mismo en su memoria (Mt 28:19; Lc 22:19). Y al mismo tiempo nos insistió que sus enseñanzas eran para todos los hombres y para todas las épocas (Mt 24:35), no pudiendo cambiar ni una tilde de lo enseñado (Mt 5: 18-19).

Cristo eligió a los Doce y les dio el mandamiento de perpetuar su misión

Fue el mismo Cristo quien eligió a sus discípulos para que continuaran su misma misión (Lc 6: 13-16); y luego les dijo: "Quien a vosotros oye a mí me oye. Quien a vosotros desprecia a mí me desprecia" (Lc 10:16). A ellos les dio el poder para atar y desatar (Mt 16: 19; 18:18), perdonar los pecados (Jn

¹² Si desea profundizar en estos contenidos puede acudir a:

- A. Excelente artículo/resumen de E. Valiente Fandiño sobre el fin último del hombre, en: <http://tomsdeaquino.blogspot.com.es/2011/11/el-fin-ultimo-o-la-felicidad-ultima-del.html>
- B. Santo Tomás de Aquino: Sobre el hombre y las propiedades del alma humana: **Suma Teológica** (I, qq. 75-102) y de modo más particular en los artículos siguientes de la cuestión 75: Artículo 2: La subsistencia del alma humana: <http://hig.com.ar/sumat/a/c75.html#a2>; Artículo 6: Sobre la incorruptibilidad del alma humana: <http://hig.com.ar/sumat/a/c75.html#a6>; Sobre el fin último del hombre: Suma Teológica (I-II, qq. 1-5) <http://hig.com.ar/sumat/b/index.html#c1>.
- C. San Buenaventura, "Itinerario de la mente a Dios" <http://www.disc.ua.es/~gil/itinerarium-mentis-in-deum-esp.pdf>

20:23), bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:19), seguir celebrando el Santo Sacrificio de la Misa (1 Cor 11:24). Y de un modo especial les insistió que guardaran todo lo que Él les mandó (Mt 28:20)

Para que pudieran cumplir fielmente esa misión no sólo les dio el poder sino que también les prometió la fuerza del Espíritu, el cual les traería a la memoria todo lo que Él les había enseñado y les llevaría hasta la verdad completa (Jn 16:13; Jn 14:26). Al mismo tiempo les dijo que nadie podría vencerles; incluso ni el mismo infierno (Mt 16:18). Les dio poder sobre los demonios y espíritus inmundos (Mt 10:1; Mc 6:7). Los apóstoles, pues, se transformaron por mandato de Cristo en guardianes de su rebaño (Hech 20:28).

Y para ser fieles a la misión que Cristo encomendó a su Iglesia, esta necesitaba mantener la "pureza" de las enseñanzas de su Maestro. Así pues, los apóstoles enseñaban, preservaban y transmitían con pureza y autenticidad las enseñanzas de Cristo, del tal modo que *"Todo el que se sale de la doctrina de Cristo, y no permanece en ella, no posee a Dios; quien permanece en la doctrina, ése posee al Padre y al Hijo"* (2 Jn 1:9). Insistiendo de modo especial que guardaran el depósito de la fe (2 Tim 1: 13-14), al tiempo que les hacía saber que sus palabras nunca pasarían (Mt 24:35).

Esa idea de transmitir fielmente las enseñanzas de Cristo llevó a la primitiva Iglesia a celebrar su primer concilio (concilio de Jerusalén, Hech 13), con el fin de evitar las incipientes desviaciones que comenzaban a aparecer.

La revelación divina: sus fuentes y su interpretación

Así pues, para que el hombre pudiera descubrir y alcanzar su fin último, Dios le otorgó diferentes medios, uno de ellos fue a través de su "palabra"; palabra que en teología se conoce con el nombre de "revelación". Se entiende como "revelación divina" la manifestación que Dios ha hecho a los hombres de Sí mismo y de aquellas otras verdades necesarias o convenientes para la salvación eterna (Dei Verbum, 1).

Frente al error protestante que defiende la "sola Escritura"¹³ y el "libre examen"¹⁴, la Iglesia católica siempre defendió y creyó que **las fuentes de la revelación son la Sagrada Escritura y la Tradición**¹⁵. Jesucristo confió la revelación a la Iglesia católica. **La Iglesia tiene la autoridad y la obligación de custodiarla, enseñarla e interpretarla sin error** (1 Tim 6:20; 2 Tim 1:14), lo que siempre se ha conocido con el nombre de Magisterio de la Iglesia.

¹³ <http://www.catholicapologetics.info/apologetics/protestantism/sola.htm>

¹⁴ El "libre examen" es la doctrina derivada y dependiente del principio "Sola Scriptura", en virtud del cual cada persona es juez definitivo de la correcta interpretación de la doctrina contenida en la Sagrada Escritura (lo que resulta lógico, una vez que los protestantes eliminan a la Iglesia como guardiana del depósito de la fe).

¹⁵ <http://www.mercaba.org/TEOLOGIA/COLLANTES/02%20Fuentes%20de%20Revelaci%C3%B3n%20Numeros%20113-198.pdf>

¿Qué es la Sagrada Escritura?

La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo (2 Tim 3:16). Al conjunto de los libros inspirados lo llamamos Biblia.

Las propiedades de la Sagrada Escritura son: inerrancia, veracidad y santidad (Jn 10:35). La inerrancia significa que no contiene errores en lo que atañe a nuestra salvación. La veracidad quiere decir que contiene las verdades necesarias para nuestra salvación. Y la santidad significa que procede de Dios, enseña una doctrina santa y nos conduce a la santidad.

¿Qué es la Tradición?

La Tradición es la Palabra de Dios no contenida en la Biblia, sino transmitida oralmente por Jesucristo a los Apóstoles y por éstos a la Iglesia (2 Tes 2:15). Las enseñanzas de la Tradición están contenidas en los Símbolos o Profesiones de la fe (por ejemplo, el Credo), en los documentos de los Concilios, en los escritos de los Santos Padres de la Iglesia y en los ritos de la Sagrada Liturgia.

¿Qué es el Magisterio de la Iglesia?

Así pues, la Iglesia, a través de su Magisterio recibió el poder de Cristo para transmitir sus enseñanzas y al mismo tiempo velar por la autenticidad de las mismas.

El Magisterio de la Iglesia está formado por el Papa y los obispos (siempre y cuando estén en comunión con el Papa). Los sacerdotes y diáconos forman parte del Magisterio siempre y cuando sean fieles a sus obispos. Y todos ellos, **papas, obispos, sacerdotes y diáconos son parte del Magisterio siempre y cuando se mantengan fieles a las enseñanzas de Cristo tal como fueron enseñadas por la Iglesia de siempre.**

¿Es todo lo que dicen los papas, obispos... parte del Magisterio de la Iglesia? No. Sólo cuando estos hablan de temas de **fe y costumbres** (moral) sus enseñanzas tienen autoridad magisterial. Y además, **estas enseñanzas han de concordar con lo que la Iglesia de siempre enseñó. Si un Papa y obispo enseñara cosas diferentes, sus enseñanzas dejarían de ser parte del Magisterio de la Iglesia.**

Otros conceptos básicos relacionados

Revelación pública y revelaciones privadas

La **revelación pública** acabó con la muerte del último apóstol (Dei Verbum, 4)¹⁶. Por lo que no se puede hablar de revelación pública si esta no procede de enseñanzas apostólicas.

Las enseñanzas oficiales que la Iglesia transmite **no pueden sufrir cambios con el paso de los tiempos** dependiendo de las diferentes filosofías o teologías que imperen en la Iglesia. Pero sí se puede hablar de una **profundización de las verdades reveladas**. Esta profundización sería el resultado de conclusiones lógicas y/o teológicas que procederían de verdades ya definidas como dogmáticas. Este es el caso de algunos de los dogmas marianos, la doctrina de la transubstanciación eucarística a partir del dogma de la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía, y muchos otros.

Las **revelaciones privadas** que en algunas ocasiones Dios ha hecho a santos o en apariciones, nunca forman parte del depósito de la fe. Las revelaciones privadas pueden ayudar a vivir la misma fe, si mantienen su íntima orientación a Cristo. El Magisterio de la Iglesia, al que corresponde el discernimiento de tales revelaciones, no puede aceptar, por tanto, aquellas "revelaciones" que pretendan superar o corregir la revelación pública oficial.

¿Qué es el Canon bíblico?

El Canon bíblico es el catálogo de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento que forman la Biblia y que la Iglesia ha declarado como divinamente inspirados. Son un total de 73 libros, 46 en el Antiguo Testamento y 27 en el Nuevo Testamento.

Del Antiguo Testamento se mencionan dos cánones: el canon alejandrino, formado por 46 libros y el canon palestinese, formado por 39 libros. Es curioso que Jesucristo en sus citas del Antiguo Testamento usara el canon alejandrino.

Los judíos sólo aceptan 39 libros del Antiguo Testamento, mientras que los protestantes aceptan 39 libros del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento.

¿Cuándo fue establecido el Canon de la Biblia?

Desde los primeros tiempos del cristianismo la Iglesia católica consideraba algunos escritos como "canónicos" (o inspirados) y otros los rechazó. A éstos últimos los llamó apócrifos.

¹⁶ http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651118_dei-verbum_sp.html

La palabra canónico se utilizó por primera vez en el concilio de Laodicea (360). En el canon 59 se establece que “en la asamblea no se deben recitar salmos privados o libros no canónicos, sino solamente los libros canónicos del Nuevo y del Antiguo Testamento”.

A partir del año 393 diferentes concilios, primero regionales y luego ecuménicos, fueron precisando la lista de los Libros “canónicos” para la Iglesia: Concilio de Hipona (393), Concilio de Cartago (397 y 419), Concilio de Florencia (1441). El canon definitivo se estableció y definió en el Concilio de Trento (Sesión IV, 1546; DS 1501-1504). El concilio Vaticano I precisó y definió el concepto de “la divina inspiración de los Libros Sagrados” (Sesión III, 1870, DZ 3006-3007).

¿Cómo se dividen los libros canónicos?

Los 73 libros inspirados o canónicos de la Biblia se dividen en:

- **Protocanónicos:** son aquellos libros que fueron y son considerados inspirados, sea por la religión judía, sea por la católica, como también por las Iglesias protestantes. Es decir, que su inspiración no ha sido puesta en duda por ninguna Iglesia.
- **Deuterocanónicos:** son aquellos libros de la Biblia de cuya inspiración se dudó algún tiempo o por alguna Iglesia en particular, pero que la Iglesia estableció como inspirados definitivamente en el concilio de Trento.

Son siete los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento: Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiastés, Baruc, 1º y 2º Macabeos y algunos fragmentos de Daniel y Esther. Los protestantes no aceptan estos libros.

También son siete los libros deuterocanónicos del Nuevo Testamento: Carta a los Hebreos, Carta de Santiago, 2ª de San Pedro, 2ª y 3ª de San Juan, Apocalipsis, más algunos versículos de los evangelios (Mc 16: 9-20; Lc 22:43; Jn 8: 1-11).

Las Notas y Censuras Teológicas

Se entiende como “notas o calificaciones teológicas” al grado de las verdades enseñadas por el Magisterio de la Iglesia

De fe divina: es cualquier verdad de fe en la que creemos; pero que no ha sido formalmente definida como tal por la Iglesia. Ejemplo: Dios existe. La persona que niega una verdad de fe divina es considerada como hereje.

De fe divina y católica: también conocido como **dogma**. Es cualquier verdad de fe que ha sido formalmente definida por la Iglesia como tal. Ejemplo: La Santísima Trinidad. La persona que niega una verdad de fe divina y católica es considerada como hereje.

Verdad teológicamente cierta: son ciertas verdades que se enseñan y que proceden de conclusiones lógicas y/o teológicas de los dogmas revelados. La persona que niega una enseñanza que es teológicamente cierta es considerada como que “comete un error en teología”.

Doctrina católica: Se dice que una enseñanza del Magisterio es de doctrina católica cuando ha emanado de los concilios, de documentos magisteriales... La persona que niega una enseñanza que pertenece a la doctrina católica se dice que “comete un error en la doctrina católica”.

En algunos tratados se suelen poner algunas censuras teológicas más, como por ejemplo: doctrina cercana a la herejía; doctrina temeraria (que contradice a la opinión teológica común sin suficiente fundamento); doctrina escandalosa (que podría desorientar a los fieles).

¿Cuál ha de ser la postura del fiel católico ante las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia?

El fiel católico ha de manifestar un asentimiento generoso y humilde a las enseñanzas que provienen de sus pastores legítimos. No pudiendo disentir públicamente, pues podría ser motivo de escándalo para otros; a no ser que, después de intentar hablar con sus pastores para aclarar la situación, no fueran escuchados y los motivos fueran realmente graves.

"Cuando Dios revela hay que prestarle "la obediencia de la fe", por la que el hombre se confía libre y totalmente a Dios prestando "a Dios revelador el homenaje del entendimiento y de la voluntad", y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él". (Dei Verbum, 5).

Cada vez es más frecuente oír voces disonantes, que sin tener la debida formación teológica y moral, disienten públicamente de las enseñanzas del Magisterio; lo cual puede llegar a ser una falta grave si la enseñanza de esas personas indujera a confusión o a quitar la fe de los más débiles.

Conclusión

Con esto acabamos el primer capítulo dedicado al sentido de la existencia del hombre, concluyendo con las siguientes ideas básicas:

1. Dios existe y la razón lo puede probar.
2. Dios creó al hombre y le dotó de un alma inmortal. Este alma (y más tarde también su cuerpo resucitado), acabada su existencia terrena, recibirá premio o castigo según sus acciones. El sentido de la vida del hombre procede principalmente de estos dos hechos.
3. Para que el hombre pudiera llegar a conocer el sentido de su existencia y alcanzar su fin último, Cristo nos dio: enseñanzas (revelación) y medios (sacramentos) para ello. Estas enseñanzas y medios fueron confiados a la Iglesia; la cual como depositaria de los mismos,

tiene la ayuda y la promesa del Espíritu Santo; y la obligación de mantenerlos y transmitirlos sin cambio hasta el final de los tiempos.

Capítulo 2

Dios y sus perfecciones

¿Rezamos todos los creyentes al mismo Dios?

En el capítulo precedente decíamos que el hombre puede llegar a conocer la existencia de Dios y algunas de sus propiedades mediante el mero uso de su razón. A lo largo de la historia el hombre usó diferentes modos y vías para poder llegar hasta Él; ahora bien, el grado y perfección del conocimiento que llegaron a tener de su Creador no era el mismo en todas las culturas. Es por ello que Dios, movido por su benevolencia hacia el hombre, se reveló a Sí mismo para que de ese modo pudiéramos llegar a conocerle y amarle mejor (DS 3004).

Si clasificáramos a los hombres según su relación con Dios, y simplificando mucho, los dividiríamos en los siguientes grupos:

- **Hay hombres que rechazan que Dios exista;** estos son los ateos. Aunque hoy día aquellos que se confiesan como ateos son más los ateos prácticos que los teóricos; es decir aquellos que eliminan a Dios de sus vidas porque no quieren que forme parte de las mismas. Cuestión aparte sería el caso del budismo. El budismo no es propiamente una religión sino una filosofía y una ética. Para el budista no tiene sentido preguntarse por la existencia de Dios.
- Hay hombres, especialmente en culturas más antiguas y menos desarrolladas desde el punto de vista filosófico y religioso, que descubren la existencia de **seres supremos a quienes llaman "dioses"**; atribuyéndoles a cada uno propiedades o facultades diferentes según el área humana sobre la que van a intervenir. Eso ocurrió principalmente en las culturas griegas y romanas; aunque también lo vemos en culturas egipcia, hebrea pre-abramítica, mesopotámicas, japonesa (sintoísmo)...
- Hay otros, que valiéndose de las diferentes religiones y culturas llegan a conocer la existencia de **un solo Ser supremo;** pero cuando uno empieza a indagar un poco en sus creencias descubre que ese Ser supremo no es igual en todas las religiones que se declaran monoteístas. A saber: islam, judaísmo y cristianismo.

Desde las filas cristiano-católicas y por motivos un tanto oscuros, se nos quiere hacer creer que todas las religiones monoteístas adoran al mismo Dios, lo cual es totalmente falso. Podríamos decir que atribuimos a ese Ser supremo algunas propiedades comunes, pero cuando profundizamos en el conocimiento de cada una de las religiones vemos que las diferencias son más marcadas que las semejanzas. Ese "dios" que pretenden presentarnos como Ser supremo y común a todas las religiones, más que el Dios de la Biblia sería el Gran Arquitecto predicado por la masonería, al cual se le ha despojado de los valores sobrenaturales tal como los predica la teología católica.

Poniendo una comparación un tanto burda sería algo así como decir que lo mismo da tener un coche Ford Focus, un Mercedes o un Ferrari, todos tienen cuatro ruedas, un volante y un motor. Si todos fueran iguales digámosle al propietario del Ferrari que nos lo cambie por nuestro Ford Focus a ver qué nos dice.

Es curioso también ver que los más interesados en decir que todas las religiones adoran al mismo Dios son aquellos que profesan dentro de las filas del catolicismo, única religión verdadera; y por tanto, los que más tendrían que defender la autenticidad de su religión. Si preguntamos a musulmanes o a judíos si todos adoramos al mismo Dios, rápidamente nos dirán que no. Para un judío, los musulmanes no se salvan pues son infieles que han abandonado a Yahweh; y los cristianos somos politeístas e idólatras pues tenemos tres dioses. Y si preguntamos a un musulmán, tanto los judíos como los cristianos somos infieles pues rechazamos a Alá como único Dios y a Mahoma como su profeta.

Algunas diferencias entre el cristianismo y el islam

Para el islam, según nos dice Manuel Guerra en su libro "Historia de las religiones"¹⁷, Mahoma llegó a concebir la existencia de Alá como Dios único después de haber eliminado del pueblo a todos los otros dioses que cohabitaban con Alá. Alá era el dios luna, uno de muchos dioses paganos adorados en Arabia (de ahí que los musulmanes tengan a la luna como símbolo principal y sigan el calendario lunar). Mahoma no fue el primero en adorar a Alá, de hecho Alá fue adorado por el abuelo y el padre de Mahoma, pero no lo consideraban como "el único Dios," sino que era uno entre los cientos de dioses que los árabes tenían en ese entonces. Cuando Mahoma decidió servir sólo a Alá, se deshicieron de los demás dioses y elevaron a Alá al grado de "único Dios". Alá es para el islam un Dios supremo, con ciertas propiedades similares al Dios cristiano, pero con otras que lo hacen un Dios distinto.

Tanto la Biblia como el Corán describen al Supremo Dios con atributos muy similares: Dios es el Principio y el Fin (Isaías 41:4; Surah 57:3), Todopoderoso (Jeremías 32:27; Surah 2:142-3), Omnisciente (Salmo 147:5; Surah 13:9, 6:59) y Creador (Génesis. 1; Surah 16:3-12). A pesar de esas similitudes en la fe en un mismo Dios, los cristianos y los musulmanes no concuerdan en relación a la naturaleza de Dios. Hay diferencias teológicas esenciales. A saber: La relación personal con Dios, la santidad de Dios, la naturaleza del amor de Dios y la Trinidad.

1. **Para los cristianos, el creyente mantiene una relación personal con Dios.** El nombre de "Yahweh" es en sí una revelación personal del nombre de Dios que fue dado a Moisés y que se encuentra en Ex 3:14: "Yo soy el que Soy". Este nombre resalta su naturaleza eterna, su autosuficiencia e inmutabilidad de Dios. El nombre de Yahweh proviene del verbo "ser". Por lo

¹⁷ Guerra Gómez, Manuel, "*Historia de las Religiones*", BAC 1999. Recomendamos este libro para todo aquél que quiera profundizar en el estudio de las religiones más frecuentes. Lo puede encontrar en <http://www.mercaba.org/Libros/guerra%20gomez,%20manuel%20-%20historia%20de%20las%20religiones.pdf>

tanto el nombre de Yahweh afirma que Dios está presente con su pueblo y se involucra en la vida de los humanos.

En cambio **para los musulmanes, el creyente no mantiene una relación personal con Alá.** Alá está alejado del hombre, no siendo posible ninguna relación personal con él. El Dios del islam es un Dios lejano que no interactúa directamente con sus criaturas. Es un Dios que ha predeterminado cada faceta de la vida de cada persona. Tanto la bondad de un hombre bueno como la maldad de un asesino fueron pre ordenados por Alá. Tanto el que ayuda a una anciana a cruzar la calle como el que viola a una niña están haciendo la voluntad de Alá.

2. En segundo lugar los cristianos y los musulmanes tienen **diferencias en relación a la santidad de Dios. La santidad es el atributo más frecuentemente usado para Yahweh en la Biblia.** Yahweh es Santo. El propósito que Él tiene para su pueblo es que sean santos éticamente (Lev. 11:44). La santidad se aplica a Yahweh en dos dimensiones: la trascendencia (su separación de la creación) y su separación moral del mal. La santidad de Yahweh sirve de base para la provisión del perdón y de la redención en Cristo. La santidad es el centro en la redención bíblica. La teología cristiana no separa la actividad redentora de Yahweh y su santidad. El Dios de los cristianos mantiene su santidad moral juzgando el pecado mediante el sacrificio de Cristo.

En contraste, el Corán sólo tiene dos ayas (versos) que definen la santidad de Alá. **Alá perdona por su voluntad arbitraria.** En el islam el perdón carece de principios morales. **Las personas entran al paraíso sin que sus pecados sean expiados.** No existe una relación entre la santidad y el perdón.

3. Un tercer aspecto en el que los cristianos y los musulmanes no concuerdan es en la forma de entender la **naturaleza del amor del Ser supremo. El amor de Yahweh es incondicional.** No hay nada que nos pueda separar del amor de Dios. Es más, a pesar que los humanos hemos estado en situación de enemistad con Yahweh, Dios demostró su amor mediante la muerte de Cristo (Rom 5: 8-11). La eternidad del amor en Dios está concebida en los lazos de amor que existen entre el Padre y el Hijo aun antes de la creación (Jn 17:24).

Por el contrario, **el amor de Alá es condicional y limitado.** El individuo debe hacer el bien antes de recibir el amor de Alá. El amor de Dios será la salvación de quienes creen y hacen lo que es correcto (Surah 19:96). Alá ama a quienes luchan en su causa (Surah 61; 4). El Corán enumera varias clases de personas a las que Alá no ama: los que no creen en Él, los desagradecidos, los que no siguen sus mandatos y los pródigos. El amor de Alá es temporal y no es un atributo de Dios.

4. En cuarto lugar, **la Trinidad** es la característica primordial que los cristianos hacen de Yahweh. En cambio **para el islam, la Trinidad es una aberración y un pecado que no tiene perdón** y basados en el Surah 5:77 condenan a los cristianos al fuego eterno.

Por el misterio de la Santísima Trinidad, los cristianos creen en la existencia de un solo Dios en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El islam tiene un concepto erróneo de lo que los

cristianos entienden por este misterio. Ellos creen que la Trinidad para el cristiano es: Dios, Jesucristo y la Virgen María. Para ellos Jesucristo es un profeta, pero no Hijo de Dios.

Así pues, concluyendo: **¿Adoran los musulmanes y los cristianos el mismo Dios? No.** El islam enseña que atribuir a Jesús la deidad es el peor de los pecados. Además la desconexión de Dios con su santidad y el amor temporal de Dios y condicional indican que no se está adorando al mismo Dios. También es muy lamentable que el individuo no pueda tener una relación personal con Alá. Los musulmanes no pueden llamar a Alá como Padre y además el islam condena y muchas veces con extrema violencia las enseñanzas básicas del cristianismo como son la encarnación del Hijo de Dios y su gracia redentora.

Yahweh y Alá son nombres para Dios Supremo, pero las propiedades de ambos son diferentes, por lo cual se puede decir que los cristianos y los musulmanes no adoran al mismo Dios.

Algunas diferencias entre el cristianismo y el judaísmo

Centrándonos solamente en las diferencias que existen entre el Dios judío y el Dios cristiano, diremos que básicamente radican en el rechazo que hacen los judíos de Jesucristo y de la revelación neotestamentaria.

Para un judío, Yahweh es el único Dios a quien hay que adorar. **Los judíos acusan a los cristianos de politeístas e idólatras**, pues atentamos contra el monoteísmo al aceptar en Dios tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo judío rechaza la Trinidad en Dios, y reduce su fe al Yahweh mosaico ("Dios es el que es"), desconociendo el Dios Trino y la revelación neotestamentaria en la que se nos dice que "Dios es amor" (1 Jn 4: 7-9). Es por ello que si le preguntamos a un judío si su Dios y el nuestro son el mismo, rápidamente nos dirá que no.

El Dios cristiano también es el Yahweh del Antiguo Testamento, pero junto a este Dios que comúnmente descubrimos en el Antiguo Testamento, nosotros los cristianos añadimos toda la revelación que nos trajo el mismo Jesucristo. Es por ello que el Dios cristiano es mucho más rico en atributos. Es más, valiéndonos de las mismas palabras de Jesucristo, negar a Cristo lleva consigo negar también al Padre; por lo que **no se puede decir que el Dios judío sea el mismo que el Dios cristiano, ya que los judíos niegan una verdad esencial en Dios: la Trinidad.**

En el Antiguo Testamento no se podía acusar a los hebreos de no reconocer la Trinidad en Dios, puesto que todavía no había sido revelada; pero desde que Jesucristo reveló el misterio de la Santísima Trinidad, negar este misterio lleva consigo negar también a Dios.

Aunque esta conclusión pueda parecer un tanto exagerada, examinemos las palabras que el mismo Jesucristo nos dijo al respecto: "*Nadie va al Padre sino a través de mí*" (Jn 14:6), o también: "*El Padre y yo somos uno*" (Jn 10:30). El mismo Jesucristo nos dice qué es lo que ocurrirá a quienes le rechacen: "*El que no cree en mí, ya está juzgado (condenado), porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios*" (Jn 3:18). "*Quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en*

los cielos" (Mt 10:33). "¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo el que niega al Hijo tampoco posee al Padre. Quien confiesa al Hijo posee también al Padre" (1 Jn 2: 22-23).

Si Dios sabe que una persona se va a condenar ¿por qué la crea?

Querido lector, para responder a esa pregunta hace falta tener unos conocimientos previos acerca de Dios. Así pues, tenga paciencia, lea cuidadosamente, y al final de este apartado encontrará la respuesta a esa pregunta.

Siguiendo nuestra catequesis sobre Dios Uno y sus perfecciones, y visto ya que no todo aquél que "adora" a un Ser Supremo tiene en su mente a un mismo y único Dios con las mismas propiedades, pasemos ahora a enumerar las perfecciones más sobresalientes en Dios¹⁸.

Para el estudio de las mismas, se suelen seguir diferentes vías: la teología apofática, la analogía, la teología natural o teodicea y la teología propiamente dicha.

La teología apofática

La teología apofática nos dice lo que "Dios no es". Nace del convencimiento de que es mucho más lo que desconocemos de Dios que lo que conocemos de Él. Es más verdad lo que se niega de Dios que lo que se pueda afirmar, pues Dios es infinitamente más grande y maravilloso de lo que los conceptos humanos puedan expresar. En este sentido decía Santo Tomás de Aquino: "No podemos captar propiamente lo que Dios es, sino más bien lo que no es"¹⁹. Como dice San Cirilo de Jerusalén: "En lo que se refiere a Dios es grande ciencia reconocer la propia ignorancia"²⁰.

El uso de la analogía a la hora de hablar de las perfecciones en Dios

Con todo sí es posible hablar y pensar de Dios, sobre todo a través del instrumento de la analogía. Lo que predicamos de Dios utilizando nuestros conceptos humanos es en parte ajustado y en parte desajustado. Por eso los teólogos suelen hablar de un triple modo de pensar al hacer teología:

- **Via positionis:** afirmar de Dios alguna perfección, cualidad o atributo positivo conocido por nosotros.
- **Via remotionis:** subrayar los aspectos que no corresponden estrictamente a Dios del concepto predicado en la "via positionis."

¹⁸ Para la elaboración de este apartado he seguido muy de cerca el trabajo realizado por J. A. Jorge García-Reyes, *Dios Uno y Trino*, Shoreless Lake Press, 2010.

¹⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Contra Gentiles*, I, 30.

²⁰ San Cirilo de Jerusalén, *Catechesis*, VI, 2.

- **Via eminentiae:** afirmar que lo que se predica de Dios, Dios lo tiene en grado infinito.

Por ejemplo: Si vemos la bondad en el hombre, en Dios también tiene que existir (vía positionis), pero con la diferencia de que en Él no puede haber nada malo (vía remotionis), y además esa bondad tiene que elevarse al grado infinito (vía eminentiae). De ahí concluimos que Dios es infinitamente bueno.

La teodicea y la teología

La teodicea estudia a Dios como Causa Primera de la Creación. Se alcanza su existencia y su ser necesario como explicación del mundo contingente. Se utilizan como medios de estudio, tanto la luz natural de la razón como la revelación natural (creación).

La teología propiamente dicha estudia a Dios desde el punto de vista sobrenatural: Se estudia la "intimidad" de Dios, su Ser (Dios Uno y Trino), su actividad que es amor y su relación con la historia de la salvación. Y al mismo tiempo ayuda al conocimiento natural de Dios que se obtiene a través de la razón natural, para que éste sea con certeza y sin error.

Así pues, nos encontramos ante el misterio más profundo y sublime de nuestra fe. Se intenta compaginar tres datos bíblicos clarísimos: Dios es Uno (Ex 3:14), Dios es Amor (1 Jn 4: 8.16) y Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt 28:19).

Como veíamos los días pasados, la razón llega a conocer únicamente la naturaleza de Dios como causa suprema de la naturaleza creada, sin poder penetrar en las profundidades de la divinidad. La razón natural también llega a descubrir alguno de los atributos divinos, como la omnipresencia, la eternidad, la libertad, etc...; pero es sólo a través de la revelación como se llega a profundizar en la realidad de estos atributos.

Las perfecciones de Dios

La revelación nos dice que Dios es: uno (Ex 3:14), simple (Jn 4:24), perfecto, inmutable (Sal 102: 27ss), omnisciente (Is 40:28; Sal 147:5), omnipresente (Pr 7: 23.27), infinito (DS 3001), bueno (Lc 18:19), eterno (Heb 1:12), justo (Sal 2; 110:3; 2 Tim 4:8), misericordioso (Is 54:10; Lc 1:78), amor (1 Jn 4: 8.16), verdad (Jn 17:3), omnipotente (Gen 18: 13-14; Lc 1:37). Todos estos atributos o perfecciones en Dios (y muchos más) son realmente idénticos entre sí e idénticos a su vez con la unicidad de la esencia divina²¹. Podríamos decir que Dios es una única perfección en grado infinito que contiene en sí todas las perfecciones²².

²¹ Concilio de Florencia, DS 1330: Esta tesis es dogma de fe divina y católica definida. Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, q. 3.

²² L. F. Mateo-Seco, *Dios Uno y Trino*, págs., 435-446.

Dado que se haría muy extenso hablar de las perfecciones aquí enumeradas, hablemos sólo de algunas de ellas, y además de modo muy breve.

- **Dios es uno:** Si decimos que Dios es omnipotente, deberá también ser un solo Dios, pues si existieran dos dioses ninguno de los dos sería omnipotente.
- **Dios es eterno:** Si Dios no fuera eterno, tendría principio; por lo que otro "ser anterior" lo tendría que haber creado. Dado que no podríamos seguir ascendiendo en una cadena infinita de "ser anterior", tendríamos que reconocer al final que tendría que existir un Ser supremo que no hubiera tenido comienzo, ni tampoco tenga fin, ese Ser supremo sería eterno, y a ese Ser supremo que además es eterno, lo llamaríamos Dios. Luego si reconocemos que existe Dios, este Dios ha de ser eterno.

La eternidad de Dios y el tiempo en las criaturas

Dios es eterno y en Él no hay tiempo. El tiempo es la medida de todo cambio. Por lo que si decimos que Dios es inmutable (no puede cambiar), en Él no hay tiempo, todo es presente. El tiempo comenzó cuando empezaron a existir cosas diferentes a Él; es decir en la Creación. Podemos decir que Dios creó el tiempo, pero Él está fuera del tiempo.

En cambio, los hombres vivimos sumergidos en el tiempo. Esa es la razón por la cual nos cuesta a los hombres entender la actuación de Dios cuando Éste se relaciona con las criaturas. Siempre que Dios actúa, conoce, ama, perdona, para nosotros los hombres hay un antes y un después; en cambio para Dios, todo es presente. En Dios no hay pasado ni futuro.

San Agustín nos decía que el tiempo tenía una cualidad muy curiosa y extraña, pues era difícil definir realmente lo que era. En el libro XI de las Confesiones nos dice:

"¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si, pues, el presente, para ser tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo deciros que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?"

Dios lo conoce todo y nada se escapa a su mirada

El objeto primario del conocimiento de Dios es Él mismo (1 Cor 2: 9-11; Lc 10:22). Dios se conoce a Sí mismo de modo inmediato; y ello se entiende por ser simple²³. El objeto secundario del conocimiento de Dios son todas las cosas que existen fuera de Dios (Eco 23:20; Hech 15:8). Dios conoce con absoluta certeza todas las acciones futuras libres de los hombres²⁴.

La libertad humana y la presciencia divina

El problema surge a raíz de la siguiente pregunta: Si Dios lo sabe todo, sabe que fulanito se va a condenar, entonces ¿por qué le creó? Si Dios es bueno, ¿por qué crea a una persona que sabe que se va a condenar? Eso significa que Dios no es bueno o que Dios no lo sabe todo; pero si Dios no es bueno o no lo sabe todo no es Dios. Conclusión: Dios no existe.

A esta conclusión errónea han llegado muchas personas; no sabiendo salir de ella. Pero esta pregunta tiene solución; aunque no es fácil de entender, pues hemos de “captar” que para Dios no existe el pasado ni el futuro, sino sólo el presente. Intentaremos explicar, dentro de lo que cabe, cómo este aparente dilema tiene solución.

El problema principal que tenemos los hombres para poder conjugar que Dios lo sabe todo y al mismo tiempo sabe lo que nosotros vamos a hacer libremente, se debe al hecho de que nos es imposible imaginar que para Dios no existe el tiempo. No se puede hablar que para Dios hay un antes y un después cuando ve la acción del hombre. Para Dios sólo existe el presente.

La dificultad viene de pensar que Dios progresa a lo largo de la línea del tiempo como nosotros, siendo la única diferencia que Él puede ver el futuro y nosotros no. Pero eso no es así, Dios está fuera y por encima de la línea de tiempo.

Lo que nosotros llamamos “mañana”, es visible para Él del mismo modo que aquello que nosotros llamamos “hoy”. Todos los días son “ahora” para Él. Él no recuerda que hiciéramos nada ayer; sencillamente nos ve hacerlo, porque, aunque nosotros hayamos perdido el ayer, Él no.

Él ve nuestras acciones de mañana del mismo modo, porque Él ya está en el mañana. En un sentido, Él no ve nuestras acciones hasta que las hemos hecho; pero claro, el momento en que la hemos hecho es ya el “ahora” para Él.

Entendiéndolo de ese modo, no hay problema alguno en aceptar que el hombre es libre y al mismo tiempo Dios lo sabe todo.

²³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, q. 14, a. 4.

²⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, q. 14, a.13; Vaticano I (DS 3003): “Dios conoce todo lo real: pasado, presente y futuro” y “Dios conoce desde la eternidad las acciones libres futuras de las criaturas racionales” (dogma de fe divina y católica definida).

Si Dios es bueno y nos ama, ¿por qué permite que nos ocurran cosas malas?

Ciertamente, Dios nos ama, y nos ama mucho; muchísimo más de lo que podemos imaginarnos, pues nos ama infinitamente. Pero sucede que a veces creemos que Dios no nos ama, porque no nos ama como nosotros creemos que nos debería amar.

En realidad lo que sucede es que estamos pensando igual que cuando éramos niños y nuestros padres nos causaban un dolor necesario para curar una enfermedad: una medicina desagradable, un tratamiento doloroso, etc. ¡Cómo protestábamos y nos oponíamos a esas cosas “malas”, que en realidad eran “buenas”!

Dios también es Padre. Y es un Padre infinitamente más amoroso e infinitamente más sabio que nuestros padres terrenales. Sólo Él sabe lo que más nos conviene. Y a veces las cosas que consideramos “malas” son todo lo contrario: muy buenas. Tal vez mucho mejores que las que consideramos “buenas”.

No podemos medir el proceder de Dios con medidas terrenas, sino con medida de eternidad. Dios sabe mucho mejor que nosotros lo que necesitamos (Mt 7:11). Si nuestros padres sabían lo que más nos convenía cuando éramos niños, ¿cómo no confiar en que Dios es el que sabe lo que nos conviene a cada uno! El problema es que los planes de Dios son a largo plazo, a muy largo plazo, a plazo de eternidad. Y nosotros queremos reducir a Dios a nuestro plazo que es muy corto. Queremos limitar el obrar de Dios pensando sólo en esta vida terrena.

Para poder comprender, aunque sea un poquito, los planes de Dios tenemos que comenzar a ver nuestra vida aquí en la tierra con anteojos de eternidad. Así, tal vez, podamos empezar a comprender cómo los planes de Dios sí tienen sentido y cómo las cosas que creemos “malas” no son tan malas, sino buenas.

¡Cuánto nos cuesta aceptar un sufrimiento, una enfermedad! Y en el plan de Dios mucho bien proviene del sufrimiento. Veamos a Jesucristo: su sufrimiento nos trajo la salvación. Por la muerte de Cristo todos tenemos derecho a una vida de felicidad plena y total para toda la eternidad. El sufrimiento es un misterio, y como todo misterio, no es posible explicarlo satisfactoriamente. Sólo lo comprenderemos después de esta vida. Allá en la eternidad comprenderemos los planes de Dios. Mientras tanto, confiemos en Dios, Él es el que sabe.

¿Por qué hay hombres que niegan que Dios exista?

Las razones principales de la negación de la existencia de Dios no son tanto de tipo “racional” sino vivencial y cordial²⁵. El hombre rechaza a Dios cuando no entiende su modo de proceder (por ejemplo la existencia del mal). También lo rechaza cuando no está dispuesto a aceptarlo como su

²⁵ Nótese aquí que no estamos hablando de aquellos que desconocen la existencia de Dios, sino de aquellos que conociéndola, la niegan.

Creador y a Aquél a quien tendrá que dar cuentas. Lo rechaza cuando ha decidido vivir atrapado por el demonio, este mundo y las cosas materiales; olvidándose completamente de la existencia en su interior de un alma espiritual. Como decía Cicerón en estas bellas palabras:

"En un corazón corrompido por las pasiones hay siempre razones secretas de hallar falso lo que es verdadero; él eleva del fondo de la naturaleza extraviada nubarrones, que oscurecen la inteligencia. Nos persuadimos fácilmente de aquello que amamos; y cuando el corazón se entrega al placer que seduce, la razón abandona gustosa en brazos del error que justifica"²⁶

Negar la existencia de Dios es más bien el resultado de que nuestra inteligencia se haya oscurecido extraviada por los nubarrones que enturbian nuestro corazón.

²⁶ Cicerón, *De natura Deorum*, I, 54

Capítulo 3

Unidad y Trinidad en Dios

El misterio de la Santísima Trinidad fue revelado directamente por Jesucristo. En el Antiguo Testamento encontramos lo que se ha quedado en llamar “sombras trinitarias”; pero si no hubiera sido por la revelación de Jesucristo, nunca se habría llegado al descubrimiento del misterio trinitario²⁷; de hecho, al haber negado el pueblo judío a Jesucristo como Mesías, también negaron el contenido del misterio de la Santísima Trinidad, incluso después de haber sido revelado por Jesucristo.

Las sombras trinitarias en el Antiguo Testamento

A la luz del Nuevo Testamento²⁸ se quieren ver ciertas sombras del misterio trinitario, pero que por sí mismas traen poca luz. Veamos algunos de los numerosos ejemplos: el uso del plural en “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (Gen 1:26); hablar del Espíritu de Dios en, “El espíritu de Dios se cernía sobre las aguas” (Gen 1: 1ss.), o el espíritu de Dios abre las aguas del Mar Rojo (Ex 14:21); nombrar a Dios tres veces santo en Isaías (6:3) “Santo, Santo, Santo es el Señor...”; en los textos donde aparece Dios como creador se suele referir a Él como “Padre”, pero nunca se refiere a que tenga un “Hijo” sino en el sentido de que de Él procede todo y cuida de todos los hombres como un padre (Gen 14: 19-22; Sal 90:2).

Las evidencias del Antiguo Testamento no son claras ni completamente conclusivas, con todo sí son significativas. Como dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

“La Trinidad es un misterio de fe en sentido estricto, uno de los misterios escondidos en Dios, que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto. Dios, ciertamente, ha dejado huellas de su ser trinitario en su obra de Creación y en su Revelación a lo largo del Antiguo Testamento. Pero la intimidad de su Ser como Trinidad Santa constituye un misterio inaccesible a la sola razón e incluso a la fe de Israel antes de la Encarnación del Hijo de Dios y el envío del Espíritu Santo.”²⁹

²⁷ Cfr. Vaticano I: DS 3015.

²⁸ Para comprender mejor el Antiguo Testamento sirve de gran ayuda valerse de la luz que nos trae el Nuevo Testamento. Es en el Nuevo Testamento donde se cumplen muchas de las profecías del Antiguo Testamento; y es por ello que es más fácil interpretar el Antiguo Testamento con la información extra que nos da en Nuevo Testamento. Ejemplo: Las profecías del Siervo de Yahweh (Is 52: 13-53; 53: 1-12; 42: 1-13; 49: 1-9; 50: 4-11)

²⁹ Catecismo de la Iglesia Católica, nº 237.

La revelación de la Trinidad en el Nuevo Testamento

1. **Las tres divinas Personas** aparecen nombradas a la vez en los evangelios en varias ocasiones: En la anunciación a María (Lc 1:35), durante el bautismo de Jesús en el Jordán (Mt 3: 16ss), en la transfiguración de Jesucristo en el monte Tabor (Mt 17: 1-13), durante el discurso de despedida en la Última Cena (Jn 14:26) y cuando el Señor les manda a sus discípulos que bauticen en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:19). En las cartas del Nuevo Testamento también aparece en multitud de ocasiones (1 Pe 1:2; 2 Cor 13:13; 1 Cor 12: 4ss; 2 Tes 2: 13-14; Ef 4: 4-6; Gal 4:6 y muchísimos más).
2. **Jesucristo** (Segunda Persona de la Trinidad encarnada) **llama a Dios "su" Padre** en un sentido único y exclusivo; habla de "mi" Padre y "vuestro" Padre, nunca de "nuestro" Padre (Jn 20:17). Las afirmaciones de Cristo que dan testimonio de su identidad de esencia con el Padre han de ser entendidas en sentido ontológico (naturaleza): identidad de conocimiento (Mt 11:27); unidad con el Padre (Jn 10:30); unidad de vida (Jn 5:26); Hijo unigénito del Padre (Jn 1: 14.18; 3: 16.18; 1 Jn 4:9; Rom 8:32); igualdad con Dios (Jn 5:18). Jesucristo también nos dice que el Hijo pre-existía desde el principio (Jn 1ss.) que "nadie ha visto al Padre sino el que ha venido del Padre" (Jn 1: 1.18), "antes de que Abraham existiera, era yo" (Jn 8:58), "glorifícame con la gloria que tenía antes" (Jn 17:5). Jesucristo es la Palabra del Padre (Jn 1); es distinto de la persona del Padre (Jn 1:14). Él mismo nos dice que es "Hijo de Dios (Jn 20:31), es Dios ("Yo soy", Jn 8:58), es imagen perfecta del Padre (Heb 1:3).
3. Y respecto al **Espíritu Santo**, aunque la palabra "espíritu" en algunos pasajes individuales de la Biblia significa la naturaleza espiritual de Dios, sin embargo se ve por otros muchos pasajes que se considera al Espíritu Santo como **Persona Divina diferente de la del Padre y la del Hijo**. Y lo vemos claramente en: sus actividades, pues son propias de un ser personal: enseña la verdad (Jn 14:17), da testimonio de Cristo (Jn 15:26), tiene conocimiento de los misterios de Dios (1 Cor 2:10), somos bautizados también en su nombre junto con el Padre y el Hijo (Mt 28:19). Al mismo tiempo es Dios pues tiene atributos divinos: "enseña toda la verdad" (Jn 16:13), "cubre con su sombra a María" (Lc 1:35), da la gracia del bautismo (Jn 3:5), perdona los pecados (Jn 20:22).
4. Ese Dios que es trino en Personas es **único en Naturaleza**: "No hay ningún Dios fuera del Dios único" (1 Cor 8:4); "Un solo Señor, una sola fe... un solo Dios y Padre" (Ef 4: 5-6); "Hay un solo Dios y un solo mediador" (1 Tim 2:5); "El Padre y yo somos uno" (Jn 10:30).

Significado de este Misterio

Definimos el misterio de la Santísima Trinidad como **nuestra fe en la existencia de un solo Dios en tres divinas Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo**.

Dios nos reveló en qué consistía el misterio pero no el misterio en sí mismo. En otras palabras, sabemos que hay un solo Dios en tres Personas, pero no entendemos cómo puede ser posible. Es por esa razón que le seguimos llamando "misterio". Tendremos que esperar al cielo para conocer

algo más sobre él; aquí en la tierra lo único que podemos hacer es intentar aproximarnos con la luz que nos dan la revelación, la teología y la gracia a este misterio insondable.

Una “aproximación” al Misterio Trinitario

Decimos que la Segunda Persona, el Hijo, **procede** del Padre, según una operación del entendimiento. Y que la Tercera Persona, el Espíritu Santo, **procede** del Padre y del Hijo, según una operación de la voluntad. Así pues hablamos de dos “procesiones divinas”³⁰.

Ahora bien, es necesario hacer las siguientes aclaraciones: En primer lugar que el Hijo y el Espíritu Santo no son respectivamente ni la intelección ni la volición formales divinas, ya que éstas son algo esencial en Dios, y por tanto, común a las tres divinas Personas. Por tanto, el Hijo y el Espíritu Santo son más bien el término producido por la intelección y por la volición divinas. Con todo, conviene recordar que la intelección y la volición divinas se distinguen en Dios con distinción de razón y eso es base suficiente para que puedan darse en Dios procesiones distintas bajo aspectos formales diversos, ya que en la procesión del Hijo se comunica la esencia divina en cuanto que es intelección, y en la del Espíritu Santo en cuanto que es volición.

La generación del Hijo: Decimos que el Hijo procede del Padre por vía de generación. En la carta a los Hebreos (Heb 1:3) se nos dice que Cristo es la imagen perfecta del Padre. Esa imagen es engendrada por el Padre cuando se contempla a Sí mismo. Ahora bien, esa imagen no sería perfecta si no tuviera una perfección esencial en Dios: la existencia (“Yo soy el que es” Ex 3:14). Por lo que ya tenemos al Padre, y a una segunda Persona que es distinta del Padre, pero con las mismas perfecciones -pues es su imagen perfecta-, y que es el Hijo³¹.

Por eso nos dice el Credo que el Hijo es engendrado por el Padre, no creado; y además tiene la misma y única naturaleza del Padre. Ahora bien, como en Dios no hay tiempo, no podemos decir que primero es el Padre y luego el Hijo, sino que desde toda la eternidad se produce esa generación del Padre. Y no sólo no tiene principio, sino que tampoco tiene final, pues el Hijo sigue siendo engendrado por el Padre. Desgraciadamente aquí tenemos que jugar con algo que a nosotros se nos escapa, ya que en Dios no hay tiempo. En cualquier actividad humana hay siempre un antes y un después, pero no en Dios que es un continuo presente. Por eso la Sagrada Escritura nos dice “yo lo he engendrado hoy” (Sal 2: 7; Heb 1:5).

La espiración del Espíritu Santo: Decimos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio, no por generación sino por una única espiración. La Sagrada Escritura habla

³⁰ Para todo aquél que desee conocer más, puede ver ampliamente desarrollado todo esto en: Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, q.27. a. 1ss.

³¹ Ambos son Dios, pero no dos dioses, pues la naturaleza divina sólo puede ser única por definición (si hubiera dos dioses ninguno de los dos sería Dios, pues uno no tendría lo que tiene el otro).

de que el Espíritu Santo procede del Padre y es enviado por Cristo de parte del Padre (Jn 15:26); y en otros lugares nos dice que es el Espíritu de su Hijo (Gal 4:6; Rom 8:9; Hech 16: 6-7).

Se dice que el Espíritu Santo es el "nexus duorum" (amor) del Padre y del Hijo. El amor se estructura según un yo (Padre) y un tú (Hijo) y el nexa que los une (Espíritu Santo). Ese nexa que une al Padre y al Hijo es también una Persona Divina: el Espíritu Santo. Por eso San Juan nos dice que Dios es "Amor" (1 Jn 4:8). Y así lo entendió y proclamó la Iglesia desde un principio (DS 75, 150, 168). Y del mismo modo que decíamos que no podíamos hablar de que el Hijo fuera "posterior" al Padre, también lo decimos del Espíritu Santo. Así pues, tanto la generación como la espiración en Dios, son actos que nunca tuvieron comienzo y que nunca tendrán fin, sino que se están realizando continuamente en el eterno presente de Dios.

La Santísima Trinidad y la Virgen María

La maternidad divina de María le ha vinculado estrechamente a ella con la Santísima Trinidad. María, como madre del Hijo, se relaciona con el Padre y con el Espíritu Santo. Tal como lo reza la jaculatoria que hacemos en el Santo Rosario, "María, Hija de Dios Padre, María, Madre de Dios Hijo, María, Esposa de Dios Espíritu Santo", reconocemos en la oración las íntimas relaciones entre la siempre virgen María y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Dios Padre eligió a María para ser la Madre de su Hijo Unigénito. El Hijo de María es el Hijo de Dios encarnado. San Anselmo de un modo un tanto atrevido dice: *"El Padre y la Virgen tuvieron naturalmente un Hijo común"*. Jesucristo es nacido de Dios y de María. Por tanto decir que María es Madre de Dios, es reconocer el misterio de la encarnación de Dios hecho hombre.

El Concilio de Éfeso (año 431) definió, no que María fuera madre del hombre Jesús, sino que es Madre de Dios: *"Porque no nació primeramente un hombre vulgar de la santa Virgen y luego descendió sobre él el Verbo; sino que unido desde el seno materno, se dice que se sometió a nacimiento carnal, como quien hace suyo el nacimiento de la propia carne. De esta manera, los santos padres no tuvieron inconveniente en llamar Madre de Dios a la santa Virgen"*. (DS 251).

La relación de María con su Hijo, fue en todo momento muy íntima: Ella *"dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada"* (Lc 2:7.12.16). Como madre, se preocupaba por su hijo que *"iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres"* (Lc 2:52). Es la misma preocupación que relata el evangelio después de encontrarlo en el templo a los doce años: *"Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando"* (2:41-50). Por tanto, está claramente manifiesta que las relaciones maternas eran tan palpables, que el evangelista san Marcos lo expresa escuetamente como "el hijo de María" (Mc 6,3). Los sucesos de Caná y el de la Madre al pie de la cruz son una prueba más de ello.

San Francisco de Asís entendió muy bien la relación que existía entre la Trinidad Santa y María: *"Santa María Virgen, no hay mujer alguna, nacida en el mundo, que te iguale, hija y sierva del Altísimo Rey, el Padre celestial, madre del santísimo Señor nuestro Jesucristo, esposa del Espíritu Santo..., ruega por nosotros a tu santísimo Hijo querido, Señor y Maestro"*.

Los santos Padres atribuyeron a la acción del Espíritu la santidad original de María. Ella fue convertida en nueva creatura por Él. Y reflexionando sobre los textos evangélicos, revelaron en la intervención del Espíritu Santo una acción que consagró e hizo fecunda la virginidad de María y la transformó en Tabernáculo del Señor. El relato de la Anunciación, nos muestra cómo María acoge con humildad al Hijo del Padre por obra y gracia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, es esposo de María. Ella es parte de la relación de amor que une al Padre con el Hijo, encarnado en su seno. El Espíritu Santo es también el vínculo de la alianza entre Dios y los hombres en la Iglesia. María, arca de la alianza, esposa de las bodas escatológicas entre Dios y su pueblo. María, está íntimamente vinculada al Espíritu Santo, derramado sobre ella para hacer efectiva la nueva alianza sellada en la sangre de Cristo. En el Espíritu Santo, María se une con el Padre y con el Hijo. En el Espíritu Santo, María participa de la fecundidad del Padre y de la filiación del Hijo. Esposa en el Espíritu, vínculo de unidad, sello del amor divino en su vida trinitaria y en su actuación salvadora. Madre del Hijo de Dios, hija predilecta del Padre, María es templo del Espíritu Santo. El Espíritu es el que hace de María la Esposa, haciéndola Virgen Madre del Hijo y de los hijos de la nueva alianza.

La Santísima Trinidad en la vida del cristiano

La espiritualidad del cristiano es eminentemente trinitaria, pues somos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28:19); nos santiguamos en el nombre de la Santísima Trinidad; rezamos a Dios Padre ("Padrenuestro que estás en el cielo... Mt 6: 9-13) tal como nos enseñó Jesucristo; estamos unidos a Cristo como los sarmientos a la vid (Jn 15: 1-7) de quien recibimos la vida sobrenatural (Jn 14:6; Fil 1:21) y también la vida eterna (Jn 6:51); sabemos que sin Él no podemos hacer nada (Jn 15:5); Cristo es nuestra cabeza y nosotros somos miembros del cuerpo de Cristo que es la Iglesia (1 Cor 12:27); es en Cristo como llegamos al Padre (Jn 14:6); en con Cristo, por Él y con Él como damos gloria a Dios Padre (doxologías de la Santa Misa); de tal modo que ya no somos siervos sino amigos de Cristo (Jn 15:15) e hijos de Dios en Cristo Jesús (Gal 3:26; 4: 6-7).

El cristiano es incorporado a Cristo y con Él, unido a la Trinidad, de donde recibimos la fuerza y la vida. Por el bautismo somos incorporados a Cristo (Rom 6: 3-11) y recibimos mediante el Espíritu Santo la nueva vida (Jn 3:5), del tal modo que nos transformamos en nuevas criaturas (2 Cor 5:17) y recibimos la fuerza para que nuestra oración llegue al cielo (Rom 8:26) ya que es el mismo Espíritu quien ora en nosotros. Es por la gracia santificante como nos transformamos en templos de Dios (1 Cor 3:16) y el Espíritu Santo habita en nosotros (1 Cor 3:16; 6:19). Ese Espíritu nos hace partícipes de la naturaleza divina (2 Pe 1:4), la cual nos capacita para amar como Dios ama (Jn 13:34). Es el mismo Espíritu quien nos enseña la verdad completa (Jn 14:26), nos da sus siete dones que a su tiempo producirán en nosotros los frutos de la nueva vida (Gal 5:22).

Capítulo 4

La Creación

En este capítulo intentaremos hablar de la obra de Dios fuera del Seno de la Trinidad; es decir de la creación. Hablaremos de la creación del mundo, de los ángeles y del hombre. El capítulo se dividirá en tres partes: Primero hablaremos de la creación del mundo, luego, de la creación de los ángeles, y finalmente, de la creación del hombre³².

¿Creación o evolucionismo?

Todo el universo ha sido creado por Dios

El término crear tiene muchos significados. Decimos que un pintor “crea” cuando realiza un cuadro, que una poesía es la “creación” de un poeta, etc...; pero propiamente hablando, el término crear significa **hacer algo de la nada**. Algo que no existía previamente y sin concurso de ningún tipo de materia, energía... pasa del “no ser” al “ser”.

Sólo un ser que sea omnipotente puede crear, pues ha de dar la existencia a algo que antes “era nada”. Ese poder solamente lo tiene Dios; por lo que sólo Dios puede crear.

En la Sagrada Escritura el término “crear” (bará) siempre se refiere a una acción propia de Dios. Como nos dice M. A. Tabet:

“El verbo bará aparece en la Biblia 47 veces, y siempre teniendo a Dios como sujeto de la acción, es decir, indicando una acción divina. Por otra parte, su uso implica la producción de un efecto muy singular, del todo especial, tanto porque no se señala nunca el complemento de materia de la que se habría hecho algo, como porque está siempre presente la idea de que ha surgido algo nuevo, original (Is 40:26.28; 41:20; 48: 6-7; 65:17) o se ha verificado un efecto extraordinario (Ex 34:10) o que la acción se ha realizado sin mediación humana, con la sola palabra divina o con su querer (Sal 33:9)”³³

Ahora bien, la creación no es un mero acto inicial en el que Dios da el ser a algo que no existía, sino que ha de mantenerlo también en la existencia; por lo que decimos que **Dios da el ser y mantiene**

³² Para la elaboración de este artículo he seguido muy de cerca el *Tratado de Creación y Elevación* de J. Jorge García-Reyes, Chile, 2015.

³³ M.A. Tabet, *“Introducción al Antiguo Testamento. I. Pentateuco y libros proféticos”*. Palabra, Madrid, 2004. , pág 97, nota 170.

ese ser en la cosa creada, de tal modo que dejaría de existir si Dios le retirara el acto de ser. A este mantenimiento o cuidado que Dios tiene de las cosas creadas le llamamos "providencia"³⁴.

Verdades histórico-dogmáticas que hemos de mantener

A la hora de estudiar la creación realizada por Dios hay una serie de verdades histórico-dogmáticas que cualquier católico ha de mantener. Rechazar alguna de estas verdades iría contra el dogma, y como consecuencia sería clasificada como herejía. Estas verdades son las siguientes:

1. Unicidad de Dios, frente a todos los politeísmos.
2. Por la creación conocemos al Creador.
3. La creación es obra exclusiva de Dios.
4. La bondad radical del mundo creado.
5. La creación es acto libre de Dios.
6. El tiempo fue creado por Dios con el mundo.
7. Dios es trascendente al mundo y al hombre, pues les da el ser.
8. La creación depende de Dios esencialmente pues también Dios la conserva en el ser.
9. Autonomía relativa del mundo.
10. Creación de un primer hombre y una primera mujer, a imagen y semejanza de Dios, representantes de Dios y reyes de la creación.
11. Creación del hombre en estado de justicia original: con naturaleza perfecta, dones preternaturales y sobrenaturales.
12. El mandamiento impuesto por Dios al hombre para probar su obediencia.
13. Caída en el pecado por culpa del demonio y del hombre.
14. El mal no es obra de Dios.
15. El hombre caído conserva su naturaleza, aunque debilitada, pero pierde los dones preternaturales y sobrenaturales.
16. El pecado original afecta a toda la descendencia de Adán y Eva.
17. Dios no abandona al hombre sino que le promete un Redentor.³⁵

³⁴ Dado que el apartado es de suyo muy largo, no hablaremos en esta ocasión de la providencia divina.

³⁵ Cfr. Algunas de estas proposiciones en DS 3514.

La creación en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia

1.- En la Sagrada Escritura

La Biblia no pretende enseñar datos cosmológicos, científicos o geográficos cuando habla de la creación; pero sí contiene datos históricos y teológicos verdaderos expresados en un lenguaje popular. La historia bíblica jamás se puede confundir con los mitos creacionales de otras culturas³⁶.

En la Sagrada Escritura aparece la creación no sólo en los dos primeros capítulos del Génesis, sino también en los libros proféticos:

"Así dice el Señor Dios, el que creó los cielos y los desplegó, el que asentó la tierra y cuanto surge en ella..." (Is 42: 5-6).

En los salmos:

"Cuando veo los cielos, obra de tus manos, la luna y las estrellas, que Tú has creado..." (Sal 8: 2ss.).
"Él hizo con sabiduría los cielos..." (Sal 136: 5).

En el 2º Libro de los Macabeos (7:28) se hace una precisión sobre la acción creadora de Dios, pues se dice que es "ex nihilo" (de la nada).

En el Nuevo Testamento la obra creadora de Dios aparece relacionada de modo especial con la acción redentora de Cristo (Rom 5: 18-19; 1 Cor 15:22). Se nos dice que Dios se revela en la creación (Rom 1:20), que esta creación es buena (1 Tim 4: 1-5), y que fue realizada por medio de su Hijo (Col 1: 15-20). En el libro de los Hechos de los Apóstoles se afirma de un modo expreso y claro: *"El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él..."* (Hech 17: 24ss); afirmación que también vemos en San Juan (Jn 1:3): *"Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho"*.

2.- En la Tradición

En las Actas de los Mártires se nos dice: *"Es la doctrina que nos enseña a dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos por Dios único, el que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación, visible e invisible"*.³⁷

En el Pastor de Hermas encontramos: *"Ante todo, cree que Dios es uno, y que Él creó todas las cosas y las puso en orden, y trajo todas las cosas de la no existencia al ser"*.³⁸

Y del mismo modo, los Santos Padres como San Justino, San Ireneo, Tertuliano, San Clemente de Alejandría, Orígenes, San Gregorio de Nisa, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Juan Damasceno, etc..., hablan claramente de la creación ex nihilo por parte de Dios omnipotente.

³⁶ J. Morales, *El misterio de la creación*, Eunsa, Pamplona, 1994, págs., 47-48

³⁷ *Actas de los Mártires*, ed. D. Ruiz Bueno, Madrid, 1951, pág. 312.

³⁸ *Pastor de Hermas*, Visión V, Mand. 1.

Aunque quien sistematiza y profundiza toda la teología sobre la creación es Santo Tomás de Aquino. Doctrina que aquí resumimos brevísimamente: El estudio sobre la creación impregna toda su obra: el mundo creado sale de la libre voluntad de Dios a partir de la nada, para volver a Él a través de la acción salvadora y restauradora de Cristo. Así, por ejemplo, se puede comprobar en la Primera Parte de la Summa Theologica:

1. La producción de las cosas creadas (qq. 44-46), que es una especie de teología fundamental de la creación, estudiándola en sí misma y concentrándose luego en el problema del tiempo.
2. La distinción entre las criaturas creadas (qq. 47-102): datos generales, los ángeles, la criatura puramente material y el hombre.
3. Conservación de las criaturas en el ser y gobierno divino (qq. 103-119): conservación, gobierno, influencia de unos seres creados en otros, causalidad, muerte, destino.

3.- En el Magisterio de la Iglesia

En los símbolos más antiguos aparece la figura del Padre como creador desde el principio: "Creo en Dios omnipotente... por quien todo fue hecho" (DS 2-5, 21, 22, 27, 28, 40).

Ya en el concilio de Nicea (año 325) se incluye al Hijo en la obra creadora del Padre (DS 125); idea que aparece repetida en los símbolos de los siguientes concilios (Constantinopla I y II). Acabando por atribuir a la Trinidad omnipotente, en la unidad de su esencia, el papel creador; como vemos ya en el Sínodo de Letrán (año 649).

Es en el décimo segundo concilio ecuménico (Concilio IV de Letrán, año 1215) cuando se hace una definición dogmática de las doctrinas relacionadas con la creación del universo (DS 800).

Una importancia especial en la doctrina teológica sobre la creación tienen las enseñanzas contenidas en el Concilio Vaticano I (año 1869-1870) (DS 3001-3003).

Creación y Maniqueísmo

Frente a la doctrina católica de la creación que acabamos de expresar y en la que se destaca de un modo especial la idea de que todo lo creado por Dios era bueno, el maniqueísmo defiende (hablando en términos muy genéricos) que la materia es de suyo mala.

Los maniqueos, a semejanza de los gnósticos, eran dualistas: creían que había una eterna lucha entre dos principios opuestos e irreductibles, el Bien y el Mal. Consideraban que el espíritu del hombre es de Dios pero el cuerpo del hombre es del demonio. Esto se explicaba a través de un conjunto de mitos de influencia gnóstica y zoroástrica. En el hombre, el espíritu se encuentra cautivo por causa de la materia corporal; por lo tanto, creen que es necesario practicar un estricto ascetismo para iniciar el proceso de liberación. Desprecian por eso la materia, incluso el cuerpo.

En la práctica, el maniqueísmo niega la responsabilidad humana por los males cometidos porque cree que no son producto de la libre voluntad, sino del dominio del mal sobre nuestra vida.

La doctrina maniquea, aunque rechazada y condenada por la Iglesia en muchos concilios (c. de Nicea; c. IV de Letrán, DS 800; c. de Florencia DS 951-953), dejó su rastro en algunas manifestaciones de la espiritualidad cristiana; como por ejemplo, la necesidad de renunciar a las cosas materiales para poder alcanzar la perfección. Las cosas materiales, en cuanto que son también creadas por Dios, no son de suyo malas; si un cristiano renuncia a ellas es por un bien mayor: el amor a Dios.

La creación de Dios y el problema del mal

Ya San Agustín, con la sinceridad y el desparpajo que le caracteriza nos hablaba profundamente en su libro *Confesiones* acerca del problema del mal:

*"¿Dónde está el mal? ¿De dónde proviene? ¿Cuál es su raíz, su germen? ¿De dónde procede el mal, puesto que Dios que es bueno, ha creado buenas todas las cosas?"*³⁹

¿Cómo explicar la realidad del mal si Dios es infinitamente bueno y todopoderoso? Si el mal no procede de Dios, ¿de dónde procede? Si Dios es omnipotente, ¿por qué no acaba con el mal?

Una visión atea de la realidad no es capaz de dar una respuesta satisfactoria ante el problema del mal. El problema del mal se esclarece a la luz de la revelación, y en particular, ante la realidad de Cristo.

El mal es en realidad la privación de un bien, como la oscuridad es la privación de luz o el frío la privación de calor. El mal no tiene de suyo entidad propia, sino que necesita de un bien para existir.⁴⁰

Propiamente hablando el mal es la privación de un bien debido y no la pura no existencia de un bien. Por otro lado, muchas cosas no existirían si Dios no permitiera la existencia del mal como limitación de ser. Por ejemplo: el fuego se hace del aire enrarecido; el león se alimenta y puede sobrevivir matando a la gacela; la injusticia sufrida permite la paciencia y la justicia vindicativa. Ahora bien, el mal no contribuye por sí mismo a la perfección del universo, sino accidentalmente, en razón de algún bien al que está unido.

El mal físico, que proviene de la naturaleza desordenada como consecuencia del pecado, no es querido directamente por Dios, pero lo permite para conseguir un bien superior. Ejemplo: la muerte de su Hijo en la cruz y nuestra redención.

El mal moral es el propio del hombre, el pecado. Es el que ocurre en el reino de la libertad. Propiamente es el único mal verdadero, pues Dios no lo quiere ni directa ni indirectamente. Sólo lo permite como consecuencia de habernos creado libres, y siempre buscando un bien mayor, nuestra redención (Sal 5:5; Eclo 15:20).

³⁹ San Agustín, *Confesiones*, VII, 5,7.

⁴⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 48, a. 1; De Malo, q. 1, a. 1.

El misterio de por qué el hombre a veces elige el mal en lugar del bien es porque en realidad quiere el bien al cual el mal está unido. Ejemplo: La búsqueda del placer en un acto carnal deshonesto. Ningún hombre puede querer directamente el mal, ya que el concepto de lo bueno coincide con el de apetecible, y el mal se opone al bien, por lo que es imposible que un mal, en cuanto tal, sea apetecido.⁴¹

Concluyendo pues diremos que la existencia del mal no tiene como causa a Dios, sino al pecado (Gen 1-3); que el mal no tiene causa de suyo más que en el bien, tal como nos decía San Agustín⁴² y también Santo Tomás (Summa Theologica, I^a, q. 49, a. 1).

Creacionismo versus Evolucionismo

No es este el lugar de estudiar el problema del evolucionismo. De hecho, hace varios meses escribí un artículo al respecto⁴³; ahora sólo veremos hasta qué punto son compatibles o no ambas “teorías”, y en qué sentido podríamos o no hablar de un evolucionismo compatible con nuestra fe cristiana. Sobre el tema hay una bibliografía muy extensa y totalmente de fiar.⁴⁴

La pasión con que han defendido los evolucionistas su posición se ha convertido, a veces, en una auténtica obsesión que ha llevado al silenciamiento de las críticas fundadas por parte de otros científicos o filósofos, e incluso a la falsificación o adulteración de datos científicos.⁴⁵

El problema se agravó por la falta de respeto a los límites de la propia ciencia por parte de aquéllos que participaban en el debate. En efecto, hay tres tipos de ciencias que se dedican al estudio del origen del mundo, de la vida y del hombre; a saber, la ciencia empírica, la filosofía y la teología. Cada tipo tiene su propio método, su objeto formal y sus limitaciones. Cuando estos métodos y campos se confunden, ahí es cuando se cometen graves errores. Es frecuente encontrarnos a eminentes científicos que disparatan cuando sacan conclusiones filosóficas o teológicas. Y también

⁴¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 19, a. 9.

⁴² San Agustín: “No hay otra fuente posible del mal sino el bien”.

⁴³ <http://www.adelantelafe.com/los-limites-de-la-teoria-de-la-evolucion/> También puede encontrar artículos similares en www.adelantelafe.com haciendo una búsqueda de la palabra “evolucionismo”.

⁴⁴ J. Ferrer, *Evolucionismo y Creación. Ciencias de los orígenes, hipótesis evolucionistas y metafísica de la creación*, Eunsa, Navarra 2011; M. Artigas, *Desarrollos recientes en evolución y su repercusión para la fe y la teología*, en Scripta Theologica 32 (2000), págs., 249-273; S. Collado González, *Panorama del debate creacionismo-evolucionismo en los últimos cien años en USA*, en Anuario de Historia de la Iglesia 18 (2000), págs., 41-53

⁴⁵ Fue típico el famoso fraude del “Pithecanthropus Erectus” de Java, y que en realidad se trataba de la bóveda craneal fósil de un gibón gigante y un fémur humano hallado a catorce metros de distancia. O el caso del “hombre de Piltdown” que en realidad era la unión de un cráneo del pleistoceno con una mandíbula moderna de mono que limó y coloreó. O la falsedad del famoso “hombre de PeKin”, que en realidad se reconstruyó a partir de un solo diente. Estos casos se multiplican y pueden verse en cualquier libro científico serio que hable del tema.

es frecuente encontrarnos a filósofos y teólogos que abandonan su propio campo e intentan sacar conclusiones científicas cometiendo graves errores.

Lo primero que tenemos que hacer es precisar lo que entendemos por "evolucionismo", pues normalmente hay gran confusión terminológica y muchas ambigüedades.

El evolucionismo no es: la simple afirmación de la existencia del cambio, ni la simple afirmación de la adaptación de las especies, ni la aparición sucesiva en el tiempo de formas diferentes de vida cada vez más complejas.

Por otro lado, el evolucionismo como tal no ha podido ser comprobado ni experimentado ni reproducido nunca.⁴⁶

Cuando hablamos de "evolucionismo" se trata de la hipótesis que pretende explicar la causa del origen de las especies vivas por procedencia unas de otras, desde las más simples y primitivas a las más complejas. Según el evolucionismo darwinista, las especies provienen unas de otras por sucesivas transformaciones graduales hasta llegar al hombre. Estas transformaciones se producirían por medio de mutaciones aleatorias y sólo mediante la selección natural de los organismos más aptos. En el fondo el evolucionismo es un puro materialismo pues elimina cualquier intervención sobrenatural en la creación de los seres vivos.

La multitud de lagunas que presenta la teoría de la evolución ha hecho prosperar la llamada "teoría del diseño inteligente" que surge en 1990 a partir de los trabajos de Ph. E. Johnson, quien sostuvo que la doctrina evolucionista carecía de fundamentación científica y sólo se mantenía sobre los postulados de una filosofía materialista. Alex Fraizer, un tanto socarronamente afirmaba que el evolucionismo era una "dogma" y no una ciencia. Para apoyar su opinión decía:

"La hipótesis evolucionista puede explicar cualquier cosa cambiando las variables; las jirafas sobrevivieron porque tienen el cuello largo y pastan de las copas de los árboles; las ovejas sobrevivieron porque tienen cuello corto y pueden pastar del suelo; el toro sobrevivió porque tiene cuernos para defenderse y las vacas sobrevivieron porque no los tenían; los pájaros sobrevivieron porque tienen alas, y los peces sobrevivieron porque no las tienen; las aves que vuelan sobrevivieron porque podían volar, y las que no vuelan porque precisamente no podían hacerlo".

La ciencia actual se ha hecho más humilde pues cada vez tiene más conciencia de lo que desconoce.⁴⁷

La teología y la sana filosofía podrían aceptar una explicación de la realidad con evolución (si ésta se probara científicamente) ya que ésta nunca podría obviar la necesidad de la existencia del acto divino de la creación, conservación y concurso en la actividad del ser creado. El poder infinito de

⁴⁶ Cfr. La controversia al respecto en J. Wells, *Darwinism and Intelligent Design*, Regnery Publishing, Washington, 2006, págs, 61-71.

⁴⁷ A. Fernández, *Teología Dogmática*, BAC; Madrid, pág. 494.

Dios es absolutamente necesario para que donde no hay nada en absoluto, ni vida, ni espíritu, aparezcan el ser, la vida o el espíritu. Pero este poder infinito podría haber decretado elegir un mecanismo evolutivo para la transformación y perfeccionamiento del mundo creado; aunque también podría haber elegido un mecanismo de creaciones originarias y sucesivas si así le hubiera complacido.

Nada dice la revelación sobre estos mecanismos intermedios, dejando el campo abierto a la ciencia positiva; en cambio sí que afirma la necesidad del acto creador. Ahora bien, hoy por hoy, los datos científicos que poseemos no sólo no apoyan la teoría de la evolución, sino que parece que van en contra de la misma.

Tampoco podemos caer en el error de los que defienden un creacionismo literal tal como aparece narrado en la Sagrada Escritura. Ello convertiría la Biblia en un libro de ciencias naturales, lo que no es verdad en absoluto, tal como lo afirmaron los Santos Padres y ha defendido siempre el Magisterio de la Iglesia (DS 3512-3519).

Así pues hay que insistir que, aún en la hipótesis de que se probaran los postulados del evolucionismo, éstos no afectarían a los principios teológicos del creacionismo, ni en teología ni en filosofía. Sólo un evolucionismo materialista y ateo que en absoluto puede ser científico, sino ideológico y filosófico, sería contrario a la revelación.⁴⁸ En el supuesto de que se probara el evolucionismo, sería absolutamente necesaria la intervención de Dios tanto en el origen de todo (creación), como en la aparición de la vida (la vida no puede producirse a partir de la materia) y del hombre (el espíritu no puede proceder de la materia). Son saltos cualitativos que exigen una causa omnipotente. Por el mero azar, sin una Mente y un Poder Infinitos, es imposible sostener la evolución.⁴⁹

Los ángeles, nuestros amigos del cielo

Para muchas personas, incluso cristianos de nombre, los ángeles⁵⁰ son un puro mito influjo de culturas babilónicas y persas. Para otras personas los ángeles son seres fantásticos y novelescos, a modo de mitos, sin referencia alguna a su calidad de mensajeros de Dios. Curiosamente, junto al rechazo actual a creer en los ángeles como criaturas de Dios, se asiste a un florecimiento de la demonología, brujería, espiritismo, etc...

⁴⁸ Cfr. F. J. Ayala, *La Teoría de la evolución. De Darwin a los últimos avances de la genética*, Temas de Hoy, Madrid, 1994

⁴⁹ J. A. Sayés, *Fe y Evolución*, Conferencia.

⁵⁰ Para la elaboración de este artículo he seguido muy de cerca el *Tratado de Creación y Elevación* de J. Jorge García-Reyes, Chile, 2015.

La angelología es una parte esencial de la creación de Dios y de la fe cristiana, pues nos ayuda a entender mejor el mundo sobrenatural, el origen y existencia del mal y la naturaleza de Dios y del hombre.

La existencia de los ángeles en la Biblia, Tradición y Magisterio

1.- En la Biblia

Los ángeles aparecen siempre, incluso en los libros más antiguos de la Biblia como seres reales subordinados a Dios que le alaban y obedecen. Los vemos ya en el Génesis (Gen 3:24) donde se nos dice que los querubines cierran la puerta del Paraíso, impiden el sacrificio de Isaac (Gen 22:11), son jefes de los ejércitos del Señor (Jos 5: 13-15). En los Salmos vemos a los ángeles alabando a Dios en el cielo (Sal 148:2), ejecutando su voluntad (Sal 78:49), protegiendo a sus siervos (Sal 81:11). En los libros ya más cercanos al Nuevo Testamento, vemos cómo algunos de los ángeles ya reciben nombre propio: Rafael (Tob 3: 16-17), Gabriel (Dan 8:16), Miguel (Dan 10:13).

En el Nuevo Testamento la figura angélica está presente en muchos pasajes de la vida del Señor: Anunciación (Lc 1:26ss), Sagrada Familia (Mt 2:13ss), Tentaciones de Jesús (Mt 4: 1-11), Getsemaní (Lc 22:43), Ascensión (Hech 1:19), Parusía (Mt 13:19). Y también están presentes en la Iglesia naciente: Hech 5:19; Rom 8:38; 1 Tim 3:16, los tres primeros capítulos de la Carta a los Hebreos, etc...

Entre los rasgos de su naturaleza se nos dice en la Sagrada Escritura: que son criaturas de Dios (Col 1:16), que no tienen cuerpo (Lc 20:34ss), sino que son seres espirituales (Heb 1:14), que tienen gran poder y energía (2 Tes 1:7), son inferiores a Jesús (Heb 1: 3-4), pero superiores a los hombres (Heb 2: 6-9). También se dice que algunos pecaron (2 Pe 2:4; Jn 3:8).

2.- En la Tradición

Los Santos Padres atestiguan la fe en la existencia de los ángeles al tiempo que corrigen los errores que encuentran en el mundo judío y pagano sobre este tema.

Son notables las enseñanzas de San Ireneo y San Clemente de Alejandría en su lucha contra la gnosis. Orígenes dice: *"No dudo en afirmar que en nuestra asamblea se hallan también presentes los ángeles..."* (Hom. in Lc. 23). San Juan Crisóstomo escribe: *"Los ángeles rodean al celebrante. Todo el santuario y el espacio en torno al altar se rodea de criaturas celestiales"*. San Agustín nos dice: *"Es necesario que creamos que los ángeles son criaturas de Dios y que por Él fueron hechos"*. La primera gran monografía sobre los ángeles la encontramos en el Pseudo-Dionisio en su obra "De Caelesti Hierarchia"

Los ángeles están presentes desde el principio en la liturgia cristiana.

3.- En el Magisterio de la Iglesia

Ya en los concilios de Nicea y Constantinopla I se dice que Dios creó las cosas "visibles e invisibles". Bajo ese término "invisible" se entendían los ángeles (DS 125; 150).

En el Concilio IV de Letrán se dice: "*Firmente creemos y simplemente confesamos, que uno solo es el verdadero Dios...Creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, espirituales y corporales; que por su omnipotente virtud a la vez desde el principio del tiempo creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana, y después la humana, como común, compuesta de espíritu y de cuerpo*". (DS 800)

Pío XII en la encíclica "Humanae Generis" rechaza las nuevas tendencias teológicas de aquellos que niegan que los ángeles sean criaturas personales (DS 3891).

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma claramente la existencia de los ángeles: "*La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición*".⁵¹

Así pues, la Iglesia siempre se ha opuesto a los que niegan la existencia de los ángeles. Postura que vemos en los saduceos (Hech 23:8), y ha seguido a lo largo de los siglos: con los anabaptistas (s. XVI), que veían en los ángeles una personificación del poder divino o puros hombres que tenían una especial misión divina; con los espiritismos, que afirman que los ángeles son las almas de los muertos; los materialismos, que rechazan por principio cualquier criatura que sea espiritual; los racionalismos, que rechazan toda explicación sobrenatural de la fe en los ángeles y dicen son fuerzas ocultas de la naturaleza o restos de culturas antiguas politeístas que pasaron al cristianismo.

La creación de los ángeles

La Biblia nos enseña que los ángeles fueron **creados por Dios**, pero no nos dice cuándo fueron creados. Dice Santo Tomás que conviene al orden de la creación que los ángeles fueran creados por Dios al mismo tiempo que el resto de la creación y no que existan desde la eternidad.

Santo Tomás de Aquino en la cuestión 61 de la Summa Theologica afirma que **sólo Dios pudo crear a los ángeles**, pues los ángeles son contingentes; es decir han recibido su ser de Aquél que tiene el ser por sí mismo, Dios.⁵² Al mismo tiempo nos dice que no son eternos, sino que fueron creados al mismo tiempo que el mundo corpóreo.⁵³

⁵¹ Catecismo de la Iglesia Católica, 328.

⁵² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q.61, a.1.

⁵³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 61, a.3.

En cuanto al **número de los ángeles**, Santo Tomás, basándose en Dan 7:10 dice que excede al de las sustancias materiales.⁵⁴ En otros pasajes de la Sagrada Escritura también se habla de la gran cantidad de ángeles: Mt 26:53; Heb 12:22; Apoc 5:11.

También se nos dice en la Biblia que hay **multitud de clases de ángeles**: tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados (Col 1:16; Ef 1:21), querubines (Gen 3:24), serafines (Is 6:2), arcángeles y ángeles (Jds 1:9). La jerarquía angélica se establece sobre la base de la mayor o menor aproximación a Dios en el ejercicio de los propios ministerios de cada uno de los grupos angélicos.

Dado que en los ángeles no hay materia, sino que son puro espíritu, el principio de individuación de cada uno de los ángeles no puede ser la materia (como ocurre en el hombre); es por ello que los teólogos han presentado diferentes teorías para explicarlo. Entre las más notables está la de Santo Tomás de Aquino que dice que **cada uno de los ángeles es una especie diferente**⁵⁵. El P. A. Gálvez lleva esta teoría de Santo Tomás un poco más allá y nos dice que el principio de individuación propio de los ángeles consiste en el hecho de que **cada uno es una persona diferente**, y por lo tanto con capacidad de amar, ser libre y responsable. Al igual que el alma humana separada del cuerpo sigue siendo persona, del mismo modo un ángel (que no tiene cuerpo) también lo es. Para A. Gálvez, Dios constituiría a cada ángel como persona diferente en el momento de su creación, del mismo modo que crea almas individuales diferentes para ser humano.

La naturaleza y las operaciones angélicas

En cuanto a su naturaleza, los **ángeles son espirituales** (Lc 6:18; Apoc 1:4), **inmortales y simples**.

1.- La inmaterialidad de los ángeles parece ser contradicha por las apariciones angélicas tal como se cuenta en la Biblia. En efecto, los ángeles aparecen en la Biblia no sólo con figura humana, sino también actuando como los hombres: hablando, comiendo, etc. (Tob 3:25; 5:5ss). Santo Tomás afirma que los ángeles sí **pueden tomar forma corpórea**, pues son vistos por varios sujetos a la vez; lo cual sólo es posible cuando lo que se ve está fuera del vidente. Ejemplo: los ángeles vistos por Abraham, Lot, su familia y los habitantes de Sodoma; o el caso que narra el libro de Tobías.⁵⁶ Que un ser puramente espiritual tome formas corporales no es extraño en la Biblia, también por ejemplo en las representaciones corporales del Espíritu Santo: como paloma (Mt 3:16) y como lenguas de fuego (Hech 2:3).

En cuanto a la pregunta de **¿dónde están los ángeles?** Por ser seres puramente espirituales, los ángeles no ocupan ningún espacio; pero se dice que están en un lugar cuando ejercen en él una acción. Santo Tomás nos dice que los ángeles se encuentran en un lugar, porque si están en un lugar, no pueden estar simultáneamente en otro pues su obrar es finito. Al no tener la cualidad de

⁵⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 50, a.3.

⁵⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 50, a.4.

⁵⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 51, a.2.

la cantidad "extensiva", sino "virtual", se localizan en el lugar donde actúan.⁵⁷ Así se diferencian de Dios, pues Dios no está en un lugar determinado porque Dios está en todo lugar del mundo creado por su ubicuidad y por su omnipresencia.

2.- Los ángeles son inmortales por naturaleza, pues al ser espíritus puros no se pueden dividir en partes y como consecuencia, una vez que han sido creados ya no pueden morir (a no ser que Dios les quitara la existencia). Cuando hablamos de la inmortalidad distinguimos en general tres tipos:

- a) Esencial: que es la propia de Dios, pues al ser Acto Puro, no puede dejar de existir y nadie le puede quitar la existencia.
- b) Natural: que es la propia de los seres espirituales (ángeles y el alma humana). Una vez creados ya no pueden morir, a no ser que Dios les quite la existencia (Mt 18:10).
- c) Preternatural o gratuita: que es la propia de los cuerpos bienaventurados después de la resurrección. Dios les concede por gracia ser inmortales (Lc 20:36).

3.- Los ángeles, debido a que son espíritus puros, son simples; pero no son simples al estilo de Dios, ya que en ellos hay una cierta composición, no de materia y forma (como es el caso del hombre) sino de esencia, potencia, operación, sustancia y accidentes.

4.- Las operaciones angélicas. Los ángeles están **dotados de entendimiento y voluntad** que son superiores a las de los hombres, pero infinitamente inferior a los de Dios. El hombre necesita de los sentidos para llegar a conocer las cosas; su conocimiento es gradual y deductivo. El hombre, a través de diversas operaciones va profundizando en el conocimiento de las cosas. No así los ángeles.

Los ángeles **conocen naturalmente a Dios y se conocen a sí mismos en su propia sustancia**. Dice Santo Tomás que los ángeles tienen impresa en su propia naturaleza la imagen de Dios; aunque no conocen la esencia divina de un modo natural. Los ángeles conocen también las cosas materiales a través de las "especies" infundidas por Dios en ellos al crearlos⁵⁸; pero los ángeles no conocen los secretos de Dios (1 Cor 2:11), ni tampoco el corazón de los hombres (2 Cron 6:30)⁵⁹, aunque sí que pueden intuir algo del pensamiento del corazón de los hombres por los efectos que se producen en el exterior de ellos.

En el conocimiento de los ángeles no intervienen los sentidos (pues no tienen), ni tampoco usan la composición o la división para abstraer las ideas. **Ellos reciben los conceptos junto con el poder de su inteligencia y de su voluntad cuando son creados**. El hombre extrae de lo sensible, lo inteligible que aquél contiene, en cambio los ángeles lo perciben inmediatamente, pues así fueron creados por Dios.⁶⁰ Los ángeles tampoco conocen a modo de juicio o por raciocinio, sino de modo

⁵⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 52, a.1.

⁵⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 56, a.3.

⁵⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 57, a.4.

⁶⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 55, a.2.

intuitivo. Los ángeles también conocen las cosas materiales y singulares, aunque no con la perfección como las conoce Dios.

Siendo los ángeles una inteligencia creada se discute si pueden caer en el error o no. Se dice que en el plano del conocimiento natural un ángel no puede equivocarse, pues su conocimiento ha sido impreso por Dios en el momento de crearlos; pero en cambio sí pueden errar en el conocimiento de las cosas sobrenaturales, porque ese conocimiento depende de la aceptación humilde de la revelación divina. De hecho esa es la causa por la cual algunos ángeles se rebelaron contra Dios (los demonios).⁶¹

Y en cuanto a la voluntad angélica; los ángeles tienen voluntad, pues si no, no habrían podido pecar (2 Pe 2:4). Puesto que los ángeles tienen entendimiento, son capaces de conocer el bien. El conocimiento del bien les lleva a buscarlo libremente y a amarlo o rechazarlo (como ocurre también en el hombre).

Y en cuanto al poder de los ángeles, es el más excelso de todas las criaturas debido a la naturaleza más perfecta que poseen (2 Pe 2:11); **pero los ángeles no pueden crear ni hacer milagros por sí mismos, pues ese poder sólo le pertenece a Dios.**

La elevación de los ángeles al estado de gracia

Dios dotó a los ángeles de un fin sobrenatural, la visión inmediata de Dios, y les dotó de la gracia santificante para que pudieran conseguir tal fin (Mt 18:10).

Esta idea aparece recogida por el Magisterio de la Iglesia en la bula "*Ex omnibus afflictionibus*" de San Pío V.

El Catecismo Romano también sostiene la elevación de los ángeles al estado de gracia santificante: "*Juntamente con el cielo corporal, creó Dios innumerables ángeles, que son naturalezas espirituales, para que le sirviesen y asistiesen; a los cuales, desde el primer instante de su ser, adornó con su gracia santificante, y los dotó de elevada ciencia (2 Sam 14:20) y de gran poder (Sal 103:20)*"⁶²

La prueba moral de los ángeles

En el instante que los ángeles fueron creados por Dios, tuvieron que superar una prueba inicial de aceptación o rechazo de su Creador⁶³. Algunos ángeles no superaron esa prueba y fueron constituidos en demonios y condenados para siempre al infierno (2 Pe 2:4; Jds 1:6); en cambio los

⁶¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a q. 58, a.5.

⁶² Catecismo Romano, I, 2, 17.

⁶³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 62, a.4.

ángeles que superaron la prueba fueron recompensados con la visión beatífica de Dios (Mt 18:10; 22:30; Lc 9:26).

El Catecismo Romano enseña que algunos ángeles por su culpa se convirtieron en demonios; por tanto, aunque todos los ángeles estuvieron destinados a la visión beatífica, no pudieron tenerla desde el primer momento de su creación porque la visión beatífica hace imposible el pecar.⁶⁴

La actividad de los ángeles

La misión primaria de los ángeles es la **glorificación y el servicio a Dios** (Sal 103:20); al mismo tiempo, adoran a Cristo como Dios y lo sirven como hombre (Fil 2:10; Mt 4:11). Todos los ángeles pueden hablar con Dios para recibir órdenes, o para entenderle mejor.

Los ángeles **se ayudan unos a otros** a conocer y amar más a Dios.⁶⁵ Se dice que debe existir entre ellos un modo de comunicación intelectual, tal como vemos en Is 6:3; Dan 8:16; 1 Cor 13:1: "*Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalos que retiñe*".

En cuanto a su actividad en relación con los hombres, hemos de tener en cuenta como principio básico, que ningún ángel o demonio puede afectar directamente la voluntad de los hombres. Ellos pueden **persuadir de modo intelectual, como lo haría cualquier otro hombre, tanto el entendimiento como la voluntad del hombre**. De este tema hablaremos más profundamente cuando hablemos en el próximo apartado de la posesión diabólica.

Dios envía a la tierra a algunos ángeles para realizar **misiones concretas entre los hombres** (Ex 23:20; Sal 34:8; Dan 6:23; Lc 1:26; Mt 13:41; Hech 12:11). Esta acción es una manifestación más de la providencia divina.

Respecto a la actuación de los ángeles **sobre las cosas materiales**, no hay afirmaciones explícitas de la Revelación ni del Magisterio de la Iglesia. No obstante, en la Escritura se ven algunos casos concretos: Cuando un ángel movía el agua de la piscina probática (Jn 5), o en las tentaciones de Jesús (Mt 4). Santo Tomás dice que tal acción es posible y está acorde con la ordenación de Dios, que quiere que las criaturas superiores (ángeles) ayuden a las inferiores (hombres).⁶⁶ **Los ángeles no pueden hacer milagros; pero sí pueden ser instrumentos de la divinidad para operar milagros.**

⁶⁴ *Catecismo Romano*, III, 22. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 311.

⁶⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 106, a.1, ad. 1.

⁶⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q.110, a. 1.

El ángel de la guarda

Según nos dice el catecismo tradicional, el ángel de la guarda es aquél que Dios nos da a cada uno para que nos guarde en la tierra y nos guíe hacia el cielo.

La Sagrada Escritura ya nos habla de ellos en diferentes pasajes: Gen 48:16; To 5:21; Sal 90:11; "Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 18:10); "Y ¿a qué ángel dijo alguna vez: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies? ¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?" (Heb 1:13-14)

La liturgia celebra desde el siglo XVI la fiesta de los Ángeles Custodios. El Catecismo Romano vincula la creencia en los ángeles custodios a la providencia divina:

"... la providencia divina ha designado a cada hombre desde su nacimiento, un ángel custodio para que lo cuide, lo socorra y proteja de todo peligro grave, y sea nuestro compañero de viaje..."⁶⁷

También los Santos Padres y los Escritores Eclesiásticos de la Iglesia antigua testimonian la creencia en estos ángeles. Son de digna mención: Orígenes, San Basilio, Teodoreto de Ciro, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Damasceno.

Entre las **funciones de los ángeles custodios** destacan, según Santo Tomás las siguientes: nos libran de innumerables males y peligros, tanto del alma como del cuerpo; contienen a los demonios para que no nos hagan todo el mal que ellos desearían hacernos; imploran a Dios por nosotros; ponen en nuestras almas pensamientos santos y consejos saludables; iluminan nuestro entendimiento para comprender más fácilmente ciertas verdades; nos asisten particularmente en la hora de la muerte; acompañan a sus protegidos en el purgatorio o al cielo cuando éstos mueren; iluminan las almas de los bienaventurados en el cielo.

Se dice que esta ayuda del ángel custodio la pone Dios sobre cada hombre, incluso sobre aquellos que todavía no se han bautizado. El ángel acompaña al hombre en pecado para moverle al arrepentimiento.

La angelología neomodernista

En los últimos sesenta años, como consecuencia del influjo modernista en la teología, la angelología ha sufrido también profundas desviaciones. Es curioso que por un lado se ponga a los ángeles a la altura de "mitos" de culturas antiguas, y por otro, haya un crecimiento de la demonología, el culto al demonio, los espiritismos, y fenómenos similares.

⁶⁷ **Catecismo Romano**, VII, Preámbulo de la Oración Dominical 4-5. Cfr. Nn. 1084-1087.

Podríamos dividir a aquellos que siguen este tipo de angelología en cuatro grupos:

1. Aquellos que reducen a los ángeles a puros mitos importados de otras culturas.
2. Aquellos que silencian la existencia de los ángeles y demonios. Ej.: el famoso catecismo holandés.
3. Aquellos que quieren darle un giro antropológico al más puro estilo neomodernista. Este es el caso del famoso teólogo herético Karl Rahner, quien llega a decir que la creencia en los ángeles tiene su origen en restos de antiguas creencias del pueblo cananeo. En su último artículo sobre los ángeles, Rahner afirma que para resolver el problema de la angelología, no lo hará a partir de la Escritura, de la Tradición o del Magisterio, sino que se quedará en un nivel formal de la hermenéutica y de la metodología (¿? Si ustedes entienden esto me lo explican). Acaba diciendo que no opta ni por la doctrina tradicional, ni por los que la niegan o la ponen en duda, confiando la solución de la cuestión al futuro de la fe y de la teología.⁶⁸
4. Y por último, aquellos que centran exclusivamente la angelología en su relación con la historia de la salvación del hombre, olvidándose de la esencia de los ángeles, en cuanto que son la parte más perfecta del universo creado por Dios.

En resumen, la angelología actual neomodernista, o bien rechaza a los ángeles, pues los reducen a puro mito (lo cual es herético) o hacen un estudio difuso de los mismos sin precisar realmente su naturaleza, su obra... Por otro lado, estas angelologías critican a la angelología escolástica pues dicen que es puramente filosófica y carece de raíces bíblicas y de la tradición.

La angelología moderna es injusta con el método escolástico. Es suficiente acudir a Santo Tomás de Aquino y estudiar su angelología para comprobar sus abundantes citas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

El demonio y su relación con el hombre

Como veíamos al hablar de la creación de los ángeles, todos los ángeles fueron creados por Dios. Al principio de su existencia sufrieron una prueba moral y algunos de ellos se rebelaron contra Dios, desde ese momento se transformaron en demonios. Esta es una verdad de fe.⁶⁹

Los ángeles tienen una inteligencia y una voluntad muy elevadas, ¿cómo explicar que algunos cayeran en el pecado? ¿De qué clase de pecado se trató?

⁶⁸ Karl Rahner, *Ángel*, en "Sacramentum Mundi", I, col. 158

⁶⁹ J. Ibáñez y F. Mendoza, *Dios Creador y Enaltecedor*, Ed. Palabra, Madrid, 1988, pág. 118. Cfr. también L. Ott, *Manual de Teología Dogmática*, Ed. Herder, Barcelona 2009, pág. 199.

El origen del demonio

1.- La Sagrada Escritura se refiere a la caída de algunos ángeles en el pecado, lo que les convirtió en demonios. Los lugares más claros son:

2 Pe 2:4: *"Pues si Dios no perdonó a los Ángeles que pecaron, sino que, precipitándolos en los abismos tenebrosos del Tártaro, los entregó para ser custodiados hasta el Juicio"*.

1 Jn 3:8: *"Quien comete el pecado es del Diablo, pues el Diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo"*.

Mt 25:41: *"Entonces dirá también a los de su izquierda: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles'"*.

Jds 1:6: *"Y además que a los ángeles, que no mantuvieron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los tiene guardados con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran Día"*.

2.- Los Santos Padres tratan con frecuencia del pecado de los ángeles, aunque difieren a la hora de determinar la clase de pecado que cometieron.

San Agustín: *"Algunos ángeles cuyo jefe es el llamado diablo, por su libre albedrío huyeron del Señor Dios"*.⁷⁰

San León Magno: *"La verdadera fe católica profesa que es buena la sustancia de todas las criaturas, tanto espirituales como corporales, y que nada es malo por naturaleza: porque Dios, que es creador de todo, todo lo hizo bueno (no hizo nada malo). Y por eso el diablo sería bueno si hubiera permanecido en el estado en que fue hecho. Mas como usó mal su excelente naturaleza y no se mantuvo en la verdad..., se apartó del sumo bien al que debía adherirse"*.⁷¹

3.- El Magisterio de la Iglesia habla en multitud de ocasiones de la caída de los ángeles.

Lo vemos en las refutaciones que hace del maniqueísmo, que consideraba que el demonio era malo desde el principio de su creación (rechazado en el concilio de Braga, DS 457).

El concilio IV de Letrán contra el dualismo gnóstico-maniqueo de los cátaros y albigenses (DS 800).

El papa Inocencio II en su profesión de fe contra los valdenses (DS 797)

El catecismo de la Iglesia Católica hace un resumen del origen del mal y del pecado: *"La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (2 Pe 2:4). Esta caída consiste en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta*

⁷⁰ San Agustín, *De Correptione*, P. L. 44, 932.

⁷¹ San León Magno: *Epistola*, 15, P. L. 54, 683.

rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: 'Seréis como dioses' (Gen 3:5). El diablo es 'pecador desde el principio' (1 Jn 3:8) y 'padre de la mentira' (Jn 8:44)".⁷²

4.- Reflexión teológica. Tal como nos dice el Pseudo-Dionisio, los demonios fueron creados por Dios como ángeles buenos, pero se convirtieron en tales por su propia culpa.⁷³

Según nos dice Santo Tomás, "los demonios son sustancias espirituales creadas por Dios, y en cuanto a su naturaleza no pudieron ser creados naturalmente con inclinación al mal".⁷⁴ Los ángeles, en cuanto que son criaturas, tenían posibilidad de pecar. Sólo la voluntad divina es impecable. En las demás criaturas libres, la posibilidad de no pecar es un don de la gracia, y no una condición natural.⁷⁵ Del mismo modo decimos, que los ángeles no tuvieron la visión beatífica desde el inicio de su creación, sino que ésta vino como don a resultas de superar la primera prueba. De hecho, si hubieran tenido la visión beatífica desde el principio no habrían podido pecar.

En cuanto al **tipo de pecado cometido por los primeros ángeles**, durante los tres primeros siglos se decía que había sido un pecado **de envidia** del hombre. Así lo defendieron San Ireneo, San Gregorio de Nisa. Poco a poco se fue haciendo más común decir que fue un pecado **de orgullo**: "Pondré mi trono frente a Dios, y seré semejante al Altísimo", y así lo afirman San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría. San Agustín afirmaba que el pecado de los ángeles fue de orgullo basándose en Eclo 10: 14-15 y Tob 4:14. Sacaba esa conclusión haciendo el siguiente razonamiento: "Algunos afirman que el diablo cayó del trono superior porque tuvo envidia del hombre hecho a imagen de Dios. Pero la envidia sigue a la soberbia, no la precede".⁷⁶ Santo Tomás termina de matizar este pecado diciendo que fue un pecado de soberbia al pretender ser semejantes a Dios; una vez cometido este primer pecado de soberbia, podrían haber cometido también el de envidia del hombre, por el hecho de que Jesucristo se hizo hombre y no ángel.⁷⁷

En cuanto al número de los ángeles caídos, nos dice Santo Tomás que fueron muchos; aunque fueron más los que permanecieron fieles.⁷⁸

Sobre la existencia, naturaleza y acción del demonio

La realidad de la existencia del demonio es manifiesta en toda la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis. A Jesucristo lo vemos en muchas ocasiones enfrentándose con el demonio. El demonio

⁷² Catecismo de la Iglesia Católica, n. 392.

⁷³ Pseudo-Dionisio Areopagita, *De Divinis Nominibus*, 4, par. 23, en P. G., 3, 724.

⁷⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 63, a. 4.

⁷⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 63, a. 1.

⁷⁶ San Agustín: *De Genesi ad Litteram*, lib. XI, c. XIV en P. L., 34, 436.

⁷⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 63, a. 3.

⁷⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 63, a. 8.

actúa en este mundo y su presencia es bien patente en muchas situaciones.⁷⁹ El mismo Jesucristo nos dice que el demonio luchará por **destruir la Iglesia**, pero no lo conseguirá (Mt 16:18).

El mismo papa Pablo VI habló del **humo de Satanás que se había infiltrado en la Iglesia**,⁸⁰ al tiempo que acusaba a aquellos que niegan su existencia:

*"El mal que existe en el mundo es el resultado de la intervención en nosotros y en nuestra sociedad de un agente oscuro y enemigo, el Demonio. El mal no es ya sólo una deficiencia, sino un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesial todo aquel que rehúsa reconocerla como existente; e igualmente se aparta quien la considera como un principio autónomo, algo que no tiene su origen en Dios como toda creatura; o bien quien la explica como una pseudo-realidad, como una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desgracias".*⁸¹

El demonio fue **vencido definitivamente por Jesucristo** en su Pasión y Resurrección, sin embargo se le ha concedido todavía poder (Ap 13:7), de tal modo que su acción durará hasta el fin de los tiempos, cuando será definitivamente arrojado al infierno (profecías del Apocalipsis). Así pues, desde la Resurrección de Jesucristo hasta su Segunda Venida habrá una lucha contra Satanás (Hech 5:3; 1 Tes 2:18). Los demonios forman un ejército rebelde a Dios, cuyo objetivo es hacer esclavos a los hombres (1 Jn 2:8.10; 3:8); pero el demonio es impotente ante el poder de Dios y será derrotado por el Cordero y su Esposa (la Iglesia) (Apoc 18-22).

El demonio **ha recibido muchísimos nombres en la Biblia**, recogemos aquí algunos de ellos: Satanás (Ap 12:9; Jb 1: 6ss.), Diablo (Ap 12:9; Jn 8:44), Demonio (Mt 7:22; Mc 1:34; Lc 4:41), Legión (Mc 5:9), Príncipe de este mundo (Jn 12:31; 14:30; 16:11), Príncipe de los demonios (Mt 9:34; 12:24; Mc 3:22; Lc 15:15), Beelzebub (Mt 10:25; 12:27; Mc 3:22; Lc 11: 15.18ss), Mentiroso (Jn 8:44; 1 Jn 2:22), Padre de la mentira (Jn 8:44), Pecador desde el principio (1 Jn 3:8), Tentador (Mt 4:3; 1 Te 3:5), Maligno, Malo (Mt 5:37; Jn 17:15; 1 Jn 5: 18ss; Ef 6:16), Espíritus malignos (Hech 19: 12ss; Mt 12:45; Lc 7:21; Ef 6:12), Espíritus inmundos o impuros (Mt 12:43; Mc 1:26; 9:24; Lc 9:42), Homicida desde el principio (Jn 8:44), Señor de la muerte (Heb 2:14), Dragón (Ap 12:9), Serpiente antigua (Ap 12:9; Ge 3: 1ss), Belial (2 Cor 6:15), Enemigo o Adversario (Mt 13:39; Za 3: 1ss.), Dios de este mundo (2 Cor 4:4), Poder de las tinieblas (Lc 22:53; Col 1:13), Seductor del mundo entero (Ap 12:9), Ángel de Satanás (2 Cor 12:7), Acusador (Sal 109:6; Ap 12:10).

A pesar de ello, hay en la actualidad sectores de la teología que afirman que el demonio no es un personal, o simplemente dicen que no existe. Este es el caso de R. Bultmann que reduce ángeles y demonios a puros mitos. Para Bultmann el pecado y el demonio son sinónimos. Es decir, cuando uno peca, uno se convierte en demonio.

⁷⁹ Este extremo, se puede comprobar con abundante bibliografía en J. A. Sayés, **El demonio, ¿realidad o mito?**, San Pablo, Madrid, 1997; Id.: **Pecado original y redención de Cristo**, Madrid, Edapor, 1988.

⁸⁰ Pablo VI, 29 de junio 1972, en ocasión su noveno aniversario de su coronación.

⁸¹ Alocución de Pablo VI, del 15 de noviembre de 1972.

Frente a los teólogos que niegan la existencia del demonio como ser personal, Pablo VI tuvo que intervenir (16 noviembre 1972) y decir que **el demonio existe y es un ser personal**; que no es co-principio con Dios; que no es un mito o personificación de un concepto, sino una realidad patente que actúa sobre los hombres. Posteriormente el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 391, vuelve a enseñar la doctrina correcta:

"La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser a un ángel caído, llamado Satán o diablo... la Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno creado por Dios".

Castigo eterno de los ángeles malos

Es una verdad de fe que, así como la bienaventuranza de los ángeles buenos es eterna (Mt 18:1), el castigo de los ángeles malos también lo es.⁸²

Esta realidad la vemos enseñada en la Sagrada Escritura cuando se nos habla del "fuego eterno" (Mt 25:41); o cuando se nos dice "el diablo fue arrojado al lago de fuego y azufre..., y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Apoc 20:10).

El Magisterio de la Iglesia, condenó la **herejía de la apocatástasis final** (retorno final de todos los pecadores, incluido el demonio, a la armonía del principio con Dios). Esta herejía fue el resultado de una interpretación errónea de Hech 3: 21: "A Jesús, a quien es preciso que el cielo lo retenga hasta el tiempo de la restauración de todas las cosas, de las que Dios habló por boca de sus santos profetas desde antiguo". Esta tesis tuvo seguidores entre algunos Santos Padres y escritores eclesiásticos: Orígenes, San Gregorio de Nisa, Evagrio Póntico; pero la doctrina de la obstinación perpetua de los demonios y de su eterna condenación fue siempre sostenida por los Santos Padres desde un principio,⁸³ y luego condenada repetidamente en diferentes concilios: C. de Constantinopla II (DS 433), C. IV de Letrán (DS 801), constitución Benedictus Deus (DS 1002).

En la actualidad, debido a lo que se ha llamado "**la teologías de la bondad**", algunos teólogos supuestamente católicos, están haciendo renacer esta herejía de nuevo, afirmando que las penas infernales no son eternas, o que el infierno no existe (Schillebeeckx), o si existe, estaría vacío; pues consideran que la eternidad de las penas del infierno estarían reñidas con la infinita bondad de Dios. Así piensan Teilhard de Chardin, Karl Rahner, H. U. von Balthasar.

Frente a esto, tenemos la enseñanza de siempre de la Iglesia, ahora remozada y profundizada por A. Gálvez quien dice literalmente en su obra "El amigo inoportuno"⁸⁴ :

⁸² J. Ibáñez y F. Mendoza, *Dios Creador y Enaltecedor*, Ed. Palabra, Madrid, 1988, pág. 128.

⁸³ Rouet De Journal: *Enchiridion Patristicum*, ind. theol. n. 594-596.

⁸⁴ Transcribimos gran parte de la cita por la importancia de la misma y la dificultad de resumirla en cuatro líneas.

"Porque el concepto de condenación, debido a sus justas y evidentes connotaciones negativas, tiende a dejar en un segundo plano la realidad en la que radica su verdadera esencia, la cual consiste precisamente en el rechazo de un amor que previamente se había ofrecido a sí mismo para ser aceptado...

La condenación, por lo tanto, es la situación a la que se llega cuando el Amor, que se había ofrecido de una manera libérrima, total y definitiva, es rechazado también de una manera libérrima, total y definitiva. Dentro de este planteamiento, hay que reconocer que la palabra condenación implica unas connotaciones negativas -de castigo y penalización vindicativa- que, aunque verdaderas, pueden impedir una visión serena del problema. Podría decirse, empleando un lenguaje quizá no demasiado preciso pero verdadero, que no se trata tanto de un castigo cuanto de poner las cosas en su lugar: **el condenado recibe lo que quiere, y es puesto para siempre en la situación que él ha elegido libremente y que continúa eligiendo.** En este sentido se trata menos de decretar un castigo que de llevar a cabo un acto de justicia. El desenfoque, y consiguiente rechazo, del concepto de condenación, son la consecuencia de la corrupción del concepto de amor...

Así se comprende mejor el sentido teológico de la pena de daño, que es lo verdaderamente característico del infierno. La pena de daño no es sino la privación del Amor, pero acompañada por la conciencia de que tal situación es para siempre e irreversible, y de que ha sido libremente elegida además -sigue siéndolo en este instante- por el condenado. **El infierno es para siempre en la misma medida en que el amor ha sido rechazado para siempre y definitivamente.**

Puede decirse, en cierto modo, que la eternidad del infierno es más el resultado de la voluntad humana que de la divina. Por eso Dante, que además de ser altísimo poeta poseía un profundo sentido teológico, leyó en las puertas del infierno la inscripción que nos ha transmitido en su inmortal poema:

La Justicia movió a mi supremo Autor.

*Me hicieron la divina potestad, la suma sabiduría y el amor primero.*⁸⁵

De manera que el infierno y su eternidad, que tanto escandalizan a las teologías de la bondad, solamente pudieron ser hechos por un Supremo y Primer Amor que decidió ofrecerse y entregarse al hombre. Sólo el Perfecto Amor, entregándose en totalidad, y por lo tanto también para siempre, es susceptible de recibir un rechazo perfecto, que es lo mismo que decir total y definitivo. Una vez más nos tropezamos con la reciprocidad absoluta del amor. **Por eso la eternidad del infierno no es sino la otra cara de un amor perfecto que, habiéndose ofrecido en totalidad y para siempre, ha sido rechazado también en totalidad y para siempre.** La perfección del Amor la pone Dios, mientras que la totalidad del rechazo (y por lo tanto la eternidad del infierno) la pone el hombre; que se hace así capaz de una obra de eternidad precisamente porque le ha sido ofrecido un amor de eternidad. En este sentido, el

⁸⁵ Dante, La Divina Comedia, **Infierno**, Canto III.

*infierno es obra del poder de Dios en cuanto que solamente Él pudo ofrecerse de esa manera. Pero, una vez que el hombre ha rechazado definitivamente el Amor, el infierno no es sino la eclosión de esa situación”.*⁸⁶

¿Pueden los demonios arrepentirse y volver a ser ángeles buenos?

No. El hombre, durante su vida mortal, puede cambiar; de hecho la conversión a Dios es una realidad frecuente en la vida del hombre. No así los ángeles. Debido a su modo de conocer, mucho más perfecto que el humano, cuando un ángel toma una decisión es para siempre.

El ángel conoce en su entendimiento natural de un modo inmutable, por las especies impresas por Dios en él en el momento de su creación. En cambio, con relación a lo que el ángel quiere de un modo sobrenatural, el ángel es libre de tomar una posición de aceptación o de rechazo de Dios; pero una vez tomada, la voluntad es inmutable, por su propio modo de actuar.⁸⁷

¿Qué efectos tuvo el pecado de los ángeles en su naturaleza?

El pecado de los ángeles les afectó en su voluntad y en su inteligencia. La voluntad del diablo está **obstinada en el mal**; no obstante no pierde la voluntad, pues ésta puede elegir entre varios males, pero no puede elegir el bien (porque lo odia).⁸⁸

En cuanto a su conocimiento, hemos de distinguir entre su conocimiento natural y el sobrenatural. El **conocimiento natural permanece igual**, pues no puede cambiar, por lo que permanece igual al de los ángeles buenos, y no disminuyó por el pecado. En cambio, su **conocimiento sobrenatural fue disminuido**, aunque no destruido; pues ello depende de Dios y no de la naturaleza angélica. El conocimiento sobrenatural afectivo está totalmente perdido, porque ello presupone la gracia santificante, que ellos perdieron por el pecado.⁸⁹

El demonio sufre grandemente en el infierno, tanto a nivel intelectual como a nivel afectivo, pues son actos de la voluntad. Las causas de su sufrimiento son las siguientes: Su voluntad rechaza el bien de las cosas que existen y que ellos no pueden cambiar; están privados de la bienaventuranza a la que naturalmente tienden, y no pueden hacer el mal que quisieran hacer en muchas ocasiones porque Dios no se lo permite.⁹⁰

Respecto a la pena del “fuego del infierno” que hace mención Mt 25:41, Santo Tomás lo explica diciendo que es una atadura o retención de las potencias del demonio para que no puedan

⁸⁶ A. Gálvez, *El Amigo Inoportuno*, Shoreless Lake Press, págs. 98-100.

⁸⁷ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 64, a. 2.

⁸⁸ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 64, a. 2.

⁸⁹ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 64, a. 2.

⁹⁰ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 64, a. 3.

intervenir dónde y cuándo quieran. El único modo en el que una sustancia espiritual (los demonios) está referida a algo físico (el fuego) es por su acción o movimiento. El ser impedido, supone una coacción física que explicaría el tipo de fuego "físico" para los ángeles.⁹¹

Los demonios y el hombre

Del mismo modo que los ángeles actúan unos con otros y también con los hombres, del mismo modo actúan los demonios; pero **su finalidad es siempre el mal**.⁹²

Primero de todo hemos de subrayar la existencia de diferentes clases de demonios. Al caer en el pecado, los demonios no perdieron su naturaleza angélica; y ésta fue creada con distintos grados de perfección. Podemos decir que hay una **jerarquía entre los demonios**, aunque esta jerarquía no es signo de honor sino de miseria.

El poder del ángel más inferior es siempre más grande que el poder del demonio más superior, y ello se debe a que todos los ángeles están unidos al poder de Dios, que siempre es más fuerte que el poder natural de los demonios. Ahora bien, los ángeles, no siempre impiden la acción de los demonios sobre los hombres, pues la sabiduría divina puede permitir la actuación de los demonios, aunque siempre buscando nuestro bien.

El demonio tiene cierto dominio sobre la humanidad y este mundo. Cristo designa al demonio como "príncipe de este mundo" (Jn 12:31). Por la redención de Cristo, el poder diabólico sobre este mundo fue, en principio, conquistado (Jn 12:31; Heb 2:14). Será sólo en el juicio final cuando su dominio será totalmente destruido (2 Pe 2:4).

El concilio IV de Letrán (DS 800) nos dice que el hombre pecó al ser tentado por el demonio. Y el concilio de Trento, hablando de la doctrina de la justificación, defiende como de fe las malas inclinaciones en el hombre son consecuencia de la influencia del pecado y no por el hecho de que la naturaleza humana esté corrupta a raíz del pecado original (DS 1511; 1521).

En cuanto a las formas de la actividad del demonio con la cual trata de hacer daño al hombre, hemos de distinguir entre la de orden moral (tentación) y las de orden físico (infestación, obsesión, posesión y la magia diabólica).

1.- La tentación

Aunque la tentación procede directamente de la malicia del demonio, sin embargo en última instancia se debe a la permisión de Dios que sabe servirse del mal para ordenarlo al bien. El hombre que vence la tentación crece en virtud y mérito.⁹³ En el estado de naturaleza caída (como

⁹¹ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, Suplemento, q. 70, a. 3.

⁹² Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 109. Para este tema concreto, ver toda la cuestión 109.

⁹³ Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, I^a, q. 64, a. 4.

consecuencia del pecado original), el hombre no necesita siempre la tentación para pecar, pues a veces le basta para hacerlo el libre albedrío y la mala inclinación de su voluntad caída.

En la Biblia son numerosas las citas que hablan de la tentación del demonio al hombre: Gen 3: 1ss (a Adán y Eva); Gen 4:1 (a Caín); Lc 22:31 (a Simón Pedro); Mt 4: 1-11 (a Cristo). Los Santos Padres atribuyen los males morales a las insidias del diablo que tienta a los hombres para apartarlos de Dios. La liturgia pide a Dios que nos libre de las insidias del demonio.

2.- Infestación, obsesión y posesión

Se llaman así a las actividades físicas del demonio sobre el cuerpo humano. Estos tres tipos de ataques son formas progresivas, según su menor o mayor proximidad y acción sobre el hombre.

La infestación o asedio es una acción del demonio contra el hombre desde fuera, como cercándolo, provocando ruidos nocturnos para asustarlo, haciendo llamadas misteriosas en paredes o puertas, rompiendo enseres domésticos, etc.⁹⁴

La obsesión es un ataque personal con injurias, daños al cuerpo o actuando sobre miembros y sentidos.

La posesión es la ocupación del demonio de las facultades físicas del hombre, llegándole a privar de la libertad sobre su cuerpo.

Tanto en la obsesión como en la posesión, el demonio no se introduce para cumplir las funciones del alma, sino que realiza su acción de forma accidental (igual que un conductor mueve un vehículo). De suyo no son pecados en sí mismas, sino un mal físico permitido por Dios para un bien, como puede ser manifestar su gloria, o como castigo por el pecado o para santificación de la persona que la sufre. Tanto en una como en la otra se ha de aplicar un exorcismo (Código de Derecho Canónico, canon 1172).

Se llama exorcismo cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sea protegido contra las asechanzas del maligno y sustraída a su dominio.

3.- La magia

Es la relación del diablo con el hombre para producir efectos sensibles sorprendentes e inusuales. Se distingue entre magia blanca (cuando tales efectos se producen mediante fuerzas naturales) y magia negra o diabólica (cuando tales efectos se producen por intervención del demonio). Ésta a su vez puede ser: maleficio (cuando se intenta dañar a un tercero), adivinación (cuando se intenta el conocimiento de cosas ocultas o futuras) y vana observancia (cuando se pretende lograr efectos maravillosos sin la debida proporción de los medios).

⁹⁴ Este tipo de fenómenos eran frecuentes en la vida del Cura de Ars.

La Iglesia, siguiendo las enseñanzas que aparecen en la Sagrada Escritura,⁹⁵ siempre ha ido en contra de cualquier tipo de magia, blanca o negra.⁹⁶

4.- Satanismo

Se entiende como "satanismo" al conjunto de creencias y prácticas relacionadas con el culto a Satán.

Debido a la excesiva extensión de este apartado el satanismo se queda sin tratar. Intentaremos, en algún apartado separado estudiar a fondo este tema debido a la importancia actual que tiene: Hablaremos de las misas satánicas, relación entre satanismo y masonería, sacrilegios satánicos, el mito de Fausto y otras manifestaciones o actividades diabólicas.

⁹⁵ Gal 5: 19-21; Hech 13: 8ss.; Mt 24:24.

⁹⁶ Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2115, -2117

Capítulo 5

Creados por Dios como hombre y mujer

Dividiremos este tema en tres partes: En un primer apartado hablaremos de los relatos creacionales que aparecen en el Génesis y de sus conclusiones más inmediatas. En un segundo apartado expondremos el estado en el que se encontraban nuestros primeros padres antes del pecado original. Y en un último apartado comentaremos las consecuencias de este pecado sobre el hombre y el resto de la naturaleza creada.

La Creación del Hombre

El hombre fue creado por Dios como animal racional, compuesto de cuerpo y alma. Es el único ser, según testimonio de la Biblia, que fue creado a imagen y semejanza de Dios, y a quien Dios lo constituyó como rey de la creación (Gen 1: 26-28).

La creación del hombre en la Sagrada Escritura

Sobre la creación del hombre hay dos relatos bíblicos en el libro del Génesis: Gen 1:26-28:

"Dijo Dios. -Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza. Que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, sobre todos los animales salvajes y todos los reptiles que se mueven por la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo. -Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que reptan por la tierra".

y Gen 2: 7.15-18.21-23:

"Entonces, el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, insufló en sus narices aliento de vida, y el hombre se convirtió en un ser vivo... El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén para que lo trabajara y lo guardara; y el Señor Dios impuso al hombre este mandamiento. -De todos los árboles del jardín podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, morirás.

Entonces dijo el Señor Dios. -No es bueno que el hombre esté solo; voy a hacerle una ayuda adecuada para él... Entonces el Señor Dios infundió un profundo sueño al hombre y éste se durmió; tomó luego una de sus costillas y cerró el hueco con carne. Y el Señor Dios, de la costilla que había tomado del hombre, formó una mujer y la presentó al hombre. Entonces dijo el

hombre. -Ésta sí es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Se la llamará mujer, porque del varón fue hecha. Por eso, dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán una sola carne.”.

Resumiendo el contenido de estos relatos y algunas conclusiones que se sacan de los mismos, diremos lo siguiente:

- **El hombre fue directamente creado por Dios** tomando polvo de la tierra e insuflando en él el aliento de vida. Una materia que ya existía, fue tomada y moldeada directamente por Dios; y luego le insufló el “aliento de vida” (alma). El alma es directamente creada por Dios; nunca es evolución de la materia. Dios intervino también en la formación del cuerpo del hombre, tomando materia que ya existía y modelándola “con sus manos”.
- **Fue creado a su imagen y semejanza:** Es el hombre entero (cuerpo y alma) quien está hecho a imagen y semejanza de Dios. Se puede decir que esta expresión del hombre como imagen de Dios manifiesta tres características de la condición humana: su dignidad (pues refleja la gloria de Dios), su fecundidad (benedicida por Dios) y su dominio sobre la tierra y sus criaturas; aunque propiamente hablando se ha de decir que es “administrador” de esos bienes, por los que ha de cuidarlos tal como Dios desea.
- **Los creó hombre y mujer:** la diferencia de sexo es determinada por Dios. Es contrario a la ley de Dios intentar cambiar el sexo de una persona y hacerlo diferente a como Dios le creó.
- Fueron **colocados en el jardín del Edén**. El hombre original fue colocado por Dios en un lugar ideal llamado el “jardín del Edén”. Por las enseñanzas que aparecen posteriormente después de la comisión del pecado original, sabemos también, que tenían amistad con Dios (dones sobrenaturales), eran inmortales y poseían ciencia infusa (dones preternaturales) y también tenían los dones propios de su naturaleza, entendimiento y voluntad, aunque en un grado más elevado a como los tiene el hombre ahora; pues estas facultades no habían sido todavía afectadas por el pecado original.
- **Les bendijo** y les dio la orden y el poder para **multiplicarse, llenar la tierra y someterla**. Un poder que incluye no sólo multiplicarse, llenar y someter la tierra, sino también respetarla. Todo lo relativo a la vida es santo, proviene de Dios y es una bendición. La fecundidad es un don de Dios y fruto de su bendición.
- Recibieron el mandato de **no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal**. Con este mandato Dios determinaba que sólo Él podía establecer lo que era bueno o malo. Al hombre le tocaba respetar ese orden si quería seguir gozando del Paraíso. Todos sabemos lo que ocurrió después.
- **El hombre reconoce a la mujer con la misma dignidad que él; y a ella se unirá de por vida formando una sola carne**. El hombre y la mujer tienen la misma dignidad, aunque las funciones que han de realizar en esta vida no son las mismas, sino complementarias. Para ello, cada género ha recibido de Dios facultades diferentes para poder cumplir mejor esta misión. Aquí también está incluido el matrimonio como institución natural. Matrimonio formado por “un hombre” y “una mujer”. Y no, por dos hombres o por dos mujeres; o por un hombre y varias mujeres o por una mujer y varios hombres. Dios estableció esa

diferencia de género para que, siguiendo el mismo orden que aparece en la creación, fueran capaces de procrear. Y para que esa unión fuera estable y así pudieran amar, respetar y educar a la prole, estableció que esa unión fuese indisoluble.

Algunas cuestiones que surgen a partir de estos relatos creacionales

1.- El alma es creada por Dios en el momento de la concepción: Frente al conductismo y otras filosofías materialistas modernas, que reducen el alma a "materia evolucionada" que adquiere las facultades de pensar y amar, la Iglesia defiende que el alma es espiritual e inmortal; creada por Dios individualmente para cada persona en el momento de la concepción de la misma. La Iglesia siempre creyó y enseñó que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; ambos fueron formados por Dios. El cuerpo con el concurso de los padres; y el alma, creada e infundida por Dios directamente sobre el nuevo ser.

Este cuerpo, que en un principio y por gracia especial de Dios fue hecho inmortal (dones preternaturales), experimentará la muerte y la corrupción en el momento en el que su principio de vida, el alma, se separe de él. Pero sabemos por fe, que este cuerpo que ahora enterramos en debilidad, será transformado en la vida futura, volviéndose a unir con su alma, para gozar de la bienaventuranza celeste o sufrir el castigo eterno (1 Cor 15; Misa de exequias fúnebres del Misal Romano)

2.- La dignidad de la mujer: Algunas culturas han querido ver en estos relatos bíblicos argumentos para justificar una inferioridad de la mujer respecto al varón. A saber: por haber sido creada después del varón; por haber sido creada de una costilla del hombre; porque es el hombre quien le da nombre a la mujer, y porque es creada como ayuda para el varón.

Frente a esto hemos de decir que la mujer goza de una importancia y una igualdad semejante a la del varón en todo el Nuevo Testamento. Por ejemplo: María aparece como la persona humana más importante de toda la creación (Madre de Dios y Reina del Cielo); la actitud de extraordinario respeto y cariño de Jesús hacia las mujeres (Jn 4:27; 8: 1ss.). Y esto se contrapone a la menor valoración que se le da a la mujer en otras culturas (paganas, judaísmo, islamismo).

No obstante, no podemos olvidar que aunque hombre y mujer tienen la misma dignidad sus roles en la vida son diferentes. La mujer tiene un papel específico, singularísimo y absolutamente necesario en el plan de Dios. Por ese papel tan especial, la mujer tiene una vocación propia que hoy tiende a minusvalorarse, quizá por la influencia de las ideologías feministas.

3.- Sobre la homosexualidad y la "ideología de género": En el mundo actual la distinción de sexos y la diferencia entre la feminidad y la masculinidad está siendo abolida. Se ha extendido la idea, promovida por el "lobby gay", de que la homosexualidad y otras deformaciones de la vida sexual son naturales y positivas. Este modo de pensar, que se está extendiendo a través de los medios de comunicación, colegios..., están causando un gravísimo daño entre los más jóvenes.

Recuerdo hace unos meses que una niña de catequesis de primera comunión me preguntaba que por qué dos hombres o dos mujeres no se pueden casar si se quieren de verdad. Ese modo de razonar no es propio de esa edad. Estoy seguro que han sido aquellos que se encargan de “formar” a los niños quienes están causando estragos tan graves en la población más joven.

Hoy día, si un sacerdote, habla con todo respeto y caridad desde el púlpito contra la homosexualidad o la ideología de género, rápidamente es atacado por la prensa, y el caso sale enseguida en los periódicos. No ha pasado ni una semana del hecho cuando el obispo de ese sacerdote le llama la atención y le dice que sea más prudente. ¿Acaso el lobby gay puede destruir la moral personal y social y nosotros no podemos defendernos? Da la impresión que este lobby es tan poderoso que está socavando todos los principios morales de nuestra sociedad.

Las raíces del intento de justificación de este pecado tan nefando como es la homosexualidad radican en varios elementos:

1. El hecho de que la sociedad, que antes seguía los principios de una moral basada en el derecho natural, haya abandonado a Dios y sus leyes.
2. La devaluación de la institución del matrimonio, tanto por parte de las leyes civiles como canónicas por el hecho de la aprobación del divorcio civil y religioso (llamado “declaración del vínculo matrimonial”).
3. La disparatada concepción y dimensión que ha adquirido la sexualidad en nuestros días. Sexualidad que ha perdido la dignidad y grandeza que Dios le había dado en la creación.

Renglón aparte, aunque íntimamente relacionado con el fenómeno de la homosexualidad, está la “ideología de género”. Con el fin de justificar esta posición se hace una falsa distinción entre “sexo físico o biológico” y masculinidad o feminidad. En su rechazo al plan de Dios, el hombre quiere “fabricar” su propio sexo según él se sienta hombre o mujer, independientemente del sexo biológico que Dios le dio en el momento de nacer. Según esta ideología de género, el sexo de una persona viene más bien determinado por la educación, la cultura y los propios gustos. Una vez más, el hombre se revela contra los planes de Dios y contra la misma naturaleza humana. Esto es un signo más de la profunda degeneración que sufre nuestra sociedad.

Frente a todo esto, recordemos lo que nos dice Dios en la Sagrada Escritura:

- Gen 19: 1-29: Es el castigo de Sodoma y Gomorra por haber caído en el pecado de la homosexualidad.
- Lev 20:13: *“Si uno yace con varón como se yace con mujer, ambos cometen abominación; morirán sin remedio”.*
- Rom 1: 26-27: *“Por lo tanto, Dios los entregó a pasiones deshonorosas, pues sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza, y del mismo modo los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos de unos por otros, cometiendo torpezas varones con varones y recibiendo en sí mismos el pago merecido por sus extravíos”.*

- 1 Cor 6: 9-10: *"No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los injuriosos, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios".*

El pecado de sodomía siempre fue condenado por los Santos Padres (San Clemente de Alejandría, San Agustín...). El Magisterio de la Iglesia siempre dijo que la práctica de la homosexualidad es contra natura y un grave pecado⁹⁷. Es más, la Iglesia siempre dijo que la homosexualidad no es un derecho de la persona,⁹⁸ sino una manifestación más de la degeneración que sufre el ser humano cuando abandona a su Creador.

Muchos otros temas y cuestiones actuales podrían ser tratados en este epígrafe, pero lo dejamos aquí para no extendernos más.

El Paraíso de Adán y Eva

En el apartado precedente estudiábamos que el hombre había sido creado directamente por Dios. Para ello, analizábamos los dos capítulos del libro del Génesis donde aparecen los relatos creacionales. De ahí concluíamos que:

- Dios lo había creado como hombre y mujer con la misma dignidad.
- Estaba formado de un cuerpo material y de un alma espiritual.
- Había sido creado a imagen y semejanza de Dios.
- Había recibido de Dios la orden de crecer y multiplicarse, y para ello instituyó el matrimonio de un hombre y una mujer para toda la vida.
- Le había puesto la condición de respetar el orden por Él establecido si quería seguir gozando de los dones y de la amistad con los que Dios le había revestido de un modo especial.

En el hombre podemos distinguir cuatro estados reales

1. Estado de **justicia original**: que es el estado primitivo de nuestros primeros padres antes de cometer el pecado original. El hombre gozaba de la **gracia santificante, los dones preternaturales y los dones naturales** (que estaban más desarrollados porque todavía no habían sufrido el efecto del pecado).
2. Estado de **naturaleza caída**: que es el que siguió inmediatamente después del pecado original. El hombre perdió la gracia santificante y los dones preternaturales. Los dones

⁹⁷ DS 4583.

⁹⁸ Congregación para la Doctrina de la Fe, Consideraciones para la respuesta católica a propuestas legislativas de no discriminación a homosexuales, de 23 de julio de 1992, números 10-12.

naturales (inteligencia y voluntad principalmente), aunque no desaparecieron, se vieron afectados como consecuencia del pecado⁹⁹.

3. Estado de **naturaleza redimida**: que es el que sigue después de la redención de Cristo. El hombre recupera la gracia (dones sobrenaturales), pero no los dones preternaturales.
4. Estado de **naturaleza glorificada**: que es el estado en el que se encuentran ya las almas de los bienaventurados en el cielo. El hombre poseerá la gracia santificante; y además, al final de los tiempos, se producirá la resurrección de los cuerpos, lo cual implicará una transformación de los mismos (1 Cor 15: 42-44). En el caso de Jesucristo y María, ya están, alma y cuerpo, gozando en los cielos sin tener que esperar la resurrección final de los cuerpos.

En cambio, no podemos hablar de un estado de **naturaleza pura** en el que en algún momento hubiera existido el hombre, sólo y exclusivamente con las facultades propias de la naturaleza humana, sin dones sobrenaturales, preternaturales y sin pecado (DZ 1955). Al menos, así opinan los Santos Padres, Santo Tomás de Aquino y la gran mayoría de los teólogos; aunque sobre esta cuestión concreta, Trento dejó la cuestión abierta. De hecho, Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo, San Alberto Magno y San Buenaventura sostuvieron que nuestros primeros padres sólo tuvieron los dones preternaturales en el momento de la creación; y para recibir la gracia tuvieron que hacer, una vez creados, un acto personal de aceptación de Dios.

En este artículo analizaremos cómo eran nuestros primeros padres, Adán y Eva, desde que fueron creados hasta que desobedecieron a Dios y cometieron el pecado original.

Adán y Eva antes del pecado

Adán y Eva fueron creados por Dios con un mimo y amor especiales. Dios, no solamente les dio los dones que le eran propios por su naturaleza, sino que además los elevó al orden sobrenatural por pura gracia, y les dotó de unos dones preternaturales, que aunque pertenecían al orden natural, no eran debidos ni necesarios para el hombre. Estos dones preternaturales fueron una ayuda extra que tuvieron nuestros primeros padres.

Tanto los dones preternaturales como los sobrenaturales fueron dados por Dios al hombre por puro amor, y en ningún momento se puede decir que fueran una exigencia de la naturaleza humana el recibirlos.¹⁰⁰

El hombre podría no haber sido elevado por Dios al orden sobrenatural, en cuyo caso hubiera amado a su Creador con un amor natural de simple criatura; pero de hecho, Dios elevó a nuestros primeros padres al orden sobrenatural (1 Cor 13:12; 1 Jn 3:2, DS 3005).

⁹⁹ Ludwig Ott, *Manual de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona, 1969, pag. 360.

¹⁰⁰ L. F. Mateo-Seco, *Conceptos básicos para el estudio de la teología*, Cristiandad, Madrid, 2010.

El ser humano no sólo tiene la capacidad de ser elevado al orden sobrenatural, lo que en teología se llama "potentia oboedientialis", sino que de hecho fue elevado a tal orden. Tal elevación se realizó constituyendo a Adán en "estado de santidad y justicia originales" (concilio de Trento, DS 1511).

Por la irradiación de esta gracia, todas las dimensiones de la vida del hombre estaban fortalecidas. Mientras permaneciese en la intimidad divina -en estado de gracia santificante-, **el hombre no debía ni morir** (Gen 2:17; 3:19), **ni sufrir** (Gen 3:16); **gozaba de armonía en sí mismo, entre él y Eva, y entre esta primera pareja y toda la creación.**

A este estado especial y gratuito se le ha llamado "**santidad y justicia original**". El hombre gozaba de **integridad**, y todo su ser estaba **libre de la concupiscencia**, que lo somete a los placeres de los sentidos, a la apetencia desordenada de los bienes terrenos y a la afirmación de sí contra los imperativos de la razón (1 Jn 2:16).¹⁰¹

1.- Los dones preternaturales

Son aquellos **dones que perfeccionan la naturaleza del hombre sin elevarla al orden divino**. Los dones preternaturales superan las exigencias y las fuerzas de la naturaleza humana. No son dones propiamente sobrenaturales, ya que, aunque superan las fuerzas de la naturaleza humana, no introducen al hombre en la intimidad divina. Por otro lado, estos dones son gratuitos; es decir, no son debidos a la naturaleza humana.

Su función era dar plena integridad y vigor a la naturaleza, de modo que así quedara ésta mejor dispuesta para recibir los dones estrictamente sobrenaturales.

Como nos dice Santo Tomás de Aquino, gracias a los dones preternaturales había una perfecta sujeción del cuerpo al alma, y de ahí la **inmortalidad** que gozaban Adán y Eva. También había una perfecta sujeción de las potencias inferiores del hombre a la razón. Es lo que se ha llamado **integridad e impasibilidad**.¹⁰² Analicemos ahora brevemente cada uno de estos dones preternaturales.

1.1. **Don de integridad:** Por este don, el hombre tenía todas las potencias inferiores del alma sujetas a la razón; la cual a su vez estaba sometida a Dios. Lo opuesto a este don es la concupiscencia.

Llamamos **concupiscencia** al deseo de satisfacción de los apetitos físicos o espirituales que van tras lo que les cause placer o satisfacción, sin tener en cuenta cualquier consideración del entendimiento o de la voluntad.

El don de integridad en nuestros primeros padres se manifestó por ejemplo en el hecho de que Adán y Eva se dieron cuenta que estaban desnudos nada más cometer el pecado

¹⁰¹ Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 374-379.

¹⁰² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 95, a. 1.

original (Gen 2:25; 3: 7.10ss.; Rom 6:12 ss.). La carencia de este don la vemos por el contrario en esta frase de San Pablo: "No hago el bien que quiero, sino que pongo por obra el mal que aborrezco" (Rom 7:19).

San Agustín nos dice: "Adán no necesitaba la ayuda que imploran los santos cuando dicen: veo otra ley en mis miembros... Adán, en cambio, sin verse tentado ni turbado por esta lucha en el interior de sí mismo entre sus dos tendencias opuestas... gozaba de plena paz consigo mismo"¹⁰³.

El Concilio de Trento afirma que la concupiscencia no es pecado, sino que procede del pecado y a él inclina. Indirectamente afirma que no existió antes del pecado (DS 1515). Citas similares encontramos en el Segundo Concilio de Orange (DS 371) y en Pio XI en su encíclica *Divini Illius Magistri* (Dz 2212).

- 1.2. **Don de inmortalidad:** Es doctrina de fe que el primer hombre había recibido este don. El hombre era mortal por naturaleza, pero había recibido este don gratuitamente, aunque condicionado a la guarda de la gracia santificante.

Lo vemos claramente afirmado en:

Gen 2: 17: "...pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, morirás".

Rom 5:12: "Por tanto, así como por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado la muerte, y de esta forma la muerte llegó a todos los hombres, porque todos pecaron..."

El concilio de Trento definió esta verdad de fe (DS 1511).

Santo Tomás nos dice que la inmortalidad del cuerpo era el resultado de un don especial dado al alma humana de tal modo que pudiera preservar el cuerpo de la corrupción.¹⁰⁴ Cometido el primer pecado este don se perdió.

- 1.3. **Don de Impasibilidad o carencia de sufrimiento:** Desde el punto de vista teológico se considera una verdad "teológicamente cierta".¹⁰⁵ Es un complemento de la inmortalidad y de la integridad. Este don ayudaría a nuestros primeros padres a conseguir la unión con Dios en perfecta armonía y tranquilidad.¹⁰⁶

La Biblia hace referencia al mismo en:

Gen 3: 16-19: "A la mujer le dijo. -Multiplicaré los dolores de tus embarazos; con dolor darás a luz tus hijos; hacia tu marido tu instinto te empujará y él te dominará. Al hombre le dijo. -Por haber escuchado la voz de tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí comer. Maldita sea la tierra por tu causa. Con fatiga comerás de ella todos los días de tu vida. Te producirá espinas y zarzas, y comerás las plantas del

¹⁰³ San Agustín, *De Correptione et Gratia*, 11, 29 en *Patrología Latina*, 44, 933. Véase también en *De Civitate Dei*, I, 14. C. 17, 21, 23 ss.

¹⁰⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 97, a. 1.

¹⁰⁵ Véase "Notas y censuras teológicas" en el artículo <http://adelantelafe.com/jesucristo-y-el-magisterio-de-la-iglesia/>

¹⁰⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 95, a. 2.

campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado, porque polvo eres y al polvo volverás”.

Y también en Génesis 2: 10.15.

Los Santos Padre unánimemente sostuvieron la felicidad de Adán y Eva en el Paraíso, viviendo sin dolor ni sufrimiento.¹⁰⁷

El concilio de Trento recogerá esta doctrina en DS 1512.

- 1.4. **Don de ciencia infusa:** Es sentencia común que los primeros padres poseían el don preternatural de la ciencia infusa; es decir, poseían un conocimiento perfecto de las cosas naturales infundido por Dios y no adquirido por su propio esfuerzo.

Así se deduce de los siguientes textos de la Sagrada Escritura:

Eclo 17: 1-9: "El Señor creó al hombre de la tierra, lo hizo según su imagen. Y a ella lo hará volver de nuevo, y le revistió de fuerza como la suya. Le asignó días contados, un tiempo determinado, y le dio el dominio de cuanto hay sobre la tierra. Hizo que todo ser viviente le temiese para que dominara sobre las bestias y los pájaros. Le concedió discernimiento, lengua, ojos y oídos, y un corazón para razonar con ellos, y lo llenó de la capacidad para entender. Creó en ellos el conocimiento espiritual, llenó de sentimientos su corazón. y les mostró el bien y el mal. Puso el temor de Él en sus corazones, mostrándoles la grandeza de sus obras. Les otorgó que se gloriaran siempre de sus maravillas para que alabaran su santo Nombre, y proclamaran la grandeza de sus obras. Además puso ante ellos la ciencia y les dio en herencia la Ley de la vida”.

Véase también Génesis 2: 20.23.

Los Santos Padres siempre lo interpretaron de ese modo. Ellos dicen que el primer hombre fue creado en estado de adulto para que pudiera procrear; y fue creado con ciencia para que pudiera gobernar el resto de la creación.

- 1.5. **Don de dominio sobre la creación:** Tal como aparece en Gen 1: 26.28, es sentencia común que Adán tenía el don del dominio sobre los seres inferiores de la creación. Según nos cuenta Santo Tomás, había un perfecto orden en la creación, de modo que los seres inferiores estaban sometidos al hombre. Incluso los animales salvajes lo estaban, con una clase de poder del hombre sobre ellos análogo al de la providencia divina.¹⁰⁸

2.- La gracia santificante

Definimos gracia santificante como un don sobrenatural que Dios nos concede para alcanzar la vida eterna. Como consecuencia de la gracia habitando en el cristiano, el alma se santifica y es capaz de entablar amistad y diálogo con Dios; al mismo tiempo, le hace hijo de Dios y heredero del cielo.

¹⁰⁷ San Agustín, *De Civitate Dei*, lib. 14, 26 en *Patrología Latina* 41, 434.

¹⁰⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 96, a. 1.

Nuestros primeros padres gozaban del estado de gracia, según concluimos de los que nos dice la Sagrada Escritura:

El libro del Génesis relata con gran colorido el trato íntimo que existía entre Dios y nuestros primeros padres: "Y cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa..." (Gen 3:8)

En la Carta a los Romanos nos dice San Pablo:

"Por tanto, así como por medio de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado la muerte, y de esta forma la muerte llegó a todos los hombres, porque todos pecaron... Pues, hasta la Ley, había pecado en el mundo, pero no se puede acusar de pecado cuando no existe ley; con todo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no cometieron una transgresión semejante a la de Adán, que es figura del que había de venir. Pero el don no es como la caída; porque si por la caída de uno solo murieron todos, cuánto más la gracia de Dios y el don que se da en la gracia de un solo hombre, Jesucristo, sobreabundó para todos. Y no ocurre lo mismo con el don que con el pecado de uno solo; pues la sentencia a partir de una sola caída acaba en condenación, mientras que la gracia a partir de muchos pecados acaba en justificación. Pues si por la caída de uno solo la muerte reinó por medio de uno solo, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo. Por consiguiente, como por la caída de uno solo la condenación afectó a todos los hombres, así también por la justicia de uno solo la justificación, que da la vida, alcanza a todos los hombres. Pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos. La Ley se introdujo para que se multiplicara la caída; pero una vez que se multiplicó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, así como reinó el pecado por la muerte, así también reinase la gracia por medio de la justicia para vida eterna por nuestro Señor Jesucristo". (Rom 5: 12-21).

San Pablo nos dice pues, que Cristo restauró, a través de su redención, lo que el primer Adán había perdido; a saber: el estado de santidad y justicia. El término "recuperar" indica volver a tener algo que se poseía previamente pero que se había perdido. Y en un sentido similar podemos interpretar Ef 4:23, Col 3:10 y Ef 1:10.

Los Santos Padres son unánimes a la hora de hablar del estado de santidad original que gozaban nuestros primeros padres. Es famosa la doctrina de la recapitulación en Cristo de San Ireneo.¹⁰⁹ También podemos acudir a San Agustín, San Basilio, San Cirilo de Alejandría, etc...

El Magisterio de la Iglesia subrayó esta elevación de nuestros primeros padres en dos ocasiones principales: en concilio de Trento (DS 1511) y en el concilio de Orange (DS 389). Al mismo tiempo el Magisterio condenó las tesis de los pelagianos (al decir que la gracia santificante era algo natural a nuestros primeros padres); los protestantes (que afirmaban que la gracia santificante era

¹⁰⁹ San Ireneo, *Adversus Haereses*, 3, 18, 1; 3, 20, 1; 4, 20, 1.

esencial y debida a Adán); Bayo (que decía que la gracia era una exigencia de la naturaleza de nuestros primeros padres) y Jansenio (quien afirmaba que la gracia santificante era conveniente a Adán).

Conclusión

Tanto los dones preternaturales como la gracia santificante fueron recibidos por nuestros primeros padres y habrían sido transmitidos a sus descendientes de no ocurrir el pecado original.

El concilio de Trento afirma que Adán perdió el estado de justicia original al cometer el pecado original, no sólo para sí mismo, sino también para nosotros; por lo que de ahí concluimos que de no haberse cometido el pecado original, los descendientes de Adán y Eva seguirían gozando de todos estos dones.

Santo Tomás apoya estas conclusiones con un razonamiento teológico muy propio suyo: Dice Santo Tomás que por la generación se transmite la naturaleza con sus accidentes, es así que la gracia es un accidente de la naturaleza, luego se habría transmitido también por la generación. Aunque no serían los padres los causantes de esa gracia, sino Dios, quien daría la gracia en el momento de crear cada alma particular.¹¹⁰

El pecado original

El dogma del pecado original cometido por nuestros primeros padres y transmitido a todo el género humano de generación en generación está sufriendo en la actualidad un continuo ataque por parte del modernismo y del personalismo. Tanto el uno como el otro rechazan que el ser humano es un ser caído y que todo hombre llega a este mundo manchado con un pecado y sujeto a las debilidades de la naturaleza herida por el mismo, y por tanto, necesitado de la redención de Cristo.

Estos ataques a la doctrina del pecado original revisten mayor gravedad por el hecho de que hay muchas otras verdades dogmáticas conectadas con ésta; por lo que, acabando con el pecado original destruyen las bases de nuestra fe. A saber: la redención universal objetiva de Cristo, la gratuidad de la gracia y su absoluta necesidad, la responsabilidad personal en el pecado personal y en el original, la práctica del bautismo de los infantes, la recta concepción de la naturaleza humana caída, el problema del mal en el mundo, la recta interpretación bíblica de los textos sobre el origen del mal, la naturaleza y los efectos del pecado de Adán y Eva, la cuestión del limbo de los niños muertos sin el bautismo, y muchos otros temas más.

Aunque el Antiguo Testamento, al hablar del pecado de Adán, lo presenta como causante del mal que el hombre padece, la doctrina cristiana de la transmisión de este pecado no se encuentra

¹¹⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a, q. 100, a. 1.

claramente manifiesta hasta el Nuevo Testamento. San Pablo, al considerar el pecado de Adán a la luz de la revelación de Cristo, nos manifiesta su transmisión a todos los hombres (Rom 5: 12-21). No se puede menospreciar la hondura del pecado original sin atender al mismo tiempo contra el misterio de Cristo.¹¹¹

La caída de nuestros Primeros Padres tal como aparece en la Biblia

1.- La Biblia recoge este episodio en el libro del Génesis (Gen 3: 1-24).

*"La **serpiente** era el más astuto de todos los animales del campo que había hecho el Señor Dios, y dijo a la mujer. -¿De modo que os ha mandado Dios que no comáis de ningún árbol del jardín? La mujer respondió a la serpiente. -Podemos comer del fruto de los árboles del jardín; pero Dios nos ha mandado. No comáis ni toquéis el fruto del árbol que está en medio del jardín, pues moriréis. La serpiente dijo a la mujer. -No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que **el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.** La mujer se fijó en que el árbol era bueno para comer, atractivo a la vista y que aquel árbol era apetecible para alcanzar sabiduría; tomó de su fruto, comió, y a su vez dio a su marido que también comió. **Entonces se les abrieron los ojos y conocieron que estaban desnudos;** entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron. Y cuando oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa, **el hombre y su mujer se ocultaron de la presencia del Señor Dios** entre los árboles del jardín. El Señor Dios llamó al hombre y le dijo. -¿Dónde estás? Éste contestó. -Oí tu voz en el jardín y **tuve miedo porque estaba desnudo;** por eso me oculté. Dios le preguntó. -¿Quién te ha indicado que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol del que te prohibí comer? El hombre contestó. -**La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y comí.** Entonces el Señor Dios dijo a la mujer. -¿Qué es lo que has hecho? La mujer respondió. -**La serpiente me engañó y comí.** El Señor Dios dijo a la serpiente. -Por haber hecho eso, **maldita seas entre todos los animales** y todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre el vientre, y polvo comerás todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, mientras tú le herirás en el talón. A la mujer le dijo. -**Multiplicaré los dolores de tus embarazos;** con dolor darás a luz tus hijos; hacia tu marido tu instinto te empujará y **él te dominará.** Al hombre le dijo. -Por haber escuchado la voz de tu mujer y haber comido del árbol del que te prohibí comer. **Maldita sea la tierra por tu causa.** Con fatiga comerás de ella todos los días de tu vida. **Te producirá espinas y zarzas,** y comerás las plantas del campo. **Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra...** Así, pues, el Señor Dios lo expulsó del jardín de Edén, para que trabajase la tierra de la que había sido tomado..."*

Respecto a este relato hemos de decir lo siguiente:

¹¹¹ J. A. Sayés, *Teología de la Creación*, Madrid, Ed. Palabra, pág. 379.

El relato no es:

- La transmisión por vía de tradición oral de lo ocurrido en el comienzo de la humanidad.
- Un dictado literal que Dios hace de los sucesos del inicio de la historia del hombre.
- Un mito inventado por los hombres, ni tampoco una copia de los mitos creacionales de otras culturas vecinas a Israel (poema babilónico de la creación y el poema de Gilgamés).

El relato es:

- Historia, dado que la escena narrada forma parte de la historia de la salvación. Este relato se enmarca dentro del género literario histórico, aunque tiene características peculiares, pues no está hecho al modo como se hace la historia contemporánea.
- Está absolutamente inspirado por Dios.
- Es una reflexión inspirada por Dios del problema del bien y del mal. El pecado y el mal que existen en el mundo no provienen de Dios, sino del mal uso de la libertad humana.

Para entender la naturaleza del pecado original cometido por Adán y Eva es preciso profundizar en el relato del Génesis (Gen 3: 1-24)

- El nombre Adán ("adamah" = tierra) es un singular colectivo, pero que al usarse en el relato con el artículo, hace referencia a **una persona singular y concreta**. Además, en otros lugares de la Sagrada Escritura donde aparece Adán, siempre habla de una persona concreta y no de un grupo de hombres. Por otro lado, cuando Dios le pone nombre a Adán; el nombre es siempre individual (Gen 5: 2-3).
- Aunque algunos escritores afirmaron tiempo atrás si el pecado cometido era de tipo sexual (Filón de Alejandría), hoy día, la generalidad de los teólogos consideran que este pecado consistió en la pretensión de los primeros padres de **discernir y determinar lo que era bueno o malo independientemente de Dios**.
- Aunque en el relato del Génesis se nos habla de "la serpiente", quien tentó a nuestros primeros padres fue el **demonio** (Sab 2:24; Rom 5:12; Jn 8:44; Apoc 12:9).

Las consecuencias de este pecado son:¹¹²

- Rompió la intimidad originaria con Dios (Gen 3:23).
- Produjo la muerte (Gen 2:17), causa el mal en el interior del hombre y en la convivencia de la primera pareja (Gen 3: 12-13).
- Dios impone penas concretas al hombre y a la mujer (Gen 3: 16-18).
- La misma creación material sufre las consecuencias de este pecado (Gen 3: 17-18)

Partiendo de este texto del Génesis, la teología ha sistematizado los siguientes efectos como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres:

¹¹² Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 399.400.

- **Pérdida de la gracia santificante** y de todas sus consecuencias (amistad con Dios, posibilidad de ir al cielo).
- **Pérdida de los dones preternaturales:** inmortalidad, impassibilidad, ciencia infusa, integridad. El hombre queda sujeto a la concupiscencia, sufrimiento y muerte.
- Los dones **meramente naturales del hombre quedan dañados**, aunque no eliminados.

En el Antiguo Testamento hay también otros textos que nos hablan del pecado original. A saber: Sal 51: 5-7; Eclo 5: 2-5; 17:31; 23: 2-3; Sab 2: 23-24.

2.- El pecado original en San Pablo

El texto de la Carta de San Pablo a los Romanos (5: 12-21) es el más importante para la doctrina del pecado original. Resumimos aquí parte de su contenido, tomado de la Biblia de Navarra:

*"Por tanto, así como por medio **de un solo hombre entró el pecado en el mundo, y a través del pecado la muerte, y de esta forma la muerte llegó a todos los hombres, porque todos pecaron...** Pero el don no es como la caída; porque si por la caída de uno solo murieron todos, cuánto más la gracia de Dios y el don que se da en la gracia de un solo hombre, Jesucristo, sobreabundó para todos. Pues si por la caída de uno solo la muerte reinó por medio de uno solo, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo. Por consiguiente, como **por la caída de uno solo la condenación afectó a todos los hombres, así también por la justicia de uno solo la justificación, que da la vida, alcanza a todos los hombres. Pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos**".¹¹³[3]*

Junto con este texto hemos de incluir 1 Cor 15: 21-22 que viene a reafirmar la doctrina de la Carta a los Romanos:

*"Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos. **Y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados**".*

El pecado original en los Santos Padres

La primera exposición ordenada y sistemática de la doctrina del pecado original la encontramos en San Agustín (s. IV). Anteriormente a él se habla del pecado original pero sin hacerlo de modo sistemático. Por ejemplo lo vemos en San Justino y Teófilo de Antioquía, quienes hablan de la esclavitud del hombre por parte del demonio como consecuencia del pecado de Adán. San Ireneo

¹¹³ Para la exégesis de este texto se puede acudir a M. J. Lagrange, Saint Paul. *Épître aux Romains*, Paris, Gabalda, 1931, págs. 104-113; F. Prat, *La Théologie de Saint Paul*, Paris, G. Beauchesne, 1924, vol. I y II; J. M. Bober, *Teología de San Pablo*, Madrid, BAC, 1946, págs. 216.220; 436-439; 756-760.

y Tertuliano ya hablan de que nacemos con este pecado como consecuencia del pecado de Adán. Es San Cipriano quien pide que se bautice a los niños cuanto antes para que se les borre el pecado contraído por Adán. Enseñanzas similares encontramos en Orígenes, San Atanasio, San Gregorio de Nisa y otros.

Fue San Agustín quien, en sus luchas contra Pelagio, sistematizó esta doctrina por primera vez. De hecho, fue él quien acuñó el término "pecado original" para referirse al pecado de nuestros primeros padres.

La doctrina errónea de Pelagio defendía:

- La naturaleza humana es capaz de evitar todo pecado por sus propias fuerzas.
- El pecado de Adán dañó a sus descendientes, no porque éstos contrajeran ningún pecado, sino por el mal ejemplo que Adán les dio.
- La muerte no es consecuencia del pecado de Adán, sino una condición natural del hombre.
- Los niños nacen en el estado en que Adán estaba si no hubiera pecado.
- La concupiscencia no es consecuencia del pecado de Adán.

Frente a Pelagio, San Agustín responde¹¹⁴ :

- La naturaleza humana fue creada sin mancha. Todo pecado y toda debilidad son "**ex originali peccato**".
- La muerte espiritual y corporal son consecuencias del primer pecado.
- El pecado de Adán es transmitido a todos los hombres a través de la descendencia natural.
- Todos somos pecadores en Adán.
- La razón para bautizar a los niños es quitar el pecado original.
- El bautismo quita el pecado original, pero queda la concupiscencia.
- La gracia es libre e inmerecida.

El pecado original en el Magisterio de la Iglesia

El primer documento importante sobre el pecado original es el que emana del **Concilio XVI de Cartago** (a. 418); que aunque fue un sínodo de una Iglesia particular, luego fue aprobado por el Papa Zósimo en su acta Tractoria (DS 239). Resumiendo su doctrina, en este concilio se afirma que:

- La muerte corporal de Adán es consecuencia de su pecado y no una necesidad de naturaleza.
- El bautismo borra en los niños el pecado original en sentido propio.

¹¹⁴ San Agustín habla del pecado original en multitud de ocasiones, véase por ejemplo: *De Natura et Gratia*, III, 3; IV,4. *De Peccatorum Meritis et Remissione, ex. Retractationes*, 2, 23; 1,9; 1,10; 1, 17, 1, 11; 2,46. Véase también de R.S. Clark, *El Pelagianismo*, Wheaton College, 1997, 2001.

- El pecado original es contraído por generación.¹¹⁵

Posteriormente, en el **Concilio de Orange** (a. 529) se da doctrina contra los semipelagianos. Abordándose los temas de la gracia y del pecado original y sus consecuencias en el hombre (DS 371-372).

Pero el concilio que trata más profundamente este tema es el de **Trento** (sesión V, a. 1546), con ocasión de la herejía protestante y su doctrina sobre la gracia y el pecado.

Los reformadores (Lutero y Calvino) defendían:

- El hombre caído por el pecado original está totalmente corrompido y no puede ni cooperar con la gracia divina.
- El pecado original se identifica con la concupiscencia; la cual es descrita como invencible e insuperable hasta el punto de negar la libertad en el hombre caído.
- La gracia no borra el pecado del hombre, sino que lo cubre a modo de manto. Al hombre sólo le queda confiar en la bondad de Dios.
- El bautismo no borra el pecado original porque permanece la concupiscencia.

Frente a ellos, el **Concilio de Trento** afirma (DS 1511-1515):

- El pecado de Adán fue un hecho histórico.
- Adán, como consecuencia de su pecado, perdió la justicia y la santidad en la que había sido creado, al tiempo que incurrió en la muerte.
- Este pecado pasó a todos los hombres, no por imitación, sino por propagación (generación), de tal modo que este pecado está en cada uno de nosotros como propio.
- El pecado original sólo se perdona por los méritos de Cristo, los cuales se nos confieren mediante el bautismo.
- La concupiscencia no es propiamente pecado, sino que proviene del pecado y conduce a él.

Enseñanzas posteriores del Magisterio sobre el pecado también las vemos en las condenas de Bayo (DS 1901-1980) y Jansenio (DS 2001-2007; 2616-2621: 2626).

Pío XII en su encíclica *Humani Generis* (1950) al hablar del evolucionismo dice que no ve cómo se puede compaginar el poligenismo con la doctrina católica del pecado original.

¹¹⁵ El pecado original se transmite por generación. Algunas personas han malinterpretado este concepto y han dicho que se transmite mediante el acto de la generación, lo cual es falso. No es el acto generativo lo que transmite el pecado sino la generación en sí misma. Este error llevó a muchos a tener un concepto erróneo y pecaminoso del acto procreativo; acto que es de suyo santo cuando se hace dentro del matrimonio y tal como Dios quiere.

Reflexión teológica sobre el dogma del pecado original

El dogma del pecado original es un misterio, por lo que no puede ser totalmente comprendido por el hombre; sin embargo, el desafío de la teología consiste en intentar acercarse a la comprensión del mismo. Teniendo en cuenta que los datos dogmáticos son incuestionables, las explicaciones que se aportan siempre adolecen de áreas oscuras o no suficientemente explicadas; lo cual es normal, pues si el hombre fuera capaz de explicarlo en integridad dejaría de ser misterio.

1.- Algunas de las dificultades que se han planteado respecto a este dogma

- ¿Cómo es posible que la falta de un hombre haya afectado a todo el género humano? La corriente tomista soluciona este problema diciendo que la naturaleza que se transmite desde Adán ya había perdido los dones sobrenaturales y preternaturales como consecuencia del pecado original.
- ¿Cómo entender que el primer hombre tuviera dones excepcionales cuando vivió en un estado muy primitivo? Dios lo creó así; pero estos dones se perdieron al cometer el pecado.
- ¿Cómo aceptar que sólo existió una sola pareja en el origen del ser humano, cuando las doctrinas evolucionistas hablan de varias parejas?¹¹⁶ Como nos dice Pio XII en la encíclica *Humani Generis* (a. 1950), el poligenismo es rechazado porque “no se ve claro cómo tal enseñanza pueda compaginarse con la verdad revelada...” De todos modos, hay autores modernos como K. Rahner, De Fraine y otros, que han intentado compaginar el dogma con el poligenismo; pero lo único que han conseguido es destruir el dogma del pecado original, y con ello, muchas otras doctrinas a él asociadas como veíamos al principio de este artículo.
- Otros teólogos como Teilhard de Chardin, Schoonenberg (Catecismo holandés) lo que han hecho es reformular (cambiar) el dogma del pecado original, que ya no sería un pecado personal sino el “pecado del mundo”, con el fin de adecuarlo a sus teorías; pero con ello lo que han hecho es destruir el dogma.
- Uno de los temas más controvertidos sobre el pecado original es precisamente el de su voluntariedad. En efecto, para que haya pecado es necesario la voluntad de cometerlo; pero, ¿cómo puede un hombre al ser concebido tener voluntad de pecar en el pecado de Adán? El pecado original es muy singular. Por un lado es propio pecado, muerte del alma de cada ser humano al ser concebido, pero por otro no es un pecado voluntario por parte de los descendientes de Adán. Para entender esta singularidad hay que tener en cuenta que el concepto de pecado es análogo en el caso del pecado original. Propiamente hablando, el pecado consta de dos elementos: el desorden de un acto de una persona y la voluntariedad de la misma. Ahora bien, estos elementos no se encuentran en toda clase de pecado de la misma manera, sino de modo análogo. Se encuentran en toda su plenitud en el analogado principal (el pecado mortal personal actual). De todos modos, la teología no

¹¹⁶ Monogenismo es la teoría que dice que todos los hombres procedemos de una sola pareja (Adán y Eva). Poligenismo es la teoría que dice que los hombres procedemos de más de una pareja. Hoy por hoy el poligenismo no es aceptable, pues no se ve cómo se pueda compatibilizar con nuestra fe, tal como nos dice Pio XII.

ha sido todavía capaz de aclarar suficientemente este concepto. Lo que sí es claro es el hecho definido de que todos los hombres venimos a este mundo con ese pecado.

2.- Teología sólida sobre el pecado original

Es doctrina de fe que **el primer hombre, por sugerencia del diablo pecó gravemente transgrediendo el mandamiento de Dios**. Santo Tomás identifica este pecado como de **soberbia**.¹¹⁷ El pecado de nuestros primeros padres tuvo una gravedad especial pues ellos gozaban de unos dones y virtudes que les hacían tener más conciencia de la gravedad del mismo.

Es de fe divina y católica que la consecuencia del pecado de Adán fue la pérdida de la gracia santificante, de los dones preternaturales y la afectación incluso del entendimiento y de la voluntad.

Santo Tomás manifiesta el aspecto penal de la muerte corporal a la que se vieron sometidos Adán y Eva después del pecado, distinguiéndola bien de la corruptibilidad natural que le corresponde por ser materia. **El cuerpo, por su constitución material** (formado de partes) **es mortal; pero Dios, en la integridad primitiva había concedido que estuviera sometido perfectamente al alma** (inmortal de suyo). Como consecuencia de ello, el cuerpo, que tendía a la muerte por su propia imperfección, veía impedido ese efecto por la virtud del alma que sometía a la materia. El pecado rompió esa armonía y dominio de la parte superior del hombre sobre todo lo demás, quedando reducido el cuerpo a su existencia mortal.¹¹⁸

Por otro lado, también **Adán se vio sometido al dominio de Satanás**, tal como nos dice el Concilio de Trento (DS 1511); lo cual se ve con gran claridad en abundantes textos de la Sagrada Escritura (Gen 3:15; Jn 12:31; 14:30; Heb 2:14). El demonio tiene poder sobre el cosmos y sobre la historia hasta que sea derrotado (Ef 2:2; Lc 22:53; Mt 13:19). Los Santos Padres desarrollaron y explicitaron abundantemente este tema. Veamos a modo de ejemplo una cita de San Ireneo:

*"Adán, en efecto, vino a ser posesión del diablo y éste ejercía sobre él su poder por el hecho de haberlo indignamente engañado cuando, al ofrecerle la inmortalidad, lo sometió a la muerte..."*¹¹⁹ [9]

Es también una verdad de fe que el pecado original no sólo dañó a nuestros primeros padres, sino que perjudicó también a toda su descendencia. **Este pecado se transmite por vía de propagación (generación) y es propio**¹²⁰ **de cada hombre**.¹²¹

Al perder Adán y Eva el privilegio de la integridad de la naturaleza, **el ser humano se vio sometido a los efectos penales de la vida**, tales como: la pérdida del Paraíso terrenal, de los regalos de Dios,

¹¹⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II^a-II^ae, q. 163, a. 1.

¹¹⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II^a-II^ae, q. 164, a. 1.

¹¹⁹ San Ireneo, *Adversus Haereses*, III, 23, 1.

¹²⁰ Por eso la Virgen María pudo ser "privada" del pecado original desde el primer instante de su concepción.

¹²¹ J. Ibáñez y F. Mendoza, *Dios Creador y Enaltecedor*, Palabra, Madrid, 1984, pág. 305.

de la ciencia infusa; así como la aparición de la concupiscencia, el dolor corporal, las bajas pasiones y un largo etcétera.¹²²

El hombre pues, dañado por el pecado, quedó a la espera del cumplimiento de la promesa que ya en ese mismo momento Dios le hizo:

"Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le acecharás a él el calcañal" (Gen 3:15).

Promesa que se hizo realidad con la Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Conclusión

En aras de la claridad, he intentado resumir y simplificar mucho este tema. Siento no haberme extendido más en algunos aspectos; de haberlo hecho, el apartado había quedado demasiado académico y fuera del alcance del católico sencillo.

¹²² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIa IIæ, q. 164, a. 2.

Capítulo 6

El Pecado

Una vez que el hombre había roto los planes originales de Dios y el pecado y la concupiscencia entraron en el mundo, el corazón del hombre tuvo que luchar arduamente para rechazar la tentación y abrazar la virtud. Una de las tentaciones que el hombre siempre ha sufrido a lo largo de su historia ha sido el deseo de determinar por sí mismo, al margen de las leyes de Dios, lo que es bueno y malo. En la actualidad, como consecuencia del influjo de una moral bastante separada de los principios cristianos de siempre, pero que ha conseguido influir en muchas personas, el concepto de pecado y la gravedad del mismo se han oscurecido en la mente de muchos. Es por ello que se ve necesario recordar y precisar la doctrina de siempre acerca del pecado.

El pecado es principalmente una ofensa personal a Dios. Secundariamente, el pecado también puede afectar a los demás hombres. Es por ello que el pecado puede tener también una dimensión horizontal. En la actualidad se tiende a sobrevalorar esta afectación que nuestra mala conducta tiene sobre los demás hombres en detrimento de la ofensa a Dios. Este error es fruto de la pérdida de los valores sobrenaturales de nuestra sociedad; y al mismo tiempo, es el resultado del humanismo desprovisto de fe que viven muchos hombres.

La religión moderna postvaticana tiende a hablar más del pecado “social” que del pecado “personal”. Con ello pretende librar al hombre de toda culpa y conseguir que toda ella recaiga sobre una masa informe llamada “sociedad”. Frente a estas corrientes hemos de decir que **el pecado es una acción eminentemente personal; y como tal, nos hace a cada uno de nosotros responsables, primero ante Dios, y después, ante los hombres.**

La moralidad de los actos humanos

La moralidad de los actos humanos viene determinada por tres parámetros: **el objeto, el fin y las circunstancias.** El juicio moral de un acto debe tener en cuenta no sólo la conducta externa sino la intención oculta, así como el proceso misterioso que une a ambas.

1.- El objeto

Es la materia de un acto humano. Cualquier acto humano está siempre provisto de una moralidad intrínseca que le viene dada por la materia u objeto del acto. Hasta tal punto el objeto posee una moralidad intrínseca que a veces en virtud de ella el acto es de suyo malo cualesquiera que sean las intenciones. Hablamos entonces de actos intrínsecamente malos, por ejemplo el asesinato, la

fornicación o el adulterio. Cabe por tanto realizar un juicio de un acto por la materia del mismo, aunque como es lógico sin conocer las intenciones de la persona este juicio nunca será perfecto.

Por consiguiente un acto moral es susceptible de dos juicios. El primero es sobre el objeto en sí mismo y el segundo, más completo, es sobre el objeto en sí mismo y sobre la totalidad del acto, incluyendo las intenciones.

2.- El fin o la intención

El fin, llamado también intención, es aquello a lo cual tiende el hombre al realizar una acción determinada.

El Catecismo de la Iglesia católica nos dice (n. 1752):

*"Frente al objeto, la intención se sitúa del lado del sujeto que actúa. La intención, por estar ligada a la fuente voluntaria de la acción y por determinarla en razón del fin, es un elemento esencial en la calificación moral de la acción. **El fin es el término primero de la intención y designa el objetivo buscado en la acción.** La intención es un movimiento de la voluntad hacia un fin; mira al término del obrar. Apunta al bien esperado de la acción emprendida. No se limita a la dirección de cada una de nuestras acciones tomadas aisladamente, sino que puede también ordenar varias acciones hacia un mismo objetivo; puede orientar toda la vida hacia el fin último. Por ejemplo, un servicio que se hace a alguien tiene por fin ayudar al prójimo, pero puede estar inspirado al mismo tiempo por el amor de Dios como fin último de todas nuestras acciones. Una misma acción puede, pues, estar inspirada por varias intenciones como hacer un servicio para obtener un favor o para satisfacer la vanidad."*

Y continúa en el n. 1753 añadiendo:

*"Una intención buena (por ejemplo: ayudar al prójimo) no hace ni bueno ni justo un comportamiento en sí mismo desordenado (como la mentira y la maledicencia). **El fin no justifica los medios.** Así no se puede justificar la condena de un inocente como un medio legítimo para salvar al pueblo. Por el contrario, una intención mala sobreañadida (como la vanagloria) convierte en malo un acto que, de suyo, puede ser bueno (como la limosna)."*

Con frecuencia se invocan las "buenas intenciones" para justificar un acción objetivamente mala. Hay que notar que estas "intenciones" no sólo no vuelven bueno un acto intrínsecamente malo, sino que no son la verdadera intención que informa el acto".

3.- Las circunstancias

Según nos dice el Catecismo de la Iglesia católica (n. 1754):

*"Las circunstancias contribuyen a agravar o a disminuir la bondad o la malicia moral de los actos humanos (por ejemplo, la cantidad de dinero robado). Pueden también atenuar o aumentar la responsabilidad del que obra (como actuar por miedo a la muerte). **Las circunstancias no pueden de suyo modificar la calidad moral de los actos; no pueden hacer ni buena ni justa una acción que de suyo es mala.**"*

Las circunstancias son aquellas condiciones accidentales que pueden modificar la moralidad substancial que sin ellas tenía ya el acto humano. Responden a la pregunta: ¿dónde?, ¿quién?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿con qué medios?

Definición de pecado

El catecismo tradicional define pecado como **toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios**.

- **Desobediencia a ley de Dios:** Dios nos ha dado una serie de mandamientos; saltarse esas normas es contrario a las leyes de Dios y como consecuencia, puede ser objeto de pecado si cumple con otras condiciones más. Saltarse las leyes de los hombres puede ser pecado o no dependiendo si conlleva asociado un acto de injusticia, imprudencia... Ejemplo: saltarse un semáforo en un lugar de mucho tráfico es pecado pues puede poner en peligro la vida nuestra o de otra persona. Fumar un cigarrillo en un bar es desobediencia contra una ley civil pero no es pecado moralmente hablando. En cambio cometer un aborto, puede estar permitido por las leyes civiles, y en cambio es un gravísimo pecado.
- **Voluntaria:** Se dice que un acto de desobediencia a la ley de Dios es voluntario cuando uno es consciente de que la acción es mala, pero a pesar de ello la quiere y hace libremente.

A la hora de clasificar el pecado lo podemos hacer según tengamos en cuenta diferentes parámetros.

Clases de pecados

Los podemos clasificar según su gravedad, el tipo y el modo.

1.- Según la gravedad

- **El pecado de los ángeles:** la ofensa cometida por los ángeles y que los transformó en demonios fue el pecado más grave cometido por criatura alguna. El rechazo de Dios fue tan grave por el entendimiento y la voluntad tan desarrollados de estas criaturas celestiales.
- **El pecado contra el Espíritu Santo:** de todos los pecados del hombre es el más grave pues no tiene perdón. *"Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres, pero la*

blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mt 12:31). De hecho, la misericordia de Dios podría perdonar cualquier tipo de pecado; pero en este pecado en particular, el pecador se obstina en su maldad y rechaza directamente la gracia de Dios para conseguir el perdón. Esa es la razón por la que, mientras que no desaparezcan estas condiciones, el pecado no se puede perdonar. En realidad es un pecado de pura malicia. Se consideran pecados de pura malicia los siguientes: La desesperación de salvarse, la presunción de salvarse sin merecimiento, la impugnación de la verdad conocida, la envidia o pesar de la gracia ajena, la obstinación en los pecados y la impenitencia final.

- **El pecado original:** su gravedad se debe a los dones tan especiales que tenían nuestros primeros padres, tanto en el orden natural, preternatural como sobrenatural. Fue un pecado tan grave que no sólo les afectó a ellos sino a toda la humanidad.
- **Pecado mortal** es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios, en materia grave, con plena advertencia y perfecto consentimiento. Un solo pecado mortal lleva consigo la pérdida de la gracia santificante, de la filiación divina, de la amistad con Dios, de los méritos adquiridos, y al mismo tiempo quedamos sujetos al poder de los demonios y nos hace merecedores de las penas del infierno.¹²³
- **Pecado venial** es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios, en materia leve, o en materia grave, si no hay plena advertencia o perfecto consentimiento. No se pierde la gracia santificante, pero disminuye el fervor de la caridad, nos dispone al pecado mortal y nos hace merecedores de las penas del purgatorio.

2.- Según el tipo

- **De pensamiento:** Es cuando uno piensa realizar un acto contrario a la ley de Dios y se goza en ese pensamiento malo. Con sólo consentir ese pensamiento ya sería pecado aunque luego no lo ejecutara. Ejemplo: *“Yo os digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt 5:28).*
- **De palabra:** Es cuando uno dice una palabra soez, blasfema.
- **De obra:** Es el pecado más frecuente. Es cuando uno realiza un acto que es contrario a la ley de Dios.
- **De omisión:** Es el pecado que se comete cuando uno debería hacer una obra que Dios nos manda y, por desidia, pereza u otra razón, no se hace. Por ejemplo: no ayudar a una persona que nos solicita razonablemente ayuda.

3.- Pecado habitual y pecado actual

- **Pecado actual** es la ofensa cometida por cada uno de nosotros.

¹²³ Concilio de Trento (DS 1544)

- **Pecado habitual** es la mancha e indisposición dejadas en el alma por el pecado actual.

4.- Pecado material y pecado formal

- Se dice que una persona comete un **pecado material** cuando hace algo malo pero no sabe que lo es. Por ejemplo: cuando una persona falta a Misa un día de precepto pero no sabía que era tal.
- Se dice que una persona comete **un pecado formal** cuando hace una acción creyendo que es mala, aunque luego de suyo no lo sea. Por ejemplo: cuando una persona cree que hoy es día de precepto (y no lo es) pero no va a Misa porque prefiere irse con los amigos a un partido de fútbol.

Condiciones para que haya pecado mortal

Decíamos que pecado mortal es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios en materia grave, con plena advertencia y perfecto consentimiento.

- **Materia grave:** En caso de duda, es la misma Iglesia quien señala si una ofensa a Dios es materia grave. La materia grave es siempre necesaria para que un pecado sea mortal; al menos subjetivamente apreciada como tal.
- **Advertencia plena:** Es la advertencia plena por parte de la inteligencia de que algo es pecado grave. Ejemplo: el que dispara un fusil y mata a una persona, creyendo que el fusil estaba descargado, no comete pecado. O el que come carne un viernes de cuaresma sin acordarse de que era viernes. A ella se opone la ignorancia culpable. La ignorancia culpable no es eximente. Por ejemplo el que no va a Misa en domingo porque dice que no sabía que había que hacerlo. Se supone que toda persona que ha hecho la primera comunión ha recibido la catequesis suficiente y ya tiene ese conocimiento.
- **Perfecto consentimiento:** Es el perfecto consentimiento de la voluntad en hacer ese acto malo. Ese consentimiento puede ser por fría malicia o por flaqueza de la voluntad. Por ejemplo: los pecados contra la castidad suelen ser más por flaqueza de la voluntad que por pura malicia; lo cual no le quita gravedad al acto de suyo malo.

Efectos del pecado mortal

Los efectos del pecado mortal son los siguientes: apartamiento de Dios, pérdida de los méritos adquiridos, esclavitud del demonio, disminución de la inclinación al bien, efectos sobre el cuerpo, desorden interior y exterior, ausencia de la Santísima Trinidad en el alma del pecador.

1. **Apartamiento de Dios:** Cuando el hombre peca gravemente le ocurre como al sarmiento cuando se separa de la vid, muere y no da fruto (Jn 15: 1-7). Se pierden la gracia santificante, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.
2. **Se pierden los méritos adquiridos:** Se pierden todos los méritos adquiridos por las buenas obras anteriores y al mismo tiempo uno queda incapacitado para adquirir nuevos méritos por las buenas obras que haga.
3. **Esclavitud del demonio:** El hombre se hace esclavo del demonio, lo que le produce como consecuencia un aumento de las malas inclinaciones. Además se hace reo de la pena eterna del infierno.
4. **Disminución de la inclinación al bien:** Conforme una persona se va separando más de Dios le es más difícil ser bueno. Es más, tiene una mayor inclinación a pensar y actuar con un corazón malo y torcido.
5. **Efectos sobre el cuerpo:** El daño que el pecado causa no sólo afecta al alma sino a la persona completa, y como consecuencia, también al cuerpo. Esto se ve de un modo especial en el pecado original. En los pecados mortales también se produce aunque en mucha menor afectación. Del mismo modo que se ve la cara inocente de un niño que no ha cometido todavía un pecado mortal, también se ve la cara desencajada del que está en manos del pecado y del demonio.
6. **Desorden interior y exterior:** El hombre que está en pecado grave y permanece en él, su carácter y conducta van paulatinamente cambiando para peor. Todo ello se debe a que cada vez está más atrapado por el demonio, y como consecuencia cada vez piensa más como el demonio. Por otro lado, ese cambio que afecta a su ser, también le afecta en su conducta y en sus relaciones con los demás.
7. **Deja de ser templo de la Santísima Trinidad:** Como nos dice San Pablo, el cristiano es templo de Dios (1 Cor 6:19): "*¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?*" Y el mismo Señor: "*Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada*" (Jn 14:23). Pero perdemos la habitación de Dios en nosotros como consecuencia del pecado mortal.

El pecado venial y sus efectos

Pecado venial es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios en materia leve, o en materia grave si falta plena advertencia o perfecto consentimiento.

El pecado venial priva de gracias actuales, dispone al pecado mortal y nos merece muchas penas en esta vida y en la otra.

El pecado venial puede ser: deliberado (una mentira); semideliberado (aquel en el que caemos por precipitación, sorpresa o fragilidad); habitual (es el estado en el que permanece el alma después de haber cometido un pecado venial si no ha hecho un acto de arrepentimiento sincero).

La culpa y la pena que conllevan el pecado

Es importante distinguir entre culpa y pena: La **culpa** es la mancha que queda en el alma después de haber cometido un pecado. La **pena** es el castigo que se merece por el pecado cometido. La culpa, sea grave o leve, se perdona con el arrepentimiento del hombre y el sacramento de la Penitencia; al igual que la pena eterna que se produjo por el pecado mortal, y que nos priva de la comunión con Dios.

Si un pecado es mortal, la culpa del pecado es grave y la pena es eterna. Si un pecado es venial, la culpa es leve y la pena es temporal, de duración limitada. La pena eterna debida por los pecados mortales, se perdona junto con la culpa en el sacramento de la Penitencia, que hace desaparecer el estado de enemistad que había entre el pecador y su Creador; más no así la pena temporal.

Pongamos un caso práctico y sencillo para entender mejor estos conceptos:

Un niño está jugando a la pelota rompe un cristal de la ventana de un vecino. Cuando se da cuenta de eso, entiende las consecuencias (vendrá el vecino gritando, conmoción en la familia, castigos...).

Ese sentimiento le hace decir a su mamá lo que sucedió. Le dice que fue sin querer, y que está arrepentido por no haber tenido el suficiente cuidado; le pide perdón a su mamá, y promete que de ahora en adelante no volverá a suceder más.

La mamá, lo perdona, pero le impone un "castigo acorde" para que el niño sea más cuidadoso en el futuro. ¿Terminó todo ahí? ¿Falta algo? Hubo un hecho malo, hubo arrepentimiento sincero, hubo perdón, y hubo una sanción acorde ¿ya está todo arreglado? NO, falta reparar el vidrio. Es un deber de justicia reparar lo que se ha roto. Esa "pena temporal" la reparamos con la penitencia que el sacerdote nos impone, con las buenas obras, los sacrificios, las indulgencias. Si en esta vida no hubiéramos "reparado los vidrios rotos", tendríamos luego que hacerlo en el purgatorio.

La pérdida del sentido del pecado

Del mismo modo que la persona que no se lava llega un momento en el que pierde el sentido de la higiene y si le preguntas, dice que no está tan sucio, la persona que vive habitualmente en situación de pecado grave pierde el sentido de su pecado, no es consciente del estado de su alma y como consecuencia no ve necesario arrepentirse.

La pérdida del sentido del pecado es una manifestación clara del estado de separación del alma con respecto a Dios. Es fruto del endurecimiento del corazón causado por el mismo pecado y del demonio actuando en su alma.

La pérdida del sentido del pecado es siempre culpable pues es el resultado de una separación voluntaria de Dios. Hoy día, es uno de los problemas más graves a los que se enfrentan los fieles en la Iglesia; pues al no sentirse la persona pecadora no busca a Dios, no siente la necesidad de

arrepentirse y como consecuencia, cada vez se separa más de Él; y no sólo su voluntad sino también su entendimiento.

Por la pérdida del sentido del pecado, la sociedad cada vez se separa más de las costumbres cristianas y adquiere costumbres paganas y pecaminosas. La depravación es tal, que llega un momento en el que actos o conductas que son gravemente pecaminosos se ven normales e incluso justificables y buenas. Ejemplo: divorcio, aborto, homosexualidad, anticoncepción.

El permisivismo actual de nuestra sociedad es el resultado de haber perdido el sentido del pecado.

La tentación y las ocasiones de pecado

La tentación se define como un llamado o invitación del demonio, otra persona o nosotros mismos, a hacer algo contrario a la voluntad de Dios.

La tentación no es de suyo pecado. Lo que es pecado es consentir o caer en la tentación. Dios permite que seamos tentados, pues a resultas de una tentación superada crecemos en virtud. Sabemos, además, pues tenemos la promesa de Dios, que nunca seremos tentados por encima de nuestras fuerzas:

"No os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito, dándoos el poder de resistirla" (1 Cor 10:13).

Lo que no podemos hacer es ponernos en ocasión de pecado si no hay una razón que lo justifique. Por ejemplo: un censor de películas tendrá que ver en ocasiones películas inmorales. Si el censor es buen cristiano, Dios le ayudará para no caer en la tentación. Ahora bien, nosotros, que no somos censores de películas, no podemos ponernos en ocasión de pecado viendo películas inmorales. Aunque luego no cometiéramos ningún pecado de pensamiento o en acto, por el mero hecho de habernos puesto voluntariamente en ocasión de pecado -sin haber justificación para ello- ya estaríamos cometiendo un pecado grave de imprudencia y por exceso de confianza en nuestras propias fuerzas.

El principio del doble efecto

Otra cosa diferente es cuando una acción tiene un doble efecto, uno bueno y otro malo.¹²⁴ La acción puede ser moralmente lícita si cumple una serie de condiciones. A saber:

- Que la acción en sí misma sea buena o indiferente.

¹²⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I^a-II^ae, q. 18, aa. 2, 3 y 4. Ver también A. Fernández, *El principio de la acción de doble efecto* (tesis doctoral, Pamplona 1983).

- Que la consecuencia mala no se siga directamente de la acción que se realiza.
- Que se actúe con buen fin.
- Que exista proporción entre el efecto bueno y el malo.

Pongamos un ejemplo y así lo entenderemos mejor: Veamos el caso de una mujer que está embarazada y tiene un tumor intestinal que necesita operarse inmediatamente.

1. Que la acción en sí misma –prescindiendo de sus efectos- sea buena o al menos indiferente. En el ejemplo tipo, la operación quirúrgica necesaria es en sí buena.
2. Que el fin del agente sea obtener el efecto bueno y se limite a permitir el malo. La extirpación del tumor es el objeto de la operación; el riesgo del aborto se sigue como algo permitido o simplemente tolerado.
3. Que el efecto primero e inmediato que se sigue sea el bueno. En nuestro caso, la curación.
4. Que exista una causa proporcionalmente grave para actuar. La urgencia de la operación quirúrgica es causa proporcionada al efecto malo: el riesgo del aborto.

Las raíces del pecado

A la hora de luchar contra el pecado es muy conveniente conocer cuáles son las raíces del mismo. De igual modo que si queremos quitar una planta mala del jardín tenemos que quitar también sus raíces, si queremos crecer en virtud, no sólo tenemos que quitar los pecados sino también controlar y eliminar las raíces del mismo. Estas raíces son conocidas con el nombre de los **pecados capitales**. Los pecados capitales son siete:

- Orgullo: buscar desordenadamente el propio honor.
- Avaricia: deseo no controlado de los bienes materiales.
- Lujuria: deseo desordenado de los placeres sexuales.
- Ira: estado emocional en el que se pierde el control de uno mismo y se busca vengarse de aquél que nos ha hecho daño.
- Gula: deseo desordenador por la comida o bebida.
- Envidia: tristeza porque otra persona sea mejor o tenga cosas que nosotros no tenemos.
- Pereza: dejarse llevar por la desgana por trabajar.

Para concluir este apartado, habría que hablar ahora de la conciencia, pero dado que ya hablamos de ella en un artículo anterior, y con el fin de no hacer más largo éste, me remito a él.¹²⁵

¹²⁵ <http://adelantelafe.com/no-se-puede-apelar-a-la-conciencia-para-eludir-la-norma/>

Capítulo 7

Acercamiento a la figura de Jesucristo

A lo largo de este capítulo 7, intentaremos hacer una sencilla y a la vez seria Cristología con el fin de llegar a conocer un poco más a Jesucristo nuestro Redentor.

La promesa del Redentor

Cuando Adán y Eva cometieron el pecado original fueron expulsados del Paraíso. Sabiendo Dios que el hombre no podía salvarse por sus propias fuerzas, -pues el pecado había abierto un abismo infranqueable para el ser humano y sólo alguien con poder infinito podía salvarlo-, le hizo la promesa de un redentor que aplastaría con su virtud el poder de Satanás. Esta promesa se fue concretando paulatinamente a lo largo de la historia del Pueblo de Israel.

La promesa se inicia nada más cometer el pecado original: *"Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le acecharás a él el calcañal"*. (Gen 3:15). La tradición cristiana ha visto siempre en este pasaje un anuncio del nuevo Adán (1 Cor 15: 21-22. 45). Y así lo afirmó el Concilio de Trento (DS 1573).

Desde entonces se inicia entre Dios y el ser humano lo que se conoce con el nombre de la **"Historia Salutis"**. En esta historia de salvación son fundamentales, de un lado, **el ofrecimiento de una salvación** por parte de Dios a los hombres; y de otro, **la promesa de un Salvador** que lleve a cabo dicha redención.

Dios hizo una primera alianza con todas las naciones en la persona de Noé (Gen 9). Posteriormente, escogió al pueblo de Israel para que fuera el portador de la salvación. Con ese fin, hizo sucesivas alianzas con Abraham (Gen 15-17), Isaac (Gen 26: 2-5), Jacob (Gen 28: 12 ss; 35: 9-12), Moisés (Ex 19-34), David (2 Sam 7: 5.11-16).

Con el paso de los siglos, las alianzas hechas por Dios con su pueblo se van concretando. Llega un momento en el que ya se anuncia claramente que el Mesías Salvador nacería de una mujer virgen (Is 7:14) en la ciudad de Belén de Judá (Miq 5:2):

Is 7:14: *"El propio Señor os da una señal. Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Enmanuel"*.

Miq 5:2: *"Pero tú, Belén de Efratá, pequeño entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad"*.

Todas estas alianzas hechas por Dios con su pueblo preparan la realidad de Jesucristo, quien cumple a la perfección los requisitos de las mismas, pues:

- Cristo **es Dios** que viene con su poder infinito a ofrecernos y a realizar la salvación plena y total.
- Cristo **es hombre perfecto**, Cabeza de la humanidad, quien será siempre fiel a Dios.
- Quien a través de su muerte en cruz realizará un **sacrificio redentor** perfecto y agradable a Dios para conseguir nuestra redención.

Por eso la Encarnación de Cristo es presentada como la "nueva y definitiva alianza" que consigue el perdón para los hombres (Mt 26:28; 1 Cor 11:25; Heb 8: 10-13).

Mt 26:28: "Ésta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados".

La necesidad de un Redentor

En la Biblia se nos dice con toda claridad que sólo Dios puede restaurar la "justicia" destruida por el pecado de nuestros primeros padres. El Antiguo Testamento describe el fracaso de todos los intentos humanos de auto-redención. La historia de las continuas alianzas de Dios con su pueblo así lo demuestra. Es en el Nuevo Testamento cuando ya se nos dice claramente que sólo Dios puede borrar nuestros pecados y salvarnos (Mc 2: 5-12).

El hombre no era capaz de salvarse a sí mismo por tres razones:

- La **naturaleza del ser ofendido** por nuestros pecados: Dios infinito. Nuestros pecados siendo actos humanos, y por ende finitos, tienen una malicia infinita en razón de la naturaleza que recibe la ofensa: Dios.
- La **naturaleza del mismo pecado**: pues el pecado produce un estado de muerte espiritual permanente que sólo cambia con la intervención del poder divino.
- El **carácter sobrenatural de la salvación**: pues remite el pecado, nos hace recuperar la gracia y produce una conversión sobrenatural de nuestro corazón.

Todo lo cual exige un poder sobrenatural para producirse. Pero el hombre había perdido todo lo sobrenatural por el pecado; había quedado separado de Dios y condenado al infierno..., pero Dios tuvo compasión de él.

La figura del Mesías Salvador en el Antiguo Testamento

La palabra "mesías" significa "ungido". Posteriormente, sería traducida al griego como "cristos" y al latín como "christus". Entre los judíos, al hablar del "Mesías" con mayúsculas, se hacía referencia

a la creencia y a la promesa hecha por Dios de un instaurador del "Reino de Dios"; reino que por ello llevaría el nombre de "Reino mesiánico"

El Mesías Salvador aparece a lo largo del Antiguo Testamento con **rasgos humanos** (hijo de David, 2 Sam 7: 12-16) y también divinos (Enmanuel – Dios con nosotros, Is 7:14).

Lo vemos también como **rey** (2 Sam 7: 12-16; Sal 2, 89, 110, 132; Jer 22:29), **profeta** (siervo de Yahveh" Is 42: 1-7; Is 52:13-Is 53:12) y **sacerdote** (Deut 33: 8-11; Ex 40:15; Num 25:13; Eclo 45:24). Títulos que luego aparecerían recogidos en Jesucristo como rey (Mt 15:22), profeta (Jn 7:49), y sacerdote (Heb 5:10).

Junto con estas concepciones sobre la figura del Mesías que hemos repasado, aparece también la revelación de un Mesías que vendrá de lo alto y que actuará como mediador entre Dios y el Pueblo elegido. El título más importante que se le da a este Mesías celeste es el de "**Hijo del hombre**" del profeta Daniel (Dan 7: 9-14). Jesucristo utilizó para sí mismo este título en multitud de ocasiones pues era el que más le apartaba de las concepciones mesiánicas de tipo político y horizontalista, al tiempo que señalaba claramente su divinidad. Este título, se combina con el de "**Siervo de Yahveh**" de un modo tan claro en sentido de su divinidad, que produce el escándalo de los que rechazaban su mesianismo, condenando a Jesús por blasfemo (Mt 26:64; 17:12).

El hecho de la Encarnación en la Sagrada Escritura

Entendemos por "Encarnación del Hijo" al hecho de que la Segunda Persona de la Santísima Trinidad tomara carne en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo.

Con el nacimiento de Jesucristo, la época de las largas preparaciones para la venida del Salvador ha terminado (Lc 2: 1-10; Gal 4:4; Heb 1:1)

Lc 1: 26-38: *"En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret. A una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Entrando le dijo: Alégrate, llena de gracia; el Señor es contigo. Ella se turbó al oír estas palabras, y discurría qué podría significar aquella salutación. El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin. Dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón? EL ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu pariente, también ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios. Dijo María: He aquí a la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y se fue de ella el ángel."*

Con la Encarnación de Cristo la revelación de Dios llega a su plenitud:

Jn 1: 1-14: "Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron... **Era la luz verdadera**, (luz) que viniendo a este mundo ilumina a todo hombre. Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le conocieron. Mas a cuantos le recibieron dioles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre; que no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios son nacidos. **Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria**, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad".

Heb 1: 1-4: "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, **en estos días, nos habló por su Hijo**, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo; el cual, siendo esplendor de su gloria e impronta de su sustancia, y sustentando todas las cosas con su poderosa palabra, después de haber realizado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto mayor que los ángeles, cuando heredó un nombre más excelente que ellos".

La existencia histórica de Jesucristo

Prácticamente nadie puso nunca en duda ni la historicidad de Jesucristo ni de los acontecimientos que se narran en el Nuevo Testamento. Fue a partir del siglo XVIII cuando aparecen algunos autores que, llevados por prejuicios anticristianos, agnósticos y ateos, cuestionan la existencia histórica de Jesucristo con argumentos disparatados.¹²⁶

Tanto fuentes cristianas como paganas testimonian con toda claridad la existencia histórica de Jesucristo.

1.- Fuentes no cristianas

- **Plinio el Joven** (a. 111): "Los cristianos se reúnen un día determinado antes de romper el alba y entonan un himno a Cristo como a un dios".¹²⁷
- El historiador **Tácito** (a. 115) habla de la persecución que sufrieron los cristianos en Roma por parte del emperador Nerón: "Para ahogar el rumor público (Nerón) inventó culpables e infligió tormentos a los que el vulgo llamaba cristianos. Este nombre les viene de Cristo,

¹²⁶ J.M. García Pérez, **Los Orígenes Históricos del Cristianismo**, Encuentro, Madrid, 2007.

¹²⁷ Plinio el Joven, **Epístola** 10, 96.

que había sido, bajo el reino de Tiberio, entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilato...¹²⁸

- **Suetonio** (a. 120) refiere un acontecimiento que había ocurrido en el año 51, en el que el emperador Claudio “expulsó de Roma a los judíos por promover incesantes alborotos a instigación de un tal Cresto”¹²⁹
- El filósofo sirio **Mará bar-Serapión** (a. 90), menciona la crucifixión del Rey-sabio.
- **Flavio Josefo** (a. 93), escritor judío nos dice: “El sumo sacerdote Anano acusó de transgredir la ley al hermano de Jesús (llamado Cristo), de nombre Santiago, y también a algunos otros, haciéndoles lapidar”.¹³⁰
- El **Talmud** menciona incidentalmente a Jesús. El judaísmo se preocupó de desfigurar la persona de Cristo; lo cual supone la afirmación de su existencia histórica.

2.- Fuentes cristianas

- Los mismos Evangelios, cuya historicidad está más allá de toda duda a pesar de los vanos intentos de negarla por parte de las teologías liberales y modernistas, fueron escritos por testigos oculares (Lc 1: 1-4).
- En el resto del Nuevo Testamento, la figura de Cristo es predicada a contemporáneos del Señor que le conocieron y oyeron de Él. Son típicos los discursos de San Pedro llenos de referencias a la vida histórica de Cristo, sobre todo a su Pasión y Resurrección.
- Documentos de cristianos antiguos, como los Santos Padre Apostólicos y Apologetas, la Sagrada Tradición, las liturgias antiguas están cargados de datos y referencias históricos.

La figura de Cristo en el Nuevo Testamento

1.- Jesucristo hombre

- En los sinópticos: Tanto las genealogías de Cristo que aparecen en San Mateo y San Lucas, como la descripción de su nacimiento, ya hablan de la realidad humana de Cristo. Cristo nace y crece (Lc 2:52); está sujeto a necesidades como nosotros (Lc 4:2; Mt 11:19); se alegra (Lc 10: 20-21) y desalienta (Mt 23:37); está triste (Mt 14:34) y tiene cólera (Mt 21:12). No conservamos una descripción física de Cristo,¹³¹ pero sí una psicológica que refleja un equilibrio y dominio muy sólidos (Mc 3:21; Mt 4: 1-11; Lc 11:37).

¹²⁸ Tácito, *Anales*, 3, 1; 15, 44.

¹²⁹ Suetonio, *Vita Claudii*, 25.

¹³⁰ Flavio Josefo, *Antigüedades Judaicas*, 20, 9, 1.

¹³¹ No tenemos en cuenta la descripción que aparece en la Sábana Santa de Turín; pues aunque tiene muchos visos de ser real, no la podemos utilizar como argumento en un trabajo sólido y científico.

- En los Hechos de los Apóstoles: Aparece la humanidad de Jesucristo de modo especial cuando en la comunidad primitiva aparece como profeta (Hech 3: 19-22) y siervo de Dios (Hech 3: 13-14).
- En San Pablo: Aunque para San Pablo la dimensión especial que se ve es el Cristo glorioso y resucitado; sin embargo, también estudia su existencia temporal. Lo vemos como hijo de David (Rom 1: 1-3); como profeta y patriarca (Rom 9:5); nacido de mujer y vinculado con la ley (Gal 4: 4).
- En San Juan: la humanidad de Cristo se ve reflejada, al tiempo que su divinidad, en una frase inmortal que nos dejó San Juan: *"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre"* (Jn 1: 14). La realidad de la humanidad de Jesucristo aparece continuamente en sus escritos: Vivió en Nazaret (Jn 4: 44.46); con una madre (Jn 2:18); que necesita comer (Jn 4:31), tiene sed (Jn 19:28); que muere en la cruz (Jn 19:30).

2.- Jesucristo, Hijo de Dios

- En los sinópticos: Jesús se declara a sí mismo en repetidas ocasiones como Mesías (Mt 27:11) e Hijo de Dios (Mt 10:32; Lc 22:29); aunque Él prefería llamarse "Hijo del hombre" (Mt 16: 13ss.); título que tiene claras connotaciones divinas según aparece en el profeta Daniel (Dan 7: 9-14). Jesús actúa con poder divino cuando hace milagros (Mt 11: 2-6; Lc 6:19). Milagros que realiza en su propio nombre (Lc 11:20), mientras que los discípulos los realizaban en nombre de Cristo (Hech 3: 2ss.).
- En los Hechos de los Apóstoles: aparece claramente su divinidad cuando Jesús es nombrado como "El Señor" (Hech 9:5), título reservado a Dios en el Antiguo Testamento (Sal 110); y también cuando los Apóstoles hacen milagros en "el nombre de Jesús" (Hech 3:6).
- En San Pablo: la divinidad de Cristo aparece asociada a títulos como "El Señor" (Rom 1: 1-4; Fil 2: 6-11); "el Señor de la Gloria" que está a la diestra de Dios Padre (Rom 8:34; Col 3:1); "juez", a semejanza de Yahveh (Rom 14:10; 2 Cor 5:10); "rey todopoderoso" (Rom 14:9; Ef 1:10); "Hijo de Dios preexistente" (Col 1: 13-15); "Imagen del Dios invisible" (2 Cor 4: 4-6).
- De modo especial se ve la divinidad de Jesucristo en San Juan, tanto en su Evangelio como en las Cartas y en el Apocalipsis. De hecho, el tema esencial de su Evangelio es que el Hijo de Dios ha venido a habitar en medio de los hombres (*"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"*). Para San Juan, ya la encarnación de Cristo tiene valor salvífico (Jn 1: 1-14). Aparece Jesús como venido del cielo (Jn 3:6), que tiene a Dios como Padre; que es pan del cielo (Jn 6:50); que da la vida eterna (Jn 4:14); que tiene el poder de resucitar a los muertos (Jn 11:25).

El Misterio de la Encarnación

Habiendo revisado brevemente los datos que nos aporta sobre Cristo tanto la Revelación como el Magisterio, en éste y en los apartados siguientes, intentaremos profundizar en la triple realidad de nuestro Salvador: su ser (Dios hecho hombre), su papel (Mediador) y su obra (Redentor)¹³².

El Misterio de la Encarnación

La Encarnación del Hijo de Dios es un misterio en sentido estricto pues la razón humana no podría haberlo alcanzado antes de ser revelado. La unión hipostática entre Dios y la criatura que supone la Encarnación es algo de lo que no hay analogía conocida, por lo que al hombre le habría sido imposible llegar por sus propios medios ni incluso a imaginar esa posibilidad.

La gran novedad del cristianismo es el anuncio de que Dios se había hecho hombre para nuestra salvación. La Encarnación del Hijo de Dios es el vértice insuperable y el cumplimiento absoluto de la historia de la salvación. Jesucristo es la Palabra definitiva y última de Dios a la humanidad (Heb 1:2); el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2:5) y la fuente de toda salvación presente y futura (Hech 4:12).

San Pablo nos habla de un "*misterio oculto desde la eternidad*" (Ef 3:9; Col 1:26; 1 Tim 3:16), que manifiesta la voluntad salvífica de Dios (Gal 4: 4-5; Jn 3: 16-17). El mismo San Pablo nos dice también que en Cristo habita la plenitud de la divinidad "corporalmente" (Col 2:9).

San Juan escribe en el prólogo de su evangelio que el mismo Verbo que estaba junto a Dios (Jn 1:1) se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1:14).

Los Santos Padres utilizan una gran variedad de términos para hablar de la realidad de la Encarnación: Encarnación, humanización, in-corporación, asunción de un cuerpo, morada, unión. San León Magno declaraba que "*el que las dos sustancias se unieran en una sola persona no lo puede explicar ningún discurso si la fe no lo mantiene firmemente*"¹³³.

La Encarnación es el tema central de las profesiones de fe del Magisterio. Pío IX en su carta "Gravissimas Inter" (año 1862) ha recogido la misma doctrina.

Los Fines de la Encarnación

Sabemos por Revelación que Dios se hizo hombre; y también sabemos que el hecho de la Encarnación para nuestra salvación es un **dogma**. Ahora bien, la teología siempre se preguntó por

¹³² Para estos capítulos cristológicos de "Profundizando en nuestra fe" me está sirviendo de gran ayuda el **Tratado de Cristología** de J.A. de Jorge García-Reyes (en proceso de publicación).

¹³³ San León Magno, **Sermones**, 29:1

el motivo que llevó a Dios a tomar la decisión de que el Hijo se encarnara. O dicho de otro modo, ¿se habría encarnado Dios si el hombre no hubiera pecado?

La Sagrada Escritura insiste en la **finalidad salvífica** de la venida del Hijo del hombre:

- "El Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido" (Lc 19:10).
- "Dios envió a su Hijo al mundo no para condenar..., sino para que el mundo se salve por Él" (Jn 3:17).
- "Envío a su Hijo al mundo como víctima propiciatoria por nuestros pecados" (1 Jn 4:10).

Los Santos Padres defienden continuamente el argumento de la Redención a la hora de hablar de la Encarnación de Cristo. Es típica la frase que se repitió continuamente entre ellos: **"lo que no es asumido, no es sanado"**. San Ireneo escribe que *"si el hombre no necesitara ser salvado, de ningún modo el Verbo de Dios se haría hombre"*. San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría hacen afirmaciones similares. San Agustín decía: *"Si el hombre no hubiera perecido, el Hijo del hombre no vendría"*.¹³⁴

El Magisterio de la Iglesia confiesa en el Credo Niceno-Constantinopolitano que Jesucristo, *"por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre"*.

¿Se habría encarnado el Hijo de Dios si el hombre no hubiera pecado?

A modo de curiosidad teológica les resumo ahora un problema que surgió en la Edad Media y que es el siguiente: ¿Se habría encarnado el Hijo de Dios si Adán no hubiera pecado?

El primero que se hizo esta pregunta fue el abad Ruperto Deutz (+ 1135), quien sostenía que aunque el hombre no hubiera pecado, Dios se habría encarnado.¹³⁵ Del mismo modo pensaba Honorio de Autún (+ 1152), quien decía que el mayor de los males no podía ser la causa de la Encarnación. Del mismo modo pensaban Alejandro de Hales y San Alberto Magno.

Santo Tomás de Aquino (1225-1274) estudió el problema en varios momentos de su vida, considerando la fuerza de los argumentos en favor de la Encarnación aunque el hombre no hubiera pecado, pero no pudo encontrar ni en la Escritura ni en los Santos Padres un testimonio definitivo en favor de tal posición, por lo que él, personalmente, sostuvo la postura contraria.¹³⁶ Santo Tomás, y los tomistas en general, no niegan que la Encarnación podría no haber dependido de la Redención en otro orden posible que hubiera sido decretado por Dios; pero en el presente orden concreto en el que estamos, **la causa material de la Encarnación fue de hecho la Redención de los hombres.**

¹³⁴ San Agustín, *Sermones*, 174, 2, 2; P. L., XXXVIII, 9400.

¹³⁵ Rupertus Tuitensis, *De Gloria et honore Filii hominis super Matthaeum*, P.L. 148, 1628

¹³⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 1, a. 3;

San Buenaventura afirma que ambas posiciones suscitan en el ser humano la devoción por motivos diferentes. La afirmación de que la Encarnación no depende del pecado está más en consonancia con el juicio de la razón, y sin embargo la afirmación contraria parece estar más de acuerdo con la piedad de la fe; y es preferible contar en el testimonio de las Escrituras antes que en el de la pura razón humana.¹³⁷

Duns Escoto (+ 1308) defendió la idea de la Encarnación incluso si no hubiera habido pecado; pues según él, tal hipótesis sería no ya algo conveniente, sino incluso indispensable. Según este autor, **la Encarnación del Hijo de Dios sería la razón última de toda la creación**; ya que de no ser así, la mayor de las acciones de Dios (la Encarnación) hubiera sido algo meramente accidental si hubiera dependido del pecado del primer hombre.¹³⁸

Les resumo pues aquí las cinco respuestas más comunes que se han dado a esta pregunta:

- El motivo adecuado para la Encarnación es su misma excelencia, por lo que Dios se habría encarnado incluso aunque el hombre no hubiera pecado (Abad Ruperto y Honorio de Autún).
- Solamente Dios conoce el motivo real de la Encarnación, pudiendo ser la excelencia de la misma o bien el pecado de los hombres (San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino en su Comentario a las Sentencias).
- El pecado del hombre sólo es motivo de que la Encarnación se realizara en carne pasible, pero no de la Encarnación en sí misma, la cual se habría realizado en todo caso (Duns Escoto, San Francisco de Sales).
- Existen muchos motivos adecuados a la vez (Suárez).
- En el orden presente de cosas realmente querido por Dios, el pecado del hombre fue el motivo adecuado de la Encarnación en base a los testimonios de la Revelación y de los Santos Padres (San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino en la Suma Teológica).

Frente a este problema, ha habido teólogos, como los que se citan abajo, que dieron respuestas que fueron calificadas por el Magisterio como heréticas. A saber:

- Wiclef: *"Todas las cosas son producidas por Dios con necesidad absoluta"*.
- Malebranche y Leibnitz: quienes afirman que la Encarnación fue necesaria.
- Hermes, Günter y Rosmini: Hay una "necesidad moral" de Dios de encarnarse.

Todas estas doctrinas calificadas como heréticas tienen una idea común de fondo: Era necesario que Jesús se encarnara.

La **teología neomodernista** ha intentado dar respuesta a esta pregunta enfocándola desde otro punto de vista. Dice esta teología que la obra de Cristo no puede ser entendida como un mero restablecimiento del orden perdido en el Paraíso como consecuencia del pecado, sino más bien

¹³⁷ San Buenaventura, *In III Sententiarum*, dist. 1, q. 2.

¹³⁸ Duns Escoto, *Opus Oxoniense*, 3, dist. 19.

como una función escatológica, donde el orden y la perfección de la criatura alcanzan su plenitud no en el comienzo de la creación sino al final de la historia. Por eso, contempla el papel del Verbo encarnado no sólo como Redentor, sino, con independencia de la caída inicial, como conductor dinámico de la historia hacia la plenitud del hombre y del cosmos. Esta es en el fondo la tesis de Teilhard de Chardin, J. Moltmann. Por eso concluyen que el Hijo se habría hecho hombre incluso si el género humano no hubiera pecado.

Los textos de la nueva teología con gran facilidad caen en una tal ambigüedad que los hace confusos y permiten pensar que se están sosteniendo doctrinas seguras, cuando en realidad se introduce algo completamente nuevo, donde no se precisa la trascendencia de Dios, o se afirma un panteísmo larvado, o se sostiene la idea de la salvación de toda la humanidad por el mero hecho de la Encarnación sin necesidad de la aceptación personal y libre de la gracia (de ahí al cristianismo anónimo de Rahner hay sólo un paso). Esta nueva teología es, además, antropocéntrica y desfigura la realidad del pecado original.

La libertad de la Encarnación

La Encarnación y la Redención son una obra de Dios que nace de su **absoluta libertad**, un puro regalo y don para el hombre que en absoluto es exigible por nada ni por nadie. Es en este sentido un puro fruto del Amor Infinito. Así aparece en palabras del mismo Jesús: "*Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo...*" (Jn 3: 16-17). Por eso San Juan nos recuerda: "*En esto se manifestó el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por Él la vida*" (1 Jn 4:9).

Por ser una obra libre de Dios, no se puede decir, como afirmaron algunos protestantes, que era necesario que Dios se encarnara. De aquí podemos sacar las siguientes conclusiones:

- Dios no tenía la obligación de salvarnos.
- Dios nos podría haber salvado sin necesidad de encarnarse. Podría haber utilizado cualquier otro medio, si esa hubiera sido su voluntad.

Establecida la libertad absoluta de Dios en relación a la Encarnación y la Redención, hemos de afirmar que esa decisión divina fue "**la más conveniente**" para conseguir la "reparación del pecado y la santificación del hombre". Pues:

- Brillan de un modo especial tanto la **justicia divina** reparada como su amor y su misericordia¹³⁹.
- También brillan de un modo singular tanto la **justicia humana** (porque el propio hombre repara el daño hecho por el pecado), como también su amor (por la entrega total que Jesucristo hombre hace al Padre).

¹³⁹ M. Cuervo: *Tratado del Verbo Encarnado en "Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino"*, vol. XI, BAC, Madrid, 1960.

- Además, es conveniente la Encarnación por los **beneficios "extras"** que el hombre recibe.¹⁴⁰

Es por ello que el Concilio de Colonia (a. 1860) declara: "*Si quería Dios exigir una satisfacción íntegra por el pecado, que al mismo tiempo manifestara su misericordia y su justicia, nadie podía satisfacer por él, a no ser quien al mismo tiempo fuera **Dios y hombre***".¹⁴¹

Eternidad divina, Encarnación en el tiempo

La idea de la eternidad divina manifestada en la Sagrada Escritura no está expresada en sentido filosófico (como un continuo presente), sino más bien con el modo propio de los hebreos; es decir, como un prolongar infinito de la línea del tiempo para atrás y hacia adelante. (Jer 10: 1ss; Sal 135: 15-17; Is 41:4; Sal 90:2; 2 Pe 3:8).

Tanto el espacio como el tiempo manifiestan la limitación del ser material, pues son las medidas de sus límites de extensión y duración. Dios, en cambio, es ilimitado, no está sometido a las coordenadas del espacio y del tiempo.

La Encarnación no supone la pérdida de la eternidad divina, pero sí la manifestación de lo eterno en nuestro tiempo creado. En este sentido, la venida de Jesucristo supone que lo eterno irrumpe en nuestro mundo y en nuestro tiempo creado, y realiza el acontecimiento crucial de toda la historia del mundo. Literalmente, la historia humana se divide en dos: antes y después de Jesucristo.

Debemos aclarar que, desde la perspectiva de Dios, tal actividad es en sí misma eterna, ya que sus acciones "ad extra" (creación y Encarnación), se identifican con su esencia. Pero como términos o efectos de esa actividad, sus acciones "ad extra" son temporales.

Encarnación e inmutabilidad divina

La inmutabilidad es una de las propiedades de Dios. Dios es inmutable por ser Acto puro; en Él no puede haber cambio, pues en Él nada existe en "potencia". Por otro lado, Dios es simple (sin "partes" que posibilitaran un cambio), y al mismo tiempo es infinitamente perfecto (no carece de nada que pudiera obtener mediante un cambio).¹⁴² Dios es "*el que es*" (Ex 3:14).

El hecho de la inmutabilidad divina está manifestado en la Sagrada Escritura en multitud de ocasiones: "*Tu eres siempre el mismo*" (Sal 102:27); "*Yo, Yahveh, no cambio...*" (Mal 3:6). Dios es

¹⁴⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa q. 1 a. 2.

¹⁴¹ Sínodo de Colonia del a. 1860, p. 1, c. 18.

¹⁴² Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologica*, Ia, q. 9, a. 1.

siempre fiel, su sabiduría permanece siempre la misma (Sab 7:27). *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt 24:35; Is 40:8).

Los Santos Padres afirman la inmutabilidad de Dios frente a las herejías que afirman en Dios la posibilidad de cambio: panteístas, politeístas y gnósticas.

Pero junto a la afirmación de la inmutabilidad de Dios, vemos algunos textos de la Sagrada Escritura en la que se ve en Dios "cambio". Por ejemplo: *"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn 1:14), o también este otro: *"Cuando llegó la plenitud del tiempo envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley"* (Gal 4:4).

¿Cómo podemos, pues, solucionar esta aparente aporía de que Dios es inmutable pero también "cambia"? Como la mutabilidad incluye potencialidad, composición e imperfección, es irreconciliable con Dios. Cuando Dios hace sus obras "ad extra" (hacia el exterior de sí mismo), tales como la creación o la Encarnación, Dios no se dedica a una actividad nueva que antes no hacía, sino que entra en una nueva realización de los designios eternos de su divina voluntad; por tanto, **el designio de crear es tan eterno y tan inmutable como la naturaleza divina con quien de hecho se identifica. Solamente en sus efectos (creación, Encarnación), la acción de Dios es temporal y mutable.**

La Encarnación, una obra de la Santísima Trinidad

Jesucristo es el Hijo de Dios (Segunda Persona de la Santísima Trinidad) encarnado. Ahora bien, como cualquier obra "ad extra" de Dios, participan las tres Divinas Personas: El **Padre** manda a su Hijo, el **Hijo** se encarna en el seno de María por obra del **Espíritu Santo**.

La Sagrada Escritura atribuye la obra de la Encarnación a cada una de las tres divinas Personas:

- En la Carta a los Hebreos (Heb 10:5) y en la Carta a los Gálatas (Gal 4:4) se nos dice que es **obra del Padre**. Cristo es el enviado del Padre (Mt 10:40, Lc 4:43).
- En la Carta a los Filipenses se nos dice que la Encarnación **se atribuye al Hijo** (Fil 2:7). San Juan nos recuerda que Cristo es el Hijo de Dios encarnado (Jn 1: 1-14). Su llegada al mundo, y toda su vida, es un acto de obediencia al Padre (Jn 3:4; Rom 5:19). La Encarnación y la Redención son misterios intrínsecamente unidos (Mt 1: 21; Hech 4:12).
- La Encarnación también se atribuye al **Espíritu Santo** (Lc 1:35): *"El poder del Espíritu te cubrirá con su sombra"*. Y también en Mt 1:20: *"José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo"*. El Espíritu Santo unge a Cristo en el bautismo (Mc 1:10).

San Agustín recoge toda la tradición patristica y concluye: "*El hecho de que María concibiese y diese a luz es obra de la Trinidad, ya que las obras de la Trinidad son inseparables*".¹⁴³

El Magisterio de la Iglesia recoge y defiende la misma doctrina en el Concilio XI de Toledo, Concilio IV de Letrán y otros.

La teología trinitaria establece con firmeza que toda obra "ad extra" de la Santísima Trinidad es atribuible a las tres divinas Personas, ya que las personas obran a través de su naturaleza, y en Dios hay una sola y única naturaleza divina simple e indivisible. Es por ello que fue obra de las tres divinas Personas: la formación del cuerpo de Cristo en el seno de la Virgen María, la creación del alma humana de Cristo, la unión hipostática de ese cuerpo y de esa alma humanas en la Persona divina de Jesucristo.

Muchos otros aspectos podríamos analizar referentes a la Encarnación, como por ejemplo la conveniencia de que se encarnara el Hijo y no el Padre o el Espíritu Santo; pero dado que no se pretende hacer un tratado cristológico, sino más bien un serio catecismo para adultos, creo que es suficiente con lo expuesto.

La Naturaleza Humana en Jesucristo

Jesucristo, como nos decía el catecismo antiguo, es **Dios y hombre verdadero**. El olvido de cualquier aspecto, divino o humano, en Cristo, conduce a la desaparición de su figura, con las consecuencias trágicas que se derivan para la fe y la espiritualidad cristianas. Si escamoteamos de alguna manera su divinidad o su humanidad, el Cristo del que se habla ya no es el Cristo verdadero.

El dogma de la Encarnación define que el Hijo –segunda Persona de la Santísima Trinidad- **tomó carne en el seno de la Virgen María**. Desde entonces, ese Hijo recibe el nombre de Jesucristo; una Persona Divina con dos naturalezas: una divina, pues es Dios, y otra humana, pues es hombre. Ambas naturalezas permanecen unidas hipostáticamente (en la Persona de Cristo).

Cristo, perfecto hombre y hombre perfecto

La Iglesia cree que Jesucristo es **perfecto hombre** (igual a nosotros en todo menos en el pecado) y **hombre perfecto** (pues no hay en Él imperfección o vicio; es el hombre ideal, santo, pleno).

La **humanidad** de Jesucristo está plenamente atestiguada en las **Sagradas Escrituras**: La Carta a los Gálatas insiste en que es un hombre como nosotros: "*Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley*" (Gal 4:4). La Carta a los Romanos nos dice que era de la estirpe de Adán (Rom 5: 12ss). San Juan habla de su experiencia personal a través de los sentidos con Jesús (1 Jn 1: 1-2). En los Evangelios de la Infancia se nos dice que nació en Belén en

¹⁴³ San Agustín: *De Trinitate*, II, V, 9. (P. L. 42, 850).

tiempos del rey Herodes (Mt 2:1) y que iba creciendo en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2:52).

1.- Con un cuerpo verdaderamente humano

Es de fe que el cuerpo de Jesucristo era un cuerpo **verdadero y terreno**, de carne y hueso. **Santo Tomás** niega que este cuerpo pueda ser considerado como celeste o imaginario; pues si así lo fuera no podríamos decir que es realmente "encarnado", su muerte en cruz no habría sido real (como narran los Evangelios) sino sólo en apariencia, y por otro lado, no habríamos sido redimidos, pues haríamos de Cristo un mentiroso. Fue el mismo Cristo quien le dijo a Tomás: "*Trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente*" (Jn 20: 27).

1.1.- La corporalidad real de Cristo la vemos manifestada en muchos lugares de la Sagrada Escritura. Así, por ejemplo, se habla de que fue concebido (Lc 1:31) en el seno de la Virgen María (Lc 1:42); nació en Belén (Lc 2:7); es circuncidado (Lc 2:22); se escapa al templo cuando era adolescente (Lc 2: 42-43); caminaba (Mt 4:16); comía y bebía (Lc 7:34); rechaza ser un fantasma (Lc 6:49); suda sangre (Lc 22:44); le clavan los pies y las manos (Jn 20:20); muere (Lc 23:46); y, una vez resucitado, insiste en que su cuerpo no es un fantasma (Lc 24:39).

Ya en tiempos de San Juan hubo algunos que negaron la corporalidad real de Jesucristo. Los docetas decían que tenía un cuerpo meramente aparente, pero no real. Frente a ellos, San Juan hace una defensa de la corporalidad de Cristo en la Primera de sus Cartas (1 Jn 4: 2-3):

*"Queridísimos: no creáis a cualquier espíritu, sino averiguad si los espíritus son de Dios, porque han aparecido muchos falsos profetas en el mundo. En esto conocéis el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a **Jesucristo venido en carne**, es de Dios".*

En los **comienzos de la Iglesia** fueron grandes defensores de la realidad del cuerpo de Cristo: San Ignacio de Antioquía, San Justino, Tertuliano. San Hipólito, y muchos otros.

El **Magisterio de la Iglesia** recoge desde las primitivas confesiones de fe y definiciones dogmáticas, la fe en el cuerpo verdadero y humano de Jesucristo. Véanse el Símbolo Quicumque (DS 76), el Sínodo I de Toledo (a 400) (DS 189), el Concilio de Calcedonia (a. 451) (DS301), el Concilio II de Lyon (a. 1274) (DS 852, 1340). A modo de ejemplo recogemos la definición que aparece en el Concilio de Calcedonia al respecto:

*"Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno solo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, **el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad**, Dios verdaderamente, y **el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo**, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, **semejante en todo a nosotros, menos en el pecado** [Hebr. 4, 15]; engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno solo y el mismo*

Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno solo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo, como de antiguo acerca de Él nos enseñaron los profetas, y el mismo Jesucristo, y nos lo ha transmitido el Símbolo de los Padres [v. 54 y 86].

Así, pues, después que con toda exactitud y cuidado en todos sus aspectos fue por nosotros redactada esta fórmula, definió el santo y ecuménico Concilio que a nadie será lícito profesar otra fe, ni siquiera escribirla o componerla, ni sentirla, ni enseñarla a los demás”.

1.2.- El cuerpo asumido por Cristo fue un cuerpo pasible (Is 52:13; 53: 1-3; 1 Pe 2:21; Mt 27: 29-33) y con los “defectos” comunes a toda naturaleza humana que no fueran contrarios a la perfección de la gracia. Esos defectos los asumió voluntariamente, y no los contrajo como consecuencia de pecado alguno. A diferencia nuestra, que sí contraemos los defectos como consecuencia de nacer con el pecado original.

San Ignacio de Antioquía manifiesta esta doctrina con sencillez y profunda fe:

“Espera a Aquél que está fuera del tiempo, intemporal e invisible, hecho por nosotros visible, y, siendo impalpable e impasible, se hizo pasible y padeció por nosotros todos género de sufrimientos”¹⁴⁴

El **Magisterio de la Iglesia** también lo confirma. Los símbolos de la Iglesia (credos) afirman la realidad de los padecimientos y muerte de Cristo: *“Nació de María Virgen, padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado...”*.

Los concilios primeros de la Iglesia también condenaron las posturas que eran contrarias: docetismo, gnosticismo, nestorianismo (DS 263). La manifestación expresa de la humanidad y pasibilidad de Jesucristo también la vemos en IV Concilio de Letrán (DS 801), Concilio de Florencia (DS 1337).

Santo Tomás de Aquino estudia el tema de la pasibilidad de Cristo en la cuestión 14 de la tercera parte de la Suma Teológica. Resumiendo, su doctrina nos dice: Era conveniente la ascensión de un cuerpo pasible para expiar en lugar nuestro los pecados de los hombres; para manifestar que tenía verdaderamente una auténtica naturaleza humana; y para dar ejemplo de paciencia en sobrellevar los sufrimientos. Este su cuerpo fue pasible, no como fruto del pecado, que en Él no existió, sino como consecuencia de una decisión libre de su voluntad.¹⁴⁵

¹⁴⁴ San Ignacio de Antioquía, *Epistula ad Polycarpus Smyrnaeus*, PL 5, 721.

¹⁴⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III^a q. 14, a.1

El Aquinate añadía que la pasibilidad de su cuerpo era necesaria para obrar la satisfacción; y la plenitud de la gracia, para que esta satisfacción fuera plena.¹⁴⁶

Santo Tomás rechaza la tesis de la asunción de los defectos comunes a la naturaleza humana como algo milagroso, sino que sostuvo que hubo una necesidad natural de tenerlos ya que Cristo asumió la naturaleza humana en todo igual a la nuestra menos en el pecado (de modo que la muerte, la sed, la fatiga, etc. Fueron causadas en Cristo por los principios naturales que necesariamente conducen a aquéllas). Por lo mismo, asumió la necesidad de coacción que contraría la naturaleza del cuerpo y del alma, como se ve en la Pasión y Muerte del Señor (el alma de Cristo no poseía la virtud propia de impedir que los clavos traspasasen sus manos y pies y le procurasen horribles tormentos, a pesar de lo cual Cristo libremente los sobrellevó en su voluntad divina y en su voluntad racional humana)¹⁴⁷.

2.- Con un alma perfectamente humana

El Hijo de Dios asumió una verdadera naturaleza humana, por tanto, con un cuerpo humano, como ya se ha considerado, y también con un alma realmente humana; es decir, racional, propia de los seres humanos.

La Iglesia siempre consideró esta verdad como de fe; y por ello la defendió frente a herejías como el arrianismo y el apolinarismo.

La **Sagrada Escritura** nos confirma que Jesucristo tenía verdadera alma humana, pues tenía:

- Sentimientos humanos: indignación, como en el caso de la expulsión de los vendedores del templo (Jn 2: 15-17); tristeza, como en Getsemaní (Mt 26:38); alegría, como en el episodio de Lázaro (Jn 11:35)...
- Se ejercitaba en la virtud. Lo cual sólo podía ocurrir si tenía un alma humana: obediente, como su oración de abandono en Getsemaní (Lc 22:42); humildad, como la exhortación a imitarla por parte de sus discípulos (Mt 11:29); oración (Mt 14:23).
- El mismo Jesucristo afirmaba que tenía un alma humana: como en la Agonía de Getsemaní ("*Triste está mi alma hasta la muerte*" Mt, 26:38); o en la Última Cena ("*Mi alma está turbada*" Jn 12:27); o cuando, clavado en la cruz y agonizando dice "*Padre a tus manos encomiendo mi espíritu...*" (Lc 23:46).

Los **Santos Padres** desde un principio, son contestes a la hora de afirmar la existencia de un alma humana en Cristo. San Clemente Romano (cuarto Papa) decía: "... *entregó su carne por nuestra carne y su alma por nuestra alma*"¹⁴⁸. San Gregorio de Nisa establece una curiosa comparación a través de la cual establece su doctrina: "*El Buen Pastor, al tomar sobre sí a la oveja –la naturaleza*

¹⁴⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III^a q. 14, a.1, ad. 1.

¹⁴⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III^a q. 14, a.2.

¹⁴⁸ San Clemente Romano, *Carta a los Corintios*, 49, 6.

humana-, no sólo tomó su piel –la carne- sino también lo que le da la vida y la hace realmente humana, el alma¹⁴⁹.

El **Magisterio de la Iglesia** condenó en el Concilio de Nicea (a. 325) (DS 130) y en Concilio I de Constantinopla (a. 381) (DS 151) las doctrinas de Arrio y Apolinar de Laodicea respectivamente. En el Concilio de Florencia (a. 1442) en el Decreto para los Jacobitas, se vincula esta doctrina contra la de Apolinar y se condena (DS 1343).

El concilio de Calcedonia (a. 451) definió dogmáticamente que Jesucristo tenía un “alma racional”. Expresión que luego se reiteraría en concilios posteriores.

Santo Tomás de Aquino habla del alma de Cristo en dos apartados. En el primero se concentra en la naturaleza del alma asumida por el Hijo de Dios (Summa Theologica, III, q. 5, aa. 3-4), de la cual dice que es humana y racional. En el segundo apartado estudia la creación del alma racional de Cristo, su infusión en el cuerpo y la unión resultante de la naturaleza humana con la Persona del Verbo (Summa Theologica, III, q. 6, aa. 1-5). Frente a las tesis de Arrio y Apolinar que defendieron que el Hijo de Dios sólo habría asumido la carne humana, y que las funciones del alma las realizaría el Verbo, Santo Tomás explica que esto supondría que en Cristo no hubo dos naturalezas sino sólo una, pues la naturaleza humana se constituye sólo por la unión del alma humana con el cuerpo.¹⁵⁰

3.- Las facciones humanas de Jesús a partir de los Evangelios

Las facciones humanas de Jesús eran bien conocidas por sus contemporáneos; pero no nos ha llegado un retrato o descripción de las mismas. No obstante podemos extraer algunos rasgos de los Evangelios.¹⁵¹

- **Fecha de nacimiento:** Algunos especialistas datan el nacimiento de Jesús del año 5º al año 7º antes de nuestra era. La crucifixión fue el día 7 de abril del año 30; por lo que Jesús tendría entre 35 y 37 años de edad.¹⁵²
- **Atuendo:** Solía ir vestido con lana y túnica superior (Jn 19:23; normalmente se usaba con cuatro borlas de lana con hilos azules, Num 15:38), cinturón, sudario blanco para la cabeza y el cuello. Con barba y cabello recogido en la nuca, a diferencia de los nazarenos. Tenía gusto por el aseo (Lc 7:44) y acepta el bálsamo de María (Jn 12: 3ss.).
- **Personalidad:** Tenía una personalidad profundamente atrayente para mayores y niños (Lc 18; 15ss; 11:27). Incluso sus enemigos lo calificaban de “seductor” (Mt 27:63). Tenía una mirada de impresionaba y cautivaba (Mt 3:5; Mc 3:34; 5:32; 8:33; 10:21; Lc 22:61). Y al mismo tiempo hablaba con autoridad y no como los escribas (Mt 8: 28-29).
- **Fortaleza:** Pasó muchos días en ayuno (Mt 4). Después de todo el día trabajando y caminando (Mc 3:8) era capaz de pasarse gran parte de la noche haciendo oración (Mc 1:35).

¹⁴⁹ F. Ocariz, L. F. Mateo Seco y J. A. Riestra, *El Misterio de Jesucristo*, Eunsa, 2010, pág. 95.

¹⁵⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 5. a. 3,

¹⁵¹ Es bueno consultar las citas. Su estudio y meditación nos ayudarán a conocer mucho más a Cristo.

¹⁵² Sobre estas fechas se han hecho muchos estudios y de ellos se concluye que tienen muchos visos de ser reales. Puede verse, E. Case, *Cristología Breve*, Eunsa, Pamplona 2003, págs. 16-20.

Gusta de la vida al aire libre (*"El Hijo del hombre no tiene ni dónde reclinar la cabeza"*, Mt 8:20). No tenía ni tiempo para comer (Mc 3:20; Jn 6:31). Pero sobre todo vemos su fortaleza física y espiritual en el momento de su Pasión y Muerte.

- **Hombre de carácter:** Su carácter lo manifiesta desde la infancia (Lc 2:49). Tiene una voluntad firme de cumplir lo que su Padre le ha mandado (Lc 22:42). En ningún momento se acobarda ante las personas que intentaban atraparlo (Lc 4: 21-30). Siempre decía la verdad a la cara, aunque eso pudiera suponer el rechazo de los que le escuchaban (Mt 23:27). No había venido a traer paz sino espada (Mt 10:34); ni a salvar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9:13); ni a ser servido, sino a servir (Mc 10:45). Era firme en sus propósitos y así lo enseñaba a todos (*"El que pone la mano en el arado y echa la vista atrás..."* Lc 9:62); *"no podéis servir a dos señores"* (Mt 6:24).
- **Hombre profundamente sincero:** Así es reconocido incluso por sus enemigos (Mc 12:14); acusa al demonio por ser el padre de la mentira (Jn 8:44). Murió antes de decir una mentira (*"¿Eres tú el Hijo de Dios... Tú lo has dicho..."*, Mt 26: 63-65).
- **Profundamente inteligente:** Vence a sus enemigos desenmascarando las trampas que pretendían tenderle: sobre el matrimonio (Mt 19: 1ss.); el impuesto al César (Mt 22:15); sobre la resurrección y los saduceos (Mt 22:23); sobre la condena a la mujer adúltera (Jn 8: 1ss.).
- **Con gran amor por los pobres y más necesitados:** Tiene compasión de las multitudes que estaban hambrientas (Mc 8:2); que estaban como ovejas sin pastor (Mc 9:36); resucita a la hija de Jairo y a su amigo Lázaro (Mc 5: 22ss; Jn 11); cura a ciegos, sordos, leprosos, endemoniados. Incluso tiene piedad de los que le suplican estando Él mismo clavado en la cruz (Lc 23:42).
- **Hombre profundamente alegre:** Que invita a todos a recibir su alegría (Jn 17:13); va a fiesta de bodas y la hace posible cuando iba a fracasar (Jn 2); no deja ayunar a sus discípulos mientras que Él estaba con ellos (Mc 2:19).
- **Hombre lleno de paz:** *"Mi paz os dejo, mi paz os doy..."* (Jn 14:27).
- **De gran sensibilidad humana:** Tenía una auténtica sensibilidad de poeta. Las parábolas son maravillosos cantos; no hablemos de las bienaventuranzas (Mt 5: 1ss.) o de los lirios del campo (Mt 6: 28ss.).

Jesucristo es realmente un modelo para el cristiano. Él mismo nos lo dice: *"Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón"* (Mt 11:29). Y San Pablo también nos lo recuerda: *"Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús"* (Fil 2:5).

Aunque el mejor modo de conocer a Cristo es a través de la oración; pues es en ella donde se dibuja en nosotros el rostro de Cristo.

Cristo, Dios Perfecto y Perfecto Dios

Jesucristo es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad hecho hombre, por tanto, es con toda propiedad Dios e Hijo de Dios. Desde San Pedro (Mt 16:16) hasta el último concilio, la Iglesia siempre ha confesado esta verdad como de fe.

Desde el comienzo de nuestra fe aparecieron herejes que negaron esta verdad; es por ello que la Iglesia la tuvo que defender y declarar como dogma. Así lo vemos frente a los Ebionistas (s. I), Adopcionismo (s. II), Arrianismo (s. IV), Fausto y Socino (s. XVI), Ilustración y Ateísmo (s. XVIII y XIX), Modernismo (s. XX) y Neomodernismo (ss. XX y XXI).

La Naturaleza Divina de Cristo

1.- En las Sagradas Escrituras

Ya en el **Antiguo Testamento** aparece anunciado el Mesías con nombres y poderes divinos: Emmanuel (Is 7:14), Dios fuerte (Is 9:5), Hijo de Dios (Sal 2:7), Hijo del hombre (Dan 7: 13-14).

La divinidad de Cristo aparece con toda claridad en el **Nuevo Testamento**. Cristo se suele aplicar a sí mismo el título de "**Hijo del hombre**", porque este título, empleado ya por el profeta Daniel, manifestaba sin duda alguna su realidad divina. El Hijo del hombre es Dios porque perdona los pecados (sólo Dios puede hacerlo, Mt 9:2-6). Ante el sanedrín Él mismo se declara Dios, citando explícitamente la profecía de Daniel y aceptando ser "Hijo de Dios Altísimo" (Lc 22:70). Es superior al templo (Mt 12:6); a los reyes (Lc 10:24); a los profetas (Mt 11: 11ss.); a la Ley (Mt 5: 21-22); al sábado (Mt 12:8). Los ángeles son sus servidores (Mt 4:11). Pide la fe en su Persona (Mt 8:13); salva a quien lo acepta (Mt 16: 24-27).

Cristo aparece también como el **Hijo de Dios**, en sentido propio y único. Claramente llama a Dios, Padre; y diferencia su filiación de la nuestra ("*Subo a mi Padre y a vuestro Padre*", Jn 20:17). Llama a Dios "Abba" (Padre mío); sólo un hijo en sentido natural y verdadero puede dirigirse así a su Padre Dios. En el bautismo Mc 1:11 y en la transfiguración del Tabor (Mc 9:7) también aparece manifestada claramente su filiación divina. Pedro hace su profesión de fe en la divinidad de Cristo en Cesarea (Mt 16: 16-17); y es el mismo Cristo quien lo confirma: "...*mi Padre te lo ha revelado*". Hasta los mismos demonios lo reconocen como Hijo de Dios (Lc 8:28).

De un modo especial se ve la divinidad de Jesucristo en todos los escritos de San Juan. Desde el prólogo de su evangelio (Jn 1: 1-18, Verbo preexistente que se encarna) hasta Jn 20:31 ("*Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. Sin embargo, éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios*"), son continuas las manifestaciones de su divinidad. Haciendo un rápido repaso veamos algunos ejemplos: Jesús se aplica a sí mismo el nombre "Yo soy" (Jn 8:58) usado como nombre de Dios en Ex 3:14. Jesucristo es el "hijo unigénito de Dios" (Jn 3: 16.18). Es una sola cosa con el Padre (Jn 10:30). Tiene el mismo obrar que el Padre (Jn 5:17). Tiene atributos divinos: eterno (Jn 17: 5.24),

conocimiento perfecto del Padre (Jn 7:29), perdona los pecados (Jn 8:11), juez del universo (Jn 5:22.27), digno de adoración (Jn 5:23). Jesús envía al Espíritu Santo, como lo hace el Padre (Jn 16:7). Todos los milagros que hace son signos de su divinidad¹⁵³.

En los himnos cristológicos de **San Pablo** brilla de un modo especial la divinidad de Cristo. En Filipenses (Fil 2: 5-11) manifiesta tres formas diferentes de existir de Cristo: en forma de Dios (v. 6), en forma de siervo (vv. 7-8), y finalmente en la exaltación que Dios le otorga sobre todas las criaturas (v. 11). En Colosenses (Col 1: 15-17), Cristo aparece con rasgos divinos (imagen de Dios invisible, primogénito engendrado por el Padre, crea, conserva la creación).

Son famosas también sus doxologías: Rom 9:5: "...de ellos según la carne desciende Cristo, el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén".¹⁵⁴

Podría inducir a confusión el texto de 1 Cor 8: 6 cuando San Pablo dice: "...para nosotros, sin embargo, no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros también por Él". Pero hemos de recordar que el título de "Señor" (Kyrios) dado a Jesucristo es la traducción al griego del Adonai hebreo; nombre utilizado en el Antiguo Testamento para denominar a Yahveh y así evitar usar el nombre de Dios en vano. Es por ello que cuando San Pablo aplica el título de Señor a Cristo se está refiriendo de un modo especial a su divinidad.

San Pablo también usa el título de "Hijo de Dios" con rasgos divinos aplicado a Cristo (Rom 8:3; Col 1:13; Gal 4:4).

2.- En los Santos Padres

La divinidad de Jesucristo es una verdad defendida por los Santos Padres de modo unánime y claro. Fue el motivo de las grandes controversias de los primeros siete siglos. Veamos algunos ejemplos:

- Didajé (a. 99): "*Jesús es Hijo de Dios*".¹⁵⁵
- San Clemente Romano (a. 92-101): "*El cetro de majestad de Dios, nuestro Señor Jesucristo...*".¹⁵⁶
- San Ignacio de Antioquía (a. 98): "*Dios viviente en carne*".¹⁵⁷
- San Justino (a. 150): "*El Primogénito de Dios, es Dios*".¹⁵⁸
- San Ireneo (a. 130-202): "*Nuestro Señor, Dios, Salvador y Rey*".¹⁵⁹

¹⁵³ L. Ott, **Manual de Teología Dogmática**, Ed. Herder, Barcelona, 2009, pág. 221: "*Jesucristo invocó repetidas veces el testimonio de sus obras considerándolas como motivo de credibilidad; 10:25: 'Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí'; cf. 5:36; 10:37ss; 14:11; 15:24*".

¹⁵⁴ Véase también Tit 2:13; Heb 1:8.

¹⁵⁵ Didajé, 16, 4.

¹⁵⁶ San Clemente Romano, **Epístola ad Corintios** 16, 2.

¹⁵⁷ San Ignacio de Antioquía, **Carta a los Efesios**.

¹⁵⁸ San Justino, **Apología**, 1, 63

¹⁵⁹ San Ireneo, **Adversus Haereses**, I, 10, 1.

- Orígenes (a. 185-254): Es el primero que usa el término “Dios-hombre” para referirse a Jesucristo.¹⁶⁰

3.- Razonamiento teológico

Ya se trató ampliamente de este tema cuando se habló del Misterio de la Encarnación. Con ello se aclaran las principales cuestiones teológicas referentes a la naturaleza divina de Jesucristo.

Completemos ese estudio enunciando el análisis que hace **Santo Tomás de Aquino** en relación con la divinidad de Jesucristo: los milagros, como manifestación de su divinidad¹⁶¹; la Pasión sufrida por la Persona de Jesucristo en su naturaleza humana y no en la divina¹⁶²; la Resurrección de Jesús en cuanto que fue operada por la divinidad del Verbo¹⁶³; y la Ascensión, como propia de su naturaleza humana según la condición del que asciende, mientras que es propia de la divina si se considera la causa de la Ascensión.¹⁶⁴

Los milagros realizados por Jesús son suficientes para conocer su divinidad, pues: tales obras superan el poder de todo ser creado, porque los realiza en su propio nombre y porque el mismo Cristo apelaba a ellos como prueba de su divinidad.

La Pasión de Cristo no pertenece a su divinidad, pero sí a su Persona divina, la cual es experimentada en su humanidad. La unión hipostática (de la cual hablaremos más adelante) deja a salvo las propiedades de la una y de la otra naturaleza.

Cristo mismo resucitó según su propio poder, porque la divinidad del Señor no se separó de su alma ni de su cuerpo después de que ellos se separaran por la muerte en cruz. La divinidad del Señor resucitó a su humanidad, porque al ser Dios tenía el poder para hacerlo.

Cristo ascendió a los cielos según su humanidad; pero ascendió en virtud de su divinidad. Se necesita ser Dios para poder subir a los cielos por su propio poder, pues ese poder supera a cualquier poder humano.

La Persona de Cristo

Una vez que hemos estudiado las dos naturalezas que existen en Cristo, la pregunta ahora es: ¿Y cómo están unidas esas dos naturalezas? ¿Qué tipo de unión existe entre las mismas? La revelación neotestamentaria es bien clara hablando siempre de un solo Cristo con dos naturalezas. Recordemos por ejemplo la confesión de San Pedro en Cesarea de Filipo: “*Tu eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*” (Mt 16:16). Los símbolos de fe primitivos así lo declaran. Faltaba una respuesta teológica

¹⁶⁰ Orígenes, *De Principiis*, I, praefacium, 4.

¹⁶¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 43, a. 4.

¹⁶² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 46, a. 12.

¹⁶³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 53, a. 4.

¹⁶⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 57, a. 2.

que acallara algunas herejías que comenzaban a circular. El Magisterio respondió en el Concilio de Calcedonia (a. 451) diciendo que el tipo de unión que existía entre ambas naturalezas recibía el nombre de "Unión Hipostática".

El estudio de la Persona divina del Verbo encarnado se podría dividir en tres secciones:

- Profundizar en la única Persona de Jesucristo, que es la Persona divina del Verbo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad.
- Relación que existe entre esa única Persona y las dos naturalezas completas (divina y humana) que hay en Cristo.
- Estudio de la unidad psicológica del Yo de Cristo.

Dado que el propósito del presente trabajo es hacer un análisis serio, pero "relativamente sencillo", trataremos todos estos temas del modo más breve posible.

1.- La única Persona divina en Jesucristo

En Jesucristo solo hay una Persona, la divina; no hay persona humana. Tal afirmación por parte de la Iglesia se hizo necesaria cuando Nestorio afirmó que en Cristo había dos personas, una divina y otra humana.

En el **Nuevo Testamento** se encuentra el contenido de este dogma, más no los términos que el Magisterio posteriormente tuvo que acuñar para atacar la herejía. Por ejemplo:

- Jn 1:14: "Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".
- Jn 3:13: "Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre".
- Ef 4:10: "El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo"

Los **Santos Padres** van poco a poco concretando una terminología que manifiesta con exactitud y precisión los contenidos de nuestra fe.

Por ejemplo:

- Tertuliano (+ 233): "Dos estados (naturalezas)... unidas en una Persona...".
- San Gregorio Nacianceno (+ 390): "Dos naturalezas,... dos realidades diversas..., pero no hay dos individuos".
- San Agustín (+430): "El mismo que es Dios, es hombre; el mismo que es hombre, es Dios; no por confusión de naturalezas, sino por la unidad de la Persona".

2.- Unidad y distinción de naturalezas

Una vez que se establece la unicidad de la Persona en Jesucristo, es necesario precisar el modo como se unen esas **dos naturalezas completas**. No puede ser una unión accidental o moral; tampoco puede ser una unión que fundiera o mezclara ambas naturalezas. La unión es en la Persona divina de Jesucristo, dejando íntegras las dos naturalezas.

A esta conclusión teológica se llegó realizando el Magisterio una profundización teológica en varias etapas. En el Concilio de Nicea se proclama que Cristo era consustancial con el Padre, y también que era consustancial con nosotros. Frente a Nestorio, la Iglesia dice que las dos naturalezas están unidas en el Logos (Segunda Persona de la Santísima Trinidad) sin haber separación ni división. Más tarde, contra Eutiques (Monofisismo) declara la Iglesia que ambas naturalezas permanecen en mutua co-existencia, conservando cada una sus propiedades, unidas en el Logos y sin que estas cambien o se mezclen. Fue posteriormente el Concilio de Constantinopla II (a. 553) quien determinó que la unión de ambas naturalezas se realizaba en la Persona divina del Verbo.

En Cristo hay **dos inteligencias** (Mt 24:36), **dos voluntades** (Jn 6:38; Mt 26:39), dos acciones u operaciones, fruto de tener dos naturalezas. En Cristo hay también pasiones humanas, no desordenadas como en nosotros, que vienen en ayuda de su naturaleza humana: tristeza (Mt 26:38), admiración (Mt 8:10), ira (Jn 2:15)...

Actividades teándricas en Cristo: Las acciones humanas de Cristo, pueden decirse que son acciones de Dios, en cuanto que las acciones se atribuyen a la persona¹⁶⁵; y la persona en Cristo es divina. En Cristo podríamos hablar de tres tipos de acciones: acciones meramente humanas (andar, hablar, comer), acciones meramente divinas (conservación de la creación) y acciones teándricas (milagros: donde unas acciones humanas como hablar, bendecir... son instrumentos de efectos y acciones divinas).

En el instante de la concepción virginal, el Verbo (Segunda Persona de la Santísima Trinidad – una Persona divina con una naturaleza divina) **asumió una naturaleza humana completa** (cuerpo y alma)¹⁶⁶. Esta unión nunca se interrumpió (ni incluso en la muerte de Cristo), ni nunca cesará (en el cielo permanece con ambas naturalezas). Como dice San Gregorio de Nisa: "*Desde el inicio y para siempre, la divinidad se unió al cuerpo y al alma de Cristo*".¹⁶⁷

3.- Unidad ontológica de la Persona de Cristo

En Cristo hay una sola Persona que es divina, y es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. La naturaleza humana fue asumida por la Persona divina en el momento de la Encarnación. La Persona divina obra en y por medio de la naturaleza humana como si fuera un órgano suyo.

El hecho de que una persona sea capaz de tener dos naturalezas sigue siendo un misterio para el hombre; es por ello que decimos que es realmente un misterio de fe.¹⁶⁸ Una naturaleza no puede existir si no es en una persona. En el caso de Cristo la persona que asume la naturaleza humana es el Verbo (Segunda Persona de la Santísima Trinidad).

Ahora tendríamos que hablar del concepto "persona" para profundizar teológicamente en este misterio, pero es un tema demasiado complejo para exponerlo aquí, por lo que preferimos no hacer

¹⁶⁵ Adagio clásico: "*Actionem sunt suppositurom*" = Los actos se atribuyen a las personas, no a las naturalezas.

¹⁶⁶ Gal 4:4: "...envió Dios a su Hijo, nacido de mujer..."

¹⁶⁷ San Gregorio de Nisa, *Adversus Apollinarium*, 55.

¹⁶⁸ San Cirilo de Alejandría, *Homilía Pascual*, XVIII, 3.

una explicación teológica del mismo y quedarnos en el misterio de la unión de las dos naturalezas de Cristo en su única Persona divina. Sólo decir que la naturaleza humana de Cristo no está “decapitada” por el hecho de no tener una persona humana; sino que esa naturaleza humana ha sido asumida por la Persona divina de Cristo.

4.- La unidad psicológica de la Persona: El Yo de Cristo

Vamos a ver ahora la unidad de Cristo desde la perspectiva psicológica. El problema es el siguiente, la única Persona divina de Cristo ¿tiene una autoconciencia humana por ser hombre y una autoconciencia divina por ser Dios? O dicho de otro modo ¿cuántos “yo” psicológicamente hablando hay en Cristo?

Lógicamente hablando, la autoconciencia depende del entendimiento. Si en Cristo hay dos entendimientos (divino y humano), habría que pensar que también hubo dos “yo”. Pero en los seres humanos, el “yo” indica la persona; en cambio en Cristo hay una sola Persona. ¿Significa esto entonces que en Cristo hay un solo “yo” psicológico?

Antes de buscar una solución a este dilema es conveniente recordar lo que nos dice el dogma:

- En Cristo hay dos naturalezas completas y perfectas, sin confusión, sin mezcla, sin separación, sin división.
- En Cristo las naturalezas se unen en la única Persona divina.

Por otro lado, cuando aquí se habla de las teorías sobre el “yo” de Jesucristo, no se trata en principio de la persona en sentido ontológico, sino de la autoconciencia psicológica.

Aunque ha habido posturas heréticas para intentar explicar este problema, como la de aquellos que decían que en Cristo hay una Persona divina pero en dos individuos, se ha dado varias explicaciones que respetan el dogma pero que van por diferentes caminos. De todas ellas, se tiende a rechazar la de Galtier que dice que hay dos “yo” psicológicamente en Cristo por no encontrar apoyo alguno en las Sagradas Escrituras. Por otro lado, la posición de Galot tampoco convence, pues supone que en Cristo existía una gracia especial otorgada a la naturaleza humana de Jesús para que conociera que estaba unida personalmente al Verbo. La posición que hoy día más se sigue es la de Parente; quien afirma que como Cristo tenía la visión beatífica, a través de ella tenía una conciencia directa y subjetiva de su propia identidad divina.

Así pues, admitimos, teológicamente hablando, que en Cristo hay un solo “yo” psicológico, el cual accede tanto a las obras que realiza como Dios, como a las que realiza como hombre. Diríamos que Cristo es humanamente consciente de su propia filiación divina.

En los Evangelios, siempre que Cristo usa el término “Yo” o “Mí”, hay una clara alusión a su Persona divina. En ningún momento se ve en los Evangelios una dicotomía entre un “yo humano” y un “Yo divino”:

- Jn 8:58: *“En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era Yo”.*

- Jn 9:9: "Unos decían que era él; otros decían: No, pero se le parece. Él decía: Soy yo".
- Mt 14:27: "La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo".
- Jn 8:12: "Yo soy la luz del mundo".
- Mc 6:50: "Él les habló enseguida y les dijo: *Ánimo, soy yo, no temáis*".
- Jn 10:11: "Yo soy el buen pastor".
- Jn 11:25: "Yo soy la Resurrección y la vida".
- Jn 14:6: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".
- Mt 5: 21-44: "Se dijo..., pero Yo os digo".

A través de estos textos y muchos otros, se atestigua una conciencia habitual de su "Yo" divino que se afirma en una conciencia humana y en un lenguaje humano. Es el "Yo" divino de un hombre que vive una vida realmente humana.

En ningún momento de los Evangelios se ve un desdoblamiento del "Yo" de Cristo. Lo que sí se puede decir es que en ciertos casos el acento de ese "Yo" recae sobre el carácter divino del "Yo" y en otras ocasiones, sobre el carácter humano del mismo; por ejemplo, cuando estando en la cruz dice: "Tengo sed" (Jn 19:29).

Concluyendo pues diremos lo siguiente: El dogma de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo se ha de entender como una unión de naturalezas sin confusión ni mezcla de las mismas. No aceptar la unión de este modo, supone caer en la herejía monofisita, en sentido puro o en sus diferentes modalidades. Es por ello, que en Cristo existen dos voluntades y dos operaciones perfectas y completas como tales, divina y humana.

Sin embargo, hay que subrayar también la perfecta unión, sin división ni separación, que se produce entre ambas naturalezas por el hecho de que en Cristo solo haya una única Persona que las sustente, la divina del Verbo. Negar esto, supondría caer en la herejía nestoriana en sentido estricto, o en cualquiera de sus derivados.

Cristo es el Mediador entre Dios y los hombres

Una vez que ya hemos estudiado el tema de la Encarnación de Jesucristo, su Persona y sus dos naturalezas, estudiaremos ahora su función como Mediador entre Dios y los hombres, para acabar luego este capítulo 7 profundizando sobre el poder, la ciencia y la gracia de Cristo.

Si buscamos dar una respuesta a la pregunta ¿qué es Jesús?, el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 412) responde que **Cristo es el Mediador**, el Sumo Pontífice que **restablece la relación de Dios con los hombres**, superando el abismo de separación que nosotros habíamos creado con nuestros pecados desde Adán hasta el último ser humano. Pero Cristo no sólo restablece la relación de Dios con los hombres, sino que también mejora inmensamente nuestra condición humana pues nos abre al mundo de lo sobrenatural.

La función mediadora de Cristo en la Revelación y en la Fe de la Iglesia

El **Nuevo Testamento** afirma con toda claridad la mediación única de Jesucristo.

- San Pablo lo dice de modo claro y expreso: "*Porque uno solo es Dios y uno solo también el mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre*" (1 Tim 2:15).
- Y San Juan nos transmite una enseñanza similar: "*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre si no es a través de mí*" (Jn 14:6).
- Los apóstoles lo entendieron muy bien y por eso así lo enseñaron a las diferentes comunidades: "*Algunos que bajaron de Judea enseñaban a los hermanos: -Si no os circuncidáis según la costumbre mosaica no podéis salvaros... Nosotros, por el contrario, creemos que somos salvados por la gracia del Señor Jesús*" (Hech 15: 1.11).

Esta enseñanza es luego recogida y profundizada por los **Santos Padres**.

- Los Santos Padres afirman unánimemente el papel mediador único y perfecto de Jesucristo¹⁶⁹.
- San Agustín, como es habitual en él, lo manifiesta de modo claro y meridiano: "*Entre la Trinidad y la debilidad del hombre y su iniquidad, fue hecho Mediador un hombre, no inicuo, sino débil, para que por la parte que no era inicuo te uniera a Dios, y por la parte que era débil se acercara a ti; y así, para ser Mediador entre el hombre y Dios, el Verbo se hizo carne*"¹⁷⁰

El **Magisterio de la Iglesia** ratificará esta condición mediadora de Jesucristo en numerosas ocasiones:

- Carta de León I a Flaviano (a. 449) (DS 293): donde se hace una referencia directa al texto de 1 Tim 2:15 previamente citado.
- Concilio de Florencia (a. 1442) (DS 1347): "*Firmemente cree, profesa y enseña que nadie concebido de hombre y de mujer fue jamás librado del dominio del diablo sino por merecimiento del que es mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Señor nuestro...*"
- Concilio de Trento (a. 1546) (DS 1513): "*Si alguno afirma que este pecado de Adán que es por su origen uno solo y, transmitido a todos por propagación, no por imitación, está como propio en cada uno, se quita por las fuerzas de la naturaleza humana o por otro remedio que por el mérito del solo mediador, Nuestro Señor Jesucristo [v. 171], el cual, hecho para nosotros justicia, santificación y redención (1 Cor 1:30), nos reconcilió con el Padre en su sangre; o niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplique tanto a los adultos como a los párvulos por el sacramento del bautismo, debidamente conferido en la forma de la Iglesia: sea anatema. Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que hayamos de salvarnos (Hech 4:12). De donde aquella voz: He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita. los pecados*

¹⁶⁹ Cfr. S. Cirilo de Alejandría, *In Ioann*, 6, (P. G., 73), 1045; San Juan Crisóstomo, *Hom. in Epist. I ad Timoth.*, 7, 2 (P. G., 62, 536-537); S. Epifanio, *Ancoratus*, 44 (P. G., 43, 97).

¹⁷⁰ San Agustín, *Enarrationes in Psalmis*, 29, 1, en P. L., 36, 216.

del mundo (Jn 1: 29). Y la otra: Cuantos fuisteis bautizados en Cristo, os vestisteis de Cristo (Gal 3: 27)”.

- Pio XII escribe en su encíclica *Mediator Dei* que toda la liturgia de la Iglesia se sustenta sobre el papel Mediador de Jesucristo.¹⁷¹

Santo Tomás de Aquino habla clara y profundamente sobre el papel Mediador de Jesucristo. Cristo, según nos enseña el Aquinate es “mediador” por oficio, entre Dios y los hombres¹⁷². Es el “Mediador de la nueva alianza”. Dios podría haber usado otro medio para salvarnos; pero lo quiso hacer de este modo.

Junto a Cristo, y nunca sin Él, hay también **otros mediadores** secundarios: los apóstoles (Fil 2:17; Jn 20:23), los ángeles¹⁷³ (Ap 8: 3-4), la Virgen María¹⁷⁴ (es dicho popular católico que “a Dios siempre se va y se viene por María”; y también, “María es mediadora de todas las gracias”. La teología clásica siempre la consideró como mediadora universal del género humano por ser la Madre de Jesucristo cooperadora en la obra de la Redención, Madre de todos los hombres, y con plenitud de santidad), los santos¹⁷⁵, los sacerdotes (en cuanto ministros que son de Cristo); y en general, los cristianos con respecto a sus hermanos en la fe.

Naturaleza y sentidos de la mediación de Cristo

La función mediadora de Jesucristo tiene su **fundamento** en la unión hipostática, se vale de su humanidad como **vehículo** para llegar a los hombres, y usa como **medio** las acciones humanas del Señor, que por ser “acciones humanas” de Dios tienen un valor infinito.

Por ser Cristo una Persona divina con dos naturalezas –divina y humana- unidas hipostáticamente, se constituye en “**punto perfecto**” entre Dios y los hombres. Como nos dice Santo Tomás, sólo a través de la humanidad inmaculada del Verbo se puede lograr la mediación; pues Jesucristo es “medio” entre Dios y los hombres gracias a su humanidad, pero por tener ésta dones extraordinarios de gracia y de gloria, se acerca a Dios y está sobre todos los hombres¹⁷⁶.

La función mediadora de Cristo tiene un doble sentido:

- Ascendente: por la que Cristo ofrece al Padre la adoración, acción de gracias, expiación de los pecados y la oración en nombre de todos nosotros.
- Descendente: por la que Cristo hace llegar a todos los hombres los bienes divinos y las gracias de salvación en nombre de Dios.

¹⁷¹ Pio XII, *Encíclica Mediator Dei sobre la Sagrada Liturgia*, números 1-4.

¹⁷² Santo Tomás de Aquino, *Super Sententiis*, lib. 3, d. 19, q. 1, a. 5, q. 2.

¹⁷³ Santo Tomás, *Summa Theologica*, IIIa, q. 26, a. 1, ad 2.

¹⁷⁴ Estudiado más ampliamente en este mismo apartado más adelante.

¹⁷⁵ Lumen Gentium, 49.

¹⁷⁶ Santo Tomás, *Summa Theologica*, IIIa, q. 26, a. 1, ad 1.

También podemos hablar de la función mediadora de Cristo en el sentido de que Él es sacerdote, profeta y rey. Es por ello por lo que Cristo pudo decir "*Nadie va al Padre sino por mí*" (Jn 14:6). Esta triple función mediadora como sacerdote, profeta y rey son fruto y efecto de la misma fuente, la Encarnación.

El error neo-modernista y la respuesta católica a este error

Hoy día el neo-modernismo niega la única mediación de Jesucristo. Para éstos, ni la revelación ni la salvación están cerradas en el tiempo, ni tampoco circunscritas a Jesucristo y a la Iglesia católica, sino que habría muchos otros caminos válidos de salvación.

Estas nuevas corrientes se enmarcan dentro de un ecumenismo mal entendido; aunque en el fondo hay algo más peligroso: la negación de la Divinidad de Jesucristo; y con ello, la negación de la Encarnación del Verbo y la universalidad de la Redención de Cristo.

Frente a esta corriente, la Iglesia católica cree y defiende¹⁷⁷:

- Sólo en Jesús pueden los hombres salvarse. El mensaje cristiano se dirige por tanto a todos los hombres y a todos ha de ser anunciado.
- Jesús ilumina a todo hombre; lleva la historia entera a su cumplimiento definitivo.
- Sólo en la Iglesia católica, que es la única que está en continuidad histórica con Jesús, puede recibirse la salvación.
- Cualquier otra "mediación" salvífica nunca puede estar desligada de Cristo Jesús. Es necesario hacer mención de los caminos "misteriosos" del Espíritu que da a todos la posibilidad de ser asociados al misterio pascual; pero nunca desligándolos del único Mediador: Jesucristo.

Siendo pues, rigurosos y lógicos tendríamos que concluir que religiones sin Cristo, son religiones sin Dios. Y unas religiones sin Dios, "¿cómo pueden ser camino de salvación en manera alguna?"

La función mediadora de la Virgen María

Acabamos este apartado analizando la función mediadora que tiene la Virgen María, que aunque como hemos dicho antes es una mediación secundaria, es realmente importante para nuestra fe. Como nos dice L. Ott, y siempre ha manifestado la fe católica, María es llamada "**mediadora de todas las gracias**".

A la Virgen se le puede denominar propia y verdaderamente "mediadora" entre Dios y los hombres, porque cumple las condiciones propias de un mediador; es decir, la de ser un medio que conviene

¹⁷⁷ Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe, *Decl. Dominus Iesus*, n.13.

en algo a las partes a unir y que al mismo tiempo difiere en algo de ellas (mediación ontológica); y la de ejercer propiamente la función de unir a las partes (mediación moral).

María es mediadora, ontológicamente hablando, por ser **Madre de Dios**. Esto le hace por un lado diferente de las criaturas; pero por ser también una persona humana, se asemeja a los hombres.

María es mediadora, moralmente hablando, porque a través de su **"fiat"** (Lc 1: 30-31) hizo posible la Encarnación de Jesucristo.

Aunque la **Sagrada Escritura** no habla directamente del papel mediador de la Virgen, la Iglesia, siempre vio esta función a través de los relatos de la vida de Jesús donde Ella está presente:

- Anuncio del Ángel a María y aceptación de los planes de Dios (Lc 1: 30-31).
- Visita de la Virgen a su prima Isabel (Lc 1:41): Jesús, todavía en el seno de María, santifica a Juan Bautista que estaba en el seno de Isabel.
- María y José presentan a Jesús en el templo (Lc 2: 20-22).
- María contribuye en la realización del primer milagro de su Hijo en Caná (Jn 2).
- María ofrece a su Hijo al Padre en el Calvario (Jn 19:25).
- Ora con la Iglesia naciente en Pentecostés (Hech 2).

La Tradición y los Santos Padres también manifiestan la fe en la mediación de la Santísima Virgen, sobre todo en cuanto Madre de Jesucristo y en cuanto que contribuyó de un modo efectivo, junto a su Hijo, en nuestra salvación.

- Desde el inicio del cristianismo se predica el paralelismo del binomio Adán-Eva (como causa de nuestra perdición) y Cristo-María (como causa de nuestra salvación).
- Desde el siglo IV se llama a la Virgen como mediadora universal usando para ello diferentes fórmulas: "puente entre Dios y los hombres", "mediadora nuestra", "mediadora ante el Mediador".
- Pío IX en la bula definitoria de la Inmaculada Concepción de María (a. 1854) utiliza este título y se lo aplica a María.
- León XIII también lo hace en sus encíclicas "Iucunda Semper", "Adoratricem Populi", "Divinum Illud Munus" y "Fidentem Piumque".
- San Pío X en su encíclica "Ad Diem Illum".
- Benedicto XV instituyó la fiesta de la Mediación universal de la Virgen Santísima para toda la Iglesia.
- Y papas posteriores como Pío XI y Pío XII utilizaron comúnmente este apelativo al hablar de la función de la Virgen María.
- El Concilio Vaticano II, como consecuencia de una fuerte polémica entre los mariólogos sobre la "conveniencia" o no de usar este título mariano y también el de "corredentora", así como la oportunidad de elevar esta verdad a la categoría de dogma, no quiso entrar directamente en la polémica. El motivo principal que se aducía era el de que "ecuménicamente" no era lo más acertado. Al final la doctrina mariana quedó reducida a

un capítulo de la constitución *Lumen Gentium*, evitando directamente usar los títulos antes referidos, y reduciendo el papel de María a una intervención genérica en la Historia de la Salvación (¡qué poca vergüenza!).

La mediación de la Virgen María tiene un doble momento, **cooperando en la obra de su Hijo y ayudando en la distribución de la gracia** conseguida por Él para todos los hombres.

María cooperó directamente a través de su “fiat” en la adquisición de la misma gracia que luego distribuiría. Dios quiso que la Redención se realizara por los méritos y satisfacción de su Hijo como agente principal, necesario y suficiente; pero también por los méritos y satisfacción de la Virgen, como agente secundario, insuficiente por sí mismo e hipotéticamente necesario.

La Virgen, aunque subordinada a Cristo, es distribuidora de las gracias obtenidas por su Hijo. Esta función de María como medianera de la gracia se sustenta en cuatro razones: su maternidad divina, su cooperación a la obra de la Redención, su maternidad espiritual sobre todos los hijos de Dios y por su plenitud de santidad, efecto de su maternidad divina, ya consumada en la gloria con su Asunción a los cielos.

El Poder y la Ciencia de Cristo

En el apartado anterior decíamos que Cristo era en único Mediador entre Dios y los hombres. Estudiábamos la naturaleza y el sentido de esta función mediadora; y al mismo tiempo hablábamos de la función mediadora secundaria, siempre junto a Cristo, de María, los santos y la Iglesia.

En este apartado y en el siguiente estudiaremos que esta función mediadora se concreta en tres apartados: Cristo como Rey, como Profeta y como Sacerdote.

Aunque he resumido al máximo los contenidos que se aportan, son temas muy densos. Espero que a pesar de ello, no pierdan en precisión y claridad.

Cristo, Rey: el poder de Cristo

Jesucristo manifiesta su poder a través de su realeza. Como nos dice Pío XI¹⁷⁸, Jesucristo es verdaderamente Rey:

- Por su unión hipostática es constituido en Cabeza de la humanidad. Como Dios ha de ser adorado por los ángeles y por los hombres; y, además, como hombre, los unos y los otros están sujetos a su imperio.
- Por habernos redimido y salvado a todos. Cristo nos ha comprado a gran precio (1 Cor 6:20).
- Por su gracia capital, que le hace ser Cabeza de la Iglesia.

¹⁷⁸ Pío XI, *Encíclica Quas Primas* (DS 3676)

- Por la plenitud de su gracia habitual¹⁷⁹.
- Por derecho de herencia: Como nos dice la Carta a los Hebreos, Jesucristo "*fue constituido heredero de todas las cosas*" (Heb 1:2).

Los tres poderes del rey (legislar, ejecutar y juzgar) se manifiestan en Cristo, y a su vez Él los transmite a sus Apóstoles: legislar (Mt 5), ejecutar (Mt 16:18; 28:19) y juzgar (Jn 5: 22.27, 1 Jn 4:5; 2 Tim 4:1).

- El reinado de Cristo no es terrero o social sino eminentemente interno (Lc 17:21) y sobrenatural (Mt 5:20). Es por ello que Cristo se niega a ser reconocido como rey temporal: "*mi reino no es de este mundo*" (Jn 18:36).
- A este reino se entra a pertenecer por la fe y el bautismo, previa preparación por la penitencia.
- Se opone al reino de Satanás (príncipe de este mundo).
- Y pide a sus seguidores la santidad y la pobreza de espíritu: "*Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos*" (Mt 5:3).
- Aunque el poder de Cristo es universal y alcanza a todas las cosas creadas, el mismo Jesucristo se abstuvo de ejercer tal dominio, dejándoselo a sus poseedores (Ef 1: 22-23).
- Este reinado de Cristo comienza en la Encarnación y se extiende hasta su Segunda Venida (Jn 12:32).
- La realeza de Cristo se manifiesta también en cuanto que Él es el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10).

¿Cómo se ha de entender el reinado de Cristo?

El reino de Cristo tiene poco que ver con los parámetros de la idea humana de reino:

- "*Los reyes de la tierra las dominan... no ha de ser así entre vosotros*" (Lc 22: 25-26).
- "*Mi reino no es de este mundo*" (Jn 16:36).
- "*El reino de Dios está dentro de vosotros*" (Lc 17:21).
- "*... no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo*" (Rom 14:17).
- Pertenece a los niños (Mt 19:14) y a los pobres (Mt 5:3).
- En tal reino, el Rey de todos ellos será seguramente el más Niño y el más Pobre de todos. Pero la infancia espiritual y la pobreza de espíritu están íntimamente ligadas a la realidad del Amor verdadero; por lo que ésta es la característica principal del reino de Cristo. De este modo, desaparecen las categorías de sumisión, obediencia, distancia, superioridad o inferioridad: "*Ya no os llamo siervos... sino amigos*" (Jn 15:15).

El poder de Cristo

Hemos de distinguir en Cristo tres clases de poderes:

¹⁷⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 59, a. 3, ad 3.

- El poder propio debido a su **naturaleza divina** (es un poder infinito).
- El poder propio de su **naturaleza humana** (similar al de los demás hombres: comer, andar, trabajar, pensar...).
- El **poder instrumental**, que es el que le corresponde a su naturaleza humana hipostasiada por el Verbo, donde **la humanidad de Cristo es instrumento de la Divinidad** (milagros, resucitar muertos, perdonar pecados). Estas últimas obras reciben el nombre de “**teándricas**”; pero no hemos de ver en ellas una mezcla o confusión de naturalezas en sentido monofisita¹⁸⁰. De estas obras teándricas, y de la explicación que demos a las mismas dependen cuestiones teológicas muy importantes, tales como: El influjo de la humanidad de Cristo en la realización del misterio de nuestra Redención; la producción de la gracia por aquélla; el influjo de Cristo en el Cuerpo místico por ser cabeza del mismo, y la causalidad de la gracia por los sacramentos. El Verbo de Dios se encarnó para conseguir a través de su humanidad nuestra salvación. Es por ello que podemos decir que **la humanidad de Cristo es causa eficiente instrumental** de nuestra justificación, de la gracia y de los milagros. Esta doctrina la vemos claramente manifiesta en la Sagrada Escritura: Rom 7:25; Jn 1:17; Lc 5: 20.24; Lc 8: 43-46, los Santos Padres¹⁸¹ y el Magisterio de la Iglesia¹⁸². El poder instrumental de la naturaleza humana de Cristo podía hacer todos los efectos sobrenaturales menos la creación o la aniquilación de lo creado.

Recordando los tres estados posibles del ser humano (antes del pecado original, después del pecado original y en el cielo), Santo Tomás señala que Cristo asumió diferentes poderes y potencias de cada uno de ellos. Del estado de gloria asumió **la visión beatífica**; del estado anterior al pecado original, **la exención del pecado**, y del estado después del pecado original, la necesidad de **sujetarse a las penalidades de esta vida**. Todo ello se explica en razón de su finalidad salvadora.

Errores modernos sobre la doctrina del “reinado de Cristo”

Para algunos, el reinado de Cristo es **puramente espiritual** por lo que no tiene nada que decir sobre las cosas de este mundo. Los que piensan así defienden que la sociedad y el poder civil son absolutamente independientes, no teniendo que dar “cuentas a Dios” y se rigen por sus propias leyes que no tienen relación alguna con las leyes de Dios. Para ellos, el reinado de Cristo quedaría reducido a lo individual e interior de las personas. Consecuencia de ello son las leyes modernas dadas por los Estados en contra de las leyes de Dios: divorcio, aborto, eutanasia, matrimonio homosexual, manipulación genética, etc...

Hay otros que leen el reinado de Cristo en clave marxista. Este reino sería principalmente temporal y su misión sería la **liberación de las clases oprimidas**. Así piensa la Teología de la liberación. Hace una interpretación de la fe y de las virtudes cristianas siguiendo unos principios que tienen su origen en el marxismo y la lucha de clases.

¹⁸⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 13; Sínodo de Letrán (DS 512-517).

¹⁸¹ San Atanasio, *Adversus Arianos*, PG., 26, 389; San Juan Damasceno, *De Fide Orthodoxa*, PG 94, 1080.

¹⁸² Concilio de Éfeso (DS 262); Sínodo I de Letrán (DS 515).

Para otros incluso, el reino de Dios ha de ser reinterpretado en **clave democrática**, por lo que había que eliminar la estructura jerárquica de la Iglesia. Este error ha tomado gran fuerza en los últimos 50 años como consecuencia de ciertas interpretaciones erróneas que tienen su origen en la falta de claridad de algunos documentos del concilio Vaticano II, y que posteriormente fueron malinterpretados por teólogos contrarios al Magisterio de la Iglesia de siempre.

Cristo, Profeta y Maestro: La ciencia de Cristo

Como nos dice la Carta a los Hebreos (Heb 1: 1-2), Jesucristo es el Profeta que había de venir, la plenitud de la Revelación de Dios. Cristo es el Verbo hecho hombre, por lo que es la Revelación por excelencia.

Cristo, por su naturaleza divina, tiene la ciencia divina; y como hombre, es el Mediador entre Dios y nosotros. Pero ¿cómo fue esa ciencia humana de Jesucristo?

Jesucristo no sólo era el Profeta que había de venir (Is 61: 1-2; Deut 18:18; Lc 4: 18-21) sino también el Maestro (Jn 13:13) y el "Revelador perfecto" de Dios (Jn 1:18; Mt 11:27). Jesús es pues, la **Palabra definitiva del Padre, por lo que no hay que esperar otro revelador**¹⁸³.

El conocimiento divino de Jesucristo

El Verbo, en su naturaleza divina, conoce con el único conocimiento de Dios. Este conocimiento es infinito, perfecto, simple, comprensivo, subsistente e independiente de los objetos extra-divinos¹⁸⁴.

El conocimiento humano de Jesucristo

Cuando hablamos del conocimiento de Jesucristo actuando como "Mediador" nos referimos a su conocimiento humano. Dado que Jesucristo tuvo una verdadera y perfecta naturaleza humana, ésta estaba dotada de sus operaciones propias: voluntad e inteligencia. Sólo si Cristo tuvo estas potencias y las ejerció, fue capaz de merecer nuestra salvación; ya que el mérito supone la existencia de una voluntad libre, y ésta necesita de una inteligencia humana proporcionada a tal voluntad.

1.- El ser humano puede tener tres tipos de conocimientos:

- El adquirido por sus medios naturales: se da en el entendimiento unido al cuerpo.
- El infuso por gracia carismática de Dios.
- El de visión: que se obtiene en el cielo mediante el "lumen gloriae"

¹⁸³ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 73.

¹⁸⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia, q. 14, a. 14; q. 14, a. 7; q. 18, a. 3, ad 2; q. 14, a. 3; q. 14, a. 4.

2.- ¿Tuvo Jesús estos tres tipos de conocimiento?

El **conocimiento adquirido** es el que el hombre obtiene por sus propias fuerzas empezando por los sentidos. Es un conocimiento experimental que progresa con los años, la experiencia y el esfuerzo. Este tipo de conocimiento existía en Jesucristo: "... *el niño crecía en edad, sabiduría y gracia...*" (Lc 2:52). Sólo con un conocimiento verdaderamente humano, requisito para la existencia de una libertad real, puede Cristo verdaderamente merecer nuestra salvación.

El **conocimiento infuso** es aquel que es proporcionado directamente por Dios en la inteligencia humana. Ejemplo: nuestros primeros padres, los profetas, el conocimiento que Jesús tenía de la vida de la samaritana sin que nadie le informara (Jn 4: 17-18); o conocimiento de la muerte de Lázaro (Jn 11:14), y muchos otros casos. Lo cual habla a favor de que tuviera un conocimiento "profético". Según Santo Tomás la ciencia infusa de Jesucristo abarcaría todas las verdades naturales y sobrenaturales y todos los misterios de la gracia. Esta ciencia sería connatural a Él; y además era mucho más extensa que la de los ángeles¹⁸⁵. Aunque esta ciencia estaba de modo habitual en Él, sólo la usaría cuando su voluntad así lo determinara.

La **visión beatífica** es la ciencia propia de los bienaventurados en el cielo, donde se les concede a través del *lumen gloriae* una visión intuitiva e inmediata de la divinidad. En el caso de Cristo, Él la tendría desde el primer instante de su concepción:

Como nos dice la **Sagrada Escritura**:

Jn 3: 11-13: "*En verdad, en verdad te digo que hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero no recibís nuestro testimonio. Si os he hablado de cosas terrenas y no creéis, ¿cómo ibais a creer si os hablara de cosas celestiales? Pues nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre*".

Jn 6:46: "*No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre*".

Mt 11:27: "*Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo*".

Los **Santos Padres** insisten en el conocimiento pleno e infalible de Cristo, atribuyéndole la plenitud de la ciencia como consecuencia de la unión hipostática. San Jerónimo dice que "*ningún hombre ha tenido la plena ciencia y la plena certeza de la verdad, salvo el que por nuestra salvación se dignó tomar nuestra carne*".¹⁸⁶

El **Magisterio de la Iglesia** no ha hecho ninguna definición dogmática sobre la ciencia de visión de Cristo, pero su enseñanza es continua y clara (DS 149; DS 294; DS 556). Pio XII en su encíclica

¹⁸⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 11-12.

¹⁸⁶ San Jerónimo, *Epistolario* XXXVI, n. 15 (PL 22,459)

Mystici Corporis (DS 3812) afirmará la existencia de la ciencia de visión en Cristo antes de su resurrección.

Desde el punto de vista teológico, la visión beatífica en Jesús no es sino expresión de la armonía que existía en Él entre el orden del ser y el del conocer. De la unión hipostática surge la unión de visión en Cristo. Podríamos decir que la visión es la traducción a nivel de conciencia de la unión hipostática¹⁸⁷. Es decir, **la humanidad de Cristo era subjetivamente consciente de su divinidad**.

La teología clásica basaba sus razonamientos para afirmar la ciencia de visión en Jesucristo partiendo de los siguientes presupuestos:

- **Cristo posee la plenitud absoluta de la gracia y de la santidad:** La visión beatífica es esencialmente la consumación de la gracia santificante, la cual es a su vez participación de la naturaleza divina (1 Pe 1:4). En los bienaventurados, la visión es efecto de la unión con Dios por medio de la gracia y de la gloria. Este tipo de unión es “accidental”. Por lo que parece lógico que, en el caso de Jesucristo, en el que la unión de su alma con la divinidad es sustancial, hipostática, se diera también la visión que se da, por una unión de menor intensidad, como es la de los bienaventurados¹⁸⁸.
- **Cristo como causa de la salvación de los hombres:** La salvación consiste en la visión inmediata de Dios; como la causa ha de ser más excelente que el efecto, es lógico que Cristo poseyera de un modo más excelente todo aquello que iba a proporcionar a nosotros¹⁸⁹.
- **La mediación de Cristo también parece exigir la visión beatífica:** Si Cristo es el Mediador que une a los hombres con Dios, y la visión beatífica es el culmen de esta unión, no se puede admitir que Él haya tenido necesidad de ser unido a Dios en cuanto a hombre, porque sería lo mismo que decir el Mediador ha tenido necesidad de “mediación”; lo cual no tendría sentido. Cristo es el primero y único Mediador.
- **La visión beatífica como fundamento de la misión reveladora y redentora de Jesús:** La visión beatífica es también fundamento de la misión de Jesús, ya que su conciencia de Hijo y de Mesías surge de su visión del Padre que ilumina y vivifica toda su existencia humana y sobre todo su Pasión.
- **Cristo, como Cabeza de los ángeles y de los hombres:** Parece incompatible con la preeminencia de la Cabeza que no poseyera una excelencia que disfrutaban parte de sus miembros.
- **Cristo como autor y consumidor de la fe:** No parece lógico que Cristo no caminara en el claro-oscuro de la fe. La perfección del conocimiento que Cristo tenía de sí mismo, de la vida íntima de Dios y de su misión, no se puede explicar sino por la visión inmediata de la divinidad con la que Cristo estaba hipostáticamente unido. Santo Tomás hablaba de la ausencia de la fe en Cristo, lo cual es lógico pues tenía la visión beatífica (1 Cor 13: 12-13)¹⁹⁰.

¹⁸⁷ A. Amato, *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, págs. 557-558, C. Nigro, *Il Misterio della Cognoscenza Umana de Cristo nella Teologia Contemporanea*, IPAG, Rovigno, 1971, págs. 32 ss.

¹⁸⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 10, a. 4.

¹⁸⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 9, a. 2.

¹⁹⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 7, a. 3.

- **La visión beatífica en Cristo sería una consecuencia de su unión hipostática:** La visión beatífica es una consecuencia de la armonía que existe entre el orden del ser y el orden del conocer. De la unión de la naturaleza humana en la Persona del Verbo, brota también la unión en la visión.

3.- La compatibilidad de esas tres ciencias en Cristo

La existencia de tres ciencias humanas en Cristo supone enfrentar el desafío de compatibilizarlas entre sí, de modo que se vea la especificidad de cada una. La teología clásica enfrentó este problema con muy buen criterio.

La **ciencia de visión** tiene un carácter puramente trascendente, y es, por tanto, extraña al lenguaje humano y constituida sin él; no se realiza a través de signos sensibles y es inefable por su misma naturaleza. Pero Cristo en su vida terrena tenía que comunicar el mensaje de salvación a los hombres y necesitaba para ello, el uso de sus facultades intelectuales a la manera humana. Para poder hacer ello, era conveniente la ciencia infusa y la ciencia adquirida.

La **ciencia infusa** mostraba a Jesús el plan de salvación de Dios. De este modo el Salvador poseía una luz sobrenatural infalible y perfecta, adecuada a la misión que tenía que realizar.

La **ciencia adquirida** era necesaria para poder comunicar ese mensaje de salvación en el lenguaje propio de los hombres. Cristo adquiere como todo hombre la ciencia experimental proporcionada a las necesidades de la vida sobre la tierra.

Resumiendo, pues, la ciencia de visión no hace inútil la ciencia infusa, sino que la exige. Por otro lado, Cristo no podía expresar la revelación sin hacer uso del lenguaje humano.

4.- Corolarios teológicos

La existencia de las tres ciencias humanas de Cristo, no sólo plantea el desafío de entender la relación entre las mismas y la especificidad de cada una de ellas, sino que también exigen integrarlas con todas las otras verdades del misterio cristológico. A saber:

- Compatibilidad entre la ciencia de visión y el mérito de Cristo.
- La aporía entre el sufrimiento redentor de Cristo y la bienaventuranza de la visión beatífica.
- La existencia o carencia en Cristo de las virtudes de la fe y de la esperanza si ya estaba en estado de comprensor. Si la fe es el "medio de conocer las cosas que no se ven", si Cristo tenía el conocimiento de visión, como hombre no podemos decir que Cristo tuviera fe.¹⁹¹
- Explicación del "desconocimiento" de Jesucristo hombre respecto al fin del mundo: "*Pero nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre*" (Mt 24:36).
- La utilidad de la ciencia adquirida de Jesucristo.

¹⁹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 7, a. 3.

- La ignorancia y la infalibilidad de la ciencia humana de Cristo¹⁹².

Desgraciadamente, estos temas se salen del propósito de este apartado. Sólo decirles que ya Santo Tomás los solucionó. Si se los he enumerado aquí es para que vean hasta qué profundidad y seriedad llega la teología a la hora de explicar el Misterio de Jesucristo.

Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote

En el apartado precedente estudiábamos a Cristo Mediador como rey y profeta; es decir, el poder y la ciencia de Cristo. En este apartado nos ocuparemos de la gracia de Cristo, o, dicho de otro modo, del sacerdocio de Jesús.

El sacerdote es un mediador que tiene características propias: ha de ser **humano**, recibir una **vocación divina, consagrado por Dios, compasivo y misericordioso** con los pecadores y que ejerza ese oficio de **mediador entre Dios y los hombres** por medio de la **oración y el sacrificio** para la santificación propia y de los hombres y para gloria de Dios.

El sacerdocio se ordena al culto de la religión y sus actos centrales son el sacrificio y la oración. A través de ellos el sacerdote lleva a Dios los deseos, las súplicas y los sacrificios de los hombres, y les comunica a éstos las gracias, el perdón de los pecados, la vida eterna y las cosas de Dios. Para que haya sacrificio es necesario que haya: víctima o cosa sensible que se ofrece, ministro oferente y acción sacrificial.

En la Sagrada Escritura

El Antiguo Testamento ya nos dice que el Mesías tendrá un sacerdocio especial:

- Según el rito de Melquisedec: quien supera la mediación de los profetas, reyes, sacerdotes judíos y levitas (Sal 100: 1.4).
- Será el "siervo de Yahvé" quien salvará al pueblo mediante su sacrificio (Is 42: 1-7).
- Quien hará una alianza nueva en su sangre.

El Nuevo Testamento dará cumplimiento y plenitud a las profecías anunciadas en el Antiguo Testamento. En la Carta a los Hebreos se ve claramente la realidad de Cristo como Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza. Jesús es el Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad de los cielos (Heb 8:1).

El sacerdocio de Cristo (y de sus sacerdotes) tiene los siguientes **rasgos esenciales**:

¹⁹² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 10, a. 2.

- Ha de ser **un hombre, especialmente constituido por Dios para ofrecer dones y sacrificios**: "*Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados*" (Heb 5:1).
- Ha de recibir una **vocación divina** para cumplir esa misión: "*Y nadie se atribuye este honor, sino el que es llamado por Dios. De igual modo, Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que se la otorgó el que le dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy*" (Heb 5: 4-5).

La función mediadora de Cristo sacerdote es superior a todas las mediaciones del Antiguo Testamento (Heb 8:6). La realiza de modo especial a través de su muerte redentora (Heb 9:15).

Cuando el Nuevo Testamento habla del sacerdocio de Cristo no lo compara al sacerdocio levítico sino al de Melquisedec, pues éste establecerá un reino de Paz y Justicia (Heb 7: 1-2); será eterno (Heb 7:3); superior al del Antiguo Testamento (Heb 7: 11-19); perfecto y único (Heb 9: 11-14; 26-28). Y a través de su sacrificio sellará una Nueva Alianza (Heb 9:15).

En la Tradición y Magisterio de la Iglesia

La realidad del sacerdocio de Cristo, tan claramente expuesta en la Sagrada Escritura, pasa a toda la Tradición de la Iglesia, de la que ya en los escritos de los Padres Apostólicos se encuentran testimonios muy gráficos. Así, por ejemplo:

- San Clemente Romano habla de Cristo como el "Pontífice de nuestras oblaciones, patrono y auxiliador de nuestra debilidad"¹⁹³.
- San Policarpo de Esmirna subraya la eternidad del sacerdocio de Cristo: "Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, y el mismo sempiterno Pontífice, Jesucristo, Hijo de Dios, os edifique en la fe y en la verdad"¹⁹⁴.

Por su parte, el Magisterio asume la realidad del sacerdocio de Cristo de un modo constante y universal. En ningún momento lo proclamó como dogma, pero siempre fue creído y defendido en todos los concilios en los que de un modo u otro se hablaba indirectamente del sacerdocio de Cristo. Por ejemplo:

- El Concilio de Éfeso, condena al que separe en Cristo al sacerdote del Verbo de Dios (DS 261).
- El Concilio de Trento, al hablar de la Santa Misa, afirma que el sacerdocio de Jesucristo es según el orden de Melquisedec, una vez que ha finalizado el sacerdocio levítico por su imperfección (DS 1740).

¹⁹³ San Clemente Romano, *Epístola a los Corintios*, 36: 1 (P. G., 1: 272).

¹⁹⁴ San Policarpo de Esmirna: *Epístola ad Philipenses*. (P. G., 5, 1016).

- Pío XI estableció la Misa de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote¹⁹⁵.

Lo supremo del sacerdocio de Cristo: el carácter sacrificial de su muerte en cruz

Lo más excelso y supremo del sacerdocio de Cristo será su muerte en cruz. Como nos dice la Carta a los Hebreos (5: 7-10):

"Él, en los días de su vida en la tierra, ofreció con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su piedad filial, y, aun siendo Hijo, aprendió por los padecimientos la obediencia. Y, llegado a la perfección, se ha hecho causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, ya que fue proclamado por Dios Sumo Sacerdote "según el orden de Melquisedec".

El sacrificio de Cristo en la cruz supera todos los sacrificios del Antiguo Testamento por el sacerdote que lo ofrece, la víctima ofrecida y la unión entre el sacerdote y la víctima.

El carácter sacrificial de la muerte de Cristo aparece continuamente en el Nuevo Testamento:

- "... sangre de la Nueva Alianza para remisión de los pecados" (Mt 26:26)
- Cristo es la Pascual inmolada (Ef 5:2).
- Víctima propiciatoria (Rom 3:25)
- Rescatados por la sangre de Cristo: "...habéis sido rescatados de vuestra conducta vana, heredada de vuestros mayores, no con bienes corruptibles, plata u oro, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha".

Y también lo vemos continuamente manifestado en la Tradición y en el Magisterio de la Iglesia:

- San Gregorio Nacianceno: *"Se ofrece a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio, en una forma misteriosa e invencible sacrificio siendo sacerdote y cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"*¹⁹⁶.
- Concilio de Éfeso: subraya el carácter sacrificial de la muerte de Cristo (DS 261).
- Concilio de Trento: *"Así, pues, el Dios y Señor nuestro, aunque había de ofrecerse una sola vez a sí mismo a Dios Padre en el altar de la cruz, con la interposición de la muerte, a fin de realizar para ellos la eterna redención; como, sin embargo, no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte [Heb 7: 24.27], en la última Cena, la noche que era entregado, para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres, por el que se representara aquel suyo sangriento que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos, y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose a sí mismo constituido para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec,*

¹⁹⁵ Pío XI, Encíclica *Ad Catholici Sacerdotii*, del 20 de dic. 1935.

¹⁹⁶ San Gregorio Nacianceno, *Oratio I in Resurrectionem* (P. G, 46, 612 C-D).

ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas, los entregó, para que los tomaran, a sus Apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó con estas palabras: 'Haced esto en memoria mía', etc. que los ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia" (DS 1740).

El constitutivo esencial del sacerdocio de Cristo es su humanidad

Cristo es sacerdote en cuanto hombre, como bien nos recordaba Santo Tomás de Aquino: "*Cristo es sacerdote, no como Dios, sino como hombre*"¹⁹⁷. El sacrificar y el orar son actos propios del hombre, no de Dios.

Así nos lo recuerda también la Carta a los Hebreos: "*Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados*" (Heb 5:1). Pero no podemos olvidar que esta humanidad de Cristo está unida hipostáticamente al Verbo, por lo que su sacrificio tiene un valor infinito.

Jesucristo Sacerdote es mediador por ser santo

Cuando se habla de la santidad de Jesucristo se está haciendo referencia a su naturaleza humana, porque la santidad esencial de su naturaleza divina es obvia. En Cristo se manifiesta singularmente la santidad de Dios. Cristo es "*el santo de Dios*" (Lc 1:24), santificado desde su concepción por la unión de la divinidad con la humanidad (Lc 1:35). Todo el sentido de la mediación de Cristo consiste en conseguir la unión de los hombres con Dios; es decir, su santificación.

La cualidad de la suma santidad de Jesucristo aparece en toda la Revelación:

- Heb 7:26: "*Nos convenía, en efecto, que el Sumo Sacerdote fuera **santo**, inocente, immaculado, separado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos*".
- 2 Cor 5:21: "*A él, que **no conoció pecado**, lo hizo pecado por nosotros, para que llegásemos a ser en él justicia de Dios*".
- Jn 1:14: "*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, **lleno de gracia** y de verdad*".

La teología siempre intentó explicar cómo se comunicaba a la naturaleza humana del Verbo la santidad divina unida como está a ella en la Persona del Hijo. Para ello, la teología clásica afirma que la naturaleza humana de Cristo tenía tres tipos de gracia: **la gracia de unión, la gracia habitual y la gracia capital**¹⁹⁸.

¹⁹⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 22, a. 5, arg. 3.

¹⁹⁸ Como hablar de ello alargaría este capítulo demasiado, nos limitaremos a enunciar cada una de ellas.

a) **La gracia de unión** en Cristo: Se define como la misma unión hipostática, o más exactamente, el mismo ser del Verbo, en cuanto que santifica la naturaleza humana de Cristo. La gracia de unión pertenece al orden hipostático y al género de sustancia. Esta gracia santifica la naturaleza humana de Cristo sustancialmente, haciéndola una con la Persona divina del Verbo.

b) **La gracia habitual** en Cristo, que en Él no se llama santificante, pertenece al orden y al género de accidente. Se dice teológicamente que la existencia de la gracia habitual en Cristo es de máxima conveniencia, porque sería lo más congruente con la asunción de una naturaleza verdaderamente humana, su papel como Mediador, la realidad de su gracia capital y la doctrina del Concilio de Calcedonia que dice que la unión de naturalezas no supone mezcla o confusión de las mismas.

Recordemos que Cristo, en cuanto hombre, tuvo una doble santificación: sustancial y accidental. La primera es la causada formalmente por la gracia de unión que afecta a toda la naturaleza humana; la santificación accidental es causada por la gracia habitual que tiene como sujeto el **alma humana de Cristo y sus potencias**.

Como consecuencia de la existencia de la gracia habitual en Cristo, también podemos hablar en Él de la existencia de **virtudes naturales, sobrenaturales** (que brotan de la gracia el alma humana de Cristo) y **dones del Espíritu Santo**.

En cambio, no tendría sentido hablar de ciertas virtudes en Cristo tales como la continencia o la penitencia; pues esas virtudes sólo las pueden tener almas que previamente han experimentado el pecado; y ese no es el caso de Jesucristo. Y propiamente hablando tampoco se puede hablar de la virtud de la fe en Cristo (pues ya tenía la visión beatífica. Si se habla de la fe de Cristo es en el sentido de la firmeza de su asentimiento a la voluntad de su Padre y a las cosas que reveló), ni de la esperanza (en cuanto posesión futura de Dios; pero sí en cuanto a la Resurrección y glorificación de su cuerpo).

c) **La gracia capital** corresponde a Cristo en cuanto **Cabeza del Cuerpo Místico**. Jesucristo es el principio de la gracia en todos los miembros del Cuerpo en virtud y como consecuencia de la plenitud de gracia habitual que tiene.

La Sagrada Escritura manifiesta en multitud de pasajes esta unión íntima y profunda que existe entre Jesucristo y los cristianos. Ejemplos de ellos son: La alegoría de la vid y los sarmientos (Jn 15: 1-8), donde se nos dice que hemos de permanecer unidos a Él si queremos dar fruto; la analogía entre el edificio y sus cimientos (Ef 2: 19-22); y de manera especial la analogía de San Pablo en la que se nos dice que Cristo es la Cabeza del cuerpo, que es la Iglesia (Rom 12: 4-5; Col 1:18). Muchos otros textos de San Pablo expresan esta unión tan íntima que existe entre la santificación de Cristo y la nuestra (Rom 8:29; 12: 4-5; Ef 4: 15-16; Col 1: 18-20; Tit 3: 5-6).

La impecabilidad de Jesucristo

Asociado al tema de la santidad de Cristo, está el de su impecabilidad. En algunas ocasiones “ciertos teólogos” se han atrevido de modo blasfemo a poner en Cristo pasiones humanas que son fruto del

pecado o de la concupiscencia. Tal es el caso cuando se insinúan amores un tanto lujuriosos de Jesucristo con María Magdalena. La plenitud de la santidad de Jesucristo y la realidad de la gracia de unión, hace que Cristo no conociera el pecado.

En efecto, el Señor no sólo no tuvo pecado alguno (impecancia) (1Pe 1:19; Heb 4:15; 2 Cor 5:21), lo que es una verdad de fe, sino que tampoco podría haber pecado (impecabilidad), lo que es una conclusión teológica.

La teología explica la **impecancia de Jesucristo** por:

- La unión hipostática: si Cristo hubiera pecado, la Persona del Verbo sería responsable de ese pecado, lo cual iría en contra de la suma perfección de Dios.
- Por la plenitud de santidad: lo cual le hace incompatible con cualquier pecado.
- Por su misión redentora: porque el pecado no pertenece a la naturaleza del hombre. El Verbo asumió una naturaleza humana perfecta, pasible para poder obrar la redención, pero sin pecado.
- Concebida por obra y gracia del Espíritu Santo: por lo que no tuvo pecado original y concupiscencia¹⁹⁹.

La teología también explica la **impecabilidad de Jesucristo**. Santo Tomás la explica como una consecuencia de la unión hipostática²⁰⁰. Dado que las acciones se atribuyen a la persona, y la Persona de Cristo era divina, no se puede admitir la posibilidad de que Cristo hubiera podido pecar.

La libertad de Cristo

La teología ha planteado a veces la siguiente pregunta: **Si Cristo no podía pecar, ¿hasta qué punto era libre?**

Para explicar este tema hemos de tener en cuenta los siguientes aspectos:

- Cristo tenía un modo de obrar verdaderamente humano; por tanto, con plena libertad.
- Hemos de salvaguardar por otro lado, las exigencias de la unión hipostática con el principio de que las "acciones son de las personas" y de la comunicación de idiomas.
- Por otro lado, también hemos de tener en cuenta que, por ser Dios, era impecable y por tanto de una obediencia perfecta a la voluntad del Padre; pero por ser también verdaderamente hombre, Cristo tenía el libre albedrío propio del ser humano.

Los datos de la revelación afirman a la vez la libertad meritoria de la obediencia de Cristo (Fil 2: 5-11) y su obediencia perfecta al Padre (Jn 5:30). ¿Cómo se compaginan estas verdades? En realidad,

¹⁹⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 15, a. 1, ad 2.

²⁰⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 18, a. 1, ad 4.

estamos ante un misterio que nunca podremos comprender, pero al que aspiramos profundizar hasta donde nuestra inteligencia nos permita.

Los tomistas afirman la existencia de la impecabilidad, obediencia y libertad humana en Cristo sin paliativos o disminuciones: existió un verdadero precepto de morir, que Cristo obedeció con auténtica libertad, que por ser tal, era impecable; por eso Cristo verdaderamente mereció su glorificación y nuestra salvación.

El único modo de dar algo de luz a este misterio es estudiando la existencia de las dos voluntades en Cristo: la divina y la humana (Jn 6:38; Lc 22:49; Mt 26:39; DS 509-522; DS 556-557). **Jesucristo, debido a la integridad y perfección de su naturaleza humana, gozaba como hombre de libre albedrío.** La naturaleza humana de Jesucristo fue instrumento de la divinidad; respetando siempre Dios las facultades propias de esa naturaleza humana²⁰¹. Si Cristo no tuviera voluntad humana libre, no habría sido verdaderamente hombre.

Aunque Cristo, por un lado, tuvo un verdadero mandato del Padre sobre su Muerte y las circunstancias de su gloriosa Pasión, y por otro lado era impecable, sin embargo, permaneció **absolutamente libre en toda su vida terrena**, y, por tanto, también en su Pasión y Muerte. Es el mismo Cristo, a través de sus palabras quien nos confirma todas estas verdades:

"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente. Tengo potestad para darla y tengo potestad para recuperarla. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre" (Jn 10:17-18).

Con esto damos por acabado este amplio capítulo 7 dedicado a la Cristología. Si lo hemos hecho tan extenso ha sido por la gran importancia que tiene este tratado en el conocimiento y profundización de nuestra fe.

²⁰¹ Ese es el modo propio de actuar de Dios con respecto a los escritores sagrados; estos escriben inspirados y además con libertad.

Capítulo 8

Redimidos por Cristo

“**C**reemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo Único del Padre... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día...” (DS 125).

En el capítulo precedente estudiábamos a Cristo en cuanto a su Persona y a su papel Mediador. En el presente, nos ocuparemos de profundizar en su obra; es decir en la redención de los hombres. Aunque la obra redentora de Cristo alcanza su culminación en el Misterio Pascual de su Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión, siendo Cristo el Mediador por antonomasia, toda su existencia terrena es también salvadora (Heb 10: 5-10).

Se llama “Soteriología” a la parte del tratado de Cristología dedicado al estudio de nuestra salvación o redención. La redención supone **una liberación de la esclavitud del pecado** y de sus consecuencias (Rom 3:24; 1 Cor 1:30; Col 1:14) y al mismo tiempo una **reconciliación con Dios y consiguiente santificación** (Rom 5: 10ss; 2 Cor 5: 18ss).

Podemos hablar también de una redención en **sentido objetivo** (la obra del Redentor) y en **sentido subjetivo** (que es la aplicación de esos méritos a cada uno de nosotros). Aunque la obra redentora de Cristo es suficiente, objetivamente hablando, para perdonar los pecados de todos los hombres, la aplicación subjetiva de los frutos de la redención está vinculada al cumplimiento de ciertas condiciones²⁰². Para ser redimido nos hace falta:

- Fe: *“El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará”* (Mc 16:16).
- Guardar los mandamientos: *“El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama”* (Jn 14:21).

Para entender la naturaleza de la redención debemos hablar de ciertos conceptos básicos: satisfacción, expiación, mérito y causalidad eficiente. Se entiende por:

- **Satisfacción:** a la reparación de una ofensa realizada. Ese pago lo puede hacer la misma persona que ofende u otra en su nombre (vicaria). Cristo satisfizo vicariamente la ofensa causada por todos los hombres al Padre, en virtud de su amor y su obediencia. Al haber sido hechos por una Persona divina tienen valor infinito; o, dicho de otro modo, compensan sobreabundantemente la ofensa realizada por nuestros pecados.
- **Expiación:** El diccionario define expiar como borrar las culpas por medio de algún sacrificio. El sacrificio de Cristo borró nuestros pecados.

²⁰² Santo Tomás de Aquino, *Contra Gentiles*, Lib. IV, 55, n. 9.

- **Mérito:** Se entiende como mérito el derecho a la recompensa por una acción moralmente buena. La obra de Cristo es meritoria en el sentido de que consigue para Sí, su glorificación; y para los hombres, la gracia del perdón del pecado y de la reconciliación.
- **Causalidad eficiente:** Cristo es causa eficiente de nuestra salvación, en cuanto que Él merece a través de su sacrificio y satisface el pago de la deuda por nuestros pecados.

Este capítulo 8 lo dividiremos en dos partes:

- **La vida de Cristo desde la perspectiva de la salvación:** Encarnación, vida privada y pública, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión.
- El **contenido de la salvación** operada por Cristo: en cuanto a liberación del pecado y reconciliación con Dios. Y la **naturaleza de la redención:** satisfacción al Padre, expiación por nuestros pecados, merecimiento de la gracia y causa eficiente de la misma.

La vida de Cristo desde la perspectiva de la Salvación

Las obras que hizo de Jesús para salvarnos

Tradicionalmente la teología ha dicho que **cualquier acto de la vida de Cristo habría sido suficiente para salvarnos**, ya que esa acción tendría un valor infinito al haber sido hecha por una Persona divina²⁰³. Sin embargo, **fue voluntad de Dios salvarnos a través del Misterio Pascual de Jesucristo**.

En realidad, podemos hablar de una **unidad salvífica de todos los actos de Cristo** (Heb 10: 5-10) ya que su amor y obediencia al Padre se dan en todos los actos realizados por Cristo a lo largo de su vida²⁰⁴. Toda la vida de Cristo tiene para nosotros un triple valor: revelador del Padre (Jn 14:9), redentor (Ef 1:7) y recapitulador (cuando se encarnó, recapituló en sí mismo toda la historia de la humanidad. De tal modo que lo que perdimos con Adán, lo recuperamos en Cristo Jesús)²⁰⁵.

- La misma **Encarnación** hace a Cristo Mediador entre Dios y los hombres, pues se hace hombre como nosotros y asume nuestra historia. Él es el Nuevo Adán (Rom 5: 12-19) y Primogénito de toda la creación (Col 1:15). Es por ello que puede satisfacer por los pecados de toda la humanidad²⁰⁶. Toda su vida es un acto de amor y obediencia al Padre (Lc 2:49; Heb 10: 5-7).
- La **Epifanía de Cristo** es la manifestación a todos los hombres de su dimensión de Mesías Salvador de toda la humanidad (Mt 2: 1-12).
- La **Circuncisión** inserta a Cristo como miembro del Pueblo elegido al que va a salvar (Lc 2:21).

²⁰³ Clemente VI, *Bulla iubilaei "Unigenitus Dei Filius"* (DS 1025).

²⁰⁴ Santo Tomás de Aquino, *Compendium theologiae*, lib. 1, cap. 239.

²⁰⁵ San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, 3, 18, 1.

²⁰⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 48, a. 3. ad. 1.

- La **Presentación en el Templo** lo manifiesta como Salvador; al tiempo que se anuncia el medio que utilizará para ello: la Cruz (Lc 2: 22-39).

Y así podríamos seguir con muchos otros episodios de la vida "oculta" de Cristo: Huida a Egipto (Mt 2: 13-18); pérdida de Jesús en el templo (Lc 2: 41-52).

En la vida pública de Cristo los hitos "salvadores" más importantes son:

- Las **tentaciones de Jesús** en el desierto: que es cuando el demonio intenta separar a Cristo de su misión salvadora. Venciendo sobre la tentación, preanuncia su gran obra redentora (Mt 4: 1-11).
- El **bautismo del Señor** marca la íntima relación de toda la vida del Señor con la salvación de los pecados. El mismo Jesucristo relaciona el bautismo con su cruz: "...*el bautismo con el que he de ser bautizado*" (Mc 10: 38-39; Lc 12:50). San Pablo relaciona el bautismo de Jesús con el Misterio Pascual (Rom 6: 3-4)²⁰⁷.
- La **predicación de Cristo** va dirigida a la conversión para la remisión de los pecados e instauración del Reino de Dios (Mt 12:28: Lc 11:20).
- El **perdón de los pecados y la expulsión de los demonios** son abundantes en la vida pública de Jesús; y son ya un signo del triunfo de Cristo sobre satanás (Mc 1:24; Lc 4:41; Jn 12:31).
- La **transfiguración del Señor** inicia los acontecimientos de su Pasión, Muerte y Resurrección (Mt 17: 1-8)²⁰⁸.
- Los **milagros** que Jesús realiza durante su vida pública son signos inequívocos de su misión salvadora, de su divinidad y de la llegada del reino mesiánico (Is 35: 5-6).

"*Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros*" (Mt 12:28).

Significado salvífico de su Pasión y Muerte

Podemos decir que su Pasión y Muerte es la consumación de la obra salvadora de Cristo. Fue una **decisión de Dios Padre, nacida de su Amor infinito, a la que el Hijo se adhirió voluntariamente en obediencia total** (Lc 12:50).

En multitud de ocasiones el mismo Cristo anunció su Pasión y Muerte: en la confesión de Cesarea de Filipo (Mt 16: 21-23); en la transfiguración (Mt 17: 22-23); en la última subida a Jerusalén (Mt 20: 18-19); en su conversación con Nicodemo (Jn 3:14); en la parábola del Buen Pastor (Jn 10: 17.18); en la alegoría del grano de trigo que cae en la tierra y muere (Jn 12:24); en la alusión que hace "*el cáliz que he de beber*" (Mt 20:22); o cuando habla que "*ha llegado mi hora*" (Jn 2:4). Todo el discurso de

²⁰⁷ Véase también las múltiples referencias del bautismo con la salvación en el Catecismo de la Iglesia Católica, n. 536.

²⁰⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 45.

despedida en la Última Cena con la institución de la Eucaristía tiene un sentido claramente sacrificial (Mt 26: 26-29; 1 Cor 11: 23-25).

La Pasión de Cristo es **iniciativa del amor del Padre**; en ningún momento es un sacrificio para aplacar la ira de Dios. Son el sanedrín y Pilato quienes condenan a Cristo, y no el Padre²⁰⁹. Santo Tomás de Aquino explicará el texto de la Carta a los Romanos (8:32) "*Dios no perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros*" del siguiente modo: El Padre pre-ordenó la liberación de los hombres por la Pasión de Cristo; infundió en Cristo un amor tan grande, como para dar la vida por nosotros (en rescate por muchos) y no le protegió de sus perseguidores.

Cristo obedeció libremente esa iniciativa del Padre:

- Fil 2:8: "...se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".
- Lc 22:42: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya".
- Jn 10:18: "Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente. Tengo potestad para darla y tengo potestad para recuperarla. Éste es el mandato que he recibido de mi Padre".

Como nos dice Santo Tomás de Aquino, Cristo, en su voluntad natural sentía repudio ante la Pasión y la Muerte en sí mismas consideradas, pero quiso cumplir libremente la voluntad de su Padre²¹⁰. Cristo se entrega libremente a la muerte por amor al Padre y a nosotros.

Cristo se siente "abandonado" incluso del Padre

Hay dos grupos de textos que nos hablan del abandono de Cristo:

- En el primero se nos dice que "**fue entregado**" (1 Cor 11:23; Mt 10:4; Lc 23:25) o se entregó a sí mismo (1 Pe 2:23). Cumpliendo así las profecías del Siervo de Yahveh de Isaías, quien "fue entregado" por los pecados del mundo. Cristo es el Cordero de Dios que se entrega para la salvación del mundo.
- En el segundo se nos habla de que Cristo "**fue abandonado**" por Dios Padre: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado*" (Mt 27:46). Este abandono que sintió Jesucristo ha recibido muchas interpretaciones: Algunos dicen que fue una tentación diabólica e incluso una blasfemia (lo cual no es aceptable). Algunos Santos Padres interpretaron esa frase en el sentido de que durante la Pasión y Muerte de Cristo se produjo la separación de la unión hipostática (lo cual es imposible). Santo Tomás de Aquino orienta esta exclamación de Cristo en la cruz en el sentido de que el Padre le expuso a la Pasión, no protegiéndole de sus perseguidores o bien no escuchando su oración²¹¹. Algunos dicen que es una oración tomada del Salmo 21 y no se puede interpretar como un grito de desesperación. M.J.

²⁰⁹ Es frecuente hoy día comprobar la mala interpretación que hacen dentro del campo católico algunas corrientes modernistas y movimientos neocatecumenales del significado de la Pasión de Cristo. Es por ello que le quitan a la Misa su valor sacrificial, en cuanto que atribuyen la Pasión y Muerte de Cristo como un modo de aplacar la ira de Dios Padre.

²¹⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 47, a. 2, ad 2.

²¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 50, a. 2, ad 1.

Lagrange afirma que Jesús volvió a experimentar en la Cruz la desolación del Huerto de los Olivos²¹².

Una cosa sí ha de quedar clara, que, a pesar de sentir ese abandono, Cristo aceptó la voluntad de su Padre y se entregó a ella con plena libertad: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc 23:46).

Su Pasión y Muerte son causa de nuestra salvación

Santo Tomás de Aquino dice que la Pasión de Cristo tiene un efecto salvador considerándolo desde cuatro diferentes aspectos: pues **merece, satisface, nos libra del reato de pena y nos reconcilia con Dios**²¹³.

El sacrificio es el acto principal de la Religión. Propiamente hablando es la inmolación de una víctima cuya sangre, recogida por el sacerdote, se derrama sobre el altar. Pero el sentido más profundo del sacrificio estriba en que la víctima representa al mismo oferente; la sangre y la vida de la víctima, representa la sangre y la vida del oferente.

La Muerte de Cristo en la Cruz es un **verdadero sacrificio**: pues es un acto supremo de culto a Dios, hecho por un hombre en representación de todos los pecadores, con el fin de reconciliarse con Dios. El sacrificio de Cristo aparece en la revelación como la plenitud de los sacrificios de la Antigua Alianza (Heb 9: 9-14).

Es un sacrificio de Alianza (Mt 26:28), de Pascua (Jn 19:13), de Expiación (Lc 16: 1-34) y de Reconciliación.

Cristo es al mismo tiempo sacerdote y víctima del sacrificio. La ofrenda de Jesucristo de su propio sacrificio en la Cruz tiene unas propiedades peculiares, pues:

- Ese sacrificio es único y singular.
- Cristo no "se mató" a sí mismo, sino que se entregó voluntariamente. La muerte de Cristo fue un acto pecaminoso de los judíos, en cuanto que mataron a Cristo; y al mismo tiempo un acto de supremo amor, pues se entregó libremente.
- Es un acto de culto interior y exterior.
- Es plenitud y superación de los sacrificios del Antiguo Testamento.

Cristo fue enterrado y descendió a los infiernos

a.- Hasta el hecho de la **sepultura de Cristo** tiene una dimensión salvífica. Es prueba de que asumió una verdadera humanidad. Cristo hizo suyas todas nuestras miserias, a excepción del pecado, para mostrarnos que serían erradicadas. El ser humano está destinado al sepulcro para su cuerpo, hasta

²¹² M. J. Lagrange, *L'Évangile de Jésus Christ*, Paris, Lecoffre, 1948, págs. 570-571.

²¹³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 48, a. 6, ad 3.

que llegue la resurrección final. Cristo quiso vivir también la experiencia del sepulcro, aunque no de la corrupción (Sal 15:10).

La sepultura de Cristo tiene también un valor apologético pues es una prueba real de su muerte. Y del mismo modo, la **tumba vacía** es una prueba de su Resurrección²¹⁴.

b.- Fue creencia común de la Iglesia desde un principio el hecho del descenso de Cristo a los infiernos antes de resucitar al tercer día.

- Hech 2: 27-31: "...habló de la resurrección de Cristo, que *"ni fue abandonado en los infiernos ni" su carne" vio la corrupción"*.
- 1 Pe 3:18: *"Fue muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu. En él se fue a predicar también a los espíritus cautivos"*.
- Ef 4:9: *"¿Qué significa «subió» sino que primero descendió a las regiones inferiores de la tierra?"*

En el Credo se introdujo a partir del siglo IV. Posteriormente aparece con frecuencia en los documentos del Magisterio de la Iglesia: Concilio IV de Letrán (a. 1215) (DS 801), Concilio II de Lyon (a. 1274) (DS 852). Todas estas declaraciones pasarán luego a los catecismos de la Iglesia.

Se dice en el Catecismo de la Iglesia Católica que Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero descendió como Salvador, proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (1 Pe 3: 18-19)²¹⁵.

Este es el momento en que se aplican los frutos de la redención a los justos del Antiguo Testamento²¹⁶.

Significado salvífico de su Resurrección

La resurrección de Cristo es **manifestación del triunfo de su sacrificio redentor**. Pues, como nos dice San Pablo, *"si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados"* (1 Cor 15:17). Ascendido a los cielos está sentado a la derecha de Dios Padre, intercediendo por nosotros como Cabeza de la Iglesia.

La resurrección de Cristo es el **tema central de la predicación apostólica**; estando en relación íntima y directa con el misterio de su Muerte. La resurrección de Cristo fue un hecho real; y no, una experiencia mística de la comunidad primitiva, como pretende la teología modernista.

Esta verdad de fe se transmite ininterrumpidamente desde el inicio de la Iglesia y se apela a la multitud de testigos que vieron a Cristo resucitado (1 Cor 15:6).

²¹⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 51, a. 2.

²¹⁵ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 632.

²¹⁶ Catecismo de la Iglesia Católica, n. 633.

San Pablo nos transmite con toda fidelidad la fe de la Iglesia naciente en la resurrección de Cristo:

"Porque os transmití en primer lugar lo mismo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas, y después a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía y algunos ya han muerto. Luego se apareció a Santiago, y después a todos los apóstoles. Y en último lugar, como a un abortivo, se me apareció también a mí". (1 Cor 15: 3-8).

Los testimonios escriturísticos de la resurrección de Cristo son muy abundantes: Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20-21; Hech 1: 1-11; 2: 23ss; 3:15; 4:10; 5: 30-31; 10: 37-40; 13: 27-31; 1 Pe 3: 18-22).

En las narraciones en las que se habla de la resurrección y de las apariciones de Cristo resucitado se pone especial énfasis en los **términos que se usan** para distinguirlas de las "apariciones o visiones internas". Por ejemplo, se usa: ver, dejarse ver, mostrar, enseñar, hacer visible, manifestar, poner ante los ojos, se puso en medio de ellos, salió a su encuentro; cuando se habla de las apariciones de Cristo resucitado. En cambio, se utiliza el término "hórama" (visión) para indicar una visión interna (Hech 12:9), término que nunca se usa para hablar de las apariciones de Cristo resucitado.

Santo Tomás de Aquino nos habla de la suficiencia de los argumentos que aparecen en las Escrituras para manifestar que **la Resurrección de Cristo fue verdadera y al mismo tiempo gloriosa**²¹⁷.

- Nos dice que su cuerpo era verdadero y sólido: para lo cual se dejó palpar por Tomás.
- Era un cuerpo humano: dejando ver su verdadera figura.
- Era el mismo cuerpo que el de antes de su muerte: mostrando las cicatrices de sus manos, pies y costado.
- Manifiesta también la realidad de la Resurrección de Cristo manifestando las tres actividades del alma humana de Cristo unida al cuerpo: come, bebe, veía y oía, habla, diserta sobre las Escrituras.
- Demostró que poseía la naturaleza divina haciendo el milagro de la pesca y su Ascensión a los cielos.
- Mostró la gloria de su cuerpo entrando donde estaban sus discípulos "estando las puertas cerradas" o después, desapareciendo de repente.

El dogma de la Resurrección de Cristo ocupa siempre un lugar central en todos los **símbolos y profesiones de fe de la Iglesia**. De todos estos documentos se extraen las siguientes conclusiones: Fue una verdadera Resurrección y resucitó por su propio poder al "tercer día".

El significado teológico de la Resurrección de Cristo podría ser sintetizado en los siguientes apartados:

- Es la glorificación de Cristo (Fil 2: 8-9).

²¹⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 55, a. 6.

- Fue obra de la Santísima Trinidad: al ser una obra “ad extra” de la Trinidad, es común a las tres divinas Personas (Hech 2:24; Mc 8:31; Ef 1: 19-20).
- Fue objeto de esperanza para Cristo (Jn 17:5)
- Culmina su obra en la tierra (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 653).
- Le otorga a Cristo una nueva forma de poder (Rom 1:4).
- Existe una unidad salvífica con la Cruz de Cristo: es una parte de todo el conjunto de la Pascua (Rom 4:25; Mt 28:10).
- Es salvadora (Hech 2: 32.36; 13:30. 32-37).
- Es la victoria definitiva sobre la muerte (1 Cor 15: 20-21).
- Tiene un indudable valor apologético como argumento definitivo de la Divinidad de Cristo, ya que un muerto no se puede resucitar a sí mismo, salvo que sea la fuerza de la divinidad del Hijo de Dios, quien con su poder, resucita su propio cuerpo.
- La Resurrección de Cristo es un hecho histórico y también de fe (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 639).
- Es primicia de nuestra propia resurrección final (1 Cor 15: 12-28; Col 1:18)

Significado salvífico de su Ascensión al cielo

Una vez que Jesús resucitó, se apareció a sus discípulos en muchas ocasiones, por espacio de cuarenta días... (Heb 1:3). *“Después los llevó cerca de Betania y, levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se apartó de ellos y era llevado al cielo”* (Lc 24: 50-52).

La **Sagrada Escritura** nos habla de la Ascensión de Cristo en muchos textos: Lc 24: 50-53; Hech 1: 9-14; 1: 21-22; Mc 16:19. Y se habla de ella también en multitud de ocasiones: Mt 26:64; Lc 24: 25-26; Jn 6:62; 14:2; 20:17; Hech 2:34; Ef 4:10; 1 Tim 3:16; 1 Pe 3:21.

Es testimonio común de los Santos Padres: San Ireneo, Tertuliano, Orígenes. San Juan Damasceno nos dice:

“Por la derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la Divinidad, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consustancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada”²¹⁸.

La Ascensión de Cristo a los cielos es un artículo de fe que ya aparece en los símbolos más antiguos y así siempre se ha mantenido. Para nosotros, la Ascensión, está vinculada al misterio de nuestra salvación. Así se dice que *“por nosotros y por nuestra salvación... bajó del cielo... y está sentado a la derecha del Padre”*.

Cristo subió a los cielos en virtud de su propio poder: de la virtud divina de su naturaleza divina, en primer lugar; y también lo hizo en virtud del poder de su naturaleza humana ya glorificada.

²¹⁸ San Juan Damasceno, *Expositio fidei*, 75 en PG 94, 1104.

La Ascensión está en relación con hechos salvíficos futuros en cuanto que es paso necesario para la Segunda Venida (Parusía); es el periodo de la Iglesia y es un momento previo para el envío del Espíritu Santo. Si está a la derecha del Padre es para interceder por nosotros y para ejercer su potestad regia y sacerdotal.

Una vez estudiados en los apartados precedentes el valor salvífico de toda la vida de Cristo, que llega a su punto culminante y fundamental en la Pasión, Muerte, Resurrección y Glorificación, procederemos ahora a estudiar el **contenido y la naturaleza** de esa obra de redención o salvación.

En cuanto al contenido de su obra redentora, hemos de contemplar:

- En el **aspecto negativo**: Jesús consiguió la "liberación" de los pecados y sus consecuencias.
- En el **aspecto positivo**: Jesús consiguió la reconciliación del hombre con Dios, dándonos la "vida", la "gracia" y la "gloria"

En cuanto a la naturaleza de su obra redentora, contemplaremos: La satisfacción por los pecados, el mérito y la causalidad de Cristo, la razón y la universalidad de su redención.

Contenido de la Redención de Cristo

Hablando genéricamente, se entiende el término "salvación" como la liberación de un mal físico o moral. La salvación tendrá tantos aspectos como clases de males que sufren los hombres. Como nos dice San Lucas:

"El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para promulgar el año de gracia del Señor".(Lc 4: 18-19).

La salvación conseguida por Jesucristo es **total** (no circunscrita a un aspecto de nuestros males), **universal** (para todos los hombres que acepten a Cristo), **trascendente** (no en sentido social o político, sino religiosa estrictamente hablando) y **dinámica** (en el sentido de que pasamos de la muerte a la vida).

La liberación religiosa

La liberación operada por Jesucristo en su aspecto "negativo" es esencialmente de tipo religioso:

- Jn 8:34: *"El que comete pecado es esclavo del pecado".*
- Jn 8:32: *"Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres".*
- Mc 1: 15: *"El reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el evangelio".*

La libertad de la que habla el Evangelio no se opone a la condición de esclavitud legal, sino a la esclavitud religiosa causada por el pecado. Las Escrituras hablan de la "libertad de los hijos de Dios" (Gal 4: 1-5. 21-31; 5:13: 6:2).

La liberación traída por Cristo está estrechamente unida al perdón de los pecados.

Así lo vemos en muchos milagros y dichos de Jesús: "No he venido a llamar a los justos sino a los pecadores" (Lc 5:32); o cuando le dice al parálisis "tus pecados te son perdonados", y como signo de ello le cura de su parálisis (Mt 9: 2-7). Sólo Cristo es capaz de perdonar los pecados (Ef 1:7) y de recomponer a la humanidad (Rom 5: 12-21: Cristo es el Nuevo Adán).

La victoria de Cristo sobre el pecado es:

- **Total:** pues lo destruye con su Muerte. Causa en el hombre que recibe a Cristo, una justificación intrínseca, total y verdadera. No al estilo protestante (cubiertos con un manto de santidad, pero podridos por dentro)²¹⁹.
- **Libera de la culpa del pecado:** Gracias a los méritos de Cristo, el hombre purifica su alma que estaba manchada por el pecado. A través de la gracia, el hombre puede vencer la concupiscencia (atracción por el pecado).
- **Libera también de la pena del pecado:** es decir de la condenación eterna en el infierno y de las penas temporales (Rom 8: 1-2)²²⁰.
- **No hace al hombre impecable:** pero tiene el remedio para purificarse de sus pecados; el sacramento de la penitencia.
- **Pero necesita ser aceptada por cada uno de nosotros para que se haga efectiva.** El hombre es libre para aceptar o rechazar la salvación de Cristo. El hombre acepta el perdón conseguido por Cristo, a través de la fe, del bautismo y del sacramento de la penitencia²²¹.
- **No sólo nos libera del pecado, sino también de las consecuencias del pecado:** el error, el dominio de Satanás y la muerte.

Nos libera también del poder del demonio

Cristo se enfrentó al demonio, a su poder y a las consecuencias del mismo durante toda su vida. En el Nuevo Testamento son abundantes los textos que nos hablan de ello (Mt 8:16; 9: 32-34; 16:23; Mc 1: 23-36; 7:24-30; Lc 4:13). Vemos también cómo Cristo les dio a sus discípulos el poder para enfrentarse contra el demonio y expulsarlo del corazón de las personas. El demonio fue vencido definitivamente por Jesucristo en su Pasión, Muerte y Resurrección (Jn 12:31; 16:11), **pero se le ha concedido todavía un poder que ejercerá durante el tiempo de la Iglesia**, y su acción durará hasta el fin de los tiempos; cuando será definitivamente arrojado a los infiernos (Ap 13:7).

²¹⁹ Lutero sostuvo que el hombre está intrínsecamente corrompido. La justificación que Cristo nos trae sólo consigue que no se nos imputen nuestros pecados, pero seguimos siendo pecadores. Cristo nos cubre con un a modo de manto de santidad.

²²⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 48, a. 4.

²²¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 49, a. 1, ad 4 y 5.

Nos libera también de la muerte

Tal como nos dice el Génesis, la muerte fue consecuencia y castigo del pecado de nuestros primeros padres (Gen 2:17; 3:22). Y así lo testifican los grandes concilios que hablan de la doctrina del pecado original: Concilio XVI de Cartago (DS 222), Concilio de Orange (DS 371-372), Concilio de Trento (DS 1511). Pero Cristo vence a la muerte con su propia Muerte y Resurrección; y con Él, también nosotros (Rom 8: 10-11; 1 Cor 15: 20-28).

Rom 8:11: *"Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu, que habita en vosotros"*.

Del mismo modo, el cristiano le puede dar sentido corredentor a su propia muerte si los une a los de Cristo (Rom 8:17; Col 1:24).

Col 1:24: *"Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia"*.

La reconciliación con Dios

La obra redentora de Cristo no sólo nos libra del pecado (aspecto negativo) sino que también **nos reconcilia con Dios** (aspecto positivo).

La Sagrada Escritura así lo proclama en abundantes textos (Rom 5:10; Col 1: 19-29; 2 Cor 5:19)

- Rom 5:10: *"Porque, si cuando éramos enemigos, fuimos **reconciliados con Dios** por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, una vez reconciliados, seremos salvados por su vida"*.
- Col 1: 19-20: *"...por él reconciliar todos los seres consigo, restableciendo la paz, por medio de su sangre derramada en la Cruz, tanto en las criaturas de la tierra como en las celestiales"*.

Los Santos Padres profundizan teológicamente en el significado de esta reconciliación con Dios lograda por Cristo. Para ellos es una auténtica **renovación interior** del hombre²²².

El Magisterio de la Iglesia habla larga y profundamente de esta reconciliación con Dios cuando examina y rechaza la doctrina luterana de la justificación en Trento (DS 1513).

Esta reconciliación con Dios hace que los redimidos por Cristo sean:

- **"Nuevas criaturas"** (2 Cor 5: 17-18).
- No es una mera vuelta al estado original de Adán y Eva, pues los dones preternaturales no son devueltos, aunque Cristo le da un **nuevo sentido al sufrimiento del hombre**.

²²² San Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, V, 16, 3.

- Sin embargo, es un estado inmensamente superior porque estamos llamados a hacernos **hijos de Dios en el Hijo**. Es decir, a "cristificarnos". (2 Cor 5:19; Rom 5:11).

La salvación de Cristo abre las puertas del cielo al hombre; puertas que estaban cerradas como consecuencia del pecado, pero que ahora se han abierto como consecuencia de haber sido borrado el pecado, tanto en cuanto a la culpa (ofensa a Dios) como al reato de pena (castigo que merece tal ofensa)²²³.

Como se puede concluir, estamos muy lejos de todas las teologías políticas, de la secularización, revolucionarias, de la liberación..., que tanto pululan en los últimos tiempos.

Naturaleza de la Redención de Cristo

Como ya hemos dicho anteriormente, la redención consiste esencialmente en la salvación de la humanidad realizada por Cristo. Sus dos grandes efectos son la **destrucción del pecado y la reconciliación con Dios**.

La acción de Cristo hay que enmarcarla dentro de las expectativas de salvación que recorren todo el Antiguo Testamento: Dios es el único salvador (Sal 27:1; 62:2). Su salvación es gratuita y fruto de su amor fiel y misericordioso (Gen 12: 1-3; Ex 2:24). Es un Dios celoso y fiel que no deja de ofrecer su salvación a pesar de las infidelidades de su pueblo (Sal 117:1). La obra salvadora de Dios llegará a su culminación en un tiempo futuro en el que Él justificará a su pueblo, le liberará de sus enemigos, derramando su espíritu que llenará a Israel de paz y bienestar.

El problema fundamental que hay que enfrentar cuando se profundiza en la naturaleza de la obra salvadora de Jesucristo, es el de intentar comprender **por qué Dios eligió el camino de la Pasión, Muerte y Resurrección y no otro**. Por supuesto que no podemos pedirle explicaciones a Dios sobre sus decisiones, o probar la necesidad de sus acciones; sin embargo, buscamos las razones de conveniencia para las mismas.

La pregunta que muchos se hacen es: **¿cómo un Dios bueno y santo puede querer el horror de la muerte de su Hijo en medio de los sufrimientos a los que se vio sometido para destruir el pecado y reconciliarnos con Él?**

A lo largo de la historia se han dado muchas respuestas a este interrogante, algunas de las cuales fueron insuficientes e incluso heréticas. La determinación exacta de la naturaleza de la redención es de una importancia extrema, pues muchos de los dogmas de la Iglesia están vinculados a ella. A saber:

- El concepto de Dios y sus atributos: justicia, omnipotencia, impasibilidad, bondad.
- La realidad del pecado: ¿es ofensa a Dios o sólo a nuestros hermanos?

²²³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 49, a. 5.

- La existencia y efectos del pecado original.
- La gracia y la libertad humana: ¿puede el hombre salvarse a sí mismo? ¿Es la gracia debida a la naturaleza humana? ¿cuál es la relación entre natural y sobrenatural?
- La verdadera naturaleza y el ser de Jesucristo.
- La auténtica misión de Jesucristo: ¿es religiosa, política o social?
- La mediación de Jesucristo: ¿es Jesucristo el único mediador entre Dios y los hombres?
- La misión de la Iglesia

Para poder dar una respuesta a esta pregunta hemos de ver primero los datos que nos ofrece la **Revelación** (Sagrada Escritura y Tradición) tal como siempre los interpretó el **Magisterio de la Iglesia**.

Datos que nos aporta la Sagrada Escritura

La Sagrada Escritura nos habla en muchas ocasiones de la Pasión y Muerte del Señor como de un sacrificio redentor. Cristo hace el sacrificio definitivo y máximo que resume y perfecciona todos los sacrificios de la Antigua Alianza.

Se puede hacer un **paralelismo entre los sacrificios del Antiguo Testamento y la Pasión y Muerte de Cristo**:

- **El sacrificio del cordero pascual** judío consiguió la liberación de Egipto (Ex 12: 1-14.21-27.46-47). Jesucristo es el nuevo Cordero de Dios que se ofrece a Dios para quitar los pecados del mundo (Jn 1: 29.36). Cristo muere a las tres de la tarde y en el mismo día que se celebraba la Pascua judía (Jn 19: 31).
- **El sacrificio de la Antigua Alianza** es un sacrificio cruento que establece la Antigua Alianza entre Dios y su pueblo (Ex 24: 4-8). El Nuevo Testamento identifica el sacrificio de la Nueva Alianza con la Pasión y Muerte de Cristo (1 Cor 23-27; Mt 26:28; Heb 7:22).
- **El sacrificio de expiación** que se hacía para limpiar los pecados del Sumo Sacerdote y del pueblo en la fiesta del Yom kippur (Lev 16: 1-34). Ahora lo hace Cristo borrando realmente los pecados y consiguiendo nuestra liberación y reconciliación con Dios (Heb 2: 17ss; 10: 4-14). San Juan y San Pablo hablan de Cristo como víctima propiciatoria por nuestros pecados (1 Jn 2:2; Rom 3: 23-25).
- **El sacrificio del Siervo de Yahveh de Isaías** que entrega su vida para salvar al pueblo asumiendo sus pecados y culpas (Is 42: 1-7; 49: 1-6; 50: 4-9; 52:13 – 53:12). Cristo sería realmente ese Siervo de Yahveh. Esas narraciones del Antiguo Testamento son un adelanto profético de la Pasión y Muerte de Jesús.

El mismo Cristo **descarta el sentido político de su muerte** (Jn 6:15; Jn 18:36) y lo interpreta como el **martirio del profeta** (Mc 13:57; Lc 4:24). La misma Eucaristía es la **actualización del sacrificio** de Cristo.

El **sentido expiatorio de la muerte de Cristo** aparece a todo lo largo del Nuevo Testamento:

- Rom: 5:8: "*siendo pecadores... murió por nosotros*".
- 2 Cor 5:31: "*Dios le hizo pecado por nosotros...*".
- Tit2:14: "*El cual se entregó por nosotros...*".
- 2 Pe 1: 18-19: "*Habéis sido rescatados... con una sangre preciosa*".
- Mt 20:28: "*El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar la vida en rescate por muchos*".

Esa expiación es empleada por Dios en nuestro favor, para que se puedan reparar los pecados de su pueblo contra Dios. Como nos dice J. A. Sayés:

"La redención de Cristo incluye una doble dimensión: la dimensión descendente del don de Dios que da a su Hijo para salvarnos y que nos libera de la esclavitud del pecado y del maligno, y la dimensión ascendente del sacrificio que se entrega al Padre es expiación de nuestros pecados".

Datos de la Tradición y del Magisterio

Los **Santos Padres** hablan abundantemente de la redención de Cristo y para ello usan términos como: rescate, expiación, sacrificio, reconciliación, recapitulación.

- San Ignacio de Antioquía: "Cristo... todo lo sufrió por nosotros para que fuésemos salvados"²²⁴.
- Orígenes: "Dios es justo, y en cuanto justo, no podía justificar a unos injustos; por eso fue necesaria la intervención de un propiciador para que por la fe en él fuéramos justificados los que no podían serlo por sus obras"²²⁵.
- San Atanasio: "Como un sacrificio y una víctima pura de toda mancha, ofreciendo a la muerte el cuerpo que había tomado... destruyó inmediatamente a la muerte de todos los otros cuerpos semejantes"²²⁶.
- San Basilio: "Se ofreció a sí mismo como sacrificio y oblación a Dios a causa de nuestros pecados"²²⁷.

El **Magisterio de la Iglesia** fue precisando paulatinamente la doctrina de la naturaleza del sacrificio de Cristo conforme ésta era atacada por herejías diversas.

- Afirma la fe en la **salvación de nuestros pecados por la Muerte de Cristo**: manifestado en los símbolos de fe: "...por nosotros los hombres y por nuestra salvación... se hizo hombre,

²²⁴ San Ignacio de Antioquía, *Epistola Ad Smyrnam*, 1, 2, en P. G., 5, 708.

²²⁵ Orígenes, *Homilia In Leviticum*, 9, 10, en P. G., 12, 523.

²²⁶ San Atanasio, *De Incarnatione*, 8, en P. G., 25, 109.

²²⁷ San Basilio, *Homilia in Psalmis*, 28, 5 en P. G., 29, 296.

fue crucificado... resucitó al tercer día"; Concilio de Éfeso (DS 261); Concilio XI de Toledo (a. 675) (DS 539); Concilio IV de Letrán (a. 1215) (DS 801).

- Habla de la **universalidad** de la Redención: Sínodo de Quiercy (DS 624).
- Afirma la **satisfacción vicaria** de Cristo: Concilio de Trento (DS 1529). Leon XIII nos dice: "El Unigénito de Dios hecho hombre satisfizo ubérrima y cumplidamente con su sangre al Dios ofendido por los hombres"²²⁸. El Concilio Vaticano I afirma: "Si alguien osa afirmar que la satisfacción vicaria, es decir, la satisfacción de un solo mediador para todos los hombres, repugna a la justicia divina, sea anatema".
- La noción del **mérito de Cristo** explica las declaraciones del Decreto para los Jacobitas del Concilio de Florencia (a. 1439) cuando afirma que nadie está libre del dominio del diablo si no es por mérito del Mediador entre Dios y los hombres (DS 1347). La misma doctrina del mérito aparece en el Concilio de Trento cuando habla del pecado original y de cómo el mérito de Cristo lo borra (DS 1513).
- Valor **propiciatorio** de la Muerte de Cristo. Afirmado en los cánones del Concilio de Trento cuando habla del Santo Sacrificio de la Misa:

"En este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la cruz; enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio..." (DS 1743).

Satisfacción por los pecados

Para entender bien el tema de la satisfacción por los pecados tendríamos que estudiar primero: la naturaleza del pecado, las consecuencias del pecado y la naturaleza del sufrimiento humano²²⁹.

Se entiende como "**satisfacción**" en teología de la Redención a un acto de reparación por la ofensa hecha a Dios por el pecado. Mediante un ofrecimiento por amor y obediencia hasta la muerte se consigue borrar la ofensa hecha a Dios, elimina la injusticia y limpia el deshonor. (Rom 5: 12-21).

Se entiende como "**expiación**" al cumplimiento de la pena debida a una culpa. Es del género de la satisfacción, pero tiene características propias.

Por eso decimos que Cristo "satisface" por nuestros pecados porque su obra redentora es un acto de máximo amor y obediencia al Padre. Y Cristo "expía" por nuestros pecados, por la aceptación del sufrimiento que supuso su Pasión y Muerte.

La Muerte y el dolor de Cristo fueron elegidos por Dios como medio de salvación, y no como castigo infringido a Cristo. Santo Tomás de Aquino, haciendo alarde de la precisión y finura de su pensamiento teológico nos dice que la satisfacción mediante la Muerte de Cristo en la cruz fue de

²²⁸ Leon XIII, *Encíclica Tametsi Futura*, 1, IX, 1900, AAS 33 (1900-1901) 275.

²²⁹ Este tema ya lo estudiamos en <http://adelantelafe.com/la-malicia-del-pecado/>, por lo que, si desea ampliar, puede ir a ese artículo o a otros artículos similares también en esta web.

conveniencia máxima, aunque no de necesidad. La satisfacción fue lo más conveniente para la justicia divina, porque por su Pasión, Cristo satisfizo por los pecados de todo el género humano; y así el hombre fue librado por la justicia de Jesucristo. Y la satisfacción es lo más conveniente para la misericordia divina, porque siendo el hombre incapaz de satisfacer por sí mismo a Dios, le dio a su Hijo para que satisficiera por toda la humanidad. Y por eso fue más misericordioso que si hubiera perdonado el pecado sin ninguna satisfacción²³⁰.

Jesucristo **satisface vicariamente** por nosotros. Cristo no satisface por sus propios pecados porque es víctima inmaculada (Mt 26:28; Mc 14:24; Lc 22:20; 2 Cor 5:21). Cristo satisface como Cabeza de la humanidad (Rom 5)

Resumiendo lo visto hasta ahora decimos que:

- **El Padre tiene la iniciativa de la Redención** del hombre. No hizo en el Hijo un acto de justicia vindicativa, como venganza o castigo.
- **El Hijo encarnado "expió" vicaria y voluntariamente** los pecados de los hombres.
- **El Padre aceptó como "satisfacción" esa "expiación" voluntaria de Cristo.** La satisfacción que obró Cristo se operó con el sufrimiento, derramamiento de sangre y muerte con dolor de su Pasión y crucifixión.

Ahora ya estamos en condiciones de responder la pregunta que nos hacíamos al principio: **¿por qué Dios escogió precisamente la Pasión y la Cruz de su Hijo como medio para salvarnos?**

- Porque era el mejor modo de demostrar el amor de Dios a nosotros los hombres (Jn 15:13)
- Y aún más. El verdadero enamorado quiere compartir todo con la persona amada. Si al verdadero amante le dieran la oportunidad de disfrutar del amor de la persona amada sin compartir su dolor y su sufrimiento, preferiría hacer suyos estos dolores antes que escapar de ellos.
- Se manifiesta la tremenda gravedad del pecado y sus consecuencias.
- La humildad y obediencia heroica de Jesús se opone a la soberbia de Adán.
- Cristo asume las penas del pecado para ponerles fin.
- El dolor de la reparación por nuestros pecados cobra sentido en el dolor de Cristo, y de él reciben su valor redentor (Col 1:24).

La satisfacción de Cristo fue adecuada y sobreabundante. Como nos dice San Pablo en la Carta a los Romanos: "*Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*" (Rom 5:20). Esta teoría la recoge luego el Magisterio del papa Clemente VI²³¹.

²³⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 46, a. 1, ad 3. Véase todo el tema de la Redención-Satisfacción en Santo Tomás en el proemium de la cuestión 48 de esta tercera parte de la Summa.

²³¹ Clemente VI, *Bulla iubilaei Unigenitus Dei Filius*, 27 enero 1343. D. S. 1025.

Una **satisfacción que es universal**. Cristo representa a la humanidad como Cabeza suya que es, en el momento del acto redentor (2 Cor 5:14, Mt 20:28). Para Santo Tomás, la razón de la universalidad proviene de la unión hipostática.

Errores más comunes sobre la Naturaleza de la Redención

- **Teoría de los derechos de los demonios:** Algunos Santos Padres sostuvieron que Satanás era dueño de los hombres pecadores. Por eso, tuvieron que ser comprados al demonio pagando por ello con la sangre de Cristo.
- **Teoría del desquite:** Según esta teoría, convenía que Dios triunfara donde antes había triunfado el demonio. Se le engañó al demonio al hacerle creer que Cristo era un pecador y que podía castigarle.
- **Teoría de la satisfacción estrictamente jurídica:** La satisfacción sustituiría al pago de una deuda.
- **Teoría de San Anselmo sobre la satisfacción** (no la vamos a estudiar por ser compleja y salirse del propósito de este apartado).
- **Teoría del ejemplo de amor de Abelardo:** Dice erróneamente Abelardo que Dios es nuestro dueño y no paga por lo que ya posee. Exigir un rescate entregando la sangre del Inocente sería injusto y cruel. Propone la tesis de la Pasión de Cristo como una demostración del amor divino.
- **Teoría de Lutero sobre la ira de Dios:** La cruz sería el castigo moral que Dios infligió a su propio Hijo para calmar la ira provocada por el pecado de los hombres. Con esta descarga, Dios aparta su ira de los hombres y ya no les imputa el pecado. Cristo en la cruz es abandonado y rechazado por Dios²³².
- **Teoría de Calvino sobre la sustitución jurídica:** Jesús es condenado en lugar de los pecadores. Nuestros pecados han recaído sobre Jesús²³³.
- **Tesis modernista:** Para ellos la Redención de Cristo es un ejemplo para nosotros y una manifestación del amor de Dios. El Catecismo Holandés presenta la Muerte de Cristo, no como una satisfacción por nuestros pecados, sino como una consecuencia de la lucha de Cristo contra el mal de su tiempo. Con palabras dulces y bellas que confundirían a un lector poco preparado dice:

“La sangre de Jesús no es tanto ofrenda a Dios como ofrenda de Dios. Jesús da su sangre, no a un Padre que reclama castigo, sino a nosotros. La sangre de Dios es nuestra sangre”²³⁴.

²³² Esta teoría es errónea porque la esencia de la Redención no es un castigo.

²³³ Esta teoría es errónea porque la “sustitución penal” va en contra del verdadero Dios de la Biblia, quien es justo, pero también misericordioso.

²³⁴ Cfr. Nuevo Catecismo para Adultos, Barcelona, 1969, pág. 271.

El mérito de Cristo

Se entiende como mérito **al derecho a una recompensa** por una obra realizada.

Cristo, con su obediencia y amor hasta la muerte, no sólo “satisface” por los pecados del hombre, sino que también “merece” una recompensa para Sí mismo y para nosotros.

La Biblia no usa el término “mérito de Cristo”, pero sí describe el concepto de muchos modos:

- “Cristo nos salva por su sacrificio y por su sangre derramada” (Ef 5:2; Heb 10: 5-10).
- Cristo es exaltado como premio a su humillación (Fil 2: 8-9).

Los Santos Padres sostienen el mérito que Cristo ganó para sí mismo.

El Concilio de Trento define como causa meritoria de nuestra justificación la Pasión y Muerte de Jesucristo (DS 1529, 1560).

A través de un razonamiento teológico, partiendo de las premisas antedichas, concluimos que:

- Cristo merece como “viator”. Cristo merece con todos los actos de su vida por la vinculación que todos tienen con su Muerte.
- El mérito de Cristo no se puede separar de su satisfacción por la humanidad.
- Cristo causa realmente nuestra salvación.
- El mérito de Cristo llega a todos los hombres por su unión hipostática y por la gracia capital que Él tuvo. Como nos dice Santo Tomás, Cristo no sólo fue glorificado en sí mismo, sino también en sus fieles, ya que Cristo actuaba como Cabeza de la Iglesia.
- Cristo consigue para nosotros: la gracia santificante, las gracias actuales y la liberación del dominio del diablo.

Cristo es la “causa eficiente” de nuestra salvación

La causa eficiente principal de nuestra salvación es Dios; pues sólo Él puede transformar al hombre en hijo suyo. Ahora bien, la causa eficiente instrumental de la salvación del hombre es la Humanidad de Cristo a través de su Pasión y Muerte²³⁵.

²³⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, IIIa, q. 48, a. 6.

Capítulo 9

El Espíritu Santo: “El Gran Desconocido”

El Espíritu Santo siempre se calificó en teología como “el Gran Desconocido” debido a que el estudio de esta divina Persona estuvo continuamente preterido en favor de las otras dos: el Padre y el Hijo. La Pneumatología, parte de la teología que se dedica al estudio del Espíritu Santo, es relativamente reciente. De hecho, durante muchos siglos se estudió a esta divina Persona como un apéndice del tratado de Trinidad. Tanto San Agustín (s. IV) como Santo Tomás de Aquino (S. XIII) ya se lamentaban de la poca atención que se daba, teológicamente hablando, al estudio de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

El “auge” que tiene en la actualidad la Persona del Espíritu Santo no ha sido en muchos casos como consecuencia de una teología correcta, sino más bien a resultas de la aparición de movimientos carismáticos, catecumenales, denuncias proféticas..., que se “valen” de esta divina Persona para malinterpretar su función, apropiarse de Ella o abusar de las gracias que nos da.

Es pues necesario, ser cautelosos en el modo cómo se procede en la elaboración de la Peumatología. Para ello, más que valernos de las “pretendidas inspiraciones particulares” de estos movimientos carismáticos, tendremos que acudir al sistema que la Iglesia siempre usó para profundizar en las verdades reveladas. A saber: la Sagrada Escritura y la Tradición, interpretadas por el Magisterio de la Iglesia. Por supuesto que también nos valdremos de la oración, los carismas y ministerios por los que se edifica la Iglesia, la vida apostólica y el testimonio de los santos.²³⁶

Como nos dice Mateo Seco, la teología del Espíritu Santo es fundamental para el conocimiento trinitario y santificador del cristiano:

“Cristo es fruto del Espíritu Santo y, a su vez, envía su Espíritu a los discípulos. El Espíritu de Cristo es quien nos une a Cristo, y, al unísono a Él, descubre veladamente su propio ser. Quizá por esta razón, aunque la revelación de la divinidad del Espíritu Santo está clara en el Nuevo Testamento, la doctrina sobre el Espíritu Santo sólo se desarrolló en forma explícita tras el esclarecimiento definitivo de la teología del Verbo y en dependencia de ella.”²³⁷

Una de las aportaciones contemporáneas más importantes en este campo se debe a las investigaciones de A. Gálvez a raíz de su teoría sobre el amor divino-humano.

Nombres y apelativos del Espíritu Santo

El mismo Santo Tomás nos advertía que no existe un nombre propio de la Tercera Persona divina, a diferencia del de “Verbo”, que se aplica exclusivamente a la Segunda Persona. Incluso los nombres que se usan con más frecuencia para designar a la Tercera Persona, tales como Espíritu,

²³⁶ Catecismo de la Iglesia Católica, nº 688.

²³⁷ L. F. Mateo-Seco, *Dios Uno y Trino*, Eunsa, Navarra, 1998, págs. 562-563.

Amor y Don, son al mismo tiempo susceptibles de ser usados para la esencia divina (Jn 4:24; 1 Jn 4:8).

- **Espíritu Santo:** es el término usado por Jesucristo para referirse a esta Persona divina (Mt 28:19).
- **Espíritu + Apelativos:** Paráclito, Consolador (Jn 14: 16.26; 16:7); Espíritu de Verdad (Jn 16:13); Espíritu de la Promesa (Gal 3:14); Espíritu de Adopción (Gal 4:6); Espíritu de Cristo (Rom 8: 9.11); Espíritu del Señor (2 Cor 3:17); Espíritu de Gloria (1 Pe 4:14); Espíritu de Dios (1 Cor 6:11); Espíritu de su Hijo (Gal 4:6).
- **Amor:** El Espíritu Santo es el Amor del Padre y del Hijo; es el "nexo" o "vínculo de ambos.
- **Don:** La Sagrada Escritura designa al Espíritu Santo con el nombre de Don, y lo presenta como fuente de todos los dones que Dios concede a los hombres (Jn 4:10; 1 Cor 2: 7-13; Rom 5:5). Es Espíritu Santo es el "don" por excelencia.
- **Señor y Dador de vida:** Así aparece en el símbolo Niceno-constantinopolitano.

Símbolos del Espíritu Santo en la Escritura, Liturgia y vida de la Iglesia

- **El agua** bautismal que nos da la vida en el Espíritu.
- **La unción:** por la que el Espíritu nos transforma en el Cristo Total. Jesús es el Ungido de Dios. El Hijo es constituido "Cristo" (ungido) gracias a la acción del Espíritu Santo (Lc 4: 18-19).
- **El fuego:** Mientras que el agua significa el nacimiento y la fecundidad de la vida dada en el Espíritu Santo, el fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo (Lc 3:16; Hech 2: 3-4).
- **La nube y la luz:** Estos dos símbolos son inseparables en las manifestaciones del Espíritu Santo (1 Cor 10: 1-2). El Espíritu Santo cubre con su "sombra" a María (Lc 1:35). Fue la nube la que ocultó a Jesús de los ojos de sus discípulos el día de la Ascensión (Hech 1:9).
- **El sello:** que manifiesta el carácter de algunos sacramentos (bautismo, confirmación y orden sacerdotal).
- **La mano:** que es signo de efusión del Espíritu. Imponiendo "las manos" Jesús cura a los enfermos (Mc 6:5). La imposición de manos es signo de efusión del Espíritu Santo. La Iglesia ha conservado este signo en las epiclesis sacramentales.
- **El dedo:** que es signo del poder divino. El himno "Veni Creator" invoca al Espíritu Santo como dedo de la diestra del Padre. "Por el dedo de Dios expulso los demonios" (Lc 11:20).
- **La paloma** símbolo de la presencia del Espíritu. En el bautismo del Jesús vemos al Espíritu descender sobre Cristo en forma de paloma (Mt 3:16).

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo

Es dogma de la Iglesia que el Espíritu Santo **procede del Padre y del Hijo** como de **un solo principio**, no por generación, sino por una **única espiración**.

En Dios hay dos procesiones inmanentes; una por generación, el Hijo, y otra por espiración, el Espíritu Santo. Analicemos ahora pormenorizadamente el significado de este dogma.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo

a.- La Sagrada Escritura afirma **explícitamente** que el Espíritu Santo procede el Padre:

"Cuando venga el Abogado que Yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí" (Jn 15:26).

Y en cuatro textos afirma **implícitamente** que procede del Hijo:

- Recibe del Hijo la ciencia: *"Cuando venga Él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad completa..., porque recibirá de lo mío y os lo comunicará a vosotros..."* (Jn 16: 13-15).
- *"El Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre"* (Jn 14:26).
- *"Cuando venga el Abogado que yo os enviaré de parte del Padre"* (Jn 15:26).
- *"Porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré"* (Jn 16:7).

Hay otros textos en los que al Espíritu Santo se le llama Espíritu del Padre, y también del Hijo, de Cristo o de Jesús:

- *"No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hable en vosotros"* (Mt 10:20).
- *"Envío Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: Abba, Padre"* (Gal 4:6).
- *"Pero no se lo permitió el Espíritu de Jesús"* (Hech 16: 6-7).

b.- El Magisterio de la Iglesia se ha referido a este dogma en numerosas ocasiones:

- Concilio de Constantinopla I (a. 381): *"Y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que junto con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado"* (DS 150).
- Concilio Romano (a. 382): *"Si alguno no dijere que el Espíritu Santo es verdadera y propiamente del Padre, como el Hijo, de la divina substancia y verdadero, es hereje"* (DS 168).
- Concilio XI de Toledo (a. 675): *"No se dice que sea sólo del Padre o sólo del Hijo, sino Espíritu juntamente del Padre y del Hijo. Porque no procede del Padre al Hijo, o del Hijo procede a la santificación de la criatura, sino que se muestra proceder a la vez del uno y del otro"* (DS 527).
- Concilio IV de Letrán (a. 1215): *"El Padre no viene de nadie, el Hijo del Padre sólo y el Espíritu Santo igualmente de uno y de otro, sin comienzo, siempre y sin fin. El Padre que engendra, el Hijo que nace y el Espíritu Santo que procede"* (DS 800).

c.- Argumentación teológica

Recordemos que en el seno de la Trinidad **todo es uno salvo las relaciones de oposición**. El único modo de distinguir al Hijo del Espíritu Santo, es si Éste procede también del Hijo. Si el Espíritu Santo no procediera del Hijo, no podría distinguirse realmente de Él.²³⁸

²³⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia, q. 36, a. 2.

d.- La cuestión del "Filioque"

En el dogma se enuncia que el Espíritu Santo procede **del Padre y del Hijo**. Aunque la afirmación del "Filioque" no figuraba en el credo confesado en el año 381 en Constantinopla, basándose en una antigua tradición latina y alejandrina, el Papa San León lo confesó dogmáticamente en el año 447 (DS 284). El uso de esta fórmula en el Credo fue poco a poco admitido en la liturgia latina entre los siglos VIII y IX.

No obstante, los **Santos Padres latinos**:

- Usaban el término "Filioque" desde tiempos de Tertuliano. Así los vemos también en San Ambrosio²³⁹, San Agustín²⁴⁰, San León Magno²⁴¹.
- De hecho, coexistieron las dos fórmulas durante muchos siglos - "que procede del Padre" y "que procede del Padre y del Hijo"- sin que la Iglesia Oriental ni la Iglesia Latina tuvieran ningún problema para aceptarlo.
- En los textos magisteriales aparece el término "Filioque" en: Fides Damasi (s. V), Símbolo Quicumque (s. V), la liturgia mozárabe de Toledo (a. 446), en muchos de los concilios de Toledo.

Los **Santos Padres griegos**:

- También elucubraron sobre la relación entre el Espíritu Santo y el Hijo. No obstante, su teología sigue otro camino y en general no usan la expresión "Filioque".
- San Cirilo de Jerusalén²⁴² (s. V) manifiesta que el Espíritu Santo "procede del Padre por el Hijo". San Máximo el Confesor dirá otro tanto.
- San Juan Damasceno irá por una línea similar: "El Espíritu es Espíritu del Padre... pero es también el Espíritu del Hijo, no porque proceda del Hijo, sino porque procede del Padre a través de Él, pues no hay más que una causa única, el Padre..."²⁴³

Pero a pesar de esa diferencia entre la teología oriental y la occidental, no había un ambiente de polémica. Ambos caminos eran diferentes, aunque compatibles. Pero llegó un momento en el que esta diferencia se hizo confrontación. Primero con Focio (a. 820-893) y posteriormente con Miguel Celulario (a. 1000-1059), dando lugar al **Cisma de Oriente** (a. 1054).

Explicación de la separación entre griegos y latinos en el tema de la procesión del Espíritu Santo

- Parte del problema de la separación se debió al uso de un vocabulario diferente entre griegos y latinos. Los griegos usaban el concepto "causa" para hablar de la cualidad del Padre; en cambio los latinos preferían el uso del vocablo "principio".
- Los griegos tenían dos términos para expresar las dos procesiones trinitarias (proénai y exporéusthai), mientras que los latinos usaban el término "processio" tanto para hablar de la generación del Hijo como de la espiración del Espíritu Santo.

²³⁹ San Ambrosio, *De Spiritu Sancto ad Gratianum Augustum*.

²⁴⁰ San Agustín, *De Trinitate*, 15, 17.29.

²⁴¹ San León Magno, *Sermo de Pentecostes*, 1.

²⁴² San Cirilo de Alejandría, *De adoratione*, 1; *Dialogus De Trinitate*, 6; *Commentarius in Iohannem*.

²⁴³ San Juan Damasceno, *Expositio Fidei Orthodoxæ*, I, 7.8.12.

- Hay también entre los padres latinos y griegos un concepto diferente de la clave de la distinción de las divinas Personas. Para los latinos la distinción entre las Personas divinas parte de la **oposición de relación** entre ellas; en cambio, para los padres griegos la distinción estriba únicamente en las **propiedades personales de origen** y no en sus relaciones, por lo que bastan aquéllas para que no haya riesgo de confundir las Personas divinas entre sí.

Desde el comienzo de la separación de las dos iglesias, latina y oriental, se intentó la reunificación de las mismas, pero nunca se consiguió²⁴⁴.

Principios para la superación del Cisma

En el intento de superar las diferencias entre la Iglesia latina y la ortodoxa, son claves dos textos recientes: El Catecismo de la Iglesia Católica (a. 1992), en sus números 245-248 y la Clarificación del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos (13 septiembre 1995).²⁴⁵

- El "Filioque" nace como una comprensión profunda del "ex Patre" del Concilio I de Constantinopla. La fe de la Iglesia sobre el Espíritu Santo quedó infaliblemente definida en el Concilio I de Constantinopla (a. 381), cuando afirma que el Espíritu Santo procede del Padre, y que recibe una misma adoración y gloria con el Padre y el Hijo. La Iglesia introdujo el "Filioque" posteriormente como una aclaración al "ex Patre" de Constantinopla, pasando también a ser dogma en el Concilio de Florencia (DS 1300-1302).
- El "Filioque" no niega que el Padre sea "fuente y origen de toda la Trinidad".
- Era necesario evitar el subordinacionismo pneumatológico (considerar al Espíritu Santo como inferior al Padre y al Hijo).
- El Hijo antecede al Espíritu Santo, pues caracteriza al Padre como Padre: Es decir, al Padre no se le podría llamar tal si no hubiera un Hijo.
- El Espíritu Santo también caracteriza trinitariamente la relación Padre-Hijo, sin que por eso el Hijo proceda del Espíritu. "El Padre es Padre del Hijo unigénito sólo en tanto que, por Él y a través de Él, es origen del Espíritu Santo".²⁴⁶
- La teología de las misiones ayuda a revelar el misterio: Las misiones divinas son un reflejo de las procesiones intradivinas. La relación del Espíritu Santo con Jesucristo conduce al conocimiento de la relación entre el Verbo y el Espíritu.
- Concluyendo, el Catecismo de la Iglesia Católica nos advierte de la esencial coincidencia del pensamiento latino y griego, a pesar de las diferentes perspectivas teológicas y terminológicas y del hecho histórico de la falta de unión en este punto.²⁴⁷
- Sigue el Catecismo diciendo: "*La tradición oriental expresa en primer lugar el carácter de origen primero del Padre por relación al Espíritu Santo. Al confesar al Espíritu como 'salido del Padre' (Jn 15:26), esa tradición afirma que Éste procede del Padre por el Hijo. La tradición occidental expresa en primer lugar la comunión consustancial entre el Padre y el Hijo diciendo*

²⁴⁴ Para ello se puede estudiar el Concilio II de Lyon y el Concilio de Florencia.

²⁴⁵ L'Osservatore Romano 13.IX.1995.

²⁴⁶ L. F. Mateo-Seco, *Dios Uno y Trino*, Eunsa, Navarra, 1998, pág. 578.

²⁴⁷ Catecismo de la Iglesia Católica, nº 246.

que el Espíritu procede del Padre y del Hijo (Filioque). Lo dice 'de manera legítima y razonable' (Concilio de Florencia, 1439: DS 1302), porque el orden eterno de las Personas divinas en su comunión consustancial implica que el Padre sea el origen primero del Espíritu en tanto que 'principio sin principio' (DS 1331), pero también que, en cuanto Padre del Hijo Único, sea con Él 'el único principio de que procede el Espíritu Santo' (Concilio de Lyon II, 1274: DS 850). Esta legítima complementariedad, si no se desorbita, no afecta a la identidad de la fe en la realidad del mismo misterio confesado".²⁴⁸

Procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio y única espiración

En la procesión del Espíritu Santo no hay dos espiraciones, una procedente del Padre y otra procedente del Hijo, sino que como nos decían los concilios II de Lyon (DS 850) y de Florencia (DS 1300-1302), hay una única espiración.

Como nos dice el mismo Jesucristo: *"Todo cuanto tiene el Padre es mío"* (Jn 16:15). Afirmación que la teología ha interpretado en el sentido de que entre el Padre y el Hijo todo es uno, salvo la relación de paternidad-filiación que existe entre ellos, y que hace que el Padre sea "padre" y el Hijo sea "hijo".

A. Gálvez hace en su obra "La Fiesta del Hombre y la Fiesta de Dios" un profundo estudio sobre este punto concreto. Estudio que resumimos lo más brevemente posible:

"Algunos teólogos, aun reconociendo que el Espíritu Santo es "nexus duorum", vínculo o nudo de amor que une al Padre con el Hijo, señalan que ese camino puede ofrecer dificultades para llegar por su medio a algún intento de explicación del misterio de la procesión de la tercera Persona divina, y denuncian además el peligro de antropomorfismo. Según ellos, lo que une a dos que se aman no puede ser precisamente la realidad de su acto de amar; pues cada uno vive su propio acto, lo cual supone dos amores o dos actos de amar; pero en el origen del Espíritu Santo no hay sino un acto, un principio único de espiración común al Padre y al Hijo. Seguramente la objeción es fundada, pero yo me atrevería a insinuar la sugerencia de que quizás no sea necesario poner en Dios dos actos de amor para intentar alguna explicación de la procesión de la tercera Persona. Es cierto que existe el peligro del antropomorfismo, que es un peligro sutil que está siempre al acecho y que, por eso mismo, también puede sorprender a los objetantes.

Quizás se está queriendo explicar lo que es el Amor (que es Dios: 1 Jn 4:8) por lo que es el amor humano o por lo que ocurre en el amor humano. Es seguro que la tercera Persona procede de un principio único de espiración. Pero es que, en Dios, ese acto de los dos Amantes es único, lo que es posible gracias a la unidad de esencia de las Personas; son dos los que aman, pero en un único acto de amor. No debemos olvidar que estamos intentando decir algo del Amor (que es Dios), y no explicando lo que es el amor humano, pues este último no es sino figura, o participación, del Amor divino (y podemos ir del uno al otro a través de la analogía). En el amor humano, o en el amor creado, el acto de amor nunca puede ser único; pero eso se debe a que, no siendo perfecto, el amor creado no es el Amor, sino una participación de él. Creo que no debemos partir del amor creado, pues también ahí está el peligro de antropomorfismo. Pero en

²⁴⁸ Catecismo de la Iglesia Católica, nº 248. Siento no profundizar más en el problema del Filioque pero no es propiamente el propósito de la presente sección.

*Dios, el Espíritu Santo, o, si se quiere, el Amor entre el Padre y el Hijo, es distinto de ellos como Persona (y sólo así se puede dar el Amor); y al mismo tiempo es un acto único de amor, que procede de ambos como tal porque es idéntico con ellos en la esencia. Así es como se dice que el amor une y es elemento de unión, lo que es posible precisamente gracias a la unicidad de su acto en el misterio de la vida trinitaria”.*²⁴⁹

Procede del Padre y del Hijo no por generación

La Sagrada Escritura en ningún momento llama al Espíritu Santo, “Hijo” o “Engendrado”. Esos términos los reserva exclusivamente cuando habla del Verbo.

Así lo declara el Símbolo Atanasiano: “El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no hecho, no creado, ni engendrado, sino procedente” (DS 75). Afirmaciones similares aparecen en el Concilio IV de Letrán (a. 1215: DS 800) y en el Concilio de Florencia (a. 1438-1445: DS 1330).

El principio formal de la procesión del Espíritu Santo

La Tercera Persona de la Santísima Trinidad procede del Padre y del Hijo según la **operación de la voluntad**.

El principio formal inmediato de las procesiones divinas no es la naturaleza divina, sino una operación inmanente de la misma. **El Hijo procede del Padre según una operación del entendimiento. Y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo según una operación de la voluntad**. A la primera procesión le llamamos “generación” y a la segunda “espiración”.

El Espíritu Santo no es la misma operación de la voluntad sino el término de la misma. Ahora bien, dado que hemos de usar la analogía para poder profundizar en estos conceptos, hemos de tener claro que en esa operación de la voluntad: no hay paso del no-ser al ser; que el Espíritu es co-eterno con el Padre y el Hijo; que la espiración no es accidental, y que no implica ninguna potencialidad o imperfección en el Espíritu Santo.

La teología habla de una **espiración activa** cuando se considera desde su origen; es decir, Padre e Hijo; y **espiración pasiva** cuando se considera desde el término, el Espíritu Santo.

Sobre este punto tan complejo, la Sagrada Escritura nos da algunas claves, las cuales luego serán explicitadas por la Tradición y el Magisterio de la Iglesia.

El nombre del Espíritu Santo, aunque puede decirse de toda la Trinidad, sin embargo, se atribuye como nombre propio a la Tercera Persona, para dar a entender así que procede del Padre y del Hijo como **“hálito espirado”**. Como no puede ser referido a la intelección (pues si así fuera se aplicaría al Hijo también), se tiene que tratar de la otra operación inmanente de Dios, que es la voluntad.

El cristiano es templo del Espíritu Santo

La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma del justo es una realidad de fe. Según nos dice el mismo Jesucristo: *“Si alguno me ama..., mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en*

²⁴⁹ A. Gálvez, *La Fiesta del Hombre y la Fiesta de Dios*, Shoreless Lake Press, 2011, págs. 350-351.

él" (Jn 14:23); y San Pablo insiste en varios pasajes de sus cartas que los cristianos "*son templos del Espíritu Santo*" (1 Cor 3: 16-17: 6:19; 2 Cor 6:16).

La inhabitación del Espíritu Santo en el alma del justo es un nuevo modo de presencia de Dios en el hombre. Ya no se trata de la mera presencia que Dios tiene en todas las cosas por el hecho de haberlas creado. La presencia por inhabitación se refiere exclusivamente a la criatura racional y sólo en cuanto que ésta **participa de la naturaleza divina** (2 Pe 1:4).

Esta inhabitación tiene tres propiedades esenciales: **es real, sustancial y personal**.

- Es real: en cuanto que no es hiperbólica ni metafórica.
- Es sustancial: en cuanto que no es una mera presencia dinámica. No son meramente los dones y carismas del Espíritu Santo los que llenan al hombre, sino que es el mismo Espíritu quien lo hace.
- Es una inhabitación personal del Espíritu Santo en el alma de justo.

Por el hecho de que la "inhabitación" es una obra "ad extra" de la Santísima Trinidad, si el Espíritu Santo está en nosotros, también lo están las otras dos divinas Personas: el Padre y el Hijo.

Naturaleza de la inhabitación del Espíritu Santo

Los teólogos han intentado explicar en qué consiste esta "inhabitación" del Espíritu Santo en el alma del justo. El problema teológico estriba en el hecho de que **Dios no puede entrar en composición con ningún ser creado**, porque es infinitamente simple y trascendente.

Al intentar explicar esta realidad, algunos cayeron en el panteísmo al decir que el cristiano quedaba transformado o absorbido por Dios.

Pio XII dice que es un misterio profundísimo (DS 3814-3815). Mirado desde el punto de vista de Dios, pertenece al misterio de la comunicación que hace Dios de su propio ser personal. Mirado desde el punto de vista del hombre, la inhabitación pertenece al **misterio de la elevación de la criatura racional hasta el punto de ser introducida en la vida íntima de Dios**.

Santo Tomás de Aquino intenta explicar esta realidad diciendo que Dios habita en el hombre por los actos de conocimiento y amor de Dios que realiza el propio hombre alcanzando su fin último. Según nos dice Santo Tomás, Dios Trinidad estaría en el hombre como "lo conocido en el que conoce y lo amado en el que ama". Esta teoría fue criticada debido al hecho de que no quedaba claramente expuesto el hecho de que la inhabitación la opere el mismo Dios, y más parece que es atribuible al alma humana. Con todo, no debemos entender la teoría tomista de un modo simplista. Se han hecho estudios profundos sobre el verdadero pensamiento de Santo Tomás en donde se revela con claridad que la presencia de las Personas divinas no es sólo intencional "como lo conocido en el cognoscente o el amado en el amante," sino que es fundante u ontológica, es decir que existe una relación concreta con cada Persona Divina más allá de que sea conocida o amada.²⁵⁰

San Juan de la Cruz da un paso más y cabalga entre la teología y la mística. San Juan nos dice que la inhabitación de Dios en el justo sería una "**presencia divina como participación del ser humano en las relaciones intradivinas**". El hombre, injertado en Cristo (Jn 15: 1-8) es introducido en el seno

²⁵⁰ J. Prades, *Deus Specialiter est in sanctis per gratiam. El misterio de la inhabitación de la Trinidad en los escritos de Santo Tomás de Aquino*, Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma 1993, págs. 375-400.

de Dios trinitario, para vivir la vida íntima interpersonal de Dios. Lo expresa poéticamente en su “Noche oscura”:

*¡Oh noche que me guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!*

El Padre Alfonso Gálvez siguiendo esta misma línea de San Juan de la Cruz da un paso más. El cristiano, por la inhabitación de la Santísima Trinidad en su alma, es introducido en la vida intradivina trinitaria. A. Gálvez establece la **relación que existe entre la inhabitación, el amor y el concepto de persona**. Nos dice²⁵¹:

Como es de suponer, el seguimiento del Esposo, a fin de estar a solas con Él, no acaba en eso. La entrega mutua en totalidad culmina en la fusión o identificación de las vidas de los amantes, como puede verse sobre todo en los textos eucarísticos de San Juan. **Si cada uno de ellos entrega al otro la propia vida es lógico que ambos vivan entonces una sola y la misma**: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí...*” (Jn 6: 56-57) “*Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí*” (Jn 15:4).

Teniendo en cuenta además que esta identificación está muy lejos de ser puramente moral. El camino señalado por los textos citados induce por el contrario a pensar que, en el amor divino–humano, la unión de los **amantes es semejante, o de naturaleza análoga, a la que el Padre tiene con el Hijo en el seno de la Trinidad**, o a la que el sarmiento tiene con la vid.

Sin embargo, todavía hace falta intentar profundizar más en el misterio, a fin de indagar en la estructura de una unión en la que el alma, si bien no se convierte sustancialmente en Dios —no podría hacerlo en modo alguno—, **llega a ser Dios por participación**. O, dicho de otro modo: ¿Qué puede significar exactamente llegar a ser Dios por participación aunque sin convertirse en Él sustancialmente? ¿Qué sentido y qué alcance tiene la expresión revelada “participación en la naturaleza divina” de 2 Pe 1:4?

A. Gálvez lo explica del siguiente modo:

Debe tenerse siempre bien presente que la **unión o fusión de vidas, que de modo tan admirable tiene lugar en el amor divino–humano, no supone de ninguna manera la pérdida de la personalidad** por parte de cualquiera de los amantes. Lo que sucede es más bien lo contrario, pues el amor es la forma de reafirmar y fundamentar la personalidad, si cabe utilizar un lenguaje impropio pero encaminado. Además de que tal absorción de la personalidad del uno por parte del otro haría imposible el amor, el cual se realiza siempre en la oposición de dos personas, absolutamente distintas como tales y que por eso mismo pueden tratarse mutuamente de tú y yo. Si en el amor no existieran personas distintas, y aun opuestas como tales, no cabría la posibilidad de que cada una de ellas saliera de sí misma para entregarse a la otra. La entrega amorosa sería impensable allí donde no

²⁵¹ A. Gálvez, *Comentarios al Cantar de los Cantares*, vol. II, Shoreless Lake Press, New Jersey, 2000, págs. 30-36.

hubiera alguien capaz de recibir tal entrega, desde el momento en que no puede haber donación y recepción sino entre personas diferentes.

A su vez, la **fusión de vidas entre los amantes proporciona también la clave para entender el verdadero significado del mandamiento nuevo**: "*Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros*" (Jn 13:34). Cuya expresión como yo os he amado no debe ser interpretada en el sentido de semejantemente, o en el de porque yo lo he hecho así con vosotros, sino en el más exacto y preciso de con el mismo amor. Porque es el mismo Espíritu de Jesucristo quien vive en el cristiano, actuando, amando y orando en él, con él y por él (Rom 8:26).

Reflexión sobre la tesis de A. Gálvez acerca de la inhabitación del Espíritu Santo

Como nos dice J. A. Jorge García-Reyes²⁵², la teoría de A. Gálvez, profundiza la línea de pensamiento y la solución tomista del misterio de la inhabitación, dándole una hondura extraordinaria. En efecto, el modo de entender la inhabitación trinitaria en el ser humano sería por supuesto, como consecuencia de la gracia creada que hace presente a Dios en él (y ha de presidir toda indagación sobre la elevación del ser humano al orden sobrenatural), pero no ya sólo por las vías del entendimiento y del amor, sino por **la relación interpersonal de amor divino–humana entre la persona humana y las divinas**. Las consecuencias son importantísimas:

1. El problema de todas las teorías sobre la naturaleza de la inhabitación es que intentan explicar la presencia tripersonal de Dios en el justificado olvidando la realidad de la persona y sus exigencias metafísicas y teológicas. La teoría de A. Gálvez, sin embargo, centra su indagación en esa misma realidad.
2. **No se da una mezcla entre la naturaleza humana y la divina** que concluiría un panteísmo insostenible, porque la presencia de la divinidad en el hombre sería a través de la gracia creada y por la relación interpersonal que el amor verdadero exige para que exista como tal amor (tanto en el Amor sustancial trinitario intradivino, como en el amor participado en sus diferentes analogados, el principal —divino–humano—, como en el meramente humano). El amante humano posee la persona del Amante divino, y la Persona divina posee al amante humano, conservando ambos su propia identidad como tales personas. Si se perdiera alguna de las personas que establecen la relación amorosa, el amor desaparecería. No hay fusión o mezcla de naturalezas, ni tampoco pérdida de la persona humana en la divina.
3. Y, sin embargo, **no puede haber unión y presencia más profunda e íntima que la que produce el amor entre el amante y el Amado**. Recuérdense las notas esenciales del verdadero amor según la teoría de A. Gálvez (bilateralidad, unión de los amantes, igualdad de los mismos, mutua y total entrega y donación, etc.). La "inhabitación" sobre el fundamento de la relación interpersonal es mucho más profunda que la de "lo conocido en el cognoscente y lo amado en el amante" de Santo Tomás.
4. Se podrían extraer profundas consecuencias de una comparación mutatis mutandis con lo que ocurre en la unión hipostática, donde no cabe mayor unión entre la naturaleza humana y la divina, y sin embargo no hay "mezcla, ni confusión, ni separación, ni división" de naturalezas (Cfr. Concilio de Éfeso y Calcedonia). En la

²⁵² J. A. Jorge García-Reyes, *Dios Uno y Trino*, Shoreless Lake Press, USA, 2010.

inhabitación no hay, por supuesto, una unión hipostática, pero sí puede servir como referencia para resaltar el valor unitivo, por así decir, de la persona.

5. También hay que tener en cuenta que **la habitación en este mundo no es sino un adelanto de la unión con Dios en la bienaventuranza del cielo**. Aquí hay que tener en cuenta la teoría sobre la misma de A. Gálvez, en el sentido de privilegiar la unión por amor antes que la “visión saciativa de la verdad.” De nuevo, el concepto básico de esa unión en el cielo sería la relación interpersonal por amor, por el Hijo, en el Espíritu, hasta el Padre. En absoluto hay pérdida de las personalidades ni una situación del tipo del nirvana de las religiones orientales, o de la “epojé” griega.
6. En el amor no interesa tanto la unión de las naturalezas como **la unión de las personas**, con la necesaria conservación de las distintas personalidades. Es teoría de A. Gálvez que prueba exhaustivamente de modos diversos, pero sobre todo con la exégesis del Cantar de los Cantares, los dichos eucarísticos del Señor, las frases de San Pablo sobre su amor y unión con Cristo y el Apocalipsis.
7. Para que todo este proceso de amor divino–humano pueda llevarse a efecto, es necesario presuponer **la elevación del ser humano al orden sobrenatural**, la doctrina de la gracia santificante con la infusión de las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo, la participación en la naturaleza divina, la filiación divina del justificado en el Hijo (hijos en el Hijo, coherederos con Cristo, con–crucificados, con–sepultados, con–resucitados, con–exaltados, con–parusiacos), etc. **La verdad de la habitación trinitaria es el culmen de este proceso**.
8. La relación entre la persona humana y la divina es a través de la Persona del Verbo. En efecto, el amante humano se enamora de la Persona del Hijo, a través del conocimiento y seguimiento de la Humanidad de Cristo (nadie se enamora de una naturaleza por amable que esta sea, sino de la persona que posee esa naturaleza). Pero **una vez enamorado el ser humano de la Persona del Hijo, se encuentra dentro del amor intratrinitario**, pues en la Persona del Hijo, el ser humano encuentra y ama también a la Persona del Padre, conducido todo el proceso por el Espíritu Santo, el Don Mutuo de Amor del Padre y del Hijo (aquí es donde encaja la sugerencia sanjuanista de la “aspiración” del Espíritu Santo también por el ser humano injerto en Cristo).
9. La naturaleza de la oración cristiana según A. Gálvez, tienen aquí su raíz última.

La recepción de la nueva vida “en Cristo”

El bautismo añade a nuestra vida natural una nueva dimensión, la sobrenatural (Rom 6: 1-11). Es por ello que en todo bautizado hay realmente dos vidas: una vida natural y otra sobrenatural. Desde el momento en el que somos bautizados, ambas vidas formarán parte del cristiano; y éste deberá proveer la formación, alimentación y cuidado de ambas. Normalmente nos ocupamos de cuidar nuestra “vida natural”, comiendo, descansando; pero es menos frecuente que cuidemos la vida sobrenatural que ya tenemos, y que nunca florecerá e incluso podría “desaparecer”.

El Nuevo Testamento nos confirma en multitud de pasajes la existencia de estas dos vidas en el cristiano:

- *“Por tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva criatura: lo viejo pasó, ya ha llegado lo nuevo”* (2 Cor 5:17).

- *"Porque ni la circuncisión ni la falta de circuncisión importan, sino la nueva criatura"* (Gal 6:15).
- Que en algunos lugares se identifica como la vida de Jesús: *"...llevando siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo"* (2 Cor 4:10).
- Y en otros lugares como el "hombre interior": *"Por eso no desfallecemos; al contrario, aunque nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día"* (2 Cor 4:16).
- Esta nueva vida es la vida de Cristo en nosotros: *"Con Cristo estoy crucificado. Vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gal 2:20).
- Que lleva al mismo tiempo a renunciar, por amor, a vivir nuestra propia vida (natural); es decir nuestros propios planes, para asumir los de Cristo (sobrenatural): *"El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna"* (Jn 12:25).
- Nueva vida que se recibe en el bautismo: *"Pues fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo para unirnos a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva"* (Rom 6:4).
- Una vida sobrenatural que hemos de hacer crecer a través de la oración, el sacrificio, y en especial, a través del mismo Cristo: *"El que me come vivirá por mí"* (Jn 6:57).
- Aunque en el fondo quien nos hace crecer es el mismo Dios si nosotros no ponemos obstáculo: *"El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo"* (Mc 4: 26-27; Mt 13: 24-30).
- Esta nueva vida es en realidad un regalo de Dios que nos llega a través del Espíritu Santo: *"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado"* (Rom 5:5).

Al nuevo modo de ser le corresponde un nuevo modo de obrar

Como nos dice el adagio filosófico "operare sequitur esse" (el obrar sigue al ser). Que dicho de un modo más sencillo, cada individuo actúa de acuerdo a su naturaleza. Es decir: es propio del perro, ladrar; del gato, maullar, etc... **A esta nueva naturaleza que recibimos en el bautismo le corresponde un modo de actuar que le es propio.** Ya no es un modo de actuar meramente natural o humano, sino sobrenatural o divino.

Precisamente por esta nueva naturaleza que recibe, y que le hace partícipe de la naturaleza divina (2 Pe 1:4), el cristiano es capaz de amar y de perdonar como Cristo:

- *"Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también unos a otros"* (Jn 13:34).
- *"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23:34).
- *"Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace"*

llover sobre justos y pecadores. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos?" (Mt 5: 44-47).

Y por eso Jesucristo nos puede pedir que busquemos la perfección: *"Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"* (Mt 5: 48).

Es por ello que tenemos que abandonar nuestro antiguo modo de vivir y pensar para adquirir el modo de pensar y vivir de Cristo:

- *"Obrad no por el alimento que se consume sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre"* (Jn 6:27).
- *"Desechad también vosotros todas estas cosas: la ira, la indignación, la malicia, la blasfemia y la conversación deshonesta en vuestros labios. No os engañéis unos a otros, ya que os habéis despojado del hombre viejo con sus obras y os habéis revestido del hombre nuevo, que se renueva para lograr un conocimiento pleno según la imagen de su creador"* (Col 3: 8-10).

Si así lo hacemos, nuestra vida comenzará a dar los nuevos frutos del Espíritu: *"Los frutos del Espíritu son: la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia. Contra estos frutos no hay ley. Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, caminemos también según el Espíritu"* (Gal 5: 22-25).

La gracia de Dios es necesaria para salvarse

En el presente apartado intentaremos aclarar algunos conceptos referentes a la gracia y al mérito para así tener ideas claras.

En la actualidad hay pastores de la Iglesia que mantienen opiniones contrarias al Magisterio de siempre y dicen que una persona puede vivir en una situación matrimonial "irregular" y al mismo tiempo, estar en gracia de Dios, y como consecuencia pueden recibir los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía:

El Papa afirma que, a causa de estos condicionamientos "ya no es posible decir que todos los que se encuentran en alguna situación así llamada 'irregular' viven en una situación de pecado mortal, privados de la gracia santificante" (301). Es decir, un divorciado en nueva unión puede estar limitado en sus posibilidades de tomar otra decisión y volver atrás, por lo cual su culpabilidad está disminuida. Por consiguiente, aunque esté en una situación irregular, no está privado de la gracia de Dios. Si es así, podría confesarse y comulgar.

El propósito del presente apartado es hacer ver que esas "opiniones" son contrarias al Magisterio de la Iglesia y están haciendo mucho daño; pues no sólo están desviando a algunos cristianos de la recta doctrina, sino que al mismo tiempo impiden que los que han caído en pecado grave reconozcan su pecado, se conviertan y se pongan en paz con Dios. En una palabra, llevados por una falsa misericordia les están abriendo las puertas del infierno.

Cuando hablamos de la "gracia de Dios" en la gran mayoría de las ocasiones nos estamos refiriendo a la "gracia santificante o habitual". Comencemos pues hablando de los diferentes tipos de "gracia" para así acotar debidamente los términos.

Tipos de gracia

Hay tres tipos de gracia: capital, santificante o habitual y actual:

- **La gracia capital:** que es la que tiene Cristo en cuanto que es cabeza y fuente de todas las gracias.
- **La gracia santificante:**
 - Es un don sobrenatural que Dios nos concede para alcanzar la vida eterna.
 - Nos hace hijos de Dios y herederos del cielo.
 - Recibimos la gracia por los méritos conseguidos por Cristo a través de su muerte en cruz: *"Os reconcilió mediante la muerte sufrida en su cuerpo de carne, para presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de Él"* (Col 1:22).
 - La gracia santificante es un estado del alma. Decimos que el "alma está en gracia de Dios" cuando está libre de pecado mortal.
 - Toda gracia procede de Dios y llega a nosotros por diferentes vías, la más común es a través de los sacramentos.
 - La teología nos enseña que los sacramentos dan la gracia a todo aquél que no pone obstáculo.
 - Por estar en estado de gracia, el cristiano se transforma en templo del Espíritu Santo; lo cual le hace estar unido a Cristo como el sarmiento a la vid (Jn 15: 1-8), dar fruto en esta tierra y luego conseguir el premio eterno del cielo.
- **La gracia actual:** Es un auxilio de Dios que ilumina nuestro entendimiento y mueve nuestra voluntad para obrar el bien y evitar el mal. Son dones momentáneos que Dios nos da para superar una tentación, volver al estado de gracia santificante; y en general, para ayudarnos cuando necesitamos de modo especial su socorro:

"Rogué tres veces al Señor que lo apartase de mí; pero Él me dijo: «Te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza». Por eso, con sumo gusto me gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo" (2 Cor 12: 8-9).

Sin la gracia es imposible salvarse

Sin la gracia santificante es imposible entrar en el reino de los cielos:

"En verdad, en verdad te digo que si uno no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios" (Jn 3:7).

Como nos dice el catecismo, "van al cielo los que mueren en gracia de Dios". Y también nos dice: "están en gracia de Dios aquellos bautizados que se encuentran libres de pecado mortal".

No tendríamos la gracia santificante si:

- **No la hubiéramos recibido** en el sacramento del bautismo. Por eso el bautismo es necesario para salvarse. Dios podría tener otros medios para salvarnos; pero ello no ha sido revelado. Se habla de que aquéllos que no han conocido la revelación cristiana, pero han seguido unos principios morales de tipo general, buscando el bien y evitando el mal; por

medios sólo por Dios conocidos (pues no han sido revelados) y como consecuencia de su misericordia, serían salvos (Gaudium et Spes, nº 19). Este último principio, formulado en el Vaticano II no está definido. Se fundamenta en la idea de que Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2:4).

- **La hubiéramos perdido** por el pecado mortal. Si morimos en pecado mortal seremos condenados al infierno:

"¿Es que no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los injuriosos, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios. Y esto erais algunos. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo el Señor y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Cor 6: 9-11).

Otras conclusiones lógicas de lo dicho anteriormente

- Si para heredar el reino de los cielos es preciso ser hijos de Dios; y solamente somos hechos hijos del Dios por el bautismo, de ahí se concluye que **no es posible la salvación si uno no está bautizado**.²⁵³ Es decir, sólo las iglesias que tienen un bautismo válido podrán traernos la salvación; o dicho de otro modo, no todas las iglesias son iguales. Los antiguos concluían de ahí: "Fuera de la Iglesia no hay salvación"²⁵⁴.
- Ahora bien, debido a la debilidad humana, todos pecamos, por lo que además del bautismo, **necesitamos el sacramento de la confesión para que los pecados se perdonen**. Los pecados sólo los puede perdonar un ministro de Dios (sacerdote) válidamente ordenado y con las licencias eclesiásticas oportunas, mediante el sacramento de la confesión. Por lo que aquellas religiones que no tienen ministros válidamente ordenados y con la facultad de perdonar los pecados, no lo pueden hacer.²⁵⁵
- Del mismo modo, Cristo instituyó el sacramento de la **eucaristía** para que fuera alimento de nuestra alma; y encargó este sacramento a sus apóstoles y sucesores para que fuera siempre celebrado: "*Haced esto en memoria mía*" (Lc 22:19). Este "pan vivo", según nos dice el mismo Jesucristo, es **garantía de la vida eterna** (Jn 6:51). Sólo la Iglesia fundada por Jesucristo tiene ministros válidos que pueden "actualizar" este sacramento.²⁵⁶
- **Los bautizados que viven en "situaciones matrimoniales irregulares"** cometen pecado de concubinato o adulterio. Tanto el concubinato como el adulterio son pecados mortales. Si todo pecado mortal nos separa de Cristo y nos priva de la gracia santificante, de ahí concluimos que una persona en situación de "unión irregular" está en pecado mortal, y como consecuencia no tiene la gracia de Dios. Y lo seguirá estando mientras que no se arregle esa situación "irregular" y posteriormente se confiese. Defender lo contrario es atentar contra las leyes de Dios, confundir a los cristianos y abrirles el camino de la

²⁵³ Hagamos las salvedades dichas anteriormente.

²⁵⁴ Extra Ecclesiam nulla salus

²⁵⁵ Otra razón más por la cual concluimos que no es lo mismo pertenecer a una religión que a otra; pues sólo una, la que Cristo fundó, es la que tiene los medios de salvación.

²⁵⁶ Otra razón más que nos confirma que no todas las iglesias son iguales.

condenación. Quien aconsejara mantener una situación de pecado, no sólo no estaría dando un buen consejo, sino que está haciendo el papel de Satanás.

Efectos de la gracia santificante en nuestra alma

- Como consecuencia de la gracia santificante que recibimos por primera vez en el bautismo, **nos hacemos "santos" a los ojos de Dios**. Esta gracia bautismal tiene un doble efecto: primero **borra los pecados**, y segundo, **nos eleva al orden sobrenatural**.
- Por la gracia, los pecados no son "cubiertos" por el amor de Cristo, como decía Lutero, sino que son realmente borrados, perdonados: *"Él nos arrebató del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención, el perdón de los pecados"* (Col 1: 13-14). Pero la gracia no sólo borra los pecados, sino que también nos eleva al hacernos partícipes de la naturaleza divina; ya que se nos da una "nueva vida", una nueva "naturaleza"; y con ella, un **nuevo modo de obrar** (Jn 3:7; 2 Pe 1:4).
- Esta gracia lleva consigo una **nueva vida**, la vida sobrenatural o divina; por eso San Pedro dice que **el cristiano participa de la naturaleza divina**: *"Nos ha regalado los preciosos y más grandes bienes prometidos, para que por éstos lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina"* (2 Pe 1:4). Como consecuencia de esta nueva vida que recibimos, podemos decir que el **cristiano tiene dos vidas**: una, la vida natural; y otra, la vida del espíritu.

San Juan recoge el diálogo que Jesús tuvo con Nicodemo, y en él se nos habla de la necesidad de tener un nuevo nacimiento: *"Jesús y le dijo: -En verdad, en verdad te digo que si uno no **nace de lo alto** no puede ver el Reino de Dios... No te sorprendas de que te haya dicho que debéis nacer de nuevo"* (Jn 3: 1-21). Y más adelante, también San Juan, nos habla de la nueva vida que Cristo nos trae: *"Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia"* (Jn 10:10); claramente se entiende que la vida de la que Cristo habla aquí no es la vida de la carne, sino la del espíritu.

Gracias a esa "nueva vida", el cristiano es capaz de actuar de un modo nuevo; es decir según un modo sobrenatural; o, dicho de otro modo, como Dios actúa: *"Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros. **Como yo os he amado, amaos también unos a otros"*** (Jn 13:34). No tendría sentido que Dios nos hubiera dado un mandamiento que no pudiéramos cumplir. Ahora bien, para poderlo cumplir "necesitamos" una "nueva naturaleza", pues como nos dice Aristóteles y luego profundiza Santo Tomás de Aquino: "El obrar sigue al ser". Ese nuevo obrar, -como Dios-, requiere una nueva naturaleza; y **esa nueva naturaleza es precisamente la que se nos da a través de la gracia y nos posibilita amar como Él nos ama**.

- **Una vida nueva que nos hace "hijos de Dios"**; y por ser hijos, también herederos de su reino y "semejantes a Él": *"Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos! Queridísimos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es"* (1 Jn 3: 1-2).

- A través de la gracia, el Espíritu Santo viene a habitar en nosotros, de tal modo que nos transformamos en **"templos de Dios"**: *"¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo"* (1 Cor 3: 16-17). Por la gracia inhabita en nosotros el Espíritu Santo; y con Él, también el Padre y el Hijo: *"Jesús le respondió: -Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él"* (Jn 14:16).
- La presencia del Espíritu Santo en nuestras almas trae consigo una serie de **done**s, tales como: sabiduría, entendimiento, ciencia, fortaleza, consejo, piedad y temor de Dios. Cual árbol sano que va creciendo, la obra del Espíritu Santo nos va transformando, produciendo los siguientes **frutos**: *"Los frutos del Espíritu son: la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre, la continencia"* (Gal 5: 22-23).
- Por la gracia, somos hechos **miembros del Cuerpo Místico**, cuya cabeza es Cristo (Col 1:18). A Él permanecemos unidos, como los sarmientos a la vid, y de Él recibimos la vida: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15:5).
- Como decía Santo Tomás de Aquino: "La gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona" (STh I, 1, 8 ad 2). De tal modo que con la ayuda de la gracia hasta **nuestras virtudes humanas crecen** y se hacen más perfectas.

La gracia y los sacramentos

Todos los sacramentos dan la gracia si quien los recibe no pone obstáculos. El obstáculo principal que impide recibir la gracia sacramental es el pecado mortal. La gracia recibida no es la misma en todas las personas, depende también de su preparación, actitud y cercanía a Dios.

El catecismo habla de:

- **Sacramentos de "vivos"**; es decir, es necesario estar en gracia de Dios para recibirlos (Confirmación, Eucaristía, Unción de los Enfermos, Orden Sacerdotal y Matrimonio).
- Y de **sacramentos de "muertos"**. Se llaman sacramentos de muertos porque han sido instituidos para sacar a nuestra alma de la "muerte" producida por el pecado y hacerla pasar a la vida de la gracia. A saber, el Bautismo y la Penitencia²⁵⁷.
- El Bautismo perdona todos los pecados y da la vida sobrenatural a la persona que se bautiza.
- La Penitencia devuelve la gracia a los que la han perdido por el pecado mortal.
- La Confirmación nos hace "soldados y apóstoles" de Cristo. Fortalece en nosotros las gracias dadas en el bautismo.
- La Eucaristía alimenta espiritualmente nuestra alma y es prenda de la vida eterna.

²⁵⁷ En el caso de la Penitencia o Confesión, aunque de suyo es un sacramento de "muertos" también se puede recibir si uno está en estado de gracia. Entonces la Confesión aumenta la gracia que ya existía en nosotros.

- La Unción de los Enfermos nos prepara para el trance final de nuestra vida, dándonos las gracias necesarias para ello.
- El Orden Sacerdotal consagra a hombres como ministros de Cristo.
- El Matrimonio bendice la unión conyugal y da fuerzas a los esposos para que puedan cumplir los deberes propios de este estado.

Efectos del pecado mortal

Si estamos en estado de gracia, sólo un pecado mortal es capaz de:

- **Quitarnos:** la gracia santificante y con ello nuestra unión con Cristo, los méritos obtenidos durante nuestra vida, la inhabitación del Espíritu Santo en nuestras almas, la filiación divina, los dones del Espíritu Santo, las virtudes infusas. La oración pierde su fuerza, pues el motor que la impulsaba (el Espíritu Santo) ya no está en nosotros.
- **Hacernos:** Esclavos de Satanás y al mismo tiempo debilitar nuestra alma en su lucha contra las tentaciones.
- Morir en pecado mortal nos **conduciría directamente al infierno**.

Así pues, un **solo pecado mortal es capaz de derrumbar instantáneamente en nosotros la vida sobrenatural**²⁵⁸.

Jesucristo manifestó de modo muy gráfico la situación del pecador en la parábola de la vid y los sarmientos. **El sarmiento sólo tiene vida y puede dar fruto si permanece unido a la vid**. Si se separa de ella, no da fruto, y lo único que le espera es primero la muerte, y luego, el fuego ardiente (Jn 15: 1-6).

Un hombre que ha vivido habitualmente en gracia de Dios y se separa de Él por el pecado mortal, la primera gracia que recibe de Dios es el "carga de conciencia" y el "**dolor por el pecado**" para que así se arrepienta. Si la separación de Dios durara largo tiempo, esa primera reacción de pesar desaparece; **el hombre comienza a justificar su mala conducta**, y en un tercer paso se acostumbra a vivir en ese estado de pecado, cayendo en la **indiferencia**. Si no saliera de esa situación durante meses y a veces incluso años, llegaría a la **acedía espiritual**, la cual en el último estadio acabaría con el **rechazo de Dios** y de las cosas de Dios, para culminar al final con el **odio a Dios**, si no en este mundo, en el momento de la muerte, para después de ella, experimentar la **condenación eterna**.

La recuperación de la gracia

El hombre no puede por sus solas fuerzas recuperar la gracia santificante. Para ello necesita a Dios. Ahora bien, Dios no le dará la gracia si él no se acerca. Incluso para acercarse a Dios, arrepentirse y pedir perdón necesita **la gracia actual**. **El hombre tiene que dar el primer paso; pero es Dios quien ha de establecer de nuevo la unión**.

Recuperar la gracia es insertarse de nuevo en la vid. Es el "Viñador" quien nos ha de injertar en el tronco de la vid. Desde ese momento, fluirá de nuevo la savia sobre nuestras ramas y habremos

²⁵⁸ Puede ver un artículo más completo sobre este punto en <http://www.adelantelafe.com/la-malicia-del-pecado/>

recuperado todo aquello que por el pecado habíamos perdido: la gracia santificante, la filiación divina, los méritos por las buenas acciones...

Dado que cuando uno está en pecado mortal está separado de la Vid, recibir la Sagrada Comunión en ese estado es un **gravísimo sacrilegio**, pues uno "pretende" estar unido a Cristo y recibir de Él la vida, cuanto en realidad está separado de Él. **Y lo que tendría que ser para él una fuente de vida y gracia se transforma en instrumento de condenación** (1 Cor 11: 27-29).

Nuestra cooperación libre con Dios. El mérito de nuestras acciones

Se entiende por "mérito" **el derecho a la recompensa por una acción moralmente buena** hecha por amor a Dios. El mérito puede ser de condigno (si la recompensa se debe en justicia) o de congruo (si la recompensa se da por benevolencia).

Si los actos que hacemos merecen un premio a los ojos de Dios eso producirá en nosotros un aumento de la gracia santificante en esta tierra y ganará méritos para el cielo.

El hombre **coopera libremente** en la obra de su propia salvación, teniendo por ello un **mérito**. Gracias a ese "mérito" o merecimiento, Dios le da en justicia el cielo. Irse al cielo no es sólo un acto de la misericordia de Dios sino también de su justicia: "*Dios da a cada uno según sus obras*" (Rom 2:6).

La primera condición para que una obra buena sea meritoria es que la persona que la realice se encuentre en **estado de gracia**; es decir unida a Cristo, fuente de todo mérito y de toda gracia.

Los méritos que un cristiano pueda conseguir en su vida se pierden al cometer un pecado mortal. El pecado nos separa de Cristo y como consecuencia perdemos todos los méritos que hubiéramos hecho por las acciones buenas anteriores. No obstante, esos merecimientos se recuperan cuando la persona se arrepiente y confiesa debidamente.

El hecho de recibir la gracia de Dios no elimina nuestra libertad, sino que ésta incluso es más libre gracias a ella. **Nunca es más libre el hombre que cuando coopera con Dios** en la obra de la salvación: "*La verdad os hará libres*" (Jn 8:32; Cfr. Jn 8:36). Lo contrario también es verdad. Cuanto más nos alejamos de Dios, nuestro corazón se hace más esclavo de las pasiones, malas inclinaciones y en general, del pecado: "*En verdad, en verdad os digo, el que comete pecado se hace esclavo del pecado*" (Jn 8:34).

Dios siempre respeta a sus criaturas y actúa junto con ellas en la obra de la salvación. Como nos dice San Agustín: "**Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti**".

Ahora bien, **hasta el primer paso para arrepentirnos y acercarnos a Dios es obra de Él**; pero Dios no nos dará esa gracia si nosotros no queremos. Lo que sí podemos estar seguros es que Dios dará su gracia a todo aquél que no ponga obstáculo: (2 Tim 2:4).

Dios nos da su gracia **porque quiere**; en ningún momento está obligado a ello. Por eso decimos que **la gracia es un don o regalo**.

Un día un joven le preguntó a un hombre muy sabio si es cierto que Dios ha fijado un destino para cada ser humano y que, según esto, no importaría lo que hagamos o dejemos de hacer, pues unos irían al Cielo y otros al Infierno. El sabio se quedó pensando por unos momentos y le dijo al joven: **Nadie se condena sin culpa personal**. Cada individuo es responsable de su destino eterno. La fe y las buenas obras ganan el Cielo.

"Hijo mío, el destino que Dios tiene para ti y para todos, es el Cielo, pero, aunque Jesucristo ya pagó por nuestra salvación, el Cielo depende de ti y depende de mí. Por eso, cuida siempre lo que piensas, porque tus pensamientos se volverán palabras. Cuida tus palabras porque estas se convertirán en tus actitudes. Cuida tus actitudes porque, más tarde o más temprano, serán tus acciones. Cuida tus acciones que terminarán transformándose en costumbres. Cuida tus costumbres, porque ellas forjarán tu carácter. Finalmente, cuida tu carácter porque esto será lo que forje tu destino".

En el fondo, cada uno de nosotros es directamente responsable de su propia salvación; pues ésta es el resultado de un acto libre de aceptación o de rechazo de Dios. El hombre coopera libremente con Dios en su propia santificación. Así pues, es **su gracia y nuestra cooperación lo que nos hace realmente santos.**²⁵⁹

²⁵⁹ Podríamos haber hablado en este capítulo de los errores o herejías más frecuentes respecto a la doctrina de la gracia y del mérito, pero ello habría extendido demasiado este artículo y lo habría hecho menos práctico y demasiado académico.

Capítulo 10

Las virtudes y los dones del Espíritu Santo

Cuando comencé a preparar este capítulo 10 creí que en dos apartados sería capaz de resumir la doctrina de la Iglesia sobre las virtudes y los dones del Espíritu Santo; pero conforme me fui introduciendo en el tema, comprobé que era necesario extenderse algo más debido a la necesidad urgente de tener al alcance de la mano una doctrina resumida y al mismo tiempo sólida y bien estructurada. Es por ello que este capítulo constará aproximadamente de seis apartados: cuatro dedicados a las virtudes y dos a los dones del Espíritu Santo.

¿Qué es virtud? Virtud es el hábito o cualidad permanente del alma que inclina a la persona a hacer el bien y evitar el mal.

Ejemplo: Una persona que siempre dice la verdad se dice que es sincera o que tiene la virtud de la veracidad.

Hay dos clases de virtudes: naturales y sobrenaturales:

Virtudes naturales: Son aquellas que nosotros adquirimos por nuestro propio esfuerzo mediante la repetición de actos buenos. Crecemos en una virtud concreta conforme seguimos repitiendo ese mismo tipo de actos que potencian una virtud concreta.

Virtudes sobrenaturales: Son aquellas que Dios infunde en nuestras almas sin para ello tener que realizar un esfuerzo por nuestra parte. Crecemos en una virtud sobrenatural sólo por la acción de Dios; aumento que Dios concede en proporción a la bondad moral de nuestras acciones. Es decir, todo lo que acrecienta la gracia santificante, aumenta también las virtudes infusas o sobrenaturales. Las virtudes sobrenaturales las clasificamos en teologales y cardinales o morales.

- Las **virtudes teologales** son: fe, esperanza y caridad. La fe, esperanza y caridad se llaman virtudes teologales porque tienen a Dios por objeto inmediato y principal.
- Las **virtudes morales o cardinales** son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas virtudes son llamadas “cardinales” porque son como el quicio y fundamento de las virtudes morales²⁶⁰. Muchas otras virtudes dependen de ellas. Por ejemplo, la virtud de la religión (virtud por la cual ofrecemos a Dios el culto que le es debido) depende de la virtud de la justicia.

Recibimos por primera vez esas virtudes sobrenaturales cuando somos bautizados.

²⁶⁰ Catecismo de San Pio X, nº 913.

La virtud teologal de la fe

A la hora de hablar de la fe podemos distinguir una fe humana y una fe sobrenatural²⁶¹:

Fe humana

Tener fe humana significa creer en una persona o en lo que esa persona nos dice basados en la autoridad de la misma.

Ejemplo: yo nunca he visto Saturno, pero muchos científicos lo han visto y me aseguran que existe. La fe humana puede estar equivocada, en cuanto que se fundamenta en el hombre, y éste puede estar equivocado.

Santo Tomás define esta fe humana del siguiente modo: *"la fe es retener por seguramente verdaderas ciertas afirmaciones intelectuales, bajo el influjo y la adhesión de la voluntad"*²⁶².

Así, pues, la fe, en su sentido más amplio, es un conocimiento, una **adquisición de verdades basado en el testimonio de otra persona**; tiene, pues, un aspecto de adhesión a otra persona. Se trata de verdades que no se muestran objetivamente a la mente del que las recibe, pero en las que se deposita seguridad porque hay un testigo que las garantiza y una confianza en ella.

Existen diferentes formas de tomar posición frente a la verdad: nesciencia (carencia de conocimiento no debido), ignorancia, error, duda, opinión y certeza. Esta certeza se da en la ciencia y también -de modo diferente- en la fe.

La certeza o plena adhesión de la mente a la verdad se funda bien en la evidencia del objeto, bien en la autoridad de un testimonio. En el primer caso el entendimiento es movido por su objeto propio que es la verdad (es el conocimiento propio de las ciencias humanas y experimentales) y la certeza se basa en la intuición o en la deducción lógica o racional. En el segundo caso lo evidente no es el objeto, sino su credibilidad, y se llega a la certeza porque el entendimiento es movido por la voluntad de modo que no habiendo evidencia objetiva puede haber sin embargo certeza.

Para la certeza no es absolutamente necesario que el fundamento de la adhesión de la mente a la verdad sea la evidencia intrínseca de la misma. Así sucede en la fe, asentimiento a una verdad que no es evidente a la razón. *"Creemos, dice Santo Tomás de Aquino, no por la facultad del conocimiento sino por la voluntad"*²⁶³. Téngase en cuenta que la fe fundada en el testimonio humano, aunque no da la evidencia del objeto, no es mera opinión, porque no da sólo probabilidad, sino certeza moral de lo que se cree.

²⁶¹ Para la elaboración de este apartado hemos consultado la voz "fe" en la **Gran Enciclopedia Rialp**, Ediciones Rialp, Madrid, 1991.

²⁶² Santo Tomás de Aquino, **Summa Theologica**, IIa-IIae, q.4, a.1.

²⁶³ Santo Tomás de Aquino, **Summa Theologica**, IIa-IIae, q.2, a.1, ad.3.

Hay, pues, dos hechos característicos en la fe:

- se trata de **aceptar un objeto no evidente** (si hubiese evidencia ya no habría fe)
- pero al que se da, sin embargo, un **asentimiento incondicional por influjo de la voluntad**, movida a su vez por la autoridad del testigo.

En la fe siempre están presentes dos elementos: el **asentimiento a un contenido** y el **asentimiento a una persona**. Santo Tomás expresa esa unión personal del elemento intelectual y del volitivo con la afirmación de que *"la fe es siempre creer algo a alguien"*. Dependiendo de quién sea ese alguien así será la mayor o menor seguridad de la fe. En la fe sobrenatural ese alguien es Dios, revelado en Jesucristo, el testigo por antonomasia, al cual se debe dar total credibilidad.

Podemos hablar también de una **fe natural** en Dios, en cuanto que la existencia de Dios y muchas de sus propiedades son manifiestas para el hombre. Esta fe natural en Dios puede actuar como una ayuda para prepararnos a recibir la virtud sobrenatural de la fe (es lo que se llama los preámbulos de la fe).

Fe divina

a.- Definición y objeto de la fe divina

Fe sobrenatural o divina significa aceptar las verdades reveladas por Dios basándonos en su autoridad. La fe, como virtud sobrenatural, nunca puede estar equivocada pues se fundamenta en la bondad y en la omnisciencia de Dios.

Decimos también que la auténtica fe divina ha de ser completa o total, en cuanto que es una **aceptación de todas las verdades reveladas** por Dios. Dios nos propone una serie de verdades a creer; verdades que por proceder de Él están libres de error. Al hombre le toca "aceptar" todas esas verdades que Dios le propone. Nosotros no somos quienes para decidir qué es lo que podemos creer o rechazar.

Así pues, propiamente hablando definimos la fe sobrenatural **como la virtud mediante la cual creemos firmemente todas las verdades que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos enseña**.

El hombre puede prepararse para recibir el regalo sobrenatural de la fe mediante *"la perseverancia en el bien obrar"* (Rom 2: 6-7), pero por sí mismo, a pesar de todas las buenas obras que realizara, nunca podría alcanzar lo que la fe lleva consigo si no le fuese otorgado por Dios²⁶⁴.

El concilio Vaticano I la definía del siguiente modo:

"La fe es una virtud sobrenatural por la que, con la inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser verdadero lo que por Él ha sido revelado; no por la intrínseca verdad de las cosas

²⁶⁴ Conc. Orange II, canon 6, (DS 376).

*percibidas por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos*²⁶⁵.

En esta definición quedan patentes los diversos aspectos de la fe:

- Es **virtud sobrenatural**: está fuera de las posibilidades del hombre ya que es fruto de la generosidad divina que le hace participar en el conocimiento mismo de Dios. Es pues, una gracia; pero requiere la colaboración humana.
- Se tiene por **verdadero lo que Dios ha revelado**: es un modo de aprehensión intelectual de la verdad. Es un acto de la inteligencia, aunque también intervienen todas las potencias humanas. Cuando Dios revela debe prestársele aquella obediencia de fe por la que el hombre se entrega todo a Dios, rindiendo al Dios que revela el pleno acatamiento de su entendimiento y voluntad y asintiendo voluntariamente a la Revelación por Él hecha.
- Se cree no por la evidencia intrínseca de los objetos, sino a causa de **la autoridad de Dios**.

El **objeto material** de la fe es Dios en su naturaleza y en su obra redentora. Es objeto de fe todo lo revelado por Dios y propuesto por la Iglesia, más específicamente los misterios sobrenaturales de la vida divina expresados en los dogmas de fe.

El **objeto formal**, o sea, la razón por la cual se cree, es Dios mismo, concretamente su infinita Veracidad, que no puede “ni engañarse ni engañarnos”. Las razones naturales que conducen a la fe son los “preámbulos de la fe”, pero su causa formal es sólo la veracidad divina.

b.- El acto de fe

Por acto de fe se entiende la culminación de un proceso interior comúnmente llamado conversión, cuando se contempla desde la perspectiva del hombre, y justificación, cuando se contempla desde la perspectiva de Dios. Este camino han de recorrerlo, todos los hombres, tanto los que recibieron el bautismo de niños y su infancia se desarrolló en el seno de una familia cristiana, como aquéllos que no conocieron el cristianismo y no fueron bautizados hasta la edad adulta. Se puede decir que todo ser humano precisa de una primera conversión que lo saque del estado de pecado y lo disponga para ser introducido en el estado de gracia. En ese estado de gracia, el cristiano deberá realizar sucesivas y nuevas conversiones, que se apoyarán en aquella primera que viene a constituir como el punto de partida de ese proceso cuyo fin es la santidad.

En la génesis del acto de fe intervienen diversos factores: por parte del hombre, el entendimiento y la voluntad y toda la persona humana; y por parte de Dios, la revelación, la gracia y el amor de Dios.

Este acto de fe lo podríamos dividir en los siguientes apartados o momentos:

- **Juicio de credibilidad**: es razonable creer; puedo creer. Para este momento, no es necesaria la intervención de la gracia sobrenatural. Es la constatación de la existencia de

²⁶⁵ Vaticano I, *Constitución dogmática Dei Filius*, c. 3, (DS 1789).

Dios, que puede hacerse con la luz de la razón; y la constatación del hecho histórico de la revelación, que también puede hacerse racionalmente con los diversos motivos, signos o criterios de credibilidad. De ese análisis, filosófico e histórico, se deduce que hay suficientes pruebas, o motivos, para que el creer no sea un acto irracional ciego. La conclusión lógica, no siempre fácil, es que Dios existe y se ha manifestado a los hombres, por consiguiente, puedo creer. Es el tema de los preámbulos de la fe, para el que no es necesario el auxilio de la gracia aunque de hecho moralmente se requieran gracias actuales la mayoría de las veces.

- **Juicio de credentidad:** debe creerse; debo creer. En el juicio de credentidad se da paso a la consideración de que a Dios debemos amor, entrega y obediencia. Ésta es una afirmación de orden ético natural, independiente de la revelación divina. Hasta qué punto es necesario aquí el auxilio de gracias sobrenaturales divinas es cuestión discutida por los teólogos. La credentidad forma parte también de los preámbulos de la fe.
- **Decisión o mandato de la voluntad:** quiero creer.
- **Asentimiento del intelecto:** creo. Los dos últimos momentos (decisión de creer y asentimiento de la inteligencia a la verdad revelada) son ya plenamente realizados con la cooperación e influjo de la gracia sobrenatural, sin la cual el hombre no puede de ninguna manera incorporar su entendimiento y voluntad, su persona, a la verdad y amor divinos que la revelación le ofrece.

Este análisis o descomposición del acto de fe no quiere decir que cronológicamente los cuatro momentos se den así, ni que sean todos advertidos y distinguidos de una manera refleja: No hay que olvidar que intentamos analizar, lo que en la realidad forma un proceso vital. Con esta advertencia puede afirmarse que este análisis del acto de fe explica suficientemente el proceso y da cuenta de los diversos elementos (razón, libertad y gracia) que intervienen en el mismo.

c.- El error modernista

Al principio del siglo pasado surgió el modernismo teológico, en donde confluyen muchos errores del pensamiento filosófico y teológico de la época. Entre otros errores, el modernismo adoptó el motivo luterano de la fe como sentimiento, haciendo del dogma una expresión del sentimiento religioso que brota de la subconsciencia.

San Pio X condenó explícitamente esta teoría: "*Tengo por cierto y sinceramente profeso que la fe no es un ciego sentimiento religioso, que brota del fondo de la subconsciencia bajo la presión del corazón y la inclinación de la voluntad... sino un verdadero asentimiento del entendimiento a la verdad recibida de fuera*"²⁶⁶.

Pío XII, en la encíclica *Humani generis*, puso de relieve de nuevo el carácter intelectual de la fe y sus fundamentos racionales contra algunas tendencias que trataban de subestimar la función de la razón humana en orden a las verdades divinas (DS 3875 ss).

²⁶⁶ San Pío X, *Juramento Antimodernista*, (DS 3542).

d.- Necesidad de la fe para salvarse:

La fe es necesaria para la salvación y así lo ha expresado el Magisterio de la Iglesia. El concilio de Trento afirma que la fe es *"inicio de la salvación humana, fundamento y raíz de toda justificación, sin la cual es imposible agradar a Dios y llegar al consorcio de hijos de Dios"* (DS. 1532) y el concilio Vaticano I, recogiendo esas mismas palabras, añade: *"de ahí que nadie obtuvo jamás la justificación sin ella y nadie alcanzará la salvación eterna si no perseverase en ella hasta el fin"* (DS 3012).

La teología distingue un **hábito de fe** (fe habitual) concedido por la gracia santificante (también a los niños, por medio del Bautismo), y un **acto de fe** (fe actual), necesario para aquéllos que son capaces de obrar moralmente (porque tienen uso de razón).

La teología expresa esa radicalidad de la fe en la vida cristiana con esta tesis: **la fe es necesaria con necesidad de medio para la justificación y para la salvación eterna, de tal modo que sin ella nadie puede salvarse**. En el caso de todos los hombres en general (incluidos niños), se trata de la fe habitual, y en el caso de los que tienen uso de razón, de la fe actual. De modo que los niños para salvarse necesitan de la fe habitual conferida por la gracia santificante (de ahí la obligación de administrar el bautismo cuanto antes sea posible), y los adultos necesitan el acto de fe para entrar en el reino de los cielos.

Una dificultad se plantea, sin embargo, con los que ignoran sin culpa el Evangelio, porque a ellos no ha llegado la predicación o por otras razones. Éstos, ¿necesitan también de la fe para salvarse? Ciertamente; lo que ocurre es que no hay que identificar la necesidad de la fe con la necesidad de aceptar explícitamente todo el Evangelio. Este tema ha sido afrontado repetidas veces por el Magisterio y resuelto²⁶⁷.

La doctrina sobre este punto la podríamos resumir así:

- Cristo es el único mediador y camino de salvación, que se hace presente a través de su Iglesia. Él, con palabras explícitas, declaró la necesidad de la fe, del bautismo y de la Iglesia (1 Tim 2:5; Mc 16: 15-16).
- Es necesario que todos los hombres se conviertan a Cristo. Esto justifica la actividad misionera de la Iglesia (Mc 16: 15).
- No podrán salvarse aquellos que conociendo que la Iglesia Católica fue instituida por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo, se negasen a entrar o a perseverar en ella.
- Pero *"quienes ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan no obstante a Dios con un corazón sincero y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con obras su voluntad, conocido mediante el juicio de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna"*²⁶⁸.

²⁶⁷ Si desea abundar más en este tema lo puede estudiar en Dz. 1645-1647 y DS. 2865-2867; 2915-2917.

²⁶⁸ Vaticano II, *Gaudium et Spes*, nº 22.

- Así, pues, “aunque Dios, por los caminos que Él sabe, puede traer a la fe... a los hombres que sin culpa propia desconocen el Evangelio”, la Iglesia Católica, que tiene la plenitud de los medios de salvación, es necesaria para alcanzar la fe²⁶⁹.

Supuesta la necesidad de la fe, la Teología moral se ha preguntado sobre cuáles son las verdades que se deben creer como absolutamente indispensables para la salvación:

- **Explícitamente** hay que creer al menos que Dios existe, es Trinidad de Personas, que el Hijo se encarnó en Jesucristo, y que es un Dios remunerador. Pero aparte de las verdades necesarias mínimas, el cristiano tiene el grave deber de conocer todas las verdades reveladas por Cristo y propuestas por la Iglesia; de ahí que ésta, desde el principio, procuró expresar en conceptos el contenido de la fe y así surgieron los Símbolos o Credos. Se considera deber grave el conocimiento del credo, del decálogo, los sacramentos y la oración dominical.
- Pero **implícitamente** se debe creer toda la revelación, es decir, lo que Dios ha manifestado a los hombres y ha sido propuesto por la Iglesia para creer: *“Deben creerse con fe divina y católica todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o tradicional y son propuestas por la Iglesia para ser creídas como divinamente reveladas, ora por solemne juicio, ora por su ordinario y universal Magisterio”* (DS 3011).

Esta fe ha de ser operativa. Siendo la fe el fundamento de la salvación, debe estar presente en toda la vida del cristiano, comprometiendo toda su existencia: *“El justo vive de la fe”* (Rom 1:17). De modo que esta virtud debe inspirar toda la conducta del hombre dando sentido a su vida, al trabajo, a las relaciones sociales, etc.

El cristiano, una vez aceptado globalmente todo el contenido de la fe, ha de procurar conocer y estudiar, lo que Dios ha revelado. De modo que, de acuerdo con su edad, nivel cultural, etc., tiene el deber de adquirir una sólida formación doctrinal y religiosa.

e.- Pecados contra la fe: herejía, ateísmo, incredulidad.

Al cristiano nunca le es lícita la negación de la propia fe, ni directamente, por palabras, signos, gestos, escritos; ni indirectamente, por aquellas acciones que, sin indicar en sí mismas oposición a la fe, por las circunstancias en que se realizan, sin embargo, podrían interpretarse así. Esto ocurre también cuando un creyente niega con su conducta práctica la verdad en la que cree, o cuando con sus acciones está negando la fe que dice profesar.

La **pérdida de la fe** es un problema que en nuestra época ha adquirido vastas dimensiones, pues muchedumbres cada vez más numerosas se han alejado de la religión y el ateísmo se ha convertido en un fenómeno de masas.

²⁶⁹ Vaticano II, *Lumen Gentium*, nn. 14-16.

En este proceso inciden diversas **causas**: la exageración de la libertad, el relativismo filosófico, teológico e histórico, el rechazo del Magisterio auténtico de la Iglesia, los desórdenes morales, las dudas de fe, la influencia del ambiente, la ignorancia religiosa, etc...

Entre todas, tal vez la más importante sea el **desorden moral**. Al estar el acto de fe sostenido por la voluntad y en última instancia por la gracia, es lógico que esté condicionado por las disposiciones morales del sujeto. Sucede además que al haber una discordancia entre lo que se confiesa con la boca y las obras que se realizan, a final uno acaba auto-justificando su mala conducta. Al no acomodar la vida a la fe, acaba acomodándose la doctrina a la conducta; rebajando, cuando no vaciando totalmente, el contenido de la fe.

También se ha planteado el problema de si la fe puede perderse sin propia culpa, o dicho de otro modo, ¿puede haber motivos fundados que lleven a un católico a dejar su fe? Doctrinalmente, el problema fue resuelto por el concilio Vaticano I, que afirma que:

"Los que han recibido la fe bajo el Magisterio de la Iglesia no pueden jamás tener causa justa de cambiar o poner en duda esa misma fe"²⁷⁰.

Los teólogos posteriores al Concilio interpretaron el texto unánimemente así: No existe causa justa en sí misma para la persona que lleve a abandonar la fe sin pecado.

Los pecados contra la virtud de la fe son de forma y gravedad diversa. Los clasificaremos del siguiente modo:

- Se puede pecar contra la obligación de creer: infidelidad, apostasía, herejía...
- Se puede pecar contra la obligación de confesar la fe: ocultación, negación de la fe.
- Contra la obligación de acrecentarla: ignorancia religiosa.
- Contra la obligación de preservarla de los peligros.
- También puede pecarse por omisión: por no cumplir el deber de confesarla externamente, por ignorancia de las verdades que deben creerse...
- Por actos contrarios a esta virtud: éstos pueden ser por exceso y por defecto. Se dice que son por exceso cuando se consideran como objeto de fe cosas que no caen dentro de él. A saber: en la credulidad temeraria o en la superstición, cuando se cree en falsas devociones, en lugares falsamente milagrosos, horóscopos, etc. También entran en este apartado la adivinación y el espiritismo.
- Se consideran pecados por defecto: la infidelidad, la apostasía y la herejía. A ellos suelen añadirse el cisma, el indiferentismo religioso, la duda positiva contra la fe y el ateísmo.

La infidelidad se define como la ausencia de la fe debida. Atendiendo a la culpa moral se habla de **infidelidad material** cuando no es culpable por provenir de ignorancia (paganos, p. ej.); **infidelidad privativa** debida a negligencia consciente y voluntaria e **infidelidad formal** cuando existe una oposición culpable a la fe. La infidelidad es el pecado del paganismo y de algunos sectores del

²⁷⁰ Concilio Vaticano I, (DS 3013; 3036).

mundo contemporáneo que niegan a Dios o no le dan el culto debido, etc.; también de aquellos que se apartan de la verdadera fe, como los apóstatas, herejes y cismáticos.

La Esperanza, virtud de la alegría desbordante

La esperanza como actitud humana²⁷¹

En el lenguaje corriente la esperanza es una actitud o estado de ánimo de quien aguarda un acontecimiento bueno. Los tres elementos básicos de esta actitud son: **el deseo, la confianza y la paciencia.**

Su objeto es un acontecimiento que aún no ha sucedido, difícil, pero que no es imposible ni seguro que suceda. El que espera, confía en el futuro y tiene paciencia para soportar el transcurrir del tiempo. Se trata de resistir la tribulación temporal, la prueba del tiempo que pasa mientras se aguarda el acontecimiento esperado. Los acontecimientos que se esperan son queridos, por lo que se excluye de la esperanza todo lo desfavorable.

El objeto de la esperanza no son los acontecimientos naturales, físicos, sino todo lo que depende de la decisión libre del hombre o de Dios. Se espera algo de una persona en la que tenemos confianza.

La esperanza como **actitud religiosa**, se refiere a esperar un acontecimiento que depende de la voluntad divina. El acontecimiento futuro que aguarda no depende primariamente de sus propias decisiones, sino de la intervención del Dios, en quien confía, por ser omnipotente, bondadoso y libre.

- La omnipotencia de Dios garantiza la eficacia de su acción salvadora.
- Su bondad justifica la confianza en que su gracia va a ser suficiente y sobreabundante.
- La libertad de Dios hace que sea imprevisible el modo en que su acción salvadora va a ejercerse en favor del hombre.

La esperanza en la Sagrada Escritura

En el **Antiguo Testamento** la distinción entre fe y esperanza no es siempre clara; la mayor parte de las veces una incluye la otra. La fe en las promesas de Dios sostiene la esperanza del pueblo elegido y lo empuja a observar todas las exigencias morales. Israel soporta con paciencia las pruebas del tiempo presente y permanece fiel a las promesas divinas que patriarcas y profetas transmiten de

²⁷¹ Para la elaboración de este apartado he tomado bastante información, entre otros, de la voz “esperanza” en la *Gran Enciclopedia Rialp*, Ediciones Rialp, Madrid, 1991.

generación en generación. Fe, confianza, fidelidad, paciencia, esperanza y amor son los diferentes aspectos del comportamiento espiritual del Pueblo de Dios ante las promesas mesiánicas.

Así pues, la fe y la esperanza están unidas entre sí y se apoyan en la Palabra de Dios; las dos tienden al bien particular del hombre, las dos pertenecen al tiempo. Pero se distinguen esencialmente:

- Por su actividad: la fe es principalmente acto del entendimiento, la esperanza lo es de la voluntad.
- Por su objeto: la fe se fija en Dios en cuanto Verdad, la esperanza en Dios en cuanto Bondad²⁷².
- Por la certeza del acto, que aunque en las dos es absoluta, sin embargo, en la esperanza no se tiene infabilidad de conseguir la salvación, pues pone condiciones morales para la eficacia de la redención (Fil 2:12; 1 Cor 4:4; 10:12).

La confianza en Dios es característica fundamental del hombre justo: *"Será como árbol plantado junto al agua, que extiende sus raíces a la corriente, no teme que llegue el calor, y sus hojas permanecerán lozanas, no se inquietará en año de sequía, ni dejará de dar frutos"* (Jer 17, 7-8).

El Antiguo Testamento dirige al hombre hacia Dios con **una pedagogía que poco a poco lo va conduciendo de lo terreno a lo eterno** y que a su vez está unida a la profundización en la Revelación. No es extraño que en los textos más antiguos, la esperanza del israelita se dirija más bien a los **bienes terrenos**, y en primer término a los materiales, aunque tomados muchas veces como signo de los bienes morales y religiosos:

- **Una vida larga:** *"El temor de Yahwéh prolonga los días; los años de los malvados se abreviarán"* (Prov 10:27).
- **Una posteridad numerosa**, como en la promesa a Abraham de ser padre de un gran pueblo (Gen 12:1).
- **Riquezas:** *"Si de verdad escuchas la voz de Yahwéh... serás bendito en la ciudad y serás bendito en el campo; benditos serán el fruto de tus entrañas y el producto de tu suelo, la cría de tus vacas y el aumento de tus ovejas; bendita será tu panera, y bendita tu artesa"* (Deut 28: 1-35).
- La **victoria sobre los enemigos:** *"De los enemigos que se alcen contra ti, hará Yahwéh vencidos: salidos por un camino a tu encuentro, por siete caminos huirán delante de ti"* (Deut 28:7).
- Pero también, y con intensidad creciente, el israelita aspira a bienes morales y religiosos: **el perdón de los pecados:** *"Si tú retienes las faltas, Señor Yahwéh, ¿quién subsistirá? Pero en ti se halla el perdón: por eso se te teme. Yo espero a Yahwéh, mi alma espera..."* (Sal 130: 3-5).
- En las más altas expresiones de la espiritualidad del Antiguo Testamento, los salmistas llegan a aspirar a una **unión estable con Dios:** *"Mi alma tiene sed, sed del Dios vivo: ¿cuándo iré a ver el rostro de Dios?"* (Sal 42:3).

²⁷² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 17, a. 6.

En el **Nuevo Testamento**, esperar pertenece hasta tal punto a la esencia de la actitud cristiana ante la vida, que en la mayoría de los escritos se identifica con el ser cristiano y está vinculada a la fe. Sólo en San Pablo se enuncia la tríada de virtudes **fe, esperanza y caridad** (1 Tes 1:3; 5:8; 1 Cor 13:13).

El concepto neotestamentario del "esperar" presenta importantes novedades en relación con el del Antiguo Testamento:

- **La meta última** de la esperanza cristiana se sitúa ya, sin ambigüedad alguna, en la vida eterna, y no en la vida presente, aunque de algún modo su realización tenga aquí su raíz y comienzo.
- **El objeto propio de la esperanza** no es la felicidad, sino el encuentro con Dios "cara a cara", el cual vendrá acompañado de la felicidad, al satisfacer todas las ansias del hombre. En esta vida, por el contrario, el logro de la justicia, objeto inmediato de la esperanza, viene condicionado por el sacrificio y el dolor.
- **El fundamento de la esperanza cristiana** no son sólo las promesas divinas, sino la realización de las mismas que ya ha tenido lugar en la Encarnación, Redención y Resurrección de Jesús, y en la comunicación del Espíritu divino que cada cristiano posee y que se manifestará plenamente al fin de los tiempos.
- La dimensión comunitaria de la salvación esperada, que ocupaba el primer plano en el Antiguo Testamento (como Pueblo de Israel), pasa en el Nuevo a un segundo plano; aunque el individuo ha de alcanzar su propia salvación mediante la pertenencia a una comunidad, la Iglesia.

San Pablo hace un profundo desarrollo de esta virtud. Hasta tal punto considera San Pablo propio del cristiano la esperanza, que caracteriza a los paganos como los que *"no tienen esperanza ni Dios en este mundo"* (Ef 2:12). El carácter de expectación hacia un futuro aparece fuertemente subrayado; no sólo el hombre, sino la creación entera gimen anhelantes aguardando la liberación (Rom 8:18-23); pues si es cierto que hemos sido ya salvados, lo hemos sido aún sólo en esperanza (Rom 8:24); y esta situación presente del cristiano no puede compararse con la plenitud venidera: *"el leve padecimiento transitorio nos prepara un peso incalculable de eterna gloria"* (2 Cor 4:17); hasta el punto de que si la esperanza cristiana no hubiera de realizarse, seríamos hombres radicalmente frustrados: *"si sólo para esta vida hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres"* (2 Cor 15:19). El objeto último de la esperanza tiene, según el Apóstol, una doble vertiente: la visión directa de Dios (1 Cor 13:12) y la resurrección de la carne (1 Cor 15).

Tanto San Pablo como San Juan enseñan que, si bien la realización plena de la esperanza ha de tener lugar en el futuro escatológico; sin embargo, el creyente ha comenzado a vivir ya desde ahora la vida eterna mediante la inhabitación del Espíritu Santo recibido por la fe y el bautismo (Rom 8:11.23; 2 Cor 5:5; Jn 6:54).

La vida eterna no es un mero "premio" a la buena conducta, sino la plenitud de lo que ya desde ahora es la existencia cristiana. Por eso en esta vida, en la que sólo se realiza el ideal cristiano en una primera etapa imperfecta, la esperanza ha de venir acompañada inseparablemente de otra virtud: la paciencia; es decir, la capacidad de soportar con ánimo las limitaciones de la existencia terrena sin desfallecer en la espera

"Nosotros nos gloriamos incluso con las tribulaciones, sabiendo bien que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, una virtud probada; la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no decepciona, porque el amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5:3-5).

De aquí que San Pablo nos presente la fe de Abraham, modelo de la nuestra, como un "esperar contra toda esperanza" (Rom 4:18).

Reflexión teológica sobre la esperanza

La esperanza sobrenatural es la virtud por la cual **confiamos** firmemente que Dios, el cual es todopoderoso y fiel a sus promesas, nos dará la felicidad eterna y los medios para conseguirla. El catecismo de San Pio X la define del siguiente modo:

"Es la virtud sobrenatural por la que deseamos y esperamos la vida eterna que Dios ha prometido a los que le sirven, y los medios necesarios para alcanzarla"²⁷³.

Esta virtud sobrenatural es infundida por Dios en nuestros corazones en el sacramento del bautismo. La esperanza es absolutamente **necesaria** para la salvación. Es también **firme**, pues confiamos en Él y en su poder, no en nosotros. La razón de nuestra esperanza no reside en nosotros sino en la **bondad y omnipotencia de Dios**.

De la definición se deducen las propiedades de esta virtud:

- **Es sobrenatural:** por ser infundida en el alma por Dios (Rom 15:13; 1 Cor 13:13), y porque su objeto es Dios que trasciende cualquier exigencia o fuerza natural.
- **Se ordena primariamente a Dios**, bien supremo, y secundariamente a otros bienes necesarios o convenientes para llegar a Él (Mt 6:33).
- Es una **disposición activa y eficaz**, que lleva a poner los medios para alcanzar el fin.
- Es **actitud firme**, inquebrantable, porque se funda en la promesa divina de salvación (Rom 8:35; Fil 4:13); ni siquiera la pérdida de la gracia santificante puede quitar la esperanza²⁷⁴.

²⁷³ Catecismo de San Pio X, nº 893

²⁷⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 18, a. 4, ad. 2.

Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2:4). Es por ello que **da a todos las gracias necesarias para poder conseguirlo**. Otra cosa es que el hombre aproveche esas gracias que Dios quiere darle. En otras palabras, **nadie pierde el cielo si no es por su propia culpa**.

Santo Tomás de Aquino hace un estudio sistemático de esta virtud:

"Esperar implica cierta tendencia del apetito hacia el bien; no del bien ya conseguido, como ocurre con la alegría y el goce; sino del bien conseguible, como ocurre también con el deseo y la codicia. La esperanza, sin embargo, difiere del deseo en dos cosas. En primer lugar, porque el deseo se refiere indistintamente a cualquier bien, y por ello se atribuye al apetito concupiscible; la esperanza, por el contrario, se refiere a un bien arduo, difícil de alcanzar, y por ello se atribuye al apetito irascible. En segundo lugar, porque el deseo tiende al bien en cuanto tal, prescindiendo de si es posible o imposible obtenerlo; la esperanza, en cambio, tiende a un bien en cuanto que es posible de alcanzar, e implica, por tanto, cierta seguridad de conseguirlo. Por consiguiente, en el objeto de la esperanza hay que considerar cuatro propiedades: primero, que sea un bien, y en ello difiere del temor. Segundo, que sea un bien futuro, y en ello difiere del goce y el placer. Tercero, que sea un bien arduo, en lo cual difiere del deseo. Cuarto, que sea un bien posible, en lo cual difiere de la desesperación. Pero un bien puede ser alcanzado de dos modos: por el poder de uno mismo, o por la ayuda de otro: pues lo que es posible gracias a los amigos, de algún modo lo llamamos posible... El bien sumo, que es la felicidad eterna, sólo puede alcanzarlo el hombre mediante el auxilio divino, según se dice en Rom 6:23: 'El don gratuito de Dios es la vida eterna'; por tanto, la esperanza de lograr la vida eterna tiene dos objetos: la vida eterna misma, que se espera; y el auxilio divino, de quien se espera"²⁷⁵.

La elaboración teológica ha tratado de precisar **el doble aspecto de certeza y de inseguridad** esenciales al concepto católico de esperanza. La visión de Dios, en efecto, sólo puede lograrse en la vida futura mediante la sincera búsqueda de la verdad y del amor en la vida presente.

La realización de tal búsqueda implica dos elementos: **la gracia de Dios y la cooperación libre del hombre**.

- **El creyente debe tener la certeza de que Dios no ha de dejar de proporcionarle la gracia suficiente** para responder a la ley moral; aunque el grado de abundancia con que la gracia se comunica a cada hombre depende de los libres e inescrutables designios de Dios.
- En cambio, **ningún hombre puede tener certeza de cuál va a ser su propia respuesta a la acción divina en cada uno de los momentos de su vida**, ni, por tanto, cuál será su situación ante el juicio de Dios cuando esta vida se consume; pero todo creyente puede y debe tener el firme propósito de esforzarse por cumplir la voluntad de Dios con la ayuda de su gracia.

²⁷⁵ Santo Tomás de Aquino, *Quaestiones disputatae, de Spe*, a. 1.

Relación entre la fe y la esperanza

La esperanza que lleva a desear a Dios como sumo bien, deriva de la fe²⁷⁶ y por esta razón la fe se llama madre de la esperanza. La fe muestra a Dios como fin supremo del hombre, por lo que nace en el corazón humano un fuerte deseo de poseerlo (Heb 11:1). **Sin fe la esperanza no se concibe**, aunque a diferencia de la seguridad propia de la fe, es característico de la esperanza una cierta inseguridad, puesto que no se posee lo que se espera.

En el desarrollo de la vida sobrenatural, **la esperanza sigue a la fe y precede a la caridad**. La esperanza puede existir sin caridad (DS 2457). **Con el pecado mortal se pierde la caridad, después la esperanza, y, por último, la fe**. La virtud de la esperanza, siendo teologal e infusa, está íntimamente unida a la gracia de Dios, y a dones particulares del Espíritu Santo como el don de temor de Dios (Is 66:24). Como todas las virtudes, presupone la repetición de actos humanos buenos que la hagan fructificar.

El objeto de la esperanza

El **objeto formal** de la esperanza es el amor misericordioso que Dios nos muestra basado en su omnipotencia y en su fidelidad a la promesa (Mt 23:37). El cristiano, consciente de su incapacidad, se apoya en la fuerza misericordiosa de Dios y se ejercita en la esperanza creyendo en la palabra divina, y uniformando su conducta con la ley de Cristo fielmente interpretada por la Iglesia. Su condición peregrinante acaba sólo con la muerte que pone fin a la esperanza. Así pues, el objeto formal primario es la omnipotencia y fidelidad divinas y el objeto secundario, la Iglesia, los Sacramentos, la gracia actual, la intercesión de los santos, la lucha ascética, etc.

El **objeto material** primario de la esperanza es la vida eterna como posesión y visión intuitiva de Dios. El objeto material secundario de la virtud de la esperanza es: la victoria del amor redentor de Cristo, la remisión de los pecados, la gracia que justifica y santifica.

Necesidad de la esperanza para salvarse

Toda la vida cristiana está movida por la esperanza. Como nos recuerda el Concilio de Trento, la esperanza es necesaria para perseverar en la vocación cristiana, ser justificados y obtener la salvación: "*Porque la fe, si no se le añade la esperanza y la caridad, ni une perfectamente con Cristo, ni hace miembro vivo de su cuerpo*" (DS 1530).

La fe muestra al hombre la meta y el camino de la vida sobrenatural; **la esperanza orienta la voluntad humana a Dios** en cuanto fin último, y le hace apoyarse con confianza en el único medio

²⁷⁶ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae q. 17, a. 7.

para alcanzarla: la gracia de Dios. Por tanto, la esperanza al estar conectada con el fin último es necesaria para la salvación.

Con la esperanza Dios descubre los secretos de su amor misericordioso manifestado en la persona de Cristo, empujando así a corresponder a su amor. La esperanza cristiana se apoya en la certeza de que Cristo, ha resucitado y ha transformado la carne de pecado del primer Adán en carne gloriosa. En Él las promesas de una nueva creación se han hecho realidad.

Medios para adquirir, conservar y aumentar la esperanza

La **oración y los sacramentos** (especialmente la penitencia), son los medios normales de ejercitar la esperanza y de vencer cualquier tribulación que pueda ponerla en peligro.

La petición de gracias a Dios en la oración es señal cierta de esperanza. San Pablo indica que la esperanza está unida a la alegría (Rom 12:12). **La esperanza efectivamente da optimismo y seguridad** en medio de las mayores dificultades y ayuda a no desanimarse cuando las promesas tardan en realizarse (2 Pe 3:9).

Se conoce que uno tiene realmente esta virtud sobrenatural de la esperanza cuando, a pesar de que ya no haya razones humanas para esperar, uno confía en Dios y sabe que Él nunca le abandonará: *"Él (Abraham), esperando contra toda esperanza, creyó que llegaría a ser "padre de muchos pueblos"* (Rom 4:18).

Es fácil decir que uno cree y confía en Dios cuando todavía se ven soluciones humanas para resolver un problema. Se sabe que esa **fe y esa esperanza son auténticas cuando uno sigue confiando en Dios a pesar de que humanamente ya no haya esperanza.**

La Providencia divina

Una dimensión particular de la esperanza es la providencia. **Providencia es el cuidado que Dios tiene de todas las cosas creadas.** Dios nunca abandona las cosas que Él mismo ha creado. Dios también cuida de nosotros cuando somos tentados. La providencia de Dios no se reduce al hecho de mantener las cosas creadas en la existencia, sino que **Dios les da los medios necesarios para que puedan alcanzar el fin para el cual fueron creadas.**

Pecados contra la esperanza

El desaliento, el pesimismo y la tristeza e incluso el apego a los bienes terrenos y al propio yo, causan la desconfianza en Dios y constituyen pecados contra la virtud de la esperanza. Los principales pecados contra esta virtud son: **la presunción y la desesperación.**

La presunción es confianza no acompañada de santo temor de Dios. La esperanza del pecador que no se arrepiente de su pecado, sino que persevera en él, degenera en arrogante presunción. La causa principal de la presunción es la soberbia. Por soberbia, el que peca de presunción tiene un estado de falsa seguridad. El presuntuoso funda su seguridad y su esperanza no en la omnipotencia de Dios misericordioso sino en sus propias fuerzas. Las herejías de Pelagio y de Lutero difunden sentimientos de presunción haciendo creer que la gracia de Dios se consigue fácilmente, sin necesidad de esfuerzos humanos humildes y perseverantes (luteranismo) o pensando alcanzar la salvación sin la ayuda de la gracia, confiando únicamente en las propias fuerzas (pelagianismo).

La desesperación se define como el apartamiento voluntario de la felicidad eterna porque se considera como algo imposible de alcanzar. Nace cuando prevalece el temor sobre la fe en la misericordia de Dios. Tiene dos elementos: uno intelectual, que consiste en el juicio sobre la imposibilidad de alcanzar la felicidad eterna, y otro volitivo, que es la huida de la voluntad de aquella meta²⁷⁷.

El desesperado niega la eficacia de la Redención en su vida, se rinde ante las dificultades, no confía en las promesas divinas de salvación y renuncia a la ayuda de Dios para conseguirla.

Algunos moralistas la identifican con el **pecado contra el Espíritu Santo**, dado que la esperanza es indispensable para obtener la remisión de los pecados. Es un pecado incluso más grave que la misma presunción; su gravedad depende, naturalmente, del mayor o menor desprecio a Dios que lleva consigo. La desesperación fue el pecado que cometió Judas.

Las causas más frecuentes del pecado de desesperación son: la falta de fe, la soberbia, la no aceptación de las dificultades que la vida lleva consigo...

No confundamos la desesperación (pecado grave) con el desánimo. Este último procede de las dificultades no superadas, de la misma debilidad humana o del carácter pusilánime. En estos casos no se duda de la omnipotencia ni de la bondad divinas, sino que por cansancio físico o psíquico se produce el desaliento. El desánimo poco o nada tiene que ver con el pecado de desesperación, sobre todo si se ponen los medios ascéticos convenientes como la humildad, la oración, los sacramentos, e incluso el descanso, si fuera el cansancio físico una de sus causas.

La espera mística del Amado

Acabamos este artículo transcribiendo un extracto del libro "La Fiesta del Hombre y la Fiesta de Dios" de A. Gálvez. En él se hace una exposición bellísima y profunda de esta virtud. Cualquier persona que desee tener un mayor conocimiento de la misma no debería pasar por alto la lectura completa del capítulo "La Esperanza, virtud de la alegría desbordante" de este libro.

²⁷⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-IIae, q. 40, a. 4 ad 3.

"Estamos en el día de Año Nuevo, lo que quiere decir que ha finalizado un año y comienza otro. Esta esta nos hace recordar el problema del tiempo, dentro del cual va transcurriendo nuestra vida. Aunque para nosotros, hablar del tiempo como sucesión de las cosas y de nuestra existencia es hablar de espera, pues no sé si habéis pensado bien que nuestra vida no es sino una larga espera, un aguardar ansioso a alguien que llega, que es precisamente Jesús.

Y esto es lo que me parece a mí que significa la virtud de la esperanza, a la cual, por lo tanto, podríamos llamar la virtud de la Espera. Y como esa espera de Jesús produce en el alma enamorada grandes ansias por Él, y esas ansias, a la vez que matan de amor, llevan también consigo una increíble alegría, por eso a esta virtud de la Espera la podemos llamar también la virtud de la Alegría Desbordante. Pues la ausencia del Amado produce la nostalgia y el deseo de su presencia, que son también amor (aunque sea un amor imperfecto y no consumado, que tiende por naturaleza a su perfección), y ya sabéis que el amor lleva siempre consigo la Alegría.

La Espera es ansiosa por ser enamorada, y tanto más espera y tanto más ansiosa cuanto más enamorada está; de otro modo no es ansiosa, y ni siquiera es espera, pues nada va a esperar aquel que no desea lo que podía haber sido objeto de su amor.

Por eso la Espera como virtud supone el estar enamorado de Dios, lo que equivale a decir que esta virtud, que es una de las tres grandes o teologales, va siempre acompañada de las otras dos, sobre todo de la caridad. De ahí que hablar de la virtud de la Espera es hablar de ansias incontenibles e incontenidas, así como de nostalgias ardientes y gozos indecibles, cosas todas que se refieren a un Todo que se desea y que se sabe que se va a poseer y del que ya se ha conocido y gustado algo en forma de primicias. En realidad esa alegría por la parte ya poseída, y el ansia por ese Todo que se sabe que se va a poseer, son la misma cosa y componen juntas esa Alegría Desbordante en que consiste la virtud de la Espera.

De modo que esta virtud nada tiene que ver, o muy poco, con esa vaga confianza en que se llegarán a alcanzar unos premios futuros, los cuales siguen siendo, para muchos de los que se limitan a pensar así, completamente desconocidos. De lo cual debemos advertir que una virtud de la esperanza, vivida o presentada de esa manera, no interesa a nadie. Por el contrario, la auténtica virtud de la Espera es virtud de enamorados (y de ahí que dependa tanto de la caridad, hasta el punto de desaparecer cuando cesa esta última), que es tanto como decir de impacientes (porque esperan poseer al Todo), y también de felices (porque han conocido al Amor y han comprendido que ya nada tiene sentido como no sea dentro de la respuesta afirmativa a ese Amor).

Por eso la virtud de la Espera es, al mismo tiempo, posesión y carencia, gozo de lo que se tiene y alegría por la seguridad de llegar a poseer lo que falta, de tal modo que las ansias incontenibles por el Amado que ha de llegar producen, a su vez, más ansias y más alegría al excitar y encender más el amor, preparando así el camino para hacer luego posible y más perfecta la entrega.

*Así es como la virtud de la Espera hace mirar al futuro e impide mirar hacia el pasado, haciendo perpetuamente jóvenes a los que la poseen*²⁷⁸.

La virtud sobrenatural de la caridad

Con la pérdida de los valores cristianos en nuestra sociedad, una de las palabras más bellas que convivían con nosotros ha dejado de existir: la caridad. Que esto haya ocurrido en una sociedad que se declara anticristiana o atea como la nuestra se podría comprender, pero que haya desaparecido del discurso de los obispos y hombres de Iglesia para cambiarla por el de "solidaridad", hace pensar que algo está ocurriendo en ellos. En el fondo no es otra cosa que la pérdida de los valores sobrenaturales y la adopción de los términos e ideas masónicos, más acordes con el modo de vivir y pensar de esta "nueva sociedad".

Hace unos meses el cardenal Sarah declaraba: "El término amor ya existía antes de Cristo, pero es Él quien nos enseña el ápice del amor, qué es precisamente la caridad. El auténtico amor lo aprendemos de Cristo..., es por ello que no hemos de confundir la auténtica caridad cristiana, que tiene su origen en Dios, con la solidaridad típica de las ONG y de las organizaciones de la ONU, que tratan de debilitar el arraigo de la "caritas" en Dios, reduciendo su razón de ser a una pura filantropía".

La realidad del amor, de las más sublimes que el hombre puede participar, está siendo continuamente atacada, ridiculizada, banalizada, en incluso desacralizada. Detrás de todos estos intentos siempre está Satanás, quien al fin y al cabo es lo más opuesto al Amor. Es por ello que reducir el amor a solidaridad, e incluso a puro sexo ("hacer el amor") no es sino la consecuencia de una sociedad que se ha rendido al Príncipe de este mundo (Mt 4:9; Jn 16:11; 12:31; 2 Cor 4:4).

Aunque los vocablos "caridad" y "amor" convergen en muchos de sus significados, propiamente hablando, son distintos. La caridad es una virtud teologal infundida por Dios en nuestras almas; tiene de suyo una dimensión sobrenatural y siempre es fruto del amor de Dios. El amor, tiene muchas dimensiones y manifestaciones, desde el simple "cariño" a los animales o la apreciación por las cosas, al amor paterno-filial, conyugal o de amistad. El culmen del amor es el Espíritu Santo, amor perfecto entre el Padre y el Hijo; y aproximándose de lejos a él, aunque participando de su misma naturaleza, el amor divino-humano. La caridad es ese amor divino-humano en cuanto que es derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom 5:5).

²⁷⁸ Alfonso Gálvez, *La Fiesta del hombre y la Fiesta de Dios*, Shoreless Lake Press, 2011, pags. 239 y ss. Este libro lo pueden encontrar en formato pdf en la web del autor: www.alfonsogalvez.com sección "libros".

La noción de amor en el Antiguo Testamento

Como consecuencia del pecado original cometido por Adán y Eva, el hombre quedó excluido del mundo sobrenatural, teniendo que esperar a su Redentor para poder restablecer a través del Espíritu Santo el contacto sobrenatural y directo con su Creador. Es por ello que la caridad, como amor sobrenatural y don de Dios, no está presente, propiamente hablando, en el Antiguo Testamento.

El amor queda pues reducido al amor entre familiares (Gen 22:2; 25:28), al amor hacia la esposa o simplemente hacia la mujer (Gen 24:67), al amor entre amigos (1 Sam 16:21). Aunque tiene un uso privilegiado en el ámbito de lo religioso: se dice que Dios ama a alguien, primordialmente a Israel (Deut 4:37; Os 1-3). El hombre ha de amar a Dios, pero este amor se identifica en la práctica con el **cumplimiento de la voluntad divina** (Ex 20:6; Deut 6: 4-9).

El amor al prójimo es precepto divino y su cumplimiento es una de las formas en que ha de realizarse el amor del israelita a Dios: *"No odiarás en tu corazón a tu hermano... No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Lev 19:17 ss.).

El amor de caridad en el Nuevo Testamento

Lo realmente específico del Nuevo Testamento es la idea del amor de Dios en cuanto se relaciona con la persona misma de Jesús: *"Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito..."* (Jn 3:16). El mismo Jesús describe la actitud bondadosa del Padre hacia todo hombre, bueno o malo (Mc 2: 15-17).

La respuesta del hombre a Dios se expresa en el precepto de amar a Dios (Mt 6: 25-34). El amor a Dios aparece también, al igual que en el Antiguo Testamento, como un cumplimiento de la voluntad divina (Mt 7: 21-23), pero tiene como objeto propio **la aceptación de Jesús y de su palabra**. Creer en su palabra o amarle a Él, es creer o amar al Padre que le ha enviado (Mt 10: 40-42).

El precepto del amor al prójimo se expresa por medio del precepto de Lev 19:18 (Mc 12:31; Mt 5:43). En la predicación de Jesús el prójimo es todo hombre, incluso los enemigos y los que persiguen al discípulo (Mt 5: 43-47). El discípulo no opone resistencia a la hostilidad, devuelve bien por mal, ruega por sus perseguidores (Lc 6: 27-30). El móvil que guía y funda el amor del hombre a sus semejantes es el amor de Dios hacia todos (Mt 5:45; Lc 6:35). El discípulo ha de ser misericordioso como lo es el Padre celeste, ha de perdonar porque él también necesita del perdón de Dios.

Las cartas de San Pablo tienen como elemento principal el acontecimiento de Cristo como punto central de la historia. San Pablo, fiel a la descripción bíblica, ve la historia humana como la historia de la ruptura del hombre con Dios, un orden inicial roto y destruido por el pecado y la muerte (Rom 5: 12-14), pero restablecido a través de Cristo, el Hijo de Dios (Gal 4:4 ss.). Todo el peso de la predicación paulina sobre Cristo cae en la muerte y resurrección, en cuanto obra máxima del amor

de Dios (1 Cor 15: 3-8). **La motivación de esta acción de Dios no es otra que el amor benevolente que desciende de Dios al hombre en la persona de Cristo** (Rom 5: 8 ss.). Para San Pablo el amor de Dios y el de Cristo se unen en una misma realidad. Cristo no solamente manifiesta, sino que hace presente en el mundo el amor de Dios (Rom 8:39; 2 Cor 5:19). La cruz no solamente muestra un grado de intensidad (Ef 2:8), sino que evidencia lo absoluto del amor de Dios en la total donación de Cristo.

En el creyente **el amor es ante todo un don recibido**. El Espíritu de Dios, que el creyente ha recibido, ha hecho que el amor anide en su corazón (Rom 5:5). De aquí que el amor a Dios se dibuja como respuesta a un impulso dado por Dios mismo y que lleva hacia Él.

El apóstol San Juan afirma que "*Dios es amor*" (1 Jn 4:8.16). El amor parte de Dios que ama a su Hijo (Jn 17:24), entra en el mundo por medio del Hijo (Jn 15:9; 16:27), y continúa en el amor de los discípulos entre sí (Jn 13:34). El tema del amor de Dios está presente en Cristo que se entrega a la muerte por los hombres (Jn 13:1; 15:13; 1 Jn 3:16).

Es en el amor mutuo donde San Juan subraya nuevos aspectos: Quien ama al hermano sabe que su amor a Dios (1 Jn 2:4 ss.) o a Cristo (Jn 14:21) es auténtico. Quien ama sabe que ha pasado de la muerte a la vida (1 Jn 3:14), que ha sido engendrado de Dios (1 Jn 4:7 ss). En cambio, quien no ama permanece en la muerte (1 Jn 3:14). El amor de los cristianos entre sí es la prolongación del amor de Cristo (1 Jn 4:10 ss.) y lo que los identifica como sus discípulos (Jn 13:35).

La caridad en los Padres de la Iglesia y en Santo Tomás

Los Padres latinos, sobre todo S. Agustín, optan por **caritas**, término preferido para designar el amor de Dios o el amor cristiano. Los autores que escriben en latín medieval retienen caritas como el término que expresa con mayor exactitud la idea del amor sobrenatural de Dios al hombre o del hombre a Dios, a sí mismo y al prójimo.

Santo Tomás de Aquino habla de la caridad como el amor sobrenatural que el hombre perdió por el pecado; pero lo vuelve a encontrar en Cristo²⁷⁹. **La caridad es un "amor divino", por el que el hombre participa del bien y de la vida divinos**. Se trata, por tanto, de un don y, por lo mismo, se atribuye al Espíritu Santo.

La gracia es el primer don sobrenatural; mediante ella se realiza la justificación y santificación del hombre. Por el don sobrenatural creado de la gracia se comunica al hombre el don increado de Dios mismo, la divina presencia de la inhabitación, la vida divina, Dios en Sí; y, en conclusión, las facultades o virtudes infusas que hacen posible el conocimiento y el gozo de ese don: la caridad, en primer término. Santo Tomás insiste en su cualidad de hábito virtuoso, y, sobre todo, en su distinción respecto a la gracia. La gracia es un hábito entitativo, el que da el ser cristiano; **de ella**

²⁷⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 110, a. 1.

fluyen los hábitos operativos, es decir, las “virtudes infusas”; en primerísimo lugar, la caridad²⁸⁰.

La caridad, por ser don recibido y por ser virtud activa, dinamiza toda la vida sobrenatural del cristiano. Abarca a Dios, a sí mismo, al prójimo, aun al distante. El amor de caridad o amor cristiano es una participación del amor divino, aun cuando se trate del amor al prójimo²⁸¹ Ese don exige reciprocidad: porque Dios nos ama, nosotros debemos amarle. El amor al prójimo es una garantía de que amamos a Dios (Jn 15: 12-17; 1 Jn 4:7; 2:6).

La caridad no logra su perfección consumada en esta vida, porque el cristiano se halla en este mundo en camino. La caridad es un amor siempre en tensión de su objeto: Dios. La posesión total se dará sólo en la bienaventuranza de la Gloria²⁸².

Por otra parte, **la caridad vitaliza a las otras virtudes**. San Pablo habla de que los cristianos están “*enraizados y fundados en la caridad*” (Ef 3:17), porque la caridad es como el fundamento y raíz en que se sustentan y nutren todas las virtudes cristianas²⁸³.

La caridad es **vínculo de la perfección** (Col 3:14). La perfección de la vida cristiana consiste principal y esencialmente en la caridad, ya que ella es la virtud que une en cierta medida al hombre con Dios: “**La caridad reconstruye la imagen de Dios que es el hombre**”²⁸⁴.

Reflexión teológica sobre la virtud teologal de la caridad

Es la virtud por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas y a nosotros y al prójimo como Él nos ha amado. La caridad es la reina de todas las virtudes. Las otras virtudes nos llevan hacia Dios; **la caridad nos une a Él**. Si tenemos la virtud de la caridad podemos estar seguros de tener también las otras virtudes.

La caridad es la única virtud que permanece después de la muerte. En el cielo no necesitaremos la fe ni la esperanza, pues ya poseeremos a Dios. Esta virtud sobrenatural es infundida por Dios en nuestros corazones en el momento del bautismo.

El amor natural a Dios no es la virtud de la caridad. La caridad es un amor sobrenatural que nos hace **amar como Dios ama**. Es por ello que hace posible que amemos incluso a nuestros enemigos. Esta **virtud reside en nuestra voluntad**, no en nuestros sentimientos.

Amar sobrenaturalmente a Dios lleva consigo el deseo de entregar todo por amor a Él, y al mismo tiempo el propósito de rechazar todo aquello que nos pudiera separar de Él.

²⁸⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 110, a. 3.

²⁸¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 23, a. 2, ad. 1.

²⁸² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 23, a. 1, ad. 1.

²⁸³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 23, a. 8, ad. 3.

²⁸⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia, q. 93, a. 7-8.

San Pablo es su Himno a la Caridad del capítulo 13 de la Primera Carta a los Corintios nos hace un resumen detallado y al mismo tiempo profundo de lo que es esta virtud y de las diferentes facetas que presenta en cada persona:

"Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalos que retiñe. Y si teniendo el don de profecía, y conociendo los misterios todos, y toda la ciencia, y tanta fe que trasladase los montes, no tengo caridad, no soy nada. Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego; no teniendo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

La caridad no pasa jamás; las profecías tienen su fin, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá. Al presente, nuestro conocimiento es imperfecto y lo mismo la profecía; cuando llegue el fin desaparecerá eso que es imperfecto.

Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; cuando llegué a ser hombre dejé como inútiles las cosas de niño.

Ahora vemos por un espejo de modo confuso; entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte; entonces conoceré como soy conocido.

Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad."

La virtud de la caridad la perdemos si cometemos un pecado mortal. Y la recuperamos al volver de nuevo al estado de gracia santificante.

Así como la gracia eleva el ser del alma al orden sobrenatural, la caridad hace lo mismo con la voluntad. Sólo el alma de la persona que se encuentra en estado de gracia tiene la voluntad realzada con la virtud de la caridad.

a.- El sujeto y el objeto de la caridad

Decimos que **el sujeto próximo de esta virtud es la voluntad**, porque el amor es propio de ella. El sujeto remoto de la caridad es todo hombre que se halla en estado de gracia santificante: el hombre viador libre de pecado mortal; el hombre que expía en el purgatorio; y el hombre que contempla a Dios en el cielo.

Mediante esta virtud, el hombre es capacitado para amar a Dios como Él se ama a sí mismo. Junto a Dios, que es **el objeto primario de la caridad**, todas las criaturas son objeto secundario de la misma. Por la caridad se ama uno a sí mismo. El prójimo es también objeto de la caridad en cuanto amado por Dios y llamado a participar como uno mismo de la vida íntima de Dios. En el hombre, todos los otros amores están subordinados y se fundan en este amor supremo de caridad.

A Dios lo hemos de amar por sí mismo y sin ninguna condición. A nosotros mismos y a los demás debemos amarnos y amarlos por Dios y para Dios, desde Dios y ordenándolo todo a Él. Quien está en gracia, movido por esa participación en el amor benevolente de Dios que es la caridad, procura adquirir la visión beatífica por la gloria que puede darle a Dios como hijo suyo, más plena que la que podía darle como simple criatura. A las criaturas -objeto secundario de la caridad- se las ama por el mismo motivo. El hombre en gracia ama a las criaturas con la intención de que brille a través de ellas la gloria que Dios ha de recibir por la visión beatífica de los hombres.

b.- Relación entre la fe y la caridad

Aquí en la tierra, la fe es la única luz bajo la que la razón puede conocer la intimidad de Dios como sumo bien. La caridad dispone a la voluntad para abrazar ese Dios que la fe le propone. Aunque aquí, en la tierra, el conocimiento de la Trinidad es imperfecto, el amor a Dios que podemos tener con ese conocimiento según la fe puede ser perfecto, porque la intensidad y la perfección del amor no tienen por qué guardar proporción con el conocimiento que de Dios se tiene²⁸⁵.

c.- Propiedades de la caridad

- La caridad es sobrenatural por su objeto y por su origen.
- La caridad es imprescindible para amar a Dios y, por tanto, es imperecedera (1 Cor 13:8). En el cielo será resultado inmediato de la visión beatífica; aquí, en la tierra, se apoya en la fe y en la esperanza.
- La caridad ha de ser eficaz y no meramente afectiva: "*Hijos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras*" (1 Jn 3:18). La caridad hacia el prójimo es también manifestación de nuestro amor a Dios: "*Pues el que no ama a su hermano a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarlo?*" (1 Jn 5,20).
- La caridad mueve a amar a Dios por encima de todas las cosas. Hemos de amar a Dios por encima de todas las cosas, hasta el punto de estar dispuestos a posponer lo que no es Dios antes de perderlo por el pecado. Esto no es incompatible con que sintamos a veces que las cosas nos apetecen en un grado que no coincide con el que correspondería según su proximidad a Dios. Lo importante es que ese atractivo no tuerza la voluntad.
- La caridad es la más excelente de todas las virtudes y por ello se dice que es forma de las demás virtudes. Todas las acciones humanas están informadas de alguna manera por la caridad.

d.- Efectos de la caridad

- Con respecto a Dios: Los principales efectos del amor de caridad son el gozo, el deseo y el celo por el bien del Amado. El amor a Dios de perfecta caridad produce satisfacción y complacencia por las cosas de Dios, gusto por la vida espiritual y deseo de promover la gloria de Dios.

²⁸⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Ia-IIae, q. 27, a. 2, ad. 2.

- En cuanto al prójimo, los efectos de la caridad son el gozo del bien poseído por el prójimo; la paz, como resultado de la unión de voluntades, y la misericordia, expresada en el disgusto por el mal que el prójimo pueda sufrir.

e.- Necesidad de la caridad para salvarse

Todas las personas, tanto niños como adultos, necesitan la virtud de la caridad para salvarse. Ello deriva de que es indispensable la gracia santificante, como causa formal de la justificación²⁸⁶. El estado de gracia santificante es estado de amistad con Dios y, por tanto, para salvarse es necesaria la caridad por lo menos como disposición habitual, si no ha sido posible realizar actos explícitos de perfecto amor de Dios.

La gracia santificante se adquiere siempre mediante los sacramentos o en relación con ellos. Si no ha sido posible recibirlos, el estado de amistad con Dios se adquiere o se recupera, según los casos, con un acto perfecto de caridad unido al deseo implícito de recibir el sacramento del bautismo o de la penitencia en cuanto se pueda (DS 1971). Jesucristo mismo dice que el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas es "*el primero y principal mandamiento*" (Mt 22:38).

En cuanto a la extensión del acto de caridad hacia Dios, se dan grados diversos de menor a mayor perfección según el progreso espiritual de las almas. El acto que podríamos llamar mínimo comprende, como elemento negativo, la renuncia de todo lo que se opone a la amistad divina, y como elemento afirmativo, una positiva unión con Dios, amado por Él mismo y por encima de todo.

Este amor a Dios incluye implícitamente el amor al prójimo. Hemos de amar al prójimo tal y como Dios le ama. De ahí la obligación de amar a los enemigos como signo distintivo de que se ama fundado en Dios y no en simpatías personales.

Y cuando hablamos del prójimo incluimos también a los enemigos.

f.- Medios para adquirir, conservar y aumentar la caridad

La caridad como virtud teologal sólo puede ser concedida por Dios. Por la misma razón su aumento sólo puede tener como causa a Dios mismo. Sin embargo, unas determinadas condiciones son necesarias para adquirir de Dios un aumento de caridad. En primer lugar, los sacramentos: un aumento de gracia santificante supone también un aumento de la caridad. En segundo lugar, el aumento de la caridad es concedido por Dios siguiendo la misma ley que rige el aumento de las virtudes naturales. Cada acto de caridad es ocasión para que Dios conceda un aumento de esta virtud.

El pecado mortal quita la caridad, por ser de suyo incompatible con la amistad divina. El pecado venial, si bien no causa la pérdida de la caridad, la pone en peligro, pues al aumentar las

²⁸⁶ Concilio de Trento, sesión 6ª, cap. 7 (DS 1528-1529).

inclinaciones al mal por la repetición del pecado venial, se crea un hábito que dificulta la práctica de la caridad.

g.- Pecados contra la caridad

El principal pecado contra la caridad es el **odio**. No confundamos el odio con la repulsión al mal. Ésta es una inclinación dispuesta por la naturaleza para que nos oponamos al mal. Cuando la utilizamos para oponernos al bien se produce el pecado de odio.

Con respecto a Dios:

- **No puede darse un odio legítimo a Dios**, ya que Dios es la suprema perfección. Hoy es relativamente frecuente comprobar en algunos teólogos y hombres de Iglesia la contraposición que establecen entre la **justicia y la misericordia en Dios**. Si un hombre odiara la justicia divina y pretendiera quedarse sólo con su misericordia, supondría no aceptar a Dios y como consecuencia sería pecado grave de suyo, no admitiendo parvedad de materia.
- Cuando se trata de auténtico odio de enemistad a Dios tenemos el pecado más grave que se puede cometer, **el pecado contra el Espíritu Santo**, muy difícilmente perdonable porque destruye el fundamento de la vida espiritual y, por tanto, la disposición al arrepentimiento.
- Otro pecado contra esta virtud es **la tristeza y el pesar experimentados ante los bienes espirituales** por las dificultades que entrañan. Este pecado, aunque admite parvedad de materia, puede ser grave y, en cualquier caso, daña hondamente la vida espiritual.

Pecados contra el amor al prójimo:

- El **odio** es también pecado contra la caridad debida al prójimo. En relación con el odio están: la **envidia** (disgusto por los bienes del prójimo); el **escándalo**; y la **cooperación al mal**.
- Junto a estos pecados contra la caridad hay que citar la **discordia**, la **contienda** (oposición desmesurada a la opinión ajena), la **querella** (lucha agresiva con otro por odio), la **venganza** y la **sedición** (querella entre grupos sociales que compromete todo el bien social).

También una forma de oponerse a la caridad es el **cisma o división** (ruptura de la unión necesaria en la sociedad civil o en la religiosa).

Las virtudes cardinales o morales

Las virtudes morales o cardinales son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Al hablar de estas virtudes lo podemos hacer considerándolas desde un punto de vista **meramente humano** y natural. Por ejemplo, cuando decimos que tal persona es normalmente “muy prudente”

o “sabe controlarse a sí mismo”. Y también podemos hablar de estas virtudes en su **dimensión sobrenatural**.

Para que actúe la gracia de Dios sobre nosotros, Dios necesita que tengamos una base de virtudes naturales sobre las cuales depositar sus dones. Dios no destruye nuestra naturaleza, sino que edifica sus virtudes sobre las nuestras²⁸⁷. El efecto de su gracia sobre nuestras almas estará condicionado a nuestra “base natural”. Es nuestra responsabilidad quitar todos los obstáculos que podamos tener para que la gracia actúe en nosotros.

Poseemos esas virtudes en su forma sobrenatural cuando permanecemos en estado de gracia. La gracia santificante nos da prontitud y facilidad para practicar esas virtudes.

Hay cuatro virtudes morales o cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas cuatro virtudes comprenden las cuatro direcciones fundamentales del buen obrar del hombre y perfeccionan las cuatro potencias humanas:

- La prudencia: determinando la elección de los medios que se deben emplear para un fin, perfecciona el entendimiento.
- La justicia: que inclina la voluntad del hombre a que dé a cada uno lo que le es debido.
- La fortaleza: afianzando el apetito irascible contra el temor irracional, preservándolo también de la temeridad.
- La templanza: que modera el apetito concupiscible y los placeres sensibles, ordena al hombre a dominar y regular sus propias pasiones.

Hay muchas otras virtudes morales, pero de un modo y otro todas están contenidas en estas cuatro, por eso se les llama “cardinales”. Esas otras virtudes son: piedad, obediencia, veracidad, liberalidad, paciencia, humildad, castidad... Si nosotros somos prudentes, justos, fuertes y vivimos con templanza, las otras virtudes les seguirán del mismo modo que un niño sigue y acompaña a su madre²⁸⁸.

La virtud de la Prudencia

Es una virtud que ayuda a nuestra inteligencia a la hora de hacer juicios sobre cosas y personas. Es la virtud que ordena todas las acciones al debido fin, y para ello busca los medios convenientes de modo que la obra salga bien hecha, y, por tanto, agradable al Señor.

Como primera y principal de las virtudes cardinales, la prudencia es la virtud que dirige nuestro entendimiento para discernir e imperar en cada uno de nuestros actos lo que es bueno y debe

²⁸⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I, q. 1, a. 8, ad 2.

²⁸⁸ Para la elaboración de este artículo hemos seguido las voces correspondientes que aparecen en la Gran Enciclopedia de Rialp (GER).

hacerse porque nos conduce a nuestro último fin. En cada momento "discernir lo que es útil para ir a Dios, de lo que nos puede alejar de Él ésta es la misión de la prudencia sobrenatural"²⁸⁹.

La prudencia es una fuerza o virtud intelectual nueva, que amolda la ley moral a todos y cada uno de los casos que pueden presentarse. Es en primer lugar un conocimiento práctico: partiendo del conocimiento de las verdades de la fe y de la moral, verdades universales y permanentes, pasa al conocimiento de los hechos, de las personas y circunstancias concretas que nos rodean, y dictamina lo que debe hacerse en ese momento. Y a la vez es una decisión imperativa, que hace llevar a la práctica ese cometido²⁹⁰.

El hombre debe reconocer la voluntad de Dios en cada momento. Y para ello no es suficiente la "buena voluntad", ni el deseo de ser justo, fuerte y templado. Estas disposiciones previas requieren una luz que oriente y determine en cada caso el impulso procedente de las mismas: y esta luz es la prudencia²⁹¹. Sin la prudencia no hay virtud moral. Ella determina en las virtudes la característica fundamental de todas las virtudes morales: **el justo medio**, entre los dos extremos, por defecto y por exceso.

Al mismo tiempo, por su calidad de ordenadora imperante de la conducta, pone en ejercicio todas las virtudes, comprometiendo a todo el hombre en su camino hacia la eternidad: no puede darse prudencia perfecta si no se dan al mismo tiempo las disposiciones estables de fe, caridad, justicia, fortaleza, templanza.

No se debe confundir con la idea de mediocridad, titubeo, indecisión o astucia, que a veces la palabra prudencia evoca en nuestro lenguaje.

a. La virtud de la prudencia en la Sagrada Escritura

La Biblia usa diferentes términos para referirse a esta virtud: prudencia, discreción, sensatez, sabiduría, madurez.

La prudencia es un don de Dios: "*El Señor da la sabiduría y de su boca derrama prudencia e inteligencia*" (Prov 2:2; 8:11.14; Sab 8:7). Jesucristo invita a edificar sobre ella la propia vida "*como varón prudente que edifica su casa sobre roca*", a ser prudentes como la serpiente, o como el siervo y las vírgenes vigilantes (Mt 7:24). Y San Pablo distingue cuidadosamente entre la "*prudencia de la carne*", contraria a los criterios de Dios, que procede del deseo y las apetencias del hombre animal, y una prudencia o sensatez religiosa, que procede del espíritu, según Dios (Rom 8:6; 1 Cor 1:19).

Para adquirirla, se insiste en pedirla a Dios (Ef 1:8). Para lograrla, se exige en el hombre una rectitud de la vida entera, evitando la locuacidad, las malas compañías, la embriaguez, los malos impulsos

²⁸⁹ S. Agustín, *De moribus Ecclesiae catholicae*, 1,15,25

²⁹⁰ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 47, a. 3.

²⁹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-IIae, q. 58, a. 4. ad3.

de venganza, orgullo o lujuria (Eccli 22:9-18). Y se aprende, finalmente, del consejo de los ancianos y prudentes, de las lecciones de la vida y de la historia.

La prudencia preserva al hombre de los torcidos caminos del pecado (Prov 2:11 ss.); el prudente es atento y dócil a lo que Dios le pide (Mt 25:1 ss.); sólo el prudente sabe cuál es el tiempo de hablar o de callar (Prov 10:19; Eccli 19:28).

A los datos que han de considerarse para obrar prudentemente, se añade una luz nueva, que sólo puede explicarse por la fe y la caridad: "*El que perdiera su vida por mí, la hallará*" (Mt 10:39). El cristiano, a imitación de su Maestro, debe disponer todos sus actos de acuerdo con esta nueva perspectiva, "*la locura de la Cruz*" (1 Cor 1,9). Estamos ya en la oposición más diametral entre la "prudencia de la carne", que pone en tensión las fuerzas del hombre para el pecado, y la verdadera prudencia sobrenatural, que pone los medios al servicio del nuevo fin sobrenatural conocido por la fe y al que tendemos por la esperanza en el amor.

b. Requisitos de esta virtud

El primer paso que se ha de dar para alcanzar esta virtud es la necesaria información, deliberación y examen de los medios conducentes al fin. Después vendrá el juicio o dictamen sobre lo averiguado. Y en un tercer momento, la resolución o mandato para actuar de un modo determinado. Los dos primeros nacen de la dimensión cognoscitiva de la prudencia; el tercero, de la dimensión imperativa, que es la específica de la virtud²⁹².

- Para adquirir la prudencia se requiere la **adquisición de los conocimientos** morales necesarios. Toda decisión prudente presupone una formación, según las posibilidades de cada uno: un estudio atento de la fe y moral de Jesucristo, con una adhesión firme al Magisterio de la Iglesia, que nos la transmite.
- Los conocimientos adquiridos han de **ser juzgados correctamente**, para poder tomar una decisión que responda a lo que Dios pide en cada momento concreto. Se requiere, pues, una razón que relacione los datos obtenidos con criterio moral, emitiendo los juicios de valor sobre los medios que se pueden emplear y el juicio de conciencia debido. Cuando falta esta cualidad, se llega fácilmente a los escrúpulos, a la timidez o vacilación del juicio, con lo que tiende a diferirse la acción necesaria.
- En los pasos indicados se ha mirado al pasado, se ha captado el presente; pero la prudencia debe mirar al futuro, y dar vida a un proyecto. Y para ello se exigen la **previsión**, facultad que nos dispone a apreciar una determinada acción que conduzca a la obtención del bien propuesto y cuya misión es prever las consecuencias de un hecho y **proveer de los medios** necesarios para que se alcance efectivamente el fin propuesto.

²⁹² Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q.47, a. 8.

c. Defectos y vicios opuestos

Del análisis de los distintos pasos que sigue la decisión prudente, es fácil ver los vicios que pueden darse contra la prudencia, y que genéricamente se engloban bajo el nombre de imprudencia.

- Todo pecado es en cierto modo una imprudencia.
- Si falta alguno de los requisitos para el conocimiento de la verdad que ha de medir el acto personal, se habla de la ignorancia culpable, la precipitación y la temeridad en el juicio.
- Si después de investigar la verdad, falta la ejecución, aparecen la indecisión, la negligencia, la imprevisión y la inconstancia
- Hay aparentes formas de prudencia, una de ellas es la llamada “prudencia de la carne”, o la excesiva preocupación por lo temporal: A veces, el hombre sustituye su verdadero fin (lo que Dios le pide en cada momento) por otro fin creado por sus intereses y sus pasiones; y pone al servicio de este fin todas sus energías, de forma análoga a lo indicado para la prudencia verdadera.

d. Virtudes teologales y prudencia

Las virtudes teologales dan a la prudencia las luces y motivos más auténticos para que investigue y dirija la realización del bien concreto. La fe da al cristiano la Verdad que comprende todas las verdades humanas. La caridad la abraza para hacerla operante en todas sus acciones. La esperanza anhela a Dios y lo busca contando con su ayuda.

Con esa luz y esa dirección hacia Dios, y utilizando todas las energías humanas, la prudencia descubre los medios más oportunos para la realización de la voluntad de Dios. Esta virtud alcanza su plenitud con el don de consejo: “la prudencia que implica rectitud de la razón, alcanza su máxima perfección en cuanto es regulada y movida por el Espíritu Santo. Y esto es propio del don de consejo”²⁹³.

La virtud moral de la justicia

Es la determinación constante para dar a cada uno lo que le pertenece. La justicia es una ayuda a nuestra voluntad; al tiempo que la prudencia ayuda a nuestro entendimiento.

a. Significados del término “justicia”

- El primero, empleado frecuentemente en la Sagrada Escritura, se refiere a la actitud religiosa y moral del hombre de cara a su Creador. En ese sentido es justo el que **cumple la voluntad de Dios** (sus mandamientos). De este modo es como hay que entender muchas expresiones de la Sagrada Escritura: “Obrar la justicia” (Mt 6:1; Hech 10:35); “cumplir toda justicia” (Mt 3:15); “buscar el reino de Dios y su justicia” (Mt 6:33).

²⁹³ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 52, a. 2.

- Un segundo significado, identifica la justicia con el **estado de gracia santificante** propio del cristiano redimido por Cristo: En ese sentido, conseguir la justicia es conseguir la gracia, perder la justicia es perder la gracia.
- El tercer sentido, en su acepción más corriente, del que aquí se trata, considera la justicia en cuanto virtud moral o cardinal, que tiene como fin **dar a cada uno lo que le es debido**.

En la **Biblia el término justicia es equivalente a santidad** o rectitud en la vida moral; trasciende el significado meramente natural de esa misma palabra, hoy empleada para referirse fundamentalmente a las relaciones entre los hombres. Tomando ocasión de ese equívoco, se oyen algunas voces que intentan hacer de la implantación de la justicia en el mundo, el fin primordial de la vida cristiana. Grave error, aunque ese intento sea una noble meta, pues el mensaje cristiano es espiritual y sobrenatural y consiste en llevar a los hombres a su destino eterno. La Iglesia, en cuanto tal, no tiene por misión establecer la justicia en el mundo, siguiendo así a Cristo que, afirmando que su Reino no es de este mundo (Jn 19:36), se negó expresamente a ser constituido juez o promotor de la justicia humana (Lc 12:13 ss.).

b. Concepto y propiedades

Definimos la justicia en el cristiano como el hábito sobrenatural infundido por Dios que implica la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo²⁹⁴. La justicia presupone la existencia del derecho a "lo suyo". Este derecho a lo suyo, comprende una serie de bienes que el hombre necesita para conseguir su fin: vida, vocación sobrenatural, libertad, trabajo, honor, fama, bienes materiales necesarios para alcanzar su propio fin.

Las propiedades del objeto de la justicia son tres:

- La **alteridad**, pues la justicia supone siempre una relación bilateral entre dos sujetos.
- El **débito** en sentido estricto. La justicia obliga a dar al prójimo lo que es suyo; incluso puede ser exigido mediante la coacción externa.
- La satisfacción del débito se da en condiciones de **igualdad estricta**; es decir, el débito tiene límites bien determinados, sobre todo en el caso de la justicia conmutativa.

De estas propiedades se deduce que mientras en las demás virtudes la rectitud de la acción está en función del perfeccionamiento del sujeto, en la justicia se constituye por relación a otros. De manera que puede darse en la acción una rectitud objetiva (y se da todas las veces que se respete el derecho del otro), con independencia de las condiciones y disposiciones del sujeto (rectitud subjetiva).

²⁹⁴ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q.58, a. 3.

c. División de la justicia

- **Justicia conmutativa:** Es la que se da entre personas individuales. Inclina a la voluntad a dar a cada uno su propio derecho. Rige el principio general de los contratos privados, buscando una igualdad entre lo que se da y lo que se recibe.
- **Justicia legal:** Tiene como ámbito la comunidad social. Consiste en la voluntad de dar a la comunidad lo que es suyo. El hombre necesita de la sociedad para salvaguardar sus derechos personales, pero también es deudor a la colectividad, para que ésta pueda alcanzar sus fines. La justicia legal comprende todo lo que los ciudadanos deben al bien común: cumplimiento de las leyes civiles, impuestos.
- **Justicia distributiva:** Regula los deberes de la sociedad para con sus miembros. Tiende a la equitativa distribución de los bienes o cargas entre los súbditos según sus méritos o posibilidades. En esta modalidad de justicia el principio regulador no puede ser la igualdad estricta, sino la debida proporcionalidad en razón de los méritos o deméritos.
- **Justicia social:** En el fondo es una síntesis de las anteriores.
- **Justicia vindicativa** (forma especial de la distributiva): Es la voluntad ordenada a restablecer la justicia lesionada mediante una pena proporcional al delito. Es virtud propia del representante de la autoridad, quien, al imponer una pena, no puede tener otra finalidad que el bien común, y, si es posible, la enmienda del culpable. Pero también es virtud del súbdito, que exige el castigo no por venganza sino por celo de la justicia y hasta del culpable, que debe someterse a la pena merecida.

Virtudes afines a la justicia son: la virtud de la religión (dar a Dios lo que le es debido), la piedad (en relación con los padres y la patria), la observancia (en relación con los superiores), la gratitud (si carecen del débito estricto), la veracidad (que exige decir la verdad), la fidelidad (que obliga a cumplir lo prometido), la amistad.

d. Malicia moral de la injusticia

La violación de la justicia constituye la injusticia. Siendo la justicia virtud fundamental que regula la relación entre los hombres en conformidad con el plan de Dios, su cumplimiento obliga en conciencia y su lesión constituye de suyo pecado grave, ya que consiste en privar al hombre de su bien, lesionando su derecho. La gravedad de la materia se mide por la magnitud objetiva del daño individual causado y por la lesión del bien común; en consecuencia, puede haber pecado venial por imperfección del acto o por parvedad de la materia.

e. El deber moral de la restitución

La justicia lesionada exige la conversión del pecador a Dios, reconociendo su culpabilidad moral, con el propósito efectivo de reparar el daño causado. El deber moral de restituir incluye no sólo devolver los bienes espirituales o materiales lesionados, sino reparar también los daños causados y

eso es tan importante que el pecado de injusticia no se perdona hasta que no se produce la restitución o, al menos se tenga el propósito de hacerlo²⁹⁵.

La virtud moral de la fortaleza

En un sentido amplio, la fortaleza es una **disposición firme del alma** en el cumplimiento del deber. Así entendida, coincide con una condición indispensable de toda virtud que, por definición, implica siempre un esfuerzo para superar los obstáculos exteriores e interiores.

La virtud de la fortaleza nos ayuda a hacer lo que tenemos que hacer a pesar de que nos cueste trabajo o sacrificio. Es la virtud que nos hace animosos para no temer ningún peligro, ni la misma muerte, por el servicio de Dios.

La razón de ser más honda de la fortaleza se encuentra en la vulnerabilidad esencial del hombre y en la existencia del mal.

El objeto de esta virtud es el control de todos aquellos peligros que despiertan el temor o excitan la audacia temeraria, haciendo claudicar al hombre en su deber o arrastrándole a una temeridad desmedida.

a. La fortaleza en la Sagrada Escritura

El Antiguo Testamento habla de la fortaleza como atributo de Dios (Ex 15:6; Is 51:9). De esta fortaleza participa el pueblo de Israel en la lucha por alcanzar los bienes materiales y espirituales. Todas estas manifestaciones de fortaleza en el hombre, son para el israelita un don de Dios y están interpretadas en una línea religiosa, política y salvífica.

En el Nuevo Testamento la raíz de esta virtud es Cristo, desde donde se comunica a los cristianos. La lucha que Cristo viene a librar, y en la que el cristiano debe comprometerse por exigencias evangélicas, se sintetiza en el esfuerzo por permanecer firmes en la verdad afrontando con paciencia y valentía los peligros que proceden del enemigo.

Cristo asume toda la debilidad humana (Is 53: 3-4), la experimenta y reconoce (Mt 26: 38-39), pero al mismo tiempo demuestra en su vida la fuerza del Espíritu de Dios, manteniéndose inmovible en la voluntad de su Padre celestial e identificándose con ella. Vence al Maligno cuando es tentado por él en el desierto (Mt 4: 1-10). Cristo demuestra el grado supremo de fortaleza en el sacrificio de la cruz.

La fortaleza cristiana es una realidad moral con la que el cristiano, reconocida su debilidad radical, se mantiene firme en la Verdad de Dios y se enfrenta con los peligros de las tinieblas.

²⁹⁵ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-IIae, q. 62, a. 1.

Considerada esta virtud en su dimensión sobrenatural, la fortaleza viene al cristiano exclusivamente de Dios (Fil 4:13; 2 Cor 4:7-12; 1 Tim 1:12), quien actúa sobre la incapacidad del hombre. La concesión de este don está condicionado a un reconocimiento humilde de nuestra debilidad y de la existencia de un enemigo insidioso y dominador (Ef 6: 10-18).

b. Los actos fundamentales de esta virtud

Los actos fundamentales de esta virtud son dos: soportar y emprender. Estos aspectos responden correlativamente al temor y a la audacia. Como nos dice J. Pieper: "Sólo el que realiza el bien, haciendo frente al daño y a lo espantoso, es verdaderamente valiente. Pero este hacer frente a lo espantoso presenta dos modalidades que sirven, por su parte, de base a los dos actos capitales de la fortaleza: la resistencia y el ataque"²⁹⁶.

c. Pecados contrarios a la fortaleza

Son aquellos actos que constituyen, por exceso o defecto, un desorden del temor y de la audacia: cobardía, timidez, impavidez y temeridad.

La fortaleza no elimina el temor, sino que lo ordena conforme a las exigencias de la razón. Actitudes viciosas son tanto un temor excesivo ante los peligros y la muerte, como la ausencia de aquél en circunstancias en que la razón lo aconseja. La fortaleza no adultera la realidad, sino que la acepta tal como es, por esta razón el hombre auténticamente fuerte ni ama la muerte ni desprecia la vida.

d. Partes integrantes de la fortaleza

Hay ciertas disposiciones internas que perfeccionan esta virtud:

A la actitud emprendedora, pujante y entusiasta de la fortaleza, corresponden las disposiciones internas de **magnanimidad** y **magnificencia**; es decir, la tendencia victoriosa del alma que nace de la esperanza y se alimenta de la audacia.

A la actitud de permanecer intrépido ante el peligro, corresponden la **paciencia** (que conduce a la superación de las dificultades), y la **perseverancia** (cuando se requieren largos esfuerzos o constancia en el trabajo emprendido).

Los vicios opuestos a la magnanimidad son:

- El pecado por defecto es la pusilanimidad: consiste en la incapacidad voluntaria para concebir o desear cosas grandes.
- Los pecados por exceso son: la presunción (una confianza desmedida en las propias fuerzas), la ambición y la vanagloria (que busca el honor en la frivolidad, en la falsa estima de las gentes o en los honores por sí mismos).

²⁹⁶ J. Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Rialp, 2010, p. 228.

Son vicios opuestos a la magnificencia son la parvificencia, la suntuosidad y la profusión.

La virtud moral de la templanza

Es la virtud por la que refrenamos los deseos desordenados de los placeres sensibles y usamos con moderación de los bienes temporales. Es especialmente necesaria a la hora de controlar y moderar los placeres: comida, bebida, sexualidad...

Se entiende por templanza la virtud que enriquece habitualmente a la voluntad y la inclina a refrenar los diferentes apetitos sensitivos hacia los bienes deleitables contrarios a la razón²⁹⁷.

Dos son las tendencias sensitivas principales del llamado apetito "concupiscible" que arrastran al hombre a los bienes deleitables: el placer de comer y el sexual; vinculado el primero a la conservación del individuo, y el segundo a la de la especie. Estas tendencias no son malas en cuanto logran sus bienes deleitables dentro de la consecución de sus fines respectivos para los que han sido constituidas por Dios.

El desorden o pecado en este terreno consiste en el uso de los goces de tales inclinaciones contra los fines naturales o en el uso de los mismos con exceso o fuera de la medida necesaria para la consecución de los mismos. Para tener estos apetitos sometidos, la voluntad necesita perfeccionarse con la virtud de la templanza. Mediante la repetición de sus actos de dominio sobre las demandas de tales pasiones, la voluntad va creando paulatinamente en sí misma la virtud de la templanza, la cual la capacita y la inclina a un dominio permanente sobre aquellas inclinaciones.

La templanza es virtud cardinal o principal, porque bajo su noción genérica se sitúan un conjunto de virtudes necesarias para el establecimiento del orden moral de los diferentes apetitos concupiscibles inferiores.

a. El cometido de la templanza

El cometido propio de la templanza consiste, más que en resistir a los requerimientos de las pasiones concupiscibles, en **poner orden racional en el uso de las mismas**, de modo que su actuación, lejos de oponerse, contribuya al bien humano u honesto. No se trata de una destrucción, sino de un control de las mismas.

La templanza, con sus diversas especies, pone orden humano en los diferentes apetitos de bienes deleitables sensitivos o materiales, para poder así ordenar todo el hombre a Dios, como a su último fin.

²⁹⁷ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, III,13

En cambio, no cabe la templanza en los goces del espíritu, de la verdad o de la amistad, mientras se mantengan en el plano espiritual, pues tales bienes contribuyen a ordenar al hombre a su perfección y, en definitiva, a Dios.

b. Relación con la fortaleza y prudencia

La templanza, junto con la fortaleza, informa todo el ámbito del apetito sensitivo con el orden racional y, con él, el dominio del espíritu, que confiere al hombre la libertad para ordenarse a su último fin y consiguiente plenitud humana.

- La templanza, moderando las inclinaciones naturales a los bienes deleitables y haciéndolas servir al hombre honesto.
- La fortaleza, moderando las inclinaciones naturales que rehúyen el dolor y, en general, todo lo dificultoso, sometiendo las inclinaciones sensitivas al trabajo y al esfuerzo para lograr el orden y la perfección humana.
- Para que la templanza logre ser verdaderamente virtud, es menester que este orden racional le sea ajustado en cada acto por la inteligencia; la cual sólo puede hacerlo habitualmente por la virtud de la prudencia.

c. Templanza natural y sobrenatural

La templanza como virtud natural perfecciona la voluntad humana en orden al dominio de los apetitos concupiscibles y se logra por la repetición de sus actos. La voluntad se acrecienta y perfecciona con el hábito de la templanza a fuerza de dominar una y otra vez las inclinaciones inferiores a los bienes deleitables. A su vez se pierde por la repetición de los actos pecaminosos contrarios a la virtud. Esta virtud -como todos los hábitos naturales- no supone el estado de gracia santificante, pero sin la gracia de Dios tampoco sería posible esta virtud, al menos en un grado perfecto.

En cambio, el hábito sobrenatural de la templanza, infundido por Dios junto con la gracia santificante, pone orden en la concupiscencia del hombre, herido por el pecado original, y le lleva a vivir como hijo de Dios, dando valor sobrenatural y meritorio a los actos de esta virtud. El dominio de la concupiscencia no es ya una mera ordenación racional -en la templanza infusa la razón está iluminada por la fe y sus exigencias son más finas y delicadas-, sino una ordenación a su fin sobrenatural divino. Adquieren así pleno sentido la penitencia, la mortificación, el celibato y la virginidad.

La virtud sobrenatural de la templanza no se logra por la repetición de actos, sino que es infundida por Dios en el alma del cristiano junto con la gracia. **La repetición de los actos dispone al alma a una mayor infusión por parte de Dios y a superar más fácilmente los obstáculos que se oponen a su ejercicio.** Así como la gracia borra el pecado, pero no las disposiciones naturales que se oponen a ella, tampoco la virtud sobrenatural de la templanza quita las inclinaciones contrarias a ella, no se la da para que lo consiga sin lucha. De modo que, para superar más fácilmente tales dificultades, la virtud sobrenatural infusa de la templanza debe enriquecerse con la virtud natural adquirida de la

misma, mediante la repetición de los actos. De este modo, ambas virtudes, la natural y la infusa o sobrenatural, se ayudan mutuamente.

d. Vicios opuestos a la virtud de la templanza

A esta virtud se opone por exceso la intemperancia y la búsqueda desordenada de los placeres sensibles; y por defecto, el menosprecio de los deleites sensibles.

Dios ha unido a los actos necesarios y naturales de la conservación de vida y de la propagación de la especie un cierto placer que está conectado a la operación, y que impulsa a la acción que debe realizarse. El sujeto puede buscar, con la moderación de la templanza, el placer unido a la obra buena, con tal que el fin de la obra no quede excluido con intención expresa.

e. Virtudes anejas

Las virtudes anejas a la templanza forman toda una gama de actitudes que refuerzan el ideal de dominio espiritual en todos los sectores de la vida humana.

- La virtud de la continencia refrena los ímpetus vehementes de las pasiones.
- Moderando el deseo de ver y conocer, cohibirá el vicio de la curiosidad o apetito inmoderado de toda clase de conocimiento,
- La virtud de la estudiosidad que exige la aplicación constante y ordenada de la inteligencia.
- La humildad modera el amor desordenado de la propia excelencia.
- La modestia regula el comportamiento adecuado en las actitudes corporales. A este mismo ideal se refiere el uso virtuoso de vestidos y adornos, de acuerdo con lo que sugiere para la cualidad y condición de la persona.
- La mansedumbre modera la pasión de la ira.
- Frente a la crueldad, encontramos la virtud de la clemencia.

f. La templanza cristiana

La templanza es una de las virtudes más importantes y necesarias en la vida sobrenatural de un cristiano, no solamente porque modera los instintos más fuertes de la naturaleza humana, sino porque permite a la vez vivir como hijos de Dios. **No es una virtud que limita, sino que engrandece al hombre.**

Esta virtud es especialmente necesaria en la actualidad. El progreso técnico y científico tienden a introducir al hombre en una civilización cada vez más marcada por la comodidad, el hedonismo y el consumo, sin tener en cuenta una perspectiva ética. La templanza lleva al hombre a la moderación en el uso de las cosas de la tierra, que, siendo buenas, sin embargo, han de usarse sólo en la medida que ayuden al logro de los auténticos fines superiores.

Conclusión

El desarrollo armónico de todas las virtudes morales lleva a la persona a la madurez (humana y cristiana), la cual se manifiesta en cierta estabilidad de ánimo, en la capacidad de tomar decisiones ponderadas y en el modo recto de juzgar los acontecimientos y los hombres. La adquisición de las virtudes es, pues, camino hacia la madurez: madurez de juicio, madurez de la afectividad y madurez en la acción.

Junto con las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) es doctrina común entre los teólogos, que con la gracia santificante se nos dan también las virtudes morales infusas (prudencia, justicia, fortaleza, templanza), para que el cristiano actúe también en lo que se refiere a los medios que conducen hacia Dios de un modo no ya meramente humano, sino también sobrenatural.

Los dones y frutos del Espíritu Santo

"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado". (Rom 5:5)

El Espíritu Santo, don de Dios

El "don de Dios" es el Espíritu Santo, promesa, viento, amor, que se torna realidad en Pentecostés: *"Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva..., el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino que... se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida eterna"* (Jn 4:10,14) – le dice Jesús a la samaritana. Ella, al oír estas palabras junto al brocal del pozo de Jacob, sintió que se le incendiaba el alma.

En otro diálogo, esta vez con Nicodemo, aunque cambian los personajes, el mensaje es el mismo: *"Lo que nace del Espíritu, es espíritu... El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va: así es todo el nacido del Espíritu"* (Jn 3: 7-8).

Si de los diálogos con Nicodemo y con la samaritana pasamos al sermón eucarístico de Cafarnaún, el tema retorna llenándose con un dolorido reproche: *"El Espíritu es el que da la vida... Las palabras que yo he hablado son Espíritu y vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen"* (Jn 6: 63-64).

La promesa del don del Espíritu va acentuándose conforme transcurre la vida de Cristo en la tierra: *"El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno"*. Y San Juan apostilla: *"Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado"* (Jn 7: 37-38).

En la despedida o sermón de la Última Cena, insiste: *"...vendremos a él y en él haremos morada... El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo"* (Jn 14:23,25).

Para acabar en el episodio de la Ascensión que nos relata el libro de los Hechos, diciendo: "...dentro de no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo... Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos..." (Hech 1:5,8).

Efectivamente, **la promesa se cumplió de un modo visible el día de Pentecostés**: "Se produjo de repente un ruido del cielo, como el de un viento impetuoso... Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando llenos del Espíritu Santo" (Hech 2: 2-3).

Después, **se repite en los fieles**. San Pedro, en su primer sermón, dice: "Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos, y para todos los de lejos, cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro" (Hech 2: 38-39).

Pero es, sobre todo, San Pablo quien los describe con todo lujo de detalles. El capítulo 8 de la Epístola a los Romanos es un continuo latido, de la vida del Espíritu (Rom 8:1-7); es el camino de vida que siguen los que de verdad recibieron "el espíritu de Dios" (Rom 8: 8-13); es el gozo de sentirse "hijos de Dios": "Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con él, para ser con él glorificados" (Rom 8: 14-17).

Es el **Espíritu quien cumple el plan de Dios sobre los elegidos** (8: 28-39), y el que ora por ellos: "El mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables" (8:26).

Por dos veces repite que **el cristiano es morada del Espíritu Santo** (Rom 8: 9,11). Esta será una de las verdades que recuerde a los Corintios: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros" (1 Cor 3,16-17).

La conclusión a la que llegamos después de la lectura de los textos neotestamentarios es clara: **El Espíritu Santo es alma de la Iglesia, divinizador del cristiano, don de Cristo**.

Existencia de los dones del Espíritu Santo

Es una verdad teológica que tiene su confirmación en la Sagrada Escritura, en la Patrística, en la Liturgia; y todo ello, respaldado por el Magisterio de la Iglesia.

- Los testimonios de la Sagrada Escritura son muy fuertes; y, en concreto, destaca el **texto del profeta Isaías** en el que enumera las cualidades que brillarán en el Mesías como rey: "Reposará el Espíritu de Yahwéh, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Dios" (Is 11:2).

- La tradición, basándose en el uso que hace San Pedro del texto "*El Espíritu mora en nosotros*" (1 Pet 4:14), extendió esos dones a todos los fieles, de modo que en el alma en gracia habita el Espíritu Santo con sus dones.
- El Sínodo Romano del año 382 los enumera explícitamente (DS. 178).
- La Liturgia de la fiesta de Pentecostés.
- La encíclica *Divinum illud munus* del papa León XIII, es la carta magna consagradora de la teología de los dones.

¿Qué es un "don"?

- **Sentido genérico:** En ética se llama "don" a todo acto de benevolencia, regalo o donación sin restitución. La Sagrada Escritura nos presenta la gracia cristiana como un "don de amor". El apóstol Santiago advierte: "*Todo buen don y toda dádiva ... descende del Padre de las luces*" (Sant 1:17). Y San Pablo, refiriéndose al ser cristiano por la fe y el bautismo, precisa: "*y esto no os viene de vosotros: es don de Dios*" (Ef 2:8). **El Espíritu Santo es el primer don y de Él proceden todos los demás dones divinos.**
- **Sentido específico:** Teológicamente se definen como "perfecciones del hombre por las cuales se dispone a seguir dócilmente la moción del Espíritu Santo"²⁹⁸.

Los dones del Espíritu Santo son **hábitos sobrenaturales**, realmente distintos de las virtudes, con los cuales **el hombre se dispone convenientemente para seguir de una manera pronta, directa e inmediata la inspiración del Espíritu Santo** en orden a un objeto o fin que las virtudes no pueden por sí solas alcanzar; por lo cual son a veces necesarios para la misma salvación y siempre para la santidad de la vida cristiana. Están **conectados entre sí y con la caridad**, de tal manera que **el que está en gracia los posee todos y sin ella no posee ninguno**. Perdurarán en el cielo en grado perfectísimo. Los dones de sabiduría y de entendimiento son los más perfectos y afectan de lleno a la vida contemplativa.

Diferencia entre las virtudes y los dones del Espíritu Santo

Tantos las virtudes como los dones son hábitos operativos que residen en las facultades humanas. Todos ellos buscan el bien honesto y tienen el mismo fin último: la perfección del hombre. Ahora bien:

Las virtudes adquiridas

- **Disponen al hombre para ser movido por la razón natural** en orden a la realización de actos naturalmente buenos.

²⁹⁸ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-IIae, q.68, a.1 y 3.

Las virtudes infusas

- Disponen al hombre para ser **movido por la razón iluminada por la fe** en orden a la realización de **actos sobrenaturales al modo humano**.
- Actúan bajo la influencia de una simple gracia actual al modo humano, o sea sin superar el mecanismo psicológico del hombre elevado por la gracia al orden sobrenatural. Bajo la gracia actual, **el hombre actúa como causa principal** del acto virtuoso correspondiente.
- Se mueven por el dictamen de la razón iluminada por la fe, aunque siempre, bajo el influjo de una gracia actual. Por eso mismo, en su funcionamiento se mezcla inevitablemente un elemento humano: la propia razón natural, aunque sea iluminada por la fe. Ahora bien, esa modalidad humana procedente de la razón natural es un elemento extraño y enormemente desproporcionado a la naturaleza divina de las virtudes infusas, sobre todo de las teologales. Éstas reclaman, por su misma naturaleza, una modalidad divina para desplegar en todo su esplendor sus maravillosas virtualidades.
- El hábito de las virtudes infusas **lo podemos usar cuando nos "plazca"**, presupuesta la gracia actual, que a nadie se niega.

Los dones del Espíritu Santo

- Los dones del Espíritu Santo son ciertos hábitos sobrenaturales infundidos por Dios en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del Espíritu Santo.
- Por estos dones, el hombre se connaturaliza con los actos a que es movido por el Espíritu en orden a la realización de **actos sobrenaturales según un modo sobrenatural** o divino.
- Son **movidos por el Espíritu Santo** como **instrumentos directos suyos**.
- Obedecen a una moción especialísima del Espíritu, que los mueve y actúa al modo divino o sobrehumano. Bajo la moción especial de los dones, **el hombre pasa a ser causa instrumental del acto**, correspondiendo la causalidad principal al propio Espíritu Santo.
- El objeto formal: se actúa por razones divinas.
- La **causa motora de los dones es el mismo Espíritu Santo**.
- Estos dones vienen en ayuda de las virtudes infusas para que éstas puedan alcanzar su perfección.
- Los dones sólo **actúan cuando el Espíritu Santo quiere moverlos** y confieren al alma la facilidad para dejarse mover, de manera consciente y libre, por el Espíritu Santo.

La finalidad de los dones del Espíritu Santo

- Se dan como **ayuda para salir airosos en los casos repentinos** e imprevistos en los que el pecado o el heroísmo es cuestión de un instante (por ejemplo, ante una tentación repentina y violentísima en la que la victoria o la derrota es cuestión de un segundo). En estos casos, el alma no puede echar mano del discurso lento de las virtudes infusas en su modalidad

ordinaria o humana, sino que necesita la moción divina de los dones que actúa de una manera intuitiva e instantánea.

- Se otorgan para **perfeccionar el acto de las virtudes infusas**, dándole la modalidad divina.
- De suyo las virtudes teologales son más perfectas que los dones, como enseña Santo Tomás²⁹⁹; pero manejadas por el propio hombre en su modo humano no pueden desarrollar toda su enorme virtualidad divina, necesitando para ello la modalidad sobrehumana de los dones.
- Son **absolutamente indispensables para la perfección cristiana**. Sin la moción divina de los dones, las virtudes infusas no pueden desarrollar todas sus energías ni, por lo mismo, elevar el alma a la santidad.

Enumeración y función específica de cada don

En el texto hebreo del profeta Isaías (11: 2-3) aparecen nombrados seis dones del Espíritu, faltando el don de piedad. En cambio, en la traducción de la Vulgata ya aparecen nombrados los siete dones. San Pablo, en la Carta a los Romanos, incluye la piedad como uno de los dones del Espíritu Santo (Rom 8: 14-16).

Cada vez que recibimos un sacramento se produce en nuestro interior un cambio radical, pues a través de ellos recibimos la gracia santificante y los dones del Espíritu Santo. Cambios que acontecen en lo más profundo de nuestra alma, no de nuestros sentimientos.

Éstos son: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

1.- Don de sabiduría

- Nos da gusto para lo espiritual, capacidad de juzgar según la medida de Dios. Es una participación especial en ese conocimiento misterioso y sumo que es propio de Dios... Esta sabiduría superior es la raíz de un conocimiento nuevo, un conocimiento impregnado por la caridad, gracias al cual el alma adquiere familiaridad, por así decirlo, con las cosas divinas y se saborea en ellas. El verdadero sabio no es simplemente el que sabe las cosas de Dios, sino el que las experimenta y las vive.
- Además, el conocimiento sapiencial nos da una capacidad especial para juzgar las cosas humanas a la luz de Dios. Iluminado por este don, el cristiano sabe ver interiormente las realidades del mundo: nadie mejor que él es capaz de apreciar los valores auténticos de la creación, mirándolos con los mismos ojos de Dios.
- Es el primero y mayor de los siete dones.

²⁹⁹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, I-IIae, q.68, a.2.

2.- El don de entendimiento

- Es un don que nos capacita para “entender” las verdades de la fe de acuerdo con nuestras necesidades. Nos ayuda a comprender la Palabra de Dios y profundizar en las verdades reveladas.
- Esta luz del Espíritu, al mismo tiempo que agudiza la inteligencia de las cosas divinas, hace también más penetrante la mirada sobre las cosas humanas.

3.- El don de consejo

- Nos mueve a elegir lo que nos puede ayudar para nuestra salvación y a rechazar lo que se opone a la misma.
- Ilumina también nuestra conciencia para saber tomar las opciones más adecuadas en nuestra vida diaria.
- Actúa como un soplo nuevo en la conciencia, sugiriéndole lo que es lícito, lo que corresponde, lo que conviene más al alma.
- Enriquece y perfecciona la virtud de la prudencia y guía al alma desde dentro, iluminándola sobre lo que debe hacer, especialmente cuando se trata de opciones importantes, o de un camino que recorrer entre dificultades y obstáculos.

4.- Fortaleza

- Es una fuerza sobrenatural que sostiene la virtud cardinal de la fortaleza.
- Este don nos da fuerzas para realizar valerosamente lo que Dios quiere de nosotros, y sobrellevar las contrariedades de la vida. Para resistir las instigaciones de las pasiones internas y las presiones del ambiente. Para superar la timidez y la agresividad.

5.- Ciencia

- Nos da a conocer el verdadero valor de las criaturas en su relación con el Creador.
- Nos ayuda a conocer lo que es bueno o malo para nuestra salvación.
- Nos ayuda a descubrir el sentido teológico de lo creado, viendo las cosas como manifestaciones verdaderas y reales, aunque limitadas, de la verdad, de la belleza, del amor infinito que es Dios.
- El hombre, iluminado por este don, descubre al mismo tiempo la infinita distancia que separa a las cosas del Creador, su intrínseca limitación, la insidia que pueden constituir, cuando, al pecar, hace de ellas mal uso. Es un descubrimiento que le lleva a advertir con pena su miseria y le empuja a volverse con mayor ímpetu y confianza a Aquel que es el único que puede apagar plenamente la necesidad de infinito que le acosa.

6.- Piedad

- Sana nuestro corazón de todo tipo de dureza y lo abre a la ternura para con Dios como Padre y para con nuestros hermanos como hijos del mismo Padre.

- Nos ayuda a mantener una actitud íntima y de niño con Dios.
- Con relación a los demás hombres, este don, extingue del corazón aquellos focos de tensión y de división como son la amargura, la cólera, la impaciencia, y lo alimenta con sentimientos de comprensión, de tolerancia, de perdón.
- Es también el don de piedad quien eleva y perfecciona el verdadero patriotismo.

7.- Temor de Dios

- Es el temor a ofenderle debido al amor que le tenemos y al miedo al castigo si le ofendemos.
- Nos otorga un espíritu contrito ante Dios, conscientes de las culpas y del castigo divino, pero dentro de la fe en la misericordia divina
- El alma se preocupa de no disgustar a Dios, amado como Padre; de no ofenderlo en nada, de “permanecer” y de crecer en la caridad.

La teología católica, siguiendo a Santo Tomás, ha precisado la función específica que corresponde a cada uno de los dones. Cada uno de ellos tiene por **misión directa e inmediata la perfección de alguna de las virtudes fundamentales** (teologales y cardinales), aunque indirecta y mediatamente repercute sobre todas las virtudes derivadas de la teologal o cardinal correspondiente y sobre todo el conjunto de la vida cristiana.

- **El don de sabiduría perfecciona la virtud de la caridad**, dándole la modalidad divina que reclama y exige por su propia condición de virtud teologal perfectísima. Las almas que poseen de modo especial este don todo lo ven a través de Dios y todo lo juzgan por razones divinas, con sentido de eternidad, como si hubieran ya traspasado las fronteras del más allá. Han perdido por completo el instinto de lo humano y se mueven únicamente por cierto instinto sobrenatural y divino.
- **El don de entendimiento perfecciona la virtud de la fe**, dándole una penetración profundísima de los grandes misterios sobrenaturales. La inhabitación trinitaria en el alma del justo, el misterio redentor del Calvario, nuestra incorporación a Cristo como miembros de su Cuerpo místico, la santidad inefable de María, el valor infinito de la santa Misa y otros misterios semejantes adquieren, bajo la iluminación del don de entendimiento, una fuerza y eficacia santificadora verdaderamente extraordinarias.
- **El don de consejo perfecciona la virtud de la prudencia**, no sólo en las grandes determinaciones que marcan la orientación de toda una vida, sino hasta en los más pequeños detalles. Son a modo de “corazonadas”, cuyo acierto y oportunidad se encargan más tarde de descubrir los acontecimientos. Para el gobierno de nuestros propios actos y el recto desempeño de cargos directivos y de responsabilidad, el don de consejo es de un valor inestimable.
- **El don de fortaleza refuerza la virtud del mismo nombre**, haciéndola llegar al heroísmo más perfecto en sus dos aspectos fundamentales: resistencia y aguante frente a toda clase de ataques y peligros y acometida firme del cumplimiento del deber, a pesar de todas las dificultades y obstáculos. El don de fortaleza brilla en la vida de los mártires, en los grandes

héroes cristianos y también en la práctica callada y heroica de las virtudes de la vida ordinaria.

- **El don de ciencia perfecciona la virtud de la fe**, enseñándola a juzgar rectamente de las cosas creadas, viendo en todas ellas la huella o vestigio de Dios. El mundo tiene por insensatez y locura lo que es sublime sabiduría ante Dios. Es la "ciencia de los santos", que será siempre necia ante la increíble necesidad del mundo (1 Cor 3:19). Las almas en las que el don de ciencia actúa intensamente tienen instintivamente el sentido de la fe. Sin haber estudiado teología se dan cuenta en el acto si una determinada doctrina, un consejo, una máxima cualquiera está de acuerdo con la fe o está en oposición a ella.
- **El don de piedad perfecciona la virtud de la justicia**, una de cuyas virtudes derivadas es precisamente la piedad. Tiene por objeto excitar en la voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios considerado como Padre y un sentimiento de fraternidad para con todos los hombres en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre. Es también el don de piedad quien eleva y perfecciona el verdadero patriotismo, en cuanto que la Patria es también objeto de la virtud de la piedad.
- **El don de temor perfecciona dos virtudes**: primariamente la virtud de la **esperanza**, en cuanto que arranca de raíz el pecado de presunción, que se opone directamente a ella por exceso, y hace apoyarse únicamente en el auxilio omnipotente de Dios, que es el motivo formal de la esperanza. Secundariamente perfecciona también la virtud de la **templanza**, ya que no hay nada tan eficaz para frenar el apetito desordenado de placeres como el temor de los castigos divinos.

Los doce frutos del Espíritu Santo

Si permitimos que el Espíritu Santo trabaje en nuestra alma permaneciendo en estado de gracia santificante, nuestro "árbol espiritual" pronto empezará a producir frutos: caridad, gozo, paz, paciencia, mansedumbre, bondad, benignidad, longanimidad, fe, modestia, templanza y castidad.

Caridad: nos ayuda a ver a Cristo en los demás. Es por ello que les ayudamos a pesar de que pueda suponer un sacrificio para nosotros.

Gozo: nace de la posesión de Dios. Nos hace ser personas agradables y felices; buscando también hacer felices a los demás.

Paz: nos hace ser personas serenas. Mantiene al alma en la posesión de la alegría contra todo lo que es opuesto. Excluye toda clase de turbación y de temor.

Paciencia: nos hace ser personas que saben controlar su carácter. No somos resentidos ni vengativos. Este fruto modera la tristeza

Mansedumbre: modera la cólera y las reacciones violentas.

Bondad: nos ayuda a no criticar o condenar a los demás. Es una inclinación que nos ayuda a ocuparnos de los demás y a hacer que ellos participen de lo nuestro.

Benignidad: nos ayuda a ser gentiles y no andar discutiendo con todo el mundo. Da una dulzura especial en el trato con los demás.

Longanimidad: nos hace no quejarnos ante los problemas y sufrimientos de la vida. Nos ayuda a mantenernos perseverantes ante las dificultades.

Fe: nos ayuda a defender nuestra fe en público y no ocultarla por vergüenza o miedo. Es también cierta facilidad para aceptar todo lo que hay que creer, firmeza para afianzarnos en ello, seguridad de la verdad que creemos sin sentir dudas.

Modestia: nos ayuda a ser cuidadosos y discretos con nuestro cuerpo, evitando ser ocasión de pecado para los demás. Nos ayuda a preparar nuestro cuerpo para ser morada de Dios.

Templanza: nos ayuda a saber controlar nuestras pasiones y no dejarnos llevar por las mismas. En especial refrena la desordenada afición de comer y beber, impidiendo los excesos o defectos que pudieran cometerse.

Castidad: nos ayuda a ser cuidadosos y delicados en todo lo que se refiere al uso de la sexualidad, y en general, de los placeres de la carne.

Acabamos de este modo el capítulo 10, para en los dos siguientes apartados centrarnos en nuestra fe en la Iglesia fundada por Jesucristo y las propiedades que ha de tener la auténtica Iglesia (Capítulo 11). Y terminar esta serie dedicada a "Profundizar en nuestra fe" con el Capítulo 12, hablando de la Resurrección final y del mundo futuro.

Capítulo 11

¿Cuál es la Iglesia verdadera?

Una “verdad” relativa y sinfónica

Desde que en el siglo XVII el filósofo Descartes introdujera que el pensamiento es anterior e independiente de la verdad objetiva (“Cogito ergo sum”) y posteriormente la filosofía profundizara en este nuevo modo de pensar con la filosofía de tipo idealista de Kant, Hegel...; y más tarde estas nuevas “intuiciones” se aplicaran a la teología de corte modernista, el concepto de “verdad” cayó en el relativismo, y los dogmas y las verdades absolutas fueron en gran parte desechados, entre la filosofía y la teología primero, y después incluso, en el modo común de pensar del hombre de la calle.

Ya no se habla de “la verdad” en oposición a la mentira, sino de “mi verdad” en oposición a “tu verdad”. Una verdad que se ha hecho “sinfónica”; como si fuera un modo de la suma de “verdades” en las que a veces no se pone objeción sin son opuestas entre sí. El principio filosófico de no contradicción³⁰⁰ ha caído en el olvido y ahora se le puede dar la razón a todo el mundo, aunque defiendan proposiciones que son de suyo opuestas.

La opinión se ha transformado en “dogma”, y los auténticos dogmas, han perdido todo su valor para quedar reducidos a un mero punto de vista u opinión personal.

Este modo de pensar, que se aleja de toda lógica y del sentido común, se ha ido extendiendo como cáncer en todos los ámbitos del pensar y de la vida humana. Ahora se decide si algo es bueno o malo según el número de votos que tenga en una encuesta. Los políticos son unos expertos en esta materia, pues hoy pueden defender una tesis y mañana la totalmente opuesta sin experimentar el menor rubor.

Establecidas las bases de este nuevo modo de pensar, ahora quizás entenderemos un poco mejor la corriente teológica actual en la que se tiende a suprimir los dogmas, las verdades para siempre..., y se defiende en cambio una verdad de corte historicista y cambiante, según los vientos que corren en cada momento. No es pues extraño ver a “eminentes teólogos y jerarcas” de la Iglesia defender proposiciones que no hace mucho tiempo estaban condenadas como heréticas por los concilios y el magisterio anterior. Y lo peor de todo es que, como los aires que corren están a favor de ese modo de pensar, pocos son los que levantan su voz en contra de estas “nuevas verdades” y defienden la verdad de siempre.

³⁰⁰ Principio de no contradicción: *“Es imposible que algo sea y no sea al mismo tiempo y en el mismo sentido”.*

La verdadera Iglesia

Una vez que la teología y el hombre de hoy se han sumado a la corriente idealista e historicista, ya no se habla de Iglesia verdadera y de iglesias falsas, sino de la "Iglesia de Cristo" donde caben todas las iglesias, creencias, religiones e incluso los no creyentes (cristiano anónimo de K. Rahner); y en las que la única diferencia entre ellas sería el grado de participación mayor o menor en una supuesta iglesia universal fundada por Cristo a la cual todas las "iglesias particulares" pertenecerían. Obsérvese que ya no se habla de Iglesia verdadera o de iglesias falsas; y es lógico, pues la verdad objetiva como tal no se acepta, ya que ésta se adecúa y cambia –así defienden– según las circunstancias de los pueblos, las personas, las culturas y los tiempos.

Frente a este modo de pensar modernista y relativista, el Magisterio de la Iglesia siempre defendió que Jesucristo sólo fundó una Iglesia, la dotó de una estructura jerárquica para que transmitiera sus enseñanzas, la gobernara, y la santificara. Es por ello, que reconocer cuál fue la Iglesia fundada por Jesucristo sea esencial para el conocimiento de la verdad revelada y para tener los instrumentos de santificación que Cristo le dio.

El Magisterio siempre dijo que la Iglesia verdadera sería reconocida por cuatro "notas" o propiedades esenciales: Una, Santa, Católica y Apostólica.

Las notas de la Iglesia verdadera

La Unidad

Jesús la pidió expresamente al Padre la noche de la Última Cena como señal distintiva de su Iglesia: "*Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros*" (Jn 17: 11). Él mismo también nos dice: "*Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor*" (Jn 10:16).

Esta unidad se concreta en:

- **Unidad de fe:** tanto de las verdades reveladas como de las enseñadas por el Magisterio. "*El que a vosotros escucha, a mí me escucha; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia*" (Lc 10:16).
- **Unidad de gobierno:** pues la verdadera Iglesia fue fundada por Cristo de modo jerárquico, estando presidida por el Vicario de Cristo en la tierra. "*Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que ates sobre la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates sobre la tierra quedará desatado en los cielos*" (Mt 16:19).
- **Unidad de comunión:** siendo todos uno en Cristo, cabeza del Cuerpo Místico que es la Iglesia. Comunión que se manifiesta en una unidad de culto. "*Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno como nosotros*" (Jn 17: 11).

La Santidad

La verdadera Iglesia ha de ser santa, pues santo es su Fundador, santa su naturaleza y santos sus frutos.

Al mismo tiempo es santa porque tiene los medios de santificación; es decir los sacramentos. Lo cual no obsta para que sus miembros sean santos y pecadores. Sus miembros sólo alcanzarán la plena perfección en la gloria celestial. La Iglesia, ya en la tierra, está adornada de santidad verdadera, la cual se manifiesta sin cesar en los frutos que el Espíritu Santo produce en los fieles. Como nos dice San Pablo: *"Jesucristo se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y para purificar para sí un pueblo escogido"* (Tit 2:14).

La Catolicidad

La Iglesia verdadera debe ser católica, es decir, universal; pues la salvación ha de llegar a todos los hombres, independientemente de su raza, procedencia, época... Como nos enseña San Pablo: *"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad"* (1 Tim 2:4).

Fue el mismo Jesucristo quien le dijo a los Apóstoles que fueran a todo el mundo a predicar el evangelio...: *"Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (Mt 28:19).

La Apostolicidad

Se dice que la verdadera Iglesia ha de ser apostólica, en cuanto que Jesucristo la fundó sobre los Apóstoles y a éstos les dio la misión y el poder de seguir transmitiendo ininterrumpidamente todo lo recibido hasta el final de los tiempos. Para poder cumplir con esta misión, Cristo concedió a los Apóstoles la triple potestad de enseñar, gobernar y santificar su Iglesia (Mt 28: 18-20).

Lo que se busca del apóstol es que sea fiel transmisor de los misterios de Dios: *"Así han de considerarnos los hombres: ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que se busca en los administradores es que sean fieles"* (1 Cor 4: 1-2).

Así pues, la Iglesia debe ser apostólica:

- **En el origen:** debe ser la misma hoy que la fundada sobre los Apóstoles.
- **En la doctrina:** enseñando las mismas verdades que los Apóstoles.
- **En la sucesión:** gobernada, instruida y santificada por los legítimos sucesores de los Apóstoles.

La cristiandad está dividida en tres grupos principales

- La Iglesia Católica Romana.
- Las Iglesias Reformadas (protestantes).
- Las Iglesias Orientales-Cismáticas.

¿Cuál de ellas es la verdadera Iglesia fundada por Cristo? La que reúna las cuatro notas distintivas que le dio su Fundador.

El Protestantismo carece de:

- Unidad de fe, de gobierno y de comunión.
- Santidad: pues rechaza casi todos los sacramentos.
- Apostolicidad: no procede de los Apóstoles, sino que surge en el siglo XVI con Lutero.

Las Iglesias Orientales separadas o cismáticas carecen también de:

- Unidad de fe, de gobierno y de culto.
- Catolicidad: cada una es autocéfala, independiente e incapaz de extenderse universalmente.
- Apostolicidad. Sus obispos actuales ya no son sucesores de Pedro a raíz de su separación de Roma.
- En cambio, sí poseen la Santidad porque conservan los siete sacramentos que son aprovechados por sus miembros.

La Iglesia Católica proclama, cree y tiene esas cuatro notas:

- Unidad de fe, gobierno y culto. Respetando la triple dimensión transmitida por Jesucristo a sus Apóstoles: enseñar, gobernar y santificar.
- Santidad: en cuanto que tiene los siete sacramentos instituidos por Jesucristo para santificar a sus miembros.
- Catolicidad: ya que es universal, pues es capaz de llegar a todos los hombres de todos los tiempos y enseñarle todas las enseñanzas de Cristo.
- Apostolicidad: pues fue transmitida por Jesucristo a los Apóstoles; y éstos, por sucesión ininterrumpida hasta nosotros.

La única Iglesia que mantiene estas cuatro notas es la Iglesia Católica. Por eso decimos que ella es la única Iglesia verdadera.

¿Por qué se usa el término “Iglesia de Cristo” para referirse también a iglesias que no son la Iglesia Católica?

Desgraciadamente, debido a un ecumenismo mal entendido que está circulando entre teólogos y eclesiásticos católicos de renombre, se llama Iglesia de Cristo a cualquier iglesia que reconoce a Cristo como su Salvador.

Un ecumenismo, que tiene como consigna: “Fijémonos más en lo que nos une que en lo que nos separa”. Consigna que puede ser muy bonita, pero que lo que está haciendo en realidad es borrar las aristas, difuminar los dogmas, enmascarar las diferencias, y usar las mismas palabras para conceptos e ideas totalmente diferentes. Por ejemplo: tanto católicos como muchos protestantes aceptan que Cristo está presente en la Eucaristía; la diferencia radica en que para nosotros los católicos, Cristo está realmente presente, en cambio para ellos su presencia es simbólica y de mero recuerdo, pero no real. Cuando ambos decimos que Cristo está presente en la Eucaristía, pero ocultamos el modo de presencia, en realidad lo que estamos haciendo es engañando y confundiendo.

El término “Iglesia de Cristo” para un católico es sinónimo de Iglesia Católica; pero para un protestante, también su iglesia sería de Cristo, pues aceptan a Cristo como su salvador, aunque luego rechacen muchas de sus enseñanzas, sacramentos...

Como consecuencia de este ecumenismo mal entendido, existe la tendencia a borrar las diferencias que existen entre las diferentes iglesias, aunque ello produzca confusión e indiferentismo. Esa forma impropia de expresarse está extendiendo la idea de que cualquier iglesia es capaz de salvarnos. En otras palabras, que todas las iglesias son verdaderas (aunque unas más que otras).

En el fondo todo queda reducido a decir que en la Iglesia Católica hay una mayor participación en la Iglesia de Cristo; mientras que las demás iglesias también forman parte de esa Iglesia de Cristo, aunque con menos participación, pues no poseen la “totalidad de la verdad”.

Ese modo de hablar está extendiendo la opinión de que no es necesaria la conversión a la Iglesia Católica para salvarse; es decir, uno puede seguir en su propia iglesia ya que sería igualmente salvado; lo cual es absolutamente falso. Si eso fuera verdadero, entonces ¿para qué servirían los sacramentos que los católicos tenemos y que son rechazados abiertamente (muchos de ellos) por los protestantes? Si los sacramentos no son necesarios para la salvación, ¿por qué los instituyó Jesucristo? Este es sólo un ejemplo.

¿Qué significa “fuera de la Iglesia (verdadera) no hay salvación”?

Frente a este ecumenismo deforme y realmente maquiavélico, están las enseñanzas de la Iglesia de siempre, y que ahora vamos a recordar.

Fue el mismo Jesucristo quien dijo: *"El que crea y se bautice se salvará y el que no crea se condenará?"* (Mc 16:16). Y también nos dijo: *"quien no renaciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios"* (Jn 3:5).

Esta verdad, luego fue atestiguada y profundizada por la enseñanza de los Santos Padres y del Magisterio.

San Agustín decía con toda claridad y firmeza: *"Fuera de la Iglesia Católica se puede encontrar todo menos la salvación. Se puede tener honor, se puede tener sacramentos, se puede cantar ¡aleluya!, se puede responder ¡amén!, se puede sostener el Evangelio, se puede tener fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, y predicarla; pero nunca, si no es en la Iglesia Católica, se puede encontrar la salvación"*³⁰¹.

El Concilio de Florencia enseñaba: *"Nadie que no esté dentro de la Iglesia Católica... puede hacerse partícipe de la vida eterna, sino que irá al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles, a no ser que antes de su muerte se uniere con ella"* (Dz 714).

El Catecismo de San Pío X decía: *"Fuera de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, nadie puede salvarse, como nadie pudo salvarse del diluvio fuera del Arca de Noé, que era figura de esta Iglesia"*³⁰².

¿Cómo entender pues, la expresión de Pío IX y que luego retoma el Vaticano II de que es posible la salvación de los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia?

Pío IX nos dice: *"Aquellos que sufren ignorancia invencible acerca de nuestra santísima religión, que cuidadosamente guardan la ley natural y sus preceptos, esculpidos por Dios en los corazones de todos y están dispuestos a obedecer a Dios y llevan una vida honesta y recta, pueden conseguir la vida eterna, por la operación de la virtud de la luz divina y de las gracias"*³⁰³.

Y el Concilio Vaticano II enseña: *"Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la vida eterna"*³⁰⁴.

Los que no se salvan **en** la Iglesia, consiguen la salvación siempre **por medio de** la Iglesia. Es enseñanza continua de la Iglesia que Dios no rehúsa a nadie los medios para alcanzar la felicidad eterna y sobrenatural.

Hoy día, en el actual clima de agnosticismo y relativismo en el que vivimos, es frecuente encontrar a personas, e incluso a miembros de la jerarquía de la Iglesia, que sostienen que toda religión serviría por igual a quien de buena fe la practicara. Este planteamiento, contradice las enseñanzas que siempre fueron mantenidas por el Magisterio. El mismo Vaticano II afirma, aunque sin la contundencia y la claridad del magisterio anterior: *"Todos los hombres están obligados a buscar la*

³⁰¹ San Agustín, *Enchiridion Patristicum*, n. 1858.

³⁰² Catecismo de San Pío X, n. 170.

³⁰³ Pío IX, *Encíclica Quanto conficiamur moerore*, Dz 1677.

³⁰⁴ Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 16.

verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, abrazarla y practicarla”³⁰⁵.

La Iglesia del Anticristo

En los últimos cien años aproximadamente se ha visto resurgir con gran virulencia una iglesia, que usando las estructuras de la Iglesia Católica es en realidad la “Iglesia del Anticristo”. En ella se practican cultos diabólicos y se adora a Satanás. Su fin es intentar destruir la Iglesia verdadera y a todos los que a ella pertenezcan. Todos sabemos que la Iglesia fundada por Cristo nunca podrá ser destruida (Mt 16:18), aunque sí quedará reducida a un resto fiel (Lc 18:8).

Sabemos también, que la masonería, en sus grados más elevados, practica cultos diabólicos; y que parte de ella se ha infiltrado en las más altas estructuras de la Iglesia Católica. Por lo que podemos concluir de ahí, que la Iglesia del Anticristo es un “cáncer” que subsiste y se alimenta de la misma Iglesia fundada por Jesucristo. Y como tal cáncer intenta aprovecharse de los inocentes fieles y de los no tan inocentes pastores, que, en medio de la confusión actual, se dejan seducir y engañar. Pero profundizar en esta problemática sería tema para otro artículo.

³⁰⁵ Vaticano II, *Dignitatis humanae*, n. 1.

Capítulo 12

La resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro

La etapa final de la vida³⁰⁶

Cuando visito en sus casas a personas mayores que están enfermas, una vez que les he confesado y dada la Sagrada Comunión y la Unción de los Enfermos, me suelo detener un rato con ellos para prepararlos para la etapa final de sus vidas. Sin apenas darse ellos cuenta, les voy introduciendo en un tema que si no se hiciera de ese modo produciría angustia y probablemente desesperación. Hecho de este modo y siguiendo un criterio regulado por la prudencia, comienzo a hablarles del cielo, del gozo de estar allí junto a Dios, la Virgen y los santos..., para de modo imperceptible decirles que si su alma es pura, en poco tiempo también ellos estarán gozando de esa dicha para toda la eternidad. A lo largo de toda mi experiencia sacerdotal no me he encontrado a nadie que se haya turbado ni desasosegado ante estas palabras; todo lo contrario, acabada la conversación, sus almas se han encontrado en paz y con deseos de ofrecerse a Dios en un último acto de amor y de entrega cuando Dios así lo estime oportuno.

La fe que tenemos los cristianos en la resurrección de los muertos y en la vida en un mundo futuro lleno de gloria y paz, es lo que nos aporta gran consuelo en esta vida ante los miles de sufrimientos que todos y cada uno hemos de padecer antes de encontrarnos cara a cara con Dios nuestro Creador.

Por todo ello, una de las cosas que más me entristecen como sacerdote, es ver el rechazo de los familiares de la persona enferma a la que deseo visitar. Con mucha frecuencia les he tenido que presentar serios argumentos para que hagan ese acto de caridad con sus padres. La respuesta de la gran mayoría es la manifestación de la falta de fe en la que se vive: "Si viene usted a mi casa, mi madre se va a asustar, pues se va a pensar que se va a morir". Yo les digo que sólo en dos casos he sido rechazado directamente por el enfermo, casos en los que probablemente la persona estaba endemoniada, pues cuando supieron que estaba en el hogar comenzaron a gritar y a pronunciar blasfemias. En el resto de los casos, después de pasar por la primera barrera que me ponen los familiares, y que en ciertas ocasiones me impide acceder a los enfermos, cuando he dejado la casa, tanto los familiares como los enfermos quedaron profundamente consolados, fortalecidos y preparados para la prueba final.

³⁰⁶ En la elaboración de este artículo hemos seguido muy de cerca toda la enseñanza que aparece en la Enciclopedia GER

La resurrección de los cuerpos

Con el nombre de resurrección de los muertos, o también llamada de los cuerpos o de la carne, se designa uno de los acontecimientos finales y culminantes de la historia: al final de los tiempos, cuando Dios intervendrá con todo su poder y Cristo vendrá en gloria y majestad para juzgar a todos los hombres, los cuerpos resucitarán, es decir, los hombres recuperarán su corporeidad y las almas se unirán de nuevo a sus cuerpos, y en este estado permanecerán por toda la eternidad. Esta verdad revelada es uno de los artículos básicos de la fe, y objeto de la esperanza cristiana, ya que es entonces, en la resurrección de los cuerpos o liberación de la sujeción a la muerte, cuando será llevado a su último cumplimiento la obra de redención de Cristo.

San Pablo lo dice con palabras claras: *"si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe"* (1 Cor 15: 13.14). Entonces no estaríamos redimidos, pues redención significa precisamente unión, comunión con el espíritu y vida de Cristo que habiendo padecido y habiendo sido glorificado, ha vencido al pecado y a la muerte.

Doctrina de la Iglesia

El tema de la resurrección de los muertos ha sido objeto de predicación constante por la Iglesia. Doctrina que resumimos así:

- Inmediatamente después de la muerte, cada hombre es objeto del juicio de Dios y recibe la sentencia definitiva, de modo que, según el estado en que se encuentre, es recibido en el cielo, condenado al infierno o destinado a la purificación antes de su admisión en la gloria.³⁰⁷
- No hay, pues, después de la muerte, un estado de dormición, aletargamiento o desvanecimiento del hombre, sino que las almas, en cuanto que inmortales por naturaleza, entran ya, aunque separadas de sus cuerpos, a participar de su suerte eterna. Siendo, no obstante, almas humanas, es decir, hechas para informar un cuerpo, conservan la relación a éste, que así como estuvo unido a ellas durante la vida terrena, deberá participar de la situación eterna.
- Habrá, pues, una resurrección de los muertos, es decir, un volver a tomar el cuerpo³⁰⁸.
- La resurrección es universal, es decir, afecta a todos los hombres, tanto a los justos como a los pecadores³⁰⁹.

³⁰⁷ Es dogma de fe; habiendo sido definido en: Concilio I de Lyon (DS 838); Concilio II de Lyon, (DS 856-858); Concilio de Florencia (DS 1304-1306).

³⁰⁸ Es dogma de fe: Símbolo de los Apóstoles (DS 11); Símbolo niceno-constantinopolitano (DS 150); Profesión de fe Tridentina (DS 1862).

³⁰⁹ Es dogma de fe: Símbolo Quicumque (DS 76); Concilio XI de Toledo (DS 510); Concilio II de Lyon (DS 859); Benedicto XII, Constitución Benedictus Deus (DS 1002).

- El cuerpo resucitado es el propio cuerpo, es decir, el mismo cuerpo que perteneció al alma durante la vida terrena, se trata no de una reencarnación, sino de una resurrección³¹⁰.
- Después de la resurrección de los cuerpos no habrá ya más cambio, sino que cada hombre permanecerá en su estado definitivo por toda la eternidad. Los cuerpos resucitados son, en ese sentido, inmortales e incorruptibles.
- Aunque la resurrección es universal tiene sentido distinto en los justos y en los pecadores; en los primeros es para glorificación, en los segundos es para condenación.

Sagrada Escritura

En el Antiguo Testamento

Para el Antiguo Testamento, el alma es la fuente de la vida. Cuando Dios inspiró su espíritu en el cuerpo humano formado del polvo de la tierra, el hombre quedó constituido como "alma viviente" (Gen 2:7), como ser vivo.

En los libros más antiguos del Antiguo Testamento, no hay una revelación de la resurrección de los muertos, sino que el hombre que sea bueno y fiel gozará de larga vida, y todas sus bendiciones pasarán a su descendencia. Con el paso de los siglos y la profundización en la revelación, va apareciendo la idea de la resurrección después de la muerte; primero como ansia del alma, y luego como realidad revelada.

En el Antiguo Testamento no se halla ningún término hebreo para designar la resurrección. De su realidad se habla cuando se declara expresamente la existencia de una vida futura después de la muerte. Es precisamente en torno al tema de la muerte y al de la suerte del justo o del pecador como se revela la verdad de la resurrección.

A lo largo del Antiguo Testamento está presente el convencimiento de que Dios tiene poder de "vivificar a los muertos" (1 Sam 2:6; Deut 32:39; Sab 16:13). Ante la visión de una llanura llena de huesos, el profeta Ezequiel pregunta si "estos huesos podrán revivir" a lo que contesta: "Señor Yahwéh, Tú lo sabes" (Ez 37:3). Queda claro que atribuye a Dios sabiduría y poder, y no excluye una resurrección universal, pero no la afirma todavía como parte integrante del tesoro de la fe del pueblo elegido.

El término "resurrección" tiene a veces un valor metafórico en el Antiguo Testamento: los cadáveres significan el pueblo en la "muerte" del exilio y la resurrección ha de entenderse como retorno a la patria. Análogamente deben tomarse las palabras de Amós (Am 5:2) y Oseas (Os 6: 1 y ss).

³¹⁰ Es dogma de fe; Símbolo Quicumque (DS 76); Concilio XI de Toledo (DS 540); Concilio IV de Letrán (DS 854); Benedicto XII, Constitución Benedictus Deus (DS 1002).

Ya en el profeta Isaías se comienza a ver una interpretación de la resurrección en sentido escatológico y real: *"vivirán tus muertos, mis cadáveres se levantarán, despertarán y exultarán los habitantes del polvo..., y la tierra espíritus de muertos parirá"* (Is 26:19). Dios sacará a los muertos del seol para que participen en el Reino.

El profeta Daniel es tajante. La vida nueva en la que entrarán los resucitados no será semejante a la vida del mundo presente, sino que será una vida transfigurada (Dan 12:3). La proclamación de una resurrección real en el apocalipsis de Daniel es indiscutida e indiscutible:

"Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, éstos para la vida eterna, aquéllos para oprobio, para eterna ignorancia" (Dan 12:2).

En los Salmos la idea aparece muy clara: *"No has de abandonar en el seol mi alma, ni harás que tu santo la corrupción contemple"* (Sal 16:10). Y más todavía en el Segundo Libro de los Macabeos:

"Tú, malvado, nos borras de la vida presente, pero el rey del mundo nos resucitará a una vida nueva y eterna a quienes hemos muerto por sus leyes" (2 Mac 7:9).

"De Dios he recibido estos miembros, y, por sus leyes, los desprecio; pero espero obtenerlos nuevamente de Él" (2 Mac 7:11).

En el Nuevo Testamento

Jesucristo enseña la verdad de la resurrección, que desde el tiempo de los Macabeos pertenecía ya de modo general -aunque no unánimemente aceptada- a la fe del judaísmo. La fe de los judíos creyentes en la resurrección es confirmada por Jesús (Mt 10:28; Lc 14:14) sobre todo en su conversación con Marta:

"Tu hermano resucitará. Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección en el último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá" (Jn 11:23-25).

Jesús defiende decididamente la fe en la resurrección frente al sentido materialista de los saduceos (Mt 22:31 ss.); pero también corrige la opinión de los fariseos, para quienes la resurrección era un mero volver a la vida terrena. Hace notar que después de la resurrección los hombres tendrán un modo de existencia nueva: *"no se casarán ellos ni ellas, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo"* (Mt 22:30).

Jesucristo anuncia, por otra parte, que el misterio de la resurrección será inaugurado por Él, a quien Dios ha dado el poder sobre la vida y la muerte (Jn 11).

Al hablar de la resurrección en el Nuevo Testamento se hace referencia principalmente a la resurrección de los justos, pero también se trata de la de los pecadores. Es sobre todo en la revelación del juicio universal donde se trata de una resurrección tanto de justos como de pecadores (Mt 11:22; 12:41).

El Evangelio de San Juan enseña que *"todos los que están en los sepulcros oirán su voz"*, que unos *"saldrán para resurrección de vida"* los otros *"para resurrección de condenación"* (Jn 5:29).

De "resurrección tanto de justos como de injustos" habla San Pablo en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hech 24:15); aunque de ordinario al tratar de la resurrección contempla en primer lugar la resurrección de los justos (1 Cor 15).

El mismo sentido de universalidad tiene el anuncio profético del Apocalipsis: cuando vuelva el Señor por segunda vez *"le verá todo ojo, y también los mismos que le traspasaron"* (Ap 1:7); de modo que todos serán juzgados *"conforme a sus obras"* (Ap 20:12).

Reflexión Teológica

La Revelación divina afirma la transformación del hombre entero con la resurrección

La esperanza cristiana tiene por objeto la vida eterna del hombre completo: alma y cuerpo.

Al primer hombre, Adán y Eva, aunque conforme a las leyes naturales su vida estaba sujeta a la muerte, le había sido ofrecido el don de la inmortalidad si era fiel a Dios. Pero el hombre no quiso obedecer, pecó. Dado que la inmortalidad no le era propia, sino un don de Dios, al aislarse de Él quedó abocado a la muerte. La muerte es consecuencia del pecado:

"Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Rom 5:12).

La resurrección corporal anunciada por Cristo, y en Él ya realizada, revela que los hombres no terminan con la muerte, sino que seguirán viviendo, y con una vida total, espiritual y corporal.

La resurrección es la culminación de la salvación del hombre. Con la muerte termina el tiempo de merecer, y el que muere en estado de gracia recibe el don de la visión beatífica. Pero aún no ha manifestado, en lo corporal, toda su virtualidad; eso lo hará con la resurrección gloriosa el día de la consumación final.

El sentido último de la justificación radica en que la vida de la Cabeza informe plenamente la vida de los miembros, haciéndoles participar en su vida de resucitado. En el bautismo hemos muerto y resucitado con Cristo (Col 2:12). La unión con Cristo durante la vida mortal no pasa de un estado imperfecto, pero tiende a un estado definitivo. Esa plenitud se alcanza después de la muerte, si se ha perseverado en la gracia, puesto que entonces se recibe la confirmación en la gracia y en la amistad con Dios, es decir, una existencia del todo libre de pecado, más aún, libre del mismo poder pecar; y finalmente, con la resurrección de los cuerpos, con la cual la muerte corporal, signo del pecado, es vencida y superada.

Situación del hombre entre la muerte y la resurrección final

El hombre no desaparece con la muerte, sino que su alma, sustancia espiritual incompleta, puesto que está hecha para informar un cuerpo, pero puesto que es incorruptible, continúa existiendo. Existe, pues, un estado intermedio entre la muerte y la resurrección, en el que las almas son recibidas en el cielo, acceden al purgatorio o caen en el infierno, según su estado de gracia y purificación.

El cuerpo resucitado

La doctrina de la resurrección implica que para un existir pleno del hombre se requiere el cuerpo. La unidad total del hombre es la llamada a gozar de la beatitud eterna o a padecer una eterna condenación. El fin último de la redención se alcanza con la resurrección del cuerpo. La redención debe expresarse también en el cuerpo y éste tiene, por tanto, que llegar a una forma de existencia diferente a la actual. Resucitar no significa, pues, comienzo de una repetición de la vida terrena, sino de una vida nueva (Mt 22:30).

Cualidades del cuerpo resucitado

San Pablo menciona en su Primera Carta a los Corintios cuatro cualidades (1 Cor 15: 35-44): incorruptibilidad, gloria, poder y espiritualidad.

- **Incorruptibilidad:** en contraposición al estado actual de sujeción a desgaste y muerte (Lc 20:36). Para los resucitados no habrá ya muerte ni pasibilidad, ni *"tendrán ya más hambre ni más sed... y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos"* (Ap 7:16).
- **Gloria o claridad:** palabra que nos recuerda que la gloria es una cualidad de Dios, así como de Cristo resucitado. De esa gloria es hecho partícipe el hombre salvado y resucitado: *"los justos brillarán como el sol"* (Mt 13:14).
- **Poder o fortaleza y agilidad:** en contraposición a la debilidad actual.
- **Espiritualidad:** propiedad que resume las tres anteriores.

Al cuerpo así transformado lo llama San Pablo cuerpo espiritual porque estará animado por el espíritu; entendiéndolo por tal el principio vital del hombre regenerado, el cual vive bajo influjo y moción del Espíritu Santo. El cuerpo sujeto a las leyes de crecimiento y corrupción es el que recibimos de Adán, hecho ser viviente por el alma que Dios le infundió; el cuerpo "espiritual", en cambio, lo debemos a la virtud del segundo Adán, Jesucristo, hecho para nosotros "espíritu vivificante" (1 Cor 15:45), que nos transmite una vida muy superior a la del alma, capaz de transformar nuestros cuerpos.

El cuerpo resucitado es específicamente y numéricamente idéntico al terreno. *"Porque es preciso que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal..."* (1 Cor 15: 53-54). El empleo del demostrativo *este*, repetido cuatro veces, recalca la identidad del cuerpo resucitado con el que ahora tenemos, verdad que, como ya decíamos ha sido definida como dogma de fe.

La resurrección de los cuerpos de los condenados

Hasta aquí hemos hablado de la resurrección gloriosa, o resurrección de los cuerpos de los muertos en gracia, que es el objeto de la esperanza cristiana. Conviene decir algunas palabras sobre la resurrección para la condenación o para la muerte eterna. Obviamente esta resurrección es expresión de la unidad anímico-corporal del ser humano, de modo que es justo que *"los cuerpos, de que usan los hombres como de compañeros del pecado, sean castigados o premiados juntamente con el alma"* ³¹¹. Sobre las condiciones que tengan esos cuerpos la Tradición es muy escueta, limitándose prácticamente a repetir que es un reasumir los propios cuerpos, y un reasumirlos no para gloria sino para condenación, con todo lo que eso implica.

La vida en el mundo futuro

Significado del término "cielo"

El término cielo tiene muchos significados: la atmósfera, el firmamento con sus astros, la vida divina con sus ángeles a la que se unen Cristo glorificado y los bienaventurados.

El término "coelum" en los clásicos latinos deriva de la palabra griega koilon, y significa el aire, la región del aire, la morada de los dioses, la gloria trascendente de la divinidad. De estos conceptos se pasa fácilmente al de morada de los bienaventurados. La palabra estaba, pues, preparada para recibir en el idioma latino y luego en los derivados de éste, el contenido bíblico de la revelación neotestamentaria acerca de la vida futura de los justos.

El cielo es primariamente un lugar, pues allí se encuentran los cuerpos resucitados y gloriosos de Cristo y María.

Es también una nueva forma de existencia, determinada primariamente por la profunda vinculación espiritual con Dios, la cual da al hombre una felicidad completa y para siempre.

Dicha forma celestial de existencia se alcanza plenamente después de la Parusía del Señor, pero se goza ya esencialmente antes de la resurrección del cuerpo en el estado de alma separada.

Vida de unión con Dios a través de Cristo Jesús

El mismo Jesucristo no explica en qué consistirá el cielo. El destino final del hombre es estar con Él:

- Jesús consuela a los Apóstoles en el sermón de despedida del Jueves Santo, diciéndoles que va a prepararles un lugar para que donde esté Él, estén también los suyos (Jn 14: 2-3).

³¹¹ Catecismo romano, p. 1, c. 12, n. 5.

- A los misericordiosos les anuncia que en el día de su segundo advenimiento los llamará hacia sí: *"Venid los benditos de mi Padre..."*, en contraposición a lo que les ocurrirá a los inmisericordes a los que apartará: *"Apartaos de mí..."* (Mt 25:34-41).
- Al ladrón arrepentido que muere junto a su cruz, le promete: *"Hoy estarás conmigo en el paraíso"* (Lc 23:43).

Para San Pablo el cielo significa "estar con Cristo"

Lo vemos claramente reflejado en la Carta a los Filipenses cuando dice: *"Me siento apremiado por los dos extremos: el deseo que tengo de morir para estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor, o permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros"*. (Fil 1: 23-24). Y también cuando anuncia la Parusía, y con ella, la reunión de los fieles con Cristo glorioso: *"Seremos arrebatados a las nubes para salir al encuentro del Señor en los aires; y así estaremos siempre con el Señor"* (1 Tes 4:17).

Este "estar con Cristo" incluye tres cosas fundamentales: semejanza en cuanto a la condición de vida, participación de los mismos bienes y comunión de vida, que arrancando de Cristo se difunde en todos los bienaventurados.

La alegoría de la vid y los sarmientos que encontramos en el evangelio de San Juan (Jn 15) al aplicarla a la vida celestial nos lleva directamente a la unión con Cristo, como causa de la vivificación y plenitud celestial.

El concepto del "estar con Cristo" tiene también en las mismas fuentes bíblicas una dimensión comunitaria. La Iglesia celestial se une con Cristo, como la Esposa con el Esposo.

El cielo como lugar donde se celebra el banquete

La imagen del banquete para significar el reino de Dios, es usada varias veces por Jesús:

Al principio de su vida pública nos decía Cristo: *"Muchos de oriente y de occidente se sentarán a la mesa con Abraham e Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos; en cambio los hijos del Reino (del demonio) serán echados a las tinieblas de fuera"* (Mt 8: 11-12),

En la parábola de los invitados descorteses dice Jesús: *"Se parece el reino de los cielos a un rey que preparó las bodas de su hijo..."* (Mt 22:2)

En el discurso de la Última Cena dice: *"Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel"*. (Lc 22: 29-30).

Esta imagen del cielo como banquete subraya un conjunto de realidades que nos dan una idea más completa de lo que el cielo es: la presidencia de Dios en el cielo, la comunión con Cristo, el sentido fraternal del cielo, y la felicidad, expresada en la satisfacción de saciarse y paladear una buena comida.

Cuando a la imagen del banquete se le une el concepto de convite nupcial, se acentúa el ambiente de amor del convite celestial y se insinúan los místicos desposorios de Cristo con los invitados al banquete.

El Cielo como templo, santuario o casa de Dios

El cielo como templo de Dios al que entra el justo gracias a Cristo redentor: *"Teniendo confianza para entrar en el santuario con la sangre de Jesús..."* (Heb 10:19), dice San Pablo iniciando un canto a la esperanza cristiana y a la misericordia de Dios. El templo celeste, en el que uno se encuentra ante la majestad de Dios, no es un templo material.

Hablando de la ciudad celestial dice San Juan que no vio templo en ella *"pues su templo es el Señor Dios, el Dueño de todo, y el Cordero"* (Ap 20:22). El lugar de encuentro con Dios es la misma divina intimidad y es Cristo por quien tenemos acceso al Padre.

El cielo también aparece como casa de Dios en la que hay muchas moradas, que el Señor ha ido a preparar para sus discípulos (Jn 14: 2-6). San Pablo lo explica con claridad meridiana: *"Sabemos que si se destruye esta casa terrenal nuestra en que acampamos, tenemos casa que existe por Dios, Morada no hecha por manos, eterna, en los cielos"* (2 Cor 5:1). Estando en la casa de Dios, se goza de la situación y los bienes de Dios, así como de su vista y amistad.

Similar al cielo es la idea del Paraíso

Así lo menciona Jesucristo al Buen Ladrón cuando estaban en la cruz: *"Hoy estarás conmigo en el Paraíso"* (Lc 23:43). Y en expresión profética dice también el Señor en el Apocalipsis: *"Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios"* (Ap 2:7).

La visión beatífica

Como nos dice San Juan, Cristo como hombre, veía a Dios: *"A Dios nadie le ha visto nunca; el Hijo único que está en el seno del Padre es quien lo ha manifestado"* (Jn 1:18; 14:9). De esta visión filial nosotros participaremos en la consumación celestial: *"Ahora somos hijos de Dios, y todavía no se ha manifestado qué seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es"* (1 Jn 3:2).

San Pablo, en su Primera Carta a los Corintios nos habla de ese modo especial de visión que ocurrirá en el cielo: *"Ahora nuestro conocimiento es imperfecto, e imperfecta nuestra profecía. Pero cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, razonaba como niño. Cuando he llegado a ser hombre, me he desprendido de las cosas de niño. Porque ahora vemos como en un espejo, borrosamente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como soy conocido"* (1 Cor 13: 9-12). La contraposición entre el modo de alcanzar a Dios por el conocimiento meramente humano en la tierra y el del cielo es notorio; es lo imperfecto en contraposición a lo perfecto, es como ver por medio de espejo, que

cambiará en visión facial o inmediata; y es conocimiento parcial y transitorio que pasará a total y permanente.

Ahora bien, esta "visión" de Dios no sólo lleva consigo un conocimiento intelectual, sino que implica a la persona por completo, es decir también en su facultad de amar. El amor correspondiente a la visión es continuación y sublimación del amor del creyente en este mundo: *"el amor nunca muere"* (1 Cor 13:8). Un diálogo amoroso que ahora en este mundo es un balbuceo, pero que en la otra vida será lúcido, pleno y total.

La definición dogmática de Benedicto XII recoge la explicación profunda de la visión de Dios: *"Visión de la divina esencia, intuitiva y facial, sin creatura como medio, en razón de objeto previamente visto; visión de la divina esencia inmediata, que desnuda, clara y abiertamente se manifiesta; así en el cielo se goza de la divina esencia y con tal goce y visión se es bienaventurado y se tiene la vida y el descanso eternos"*³¹².

Para que pueda darse esta "visión beatífica" el hombre necesita una luz especial: el "lumen gloriae". Es una luz sobrenatural que ilumina la inteligencia humana para que la verdad infinita pueda en sí misma y no a través de raciocinio o analogía, ser conocida por el hombre (DS 895).

La felicidad celestial

El maravilloso bienestar celestial nos viene repetidamente indicado en la Sagrada Escritura. Las bienaventuranzas (Mt 5) tienen indudablemente un sentido escatológico (aunque no único) y el Apocalipsis insiste en ella especialmente: *"Felices los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí, dice el Espíritu, que reposen de sus fatigas"* (Ap 14:13).

La alegría, que en la Biblia tiene también siempre un fundamento religioso, se refiere especialmente a la definitiva vinculación con Dios en la consumación celestial. Es un gozo que espera anhelantemente su plenitud celestial (Rom 12:12; 1 Pe 1: 3-9).

El cielo como participación de la vida divina

Cuando hablamos de la vida eterna en los cielos no sólo nos referimos a una vida sin término, sino a una participación en la vida divina. En Cristo está la vida (Jn 1:4) y viene al mundo para darla a sus ovejas (Jn 10). Es una vida en íntima unión con Él (Jn 17:3). Aquí la vivimos a modo de primicias y se perfeccionará luego en el cielo.

³¹² Benedicto XII, *Benedictus Deus*, DS 1000.

San Pablo nos habla de la vida aquí y allá y establece la relación entre ambas: "*Habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, entonces también vosotros os manifestaréis gloriosos junto a Él*" (Col 3: 3-4; 1 Cor 15:45; Fil 1:21).

A la luz de esta profunda relación entre la vida cristiana y el cielo, descubrimos que el cielo ha de enseñarnos el modo de vivir aquí en la tierra.

La vida eterna en nosotros, que se desarrolla plenamente en el cielo es, ni más ni menos, la participación de la misma vida trinitaria. La vida que arranca del Padre y se refleja en el Hijo y se da en el Espíritu Santo, es la que se tiene en participación por la posesión del Espíritu, dado por Cristo en su comunicación constante con cada uno de nosotros.

A semejanza de las divinas procesiones inmanentes del entender y del querer, la vida sobrenatural, ya sea aquí en la tierra por la fe y la caridad, ya sea en el cielo por la visión y la caridad, se expresa en las dos grandes operaciones espirituales del hombre, íntimamente conectadas: la inteligencia que ve a Dios o cree en Él, y la voluntad que ama.

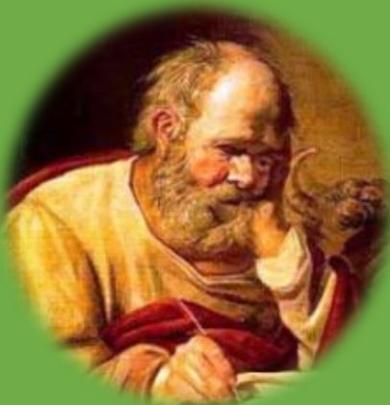
Por otra parte, la común participación de la misma vida divina por todos los bienaventurados, explica la profunda vinculación entre ellos y el sentido profundo de la comunidad celestial.

Con este apartado acabamos esta serie "Profundizando en nuestra fe" que empezamos hace ya bastantes meses. A lo largo de los mismos hemos intentado hacer un resumen serio de los contenidos principales de nuestra fe. Espero que le haya podido servir de ayuda.

¡Que Nuestro Señor les bendiga por su paciencia conmigo y nuestra Madre Bendita les proteja desde los cielos!

Compilación de una nueva serie de artículos en los que –bajo el epígrafe común de “Profundizando en nuestra fe”– el Padre Lucas Prados intenta compendiar los elementos esenciales que hemos de aprender, guardar y transmitir dentro de nuestra fe cristiana.

Como ya decía San Pablo: *“Os transmito lo que a mi vez he recibido”* (1 Cor 11:23).



Padre Lucas Prados

Nacido en 1956. Ordenado sacerdote en 1984. Misionero durante bastantes años en las américas. Puede ser contactado a lucasprados@adelantelafe.com